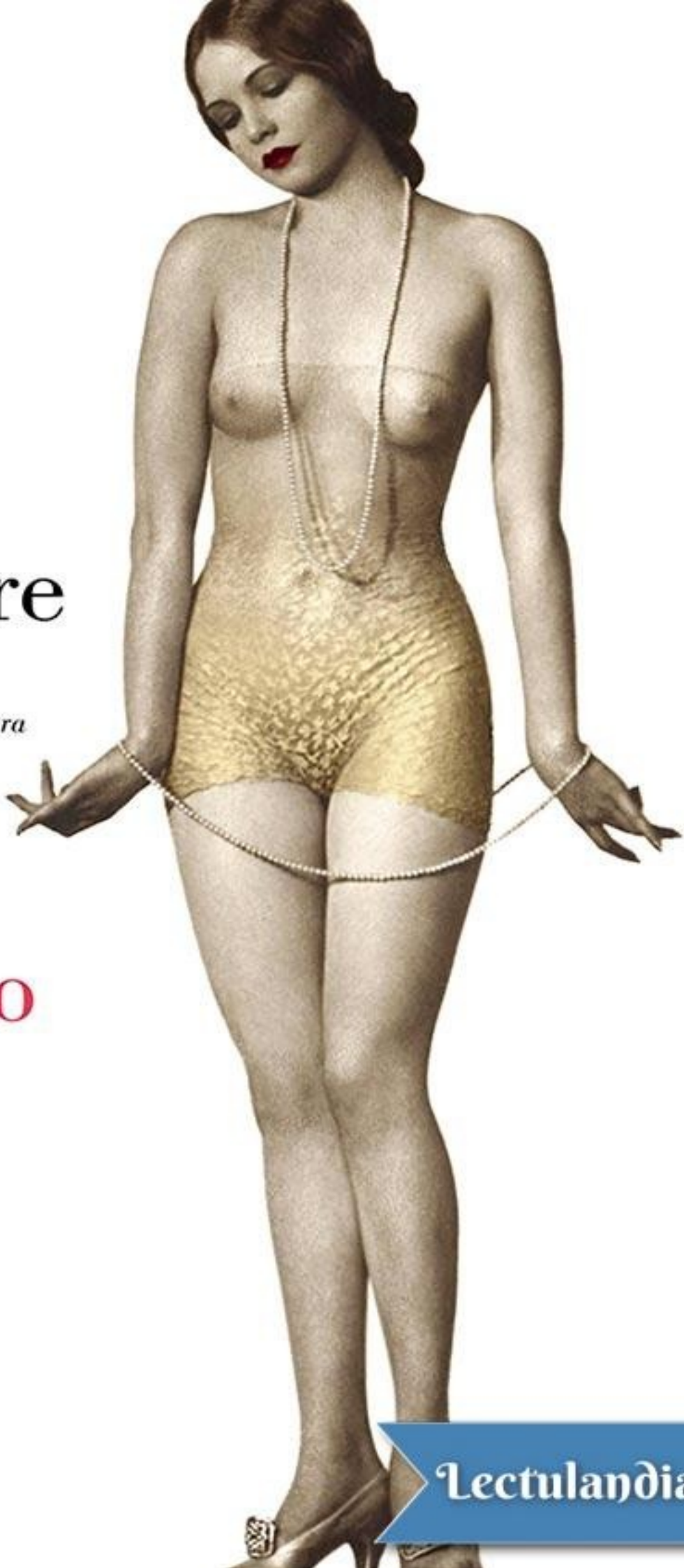


Marian Izaguirre

Por la autora de
La vida cuando era nuestra

El león dormido



Lectulandia

Cuando Pablo Ferrer accede a entrevistarse con Lucía Osman, es un periodista cansado con alma de perdedor, pero la historia de esta mujer melillense de más de ochenta años y aspecto enfermizo, despierta de nuevo sus ansias investigadoras. Lucía cuenta su vida, y las palabras que afloran van dando forma al calvario de una dulce niña mestiza vendida por su padre a un prostíbulo, capturada poco después por los rifeños y condenada a la esclavitud de una mina.

Poco podía imaginarse Pablo que se sentiría tan prendado por el relato de esta anciana que, setenta y cinco años después de los hechos, aporta las claves de un vergonzoso secreto, conocido por los militares y el gobierno español de la época, sobre el Desastre de Annual, la importante batalla librada en el Rif que acabó con la derrota militar española.

Una nueva versión de esta apasionante novela de Marian Izaguirre, que nos transporta a las laderas del Rif, desde Annual hasta Nador. Ahí, en estas tierras y en la voz de Lucía, es donde toma vida aquello que los libros de historia quisieron olvidar.

Lectulandia

Marian Izaguirre

El león dormido

ePub r1.0

Titivillus 10.08.16

Título original: *El león dormido*
Marian Izaguirre, 2005
Diseño de cubierta: Nora Grosse
Fotografía de cubierta: William Mortensen

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A veces en mis sueños veo un poblado. Al fondo hay una tienda de campaña con la bandera rifeña: un rombo blanco, una luna verde y una estrella. Y más allá, desenfocado, el campamento militar de los rebeldes: fardos, caballos, armas y una bruma confusa que lo deja todo reducido a un espacio sin contenido, puramente referencial. El silencio resulta sobrecogedor.

Luego la veo a ella.

La pequeña mestiza que Gerald Holbrooke inmortalizó para siempre; el pelo abundante y rizado, cubierto por una gasa, la sonrisa luminosa y los ojos rasgados... Es todavía joven y hermosa. Me habla con la voz que tendrá después. Muchos años después...

Es extraño. Todo sucedió tan deprisa...

Miranda se marchó un 21 de junio. Ese mismo día conocí a Lucía Osman.

Fue a comienzos del verano de 1995. Recuerdo que era miércoles. Llegué a casa después de haber vagado durante toda la noche por una ciudad de apariencia interminable: bares desconocidos, oscuros y ruidosos antros, calles periféricas, en fin, un laberinto en el que es muy fácil perderse, sobre todo cuando se lleva el caos instalado en el propio cerebro. Apenas tenía fuerzas para desvestirme. Tiré los pantalones al suelo y me desplomé sobre la cama.

Y de pronto vi el papel.

Era amarillo y estaba cuidadosamente desplegado sobre la mesilla de noche. Inmediatamente intuí que ese pequeño trozo de papel tenía algo que ver con Miranda. Me senté en la cama y traté de descifrarlo. No fue difícil. El mensaje era tan contundente como un puñetazo entre ceja y ceja: mi última novia, una pelirroja estadounidense de aspecto salvaje y carácter más salvaje todavía, había comprado un billete de avión, Madrid-Nueva York-Buffalo, y lo había cargado a mi número de cuenta. Ni siquiera consideró adecuado escribir una escueta nota de despedida, eres un cabrón, no quiero volver a verte, desaparece de mi vida... No. Miranda se las había arreglado para poner tierra de por medio y dejarme, de paso, una deuda de casi cien mil pesetas.

En fin, debo reconocer que no le faltaban razones para obrar de ese modo, así que me levanté, me puse los mismos pantalones con los que había estado deambulando durante toda la noche por el territorio de la confusión y me fui a ver a César.

Compongo el recuerdo como si remendara una red llena de agujeros. Todo está en su sitio y sin embargo nada parece suficientemente sólido. El aire se cuele por todos los agujeros de mi memoria y trae un incomprensible olor a peces muertos. Porque detrás de esa escena un tanto ridícula y previsible, detrás de la soledad a la que me condenaba la marcha de Miranda, se escondía ella, la muchacha a la que iba a conocer muy pronto en el cuerpo de una vieja.

Sus ojos todavía sobrevolaban el mundo.

Iban a la caza de algo.

Y ese algo era yo.

Debía de tener un aspecto bastante lamentable, barba de dos días, ojeras y aquel pantalón de dril completamente arrugado. Entré en la productora, saludé con la mano a la recepcionista, que me miró como si fuera a robarle el bolso de un tirón, y entré en el despacho de César.

El vídeo estaba encendido. César se encontraba de espaldas a la puerta, en el sofá, delante del monitor y tenía una goma elástica en las manos. Por la pantalla se deslizó la última secuencia de un reportaje que habíamos editado la tarde anterior. Era una imagen muda. Una puesta de sol en las costas de Barbate. Sobre la arena, destrozada por la marea, se podía ver una patera y al fondo una pareja de la Guardia Civil.

—Vaya —exclamó César al verme. Su voz tenía el tono inconfundible de alguien que está harto de esperar—. Llegas a destiempo, como siempre. Te estoy llamando al móvil desde las nueve de la mañana, pero lo tienes apagado. ¿Por qué llevas ese jodido teléfono si nunca lo conectas?

Eché mano al bolsillo de la camisa y me di cuenta de que, en aquella ocasión, ni siquiera lo llevaba encima. Por un instante temí haberlo perdido, pero luego recordé una silueta oscura en la mesilla de noche, justo al lado de aquella nota amarilla en la que se podía leer el itinerario Madrid-Nueva York-Buffalo. César me miraba con impaciencia, mientras yo intentaba desembarazarme de esa estúpida imagen.

—¿Qué demonios te pasa? Tienes una pinta horrible.

Hice un gesto con la mano, queriendo dar a entender que no estaba para demasiadas explicaciones.

—¿Resaca?

—Más o menos. Miranda me ha dejado.

César no pareció sorprendido.

—¿Definitivo?

—Supongo. Se ha ido a Buffalo.

—Definitivo —sentenció con tono indiferente—. Bien, pues vamos a lo nuestro.

Hice ademán de ir hacia el sofá, pero César se levantó en ese mismo momento. Tenía cara de pocos amigos. Con un expresivo barrido de mano, señaló la pantalla en la que no quedaba el más mínimo resto de algo que había estado allí y que evidentemente le preocupaba.

—Acabo de ver tu cinta. No vale, Pablo, no vale. ¿Qué coño crees que puedo hacer con eso? No tiene entidad documental, no es espectacular, ni revulsivo, ni siquiera puedo venderlo como un reportaje de actualidad. ¿Quieres decirme qué demonios has estado haciendo en los dos últimos meses? Pensé que esta vez me traerías algo con lo que pudiéramos trabajar. Y me entregas esta mierda sobre los magrebíes que cruzan el estrecho. ¿Tienes idea de cuántos reportajes de este tipo se emiten semanalmente por televisión? Si queremos que nos compren el material hay que ser originales, hay que echarle imaginación, arriesgarse y explotar las noticias

que gustan a la gente. Te dije que hicieras algo histórico, algo sobre los duques de Windsor o sobre el hundimiento del *Titanic*, eso es lo que la gente quiere ver, cosas que permanecen en la memoria colectiva y que se agrandan con el tiempo, hermosas historias de amor y grandes catástrofes que se recordarán siempre; pero no, el señor Pablo Ferrer está demasiado ocupado arruinando su vida y no puede tomarse nada en serio. De verdad chico, no sé qué pretendes.

Me encogí de hombros. No me resultaba fácil articular ninguna de las supuestas disculpas que César esperaba de mí. Por mucho que me esforzara no sería capaz de pronunciar nada más allá de ese sencillo y elemental pensamiento: Miranda se ha ido a Buffalo.

César sacó la cinta del reproductor de vídeo y me la tendió con un gesto de desesperación.

—Joder, Pablo. Como sigas así, dentro de poco estarás acabado.

Le miré con ojos vidriosos, los mismos ojos de borracho insomne con los que solía mirar a Miranda por las mañanas. Tenía esa irritante actitud paternalista que me sacaba de quicio.

Me acerqué a la ventana y deslicé la vista por un paisaje de rascacielos y terrazas con piscina, mientras él se explayaba en uno de sus aburridos sermones sobre la competitividad del mercado. A mí todo aquello me producía un aburrimiento mortal, ni siquiera era su socio, así que me traían sin cuidado sus desvelos y sus jodidas preocupaciones de empresario, yo solo era un periodista a sueldo que trataba de sobrevivir a su propia destrucción.

Mientras él hablaba y hablaba, me dediqué a recordar los viejos tiempos. Habíamos trabajado juntos durante los difíciles años de la dictadura franquista. Fueron días duros, intensos, de una extraña complejidad. Hicimos una verdadera revolución de tinta que iba a servir para cambiar el país y la sociedad. Parece que nos acompañó el éxito. Los periodistas nos convertimos en los héroes de finales de los setenta.

Era un tiempo sin redes agujereadas.

El principio de la destrucción.

Pasó lo que tenía que pasar. Hubo muchos colegas que aprovecharon la ocasión, tomaron posiciones, coparon los puestos de máxima responsabilidad y se arrimaron al poder como lo más natural del mundo, poder con poder, una Arcadia feliz donde lo absurdo era posible y todo estaba bien. Pero otros pocos nos quedamos fuera, no encontramos un hueco, porque el hueco no existía. Solo era humo. César pertenecía al primer grupo, estaba tan orgulloso de sí mismo que no podía comprender el origen de mi desencanto, ni el escozor de los sueños que se evaporan sin dejar más que un charco húmedo en el lugar donde antes habitaron el deseo, la fuerza o la voluntad.

Cuando montó la productora y me llamó, yo ya no era el mismo de antes. Estaba un poco desinflado, no tenía ganas de seguir recibiendo consignas políticas, ni estaba dispuesto a pelearme a diario con unos jefes de redacción que cada año eran más

jóvenes que yo. César lo sabía y aceptó mis condiciones. Me dejaba ir a mi aire y tenía paciencia para aguantar mis crisis existenciales, aunque últimamente parecía desconcertado. Lo notaba en sus ojos, en el tono que utilizaba, en la desconfianza que le producía hacerme cualquier encargo, y en el empeño que ponía en cerciorarse de que no le dejaría en la estacada. Tenía motivos para desconfiar, eso no puedo negarlo. En los últimos tiempos había cometido varios errores de bulto que nos habían costado caros. César los había asumido con la esperanza de que yo recuperara el tono, pero cada día que pasaba su paciencia era menor y mis excusas menos convincentes.

Lo decidí en ese mismo momento. O quizá unos instantes antes, cuando la estúpida chica de la recepción hizo ese gesto, o mucho más atrás, al despertar y ver que Miranda se había largado, incluso puede que lo decidiera el día anterior, mientras bebía en la barra de un bar desconocido y mi estado de ánimo, similar al de un navegante segundos antes de que estalle una tormenta, intentaba avisarme de todo lo que iba a suceder.

—Está bien —dije con voz extraña—. Iré a ver a esa mujer.

César tardó en comprender. Luego cayó en la cuenta y vi cómo le cambiaba la expresión.

—¿Estás seguro?

Asentí convencido de que me estaba complicando la vida sin necesidad.

—Bien —dijo él—. Por fin tomas una decisión sensata. Creo que te vendrá muy bien tener algo sólido entre manos. ¿Cuándo quieres ir?

Me encogí de hombros. No sentía el más mínimo interés por nada de lo que una vieja chiflada pudiera contarme. César me miró fijamente y murmuró con tono pensativo:

—Si no te conociera, pensaría que has perdido el instinto que te hizo ser alguien en esta profesión.

Luego, sin duda temiendo que pudiera volverme atrás, añadió:

—Diré que te preparen una cita para esta misma tarde.

Salí del edificio con la sensación de que César ponía demasiado énfasis en una historia que a mí me dejaba totalmente frío. Al fin y al cabo, ¿a quién le importaba lo que sucedió en Marruecos a principios de este siglo? Salvo para unos cuantos chalados del tipo Médicos sin Fronteras, África no estaba de moda, era un continente devorado por las guerras, las hambrunas y el sida.

Me metí en el primer bar que encontré y pedí un café doble. Luego comí un reseco canapé de anchoas y me tragué dos aspirinas procurando que no se me quedaran, como siempre, atascadas en la garganta.

Bien. ¿Y ahora qué?

Eran las tres y media de la tarde, hacía calor y no tenía ganas de ver a nadie, menos aún a esa irritante mujer que llevaba meses persiguiéndome. Al parecer había visto uno de mis últimos trabajos, una serie de cuatro capítulos sobre el desastre de Annual, y tenía interés en hablar conmigo. ¿Por qué? Cualquiera sabe. Seguramente

era una de esas chifladas que cree poseer un valioso secreto histórico, cuando lo único que tiene en sus apollillados cajones es un montón de cartas atadas con un lazo rosa.

Por un instante pensé que lo mejor que podía hacer era irme a casa y dormir hasta que mis propias pesadillas me lo permitieran. Pero luego el aire empezó a circular de nuevo a través de los agujeros de una red que nadie remendaba, y recuperé ese pensamiento confuso, Miranda me ha dejado... Entonces el olor a peces muertos se hizo más intenso.

Llegué a la calle Ayala casi sin darme cuenta y busqué el número de la casa. Era un edificio de los años veinte, fachadas armoniosas, sin estridencias, amplias escaleras y un tufo burgués que calaba hasta los huesos. El portero no estaba. Subí andando hasta el primer piso y llamé a la puerta. Me abrió una mujer mayor, de aspecto bastante vulgar, que supuse era ella.

—¿La señora Lucía Osman? Soy Pablo Ferrer. Creo que usted quería verme.

No respondió inmediatamente, pero me miró como si se sintiera defraudada. Mi aspecto no era el más adecuado y eso resultaba evidente incluso para mí mismo. No obstante, se hizo a un lado y me franqueó la entrada con un gesto de desconfianza.

—Sígueme, por favor.

Cruzamos el vestíbulo y avanzamos por un pasillo largo, a cuyos lados se intuían varias habitaciones cerradas. La casa entera olía de un modo extraño, como si nadie hubiera abierto una ventana desde hacía varias décadas. Los peces muertos debían de andar por allí.

Ya me estaba arrepintiéndome de mi decisión, cuando la mujer empujó una puerta y me vi dentro de un cuarto rectangular, de techos altos, que me produjo cierto ahogo. Las cortinas de color oscuro permanecían cuidadosamente echadas sobre cada una de las ventanas, pero aun así la luz se filtraba por las rendijas. El ambiente era opresivo y un poco fantasmal, con aquellos rayos de luz que cruzaban la penumbra como los brazos de un dios justiciero. Eché un vistazo. Había una mesa de despacho justo al fondo, un diván algo raído, una chimenea en el centro de la pared y más allá, en la zona de máxima penumbra, una especie de bulto deforme que tenía la apariencia de una silla y que, justo cuando mis ojos intentaban descifrar su forma precisa, se movió ligeramente, como impulsado por un mecanismo hidráulico. Casi al mismo tiempo oí una voz:

—Descorre las cortinas. Quiero ver el rostro de nuestro huésped.

La mujer que me había recibido se dirigió a la ventana, tiró de la pesada tela hacia los lados y dejó que entrara un poco de luz. Me di cuenta de que debía de ser una criada.

—¡Basta! —ordenó el bulto informe—. Es suficiente.

La luz se había detenido antes de llegar al lugar del que partía la voz. Pero, en

efecto, fue suficiente para que yo pudiera distinguir una figura sentada sobre una silla de ruedas y comprendiera inmediatamente que Lucía Osman, la vieja que me había estado dando la lata durante los últimos meses, era la misma mujer que ahora me observaba con curiosidad desde su pequeño trono de inválida.

—Acérquese, señor Ferrer —dijo con un tono que pretendía ser amable y que, sin embargo, resultaba inequívocamente autoritario—. Siéntese aquí, a mi lado.

Señaló una butaca que había junto a un velador lleno de periódicos viejos. Me senté sin poder apartar los ojos de ella. Debía de ser muy mayor, tenía el rostro surcado por finas arrugas y el cuerpo consumido de los inválidos, pero la pulcra compostura de su ropa y el cabello escaso y cuidadosamente peinado, ponían de relieve que era una mujer preocupada por su aspecto físico. Unos gruesos pendientes colgaban de sus lóbulos hasta casi rasgarlos. Llevaba varios anillos y unas cuantas pulseras que tintineaban bajo el constante temblor de sus nervudas manos de vieja. Y sin embargo, a pesar de todo aquel tufo decadente, se podía apreciar a simple vista que era alguien fuerte y que seguramente estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya.

—No se fíe de las apariencias —dijo, como si adivinara mis pensamientos—. Soy muy vieja, es cierto, y llevo muchos años atada a esta silla de ruedas, pero mi cabeza funciona mejor que mis pobres piernas. Ya se dará usted cuenta.

Hice un gesto ambiguo, porque todavía no había encontrado las palabras, aunque reconocí que dentro de mi cerebro se había disparado un resorte y supe que, a partir de ese momento, me vería acosado por una molesta propensión a mantenerme en estado de alerta. Mientras tanto, ella continuaba mirándome sin ningún tipo de disimulo.

—Es usted mucho más joven de lo que imaginaba —dijo con aparente contrariedad. Y después de un breve silencio, como si reflexionara en voz alta, añadió—: Bien, quizá eso no sea exactamente un inconveniente. Puede que su juventud me sea propicia.

—¿Propicia? —pregunté con desconfianza—. ¿Para qué?

—Calma, señor Ferrer, calma. Hay tiempo para las explicaciones.

Hizo un gesto a la mujer que me había abierto la puerta. La criada se acercó rápidamente.

—Sírvele al señor Ferrer algo de beber. Creo que le irá bien un buen vaso de café con hielo —ordenó sin tomarse la molestia de consultarme. Luego me miró otra vez detenidamente y sonrió—. Tiene aspecto de haber pasado la noche en vela, ¿me equivoco?

Me asombró su perspicacia y no pude reprimir un ligero gesto de asentimiento.

—Bueno —añadió—, puede que este no sea el mejor momento para usted, pero ha venido a verme y eso es lo único que importa.

—Ha insistido usted mucho. Al final no me quedaba otro remedio.

—A mí tampoco, señor Ferrer. A mí tampoco.

La conversación empezaba a desarrollarse en un terreno demasiado ambiguo para mi gusto. La idea de que podíamos pasarnos la tarde hablando en esos términos pudo más que mi sentido de la prudencia, así que pregunté con brusquedad:

—¿Qué quiere exactamente de mí?

Me miró con ojos cansados y respondió:

—Sus conocimientos. Su fuerza. Su curiosidad.

—¿Para hacer qué?

—Para que encuentre algo que yo no puedo buscar.

Eso tenía gracia. Mis conocimientos sobre cualquier cosa, incluido yo mismo, eran totalmente superficiales, mi fuerza bastante escasa, y mi curiosidad se limitaba a saber cuántos whiskies era capaz de beber antes de caer en estado de total inconsciencia, el único espacio moral por el que me sentía con ganas de transitar. Iba a decirle que cogiera las páginas amarillas y llamara a una agencia de detectives, cuando la sirvienta entró con el café y una caja forrada de tela que entregó a la anciana. No era una caja de zapatos, pero no imaginé qué podía contener para que ella la abrazara con tanto empeño.

—¿Puedo fumar? —pregunté mirando con prevención aquel objeto alargado que las manos de la vieja sostenían con fuerza contra su anciano cuerpo. Las cartas, pensé. Atadas con un lazo rosa.

—Desde luego —respondió inmediatamente ella—. A mi edad, y en mi situación, sería ridículo preocuparse por un poco de humo, ¿no le parece?

Saqué la cajetilla de Luxor y la puse sobre la mesa. La vieja me miraba con curiosidad.

—Nunca he visto esos cigarrillos —dijo.

Le ofrecí uno y lo aceptó.

—Son bajos en nicotina —murmuré sin convicción.

—Bobadas —dijo ella, mientras yo le acercaba la llama de mi mechero de gasolina—. Seguro que son un invento americano para que la gente fume el doble.

—Están hechos en Alemania.

Sonrió como si no me creyera en absoluto. Dio una potente bocanada. El humo salió por su nariz como un chorro de vapor en una caldera vieja. Luego tosió varias veces y dejó el cigarrillo en un cenicero de plata hasta que se consumió.

—¿Así que quiere que yo la ayude a buscar algo? —pregunté con un tono excesivamente sarcástico.

Ella seguía sonriendo como si guardara una carta en la manga.

—No se precipite, señor Ferrer. Espere un poco. Creo que encontrará muy interesante lo que tengo que contarle.

—Bien —asentí con fastidio—. Pues empiece usted.

La anciana tenía la caja forrada de tela sobre el regazo y se ayudó con ambas manos para girar la silla, hasta que quedó situada a escasos centímetros de mi butaca. Pensé que sería difícil librarme de ella.

—Vi su reportaje en televisión —dijo mientras yo también apagaba el cigarrillo en el cenicero de plata—. Por eso le he buscado.

Sabía que se refería a un documental sobre la guerra de Marruecos. César me había informado de que había una vieja chiflada que pretendía tener información de primera mano sobre lo que sucedió en el Rif y que se empeñaba en hablar conmigo en persona, pero no le di demasiada importancia. Durante los años siguientes a 1921 surgieron sistemáticamente testigos excepcionales del desastre, milagrosos supervivientes que contaban a los periódicos fantásticas aventuras, muchas de ellas tan solo producto de su imaginación y de un inusitado afán de notoriedad. Pero con el lento transcurrir de los años esa llama se había apagado y las voces de Annual habían enmudecido una tras otra. Ahora me resultaba difícil creer que alguien tuviera algo más que añadir a todas esas páginas que se amontonaban en las hemerotecas y que solo algún chiflado como yo se empeñaba en desempolvar de vez en cuando. No obstante, quizá la vieja tuviera de verdad algo interesante que contar. Pensé que era conveniente hacerme el tonto y dejar que se explicara.

—He hecho muchos reportajes para la televisión —le respondí con premeditada arrogancia—. ¿A cuál de ellos se refiere?

—Al único que puede interesarme. Ya sé que ha estado en el norte de África varias veces. Leí también sus artículos sobre la Marcha Verde. Hace casi veinte años, ¿verdad?, usted debía de ser solo un muchacho.

No pude disimular mi asombro. Era cierto. Estuve en Melilla en 1975, cuando ni siquiera tenía el título de periodista, haciendo de corresponsal para el diario *Pueblo*. Había llovido mucho desde entonces. Pensé que nadie se acordaría ya de eso.

—Debería usted escribir un libro. Un libro es más permanente, no sé si me entiende, no es algo que se desvanezca después de ser emitido, como esas crónicas de guerra que publican ahora los periódicos, o esos documentales que se pasan por televisión a horas imposibles. Un libro exige mayor seriedad y pervive a través del tiempo, ¿no opina lo mismo?

No sé si estaba de acuerdo con ella, pero lo que sí puedo decir es que me sentía asombrado por su atrevimiento.

—¿Quiere usted que yo escriba un libro? ¿Para eso me ha llamado?

—No exactamente. Quiero proponerle que investigue unos hechos que nadie sabe o nadie ha querido saber. La parte más vergonzosa de la derrota de Annual.

—¿A qué se refiere?

La vieja sonrió.

—A los prisioneros que Abd el-Krim capturó durante la guerra del Rif. Usted los mencionaba en su reportaje. Reconozco que hizo un buen trabajo. Me gustó. Pero en ningún momento dio cifras sobre el número de cautivos, ni se preguntó qué había sido de ellos. ¿Sabe cuántos españoles pasaron por ese infierno?

Hice un esfuerzo. Apenas recordaba los datos concretos, pero aventuré una respuesta que debía de ser bastante aproximada:

—Creo que unos seiscientos.

La mujer frunció sus finos labios y preguntó con tono condescendiente:

—¿No le parece una cifra demasiado pequeña?

Su actitud resultaba francamente irritante. Eché mano de mi amor propio y traté de demostrarle que a pesar de la resaca sabía muy bien de qué estaba hablando:

—Es pequeña si la comparamos con el número de bajas que tuvo el ejército español durante el verano de 1921 —añadí mientras encendía otro cigarrillo. Por un momento me sentí como uno de esos tipos duros de las películas—. Murieron entre diez y quince mil hombres en el plazo de dos semanas y media. Las tribus del Rif hicieron prisioneros a algunos soldados que huían despavoridos después de las matanzas de Annual, Igueriben o Monte Arruit. También cayeron en su poder algunos civiles que fueron sorprendidos por el desorden de la retirada. Creo que eran trabajadores de las minas y colonos, pero no podría precisar cuántos, ni quiénes eran.

Lucía Osman asintió en silencio. Presentí que, a pesar de todo, estaba cumpliendo con las expectativas que le habían hecho buscarme con tanto interés. Luego concluí satisfecho:

—Ese asunto terminó cuando se consiguió pactar un rescate con el cabecilla rifeño. Hubo varias negociaciones fallidas y, finalmente, se pudo llegar a un acuerdo por mediación de Horacio Echevarrieta, un industrial vasco que había sido amigo de los hermanos Abd el-Krim y que actuó de intermediario. Todos los prisioneros fueron liberados en los primeros meses de 1923.

Entonces habló ella. Su voz estaba desprovista de animación, el tono era neutro, quizá con cierto matiz irónico, pero la expresión de su rostro era grave y las palabras parecían escogidas con cuidado, como si hubiera estado ensayando ante el espejo.

—Se equivoca, señor Ferrer. No fue exactamente así. Es cierto que se produjo una desbandada sin control. A la mayor parte los mataron sin más. Eran cientos de soldados españoles los que abandonaban las posiciones y echaban a correr monte a través. Miles los que quedaban malheridos en el suelo. En Madrid ni siquiera conocían con precisión las pérdidas que había sufrido el ejército. Era el caos más absoluto. Nadie podía asegurar quién estaba vivo y quién estaba muerto. Después de intentar saber el número exacto de víctimas, al cabo de meses, el gobierno español empezó a reclamar a los supervivientes. Año y medio más tarde, a finales de 1922, se llegó por fin a un acuerdo, como usted contaba en su reportaje. El gobierno presidido por García Prieto pagó lo que Abd el-Krim pedía en concepto de rescate, así como la cantidad añadida por daños de guerra, unos cuatro millones de pesetas en total. El intermediario era ese industrial vasco del que ha hablado hace un momento, Horacio Echevarrieta, que antes había mantenido contactos con los hermanos Abd el-Krim a propósito de ciertas concesiones mineras en el Rif. Era un millonario de Bilbao, de ideas liberales, y por aquella época gozaba de cierto prestigio en los ambientes políticos. De hecho, creo que había sido diputado en Cortes. Echevarrieta se ofreció como mediador en el rescate de cautivos. Se fue a Alhucemas y se entregó como

rehén, mientras el gobierno hacía efectivo el rescate y los prisioneros subían a bordo de un buque preparado frente a la playa de Axdir. Creo que incluso puso dinero de su propio bolsillo para que no se malograran las negociaciones. Así consiguió el gobierno español liberar a sus cautivos. Nunca se sabrá lo que en realidad costó esa negociación, ni las verdaderas condiciones del acuerdo. Devolvieron al general Navarro y a sus hombres, en total cuarenta y cuatro oficiales, doscientos treinta y nueve soldados y cuarenta y tres civiles, de los cuales treinta y tres eran mujeres y niños.

Mientras la escuchaba intuí cuál podía ser el verdadero motivo de nuestra entrevista. De hecho, esperaba algo así. Seguramente su marido era militar y fue uno de los capturados. O su padre, o su hermano. Y ahora ella quería que el mundo entero lo supiera.

—El proceso de negociación fue cuando menos irregular —añadió la mujer acto seguido—. Al gobierno solo le interesaba acallar las protestas de la opinión pública. Los socialistas, Prieto sobre todo, pedían a gritos que se desmantelara el Protectorado y que el ejército abandonara Marruecos. Los prisioneros del Rif se convirtieron en una mercancía vergonzosa, por eso se tardó tanto en reaccionar. Al final, alguien debió de pensar que era mejor pagar los cuatro millones y dejar sin argumentos a los que pedían la retirada del ejército del norte de África. Se hizo mal y se hizo a la ligera. Quisieron sacar del Rif a los militares, sobre todo a Navarro y a sus hombres. No se preocuparon de saber si Abd el-Krim había vaciado realmente sus cárceles o sus campos de prisioneros, no quisieron investigar si quedaban civiles, cuántos eran o qué iba a pasar con ellos.

—Ya. Y usted sostiene que no se rescató a todos, que en 1923 todavía quedaban españoles en poder de los rebeldes rifeños —concluí sin el menor esfuerzo.

—Así es —respondió ella.

—Bien, de acuerdo, es posible, no voy a negarlo —admití con desgana—. Pero recuerde que hubo una segunda entrega. Cuando Abd el-Krim acordó su rendición a los franceses, en 1926, se liberó a los últimos cautivos que quedaban en el Rif.

—Al día siguiente de la rendición —atajó la mujer—, exactamente el 26 de mayo de 1926, antes de que Abd el-Krim y su familia fueran deportados a la isla de Reunión, se puso en libertad a un contingente de ciento cinco militares españoles, diecinueve civiles, dos mujeres y cuatro niños. En aquella ocasión había también sesenta y cinco franceses y más de un centenar de mercenarios argelinos y senegaleses. Pero yo no me refiero a ellos.

Me asombró su capacidad para recordar algunos datos que seguramente yo mismo había manejado con anterioridad, pero que de ningún modo podía esgrimir de manera tan clara. Aquella mujer tenía el cerebro ágil, desde luego, y una memoria portentosa para su edad. No obstante, en esos momentos no pude entender muy bien qué esperaba de mí. El Protectorado español había finalizado con un sangriento balance de desaparecidos, pero ese asunto era un simple dato en los anaqueles de la historia,

los protagonistas estaban muertos, ya no quedaba nadie que pudiera reclamar justicia, ninguna madre, ninguna novia en busca de un cadáver. ¿A quién quería encontrar?

—Ahora le diré algo que nadie quiso reconocer entonces —continuó con calma—. Echevarrieta no era el único empresario interesado en los yacimientos mineros de Beni Urriaguel. Sé muy bien que hubo otros, pero no salían en los periódicos, eran como alimañas que trabajaban en la sombra. Se enriquecían con la desgracia de mujeres y niños que vivieron como esclavos en lugares que nadie se ha atrevido nunca a nombrar. Y el gobierno español lo sabía. Los militares españoles lo sabían. Pero esos prisioneros, amigo mío, no le interesaban a nadie.

Empecé a tener mucha sed. La lengua se me había secado y la notaba áspera y rugosa contra el paladar. Por un momento pensé que estaba ante una loca. Lo que esa mujer quería dar a entender no tenía sentido. Todo el mundo sabe que las guerras están sembradas de injusticias. ¿Qué quería demostrar? ¿En qué podía ayudarla yo?

—En ese reportaje que usted hizo se utilizaron algunas fotografías antiguas —dijo de pronto, cambiando de actitud y sonriendo. En algún lugar de su vieja boca destelló una funda de oro—. Tengo interés en saber cómo consiguió el material fotográfico.

¿De qué coño me estaba hablando? Uno coge cosas de aquí y de allá, solo es un trabajo, lo haces, te pagan y te vas a casa sin más. Me estaba arrepintiendo de haber accedido a aquella absurda entrevista.

—Una de esas fotografías era de Gerald Holbrooke —añadió entonces ella.

La miré con un repentino interés. ¿Así que sabía quién era Holbrooke? No era frecuente que alguien pudiera reconocer a simple vista una fotografía suya.

—Era un retrato de mujer.

El olor a peces muertos volvió a circular por los agujeros de la red. Recordé enseguida la imagen a la que se refería. Una muchacha joven, casi una niña, en el corredor de un burdel de Melilla. Tiene la bata entreabierta y se le ven los pechos adolescentes a través de la camisa blanca. Era una foto muy hermosa. La luz entraba suavemente por un lado del corredor y, al fondo, apenas desdibujado por la falta de foco, había un amplio vestíbulo en el que se veían otros cuerpos femeninos, medio desnudos, provocativos, en medio de un grupo de hombres vestidos con uniforme militar. Esa foto me había impresionado, porque resultaba descarnada y cruel, con la pequeña prostituta perdida en ese ambiente depravado, pero al mismo tiempo era de una extraña ternura, inocente, cálida como un susurro. Holbrooke había conseguido retratar las ambivalencias de un cuerpo y un alma, sin palabras había definido una situación que apretaba el corazón como si fuera una tenaza.

—Quiero que vea esto —dijo entonces la mujer abriendo la caja forrada de tela.

Sacó del interior media docena de fotografías antiguas y me las tendió. Las miré con detenimiento. Podían ser de Holbrooke, desde luego. En alguna de ellas reconocí ese esmerado estilo pictorialista tan propio del inglés, aunque observé que otras eran urgentes, apresuradas, como si su autor hubiera necesitado ampararse en la clandestinidad para obtenerlas. Desde luego, eran fotos de la guerra de Marruecos y

habían sido tomadas a principios de los años veinte.

De soslayo, vi la ansiedad reflejada en el rostro de mi anfitriona. Creo que se dio cuenta del nerviosismo que me producía tener aquellas viejas fotografías en la mano. Holbrooke era una auténtica leyenda, uno de esos aventureros de principios de siglo, que recorrieron el norte de África dejando tras de sí una estela de misterio.

No quise hacer comentarios y seguí analizando con interés el material gráfico que me había entregado. Había imágenes de los campos de prisioneros. En una aparecía un pequeño grupo de cautivos, tenían las piernas atadas por gruesas cadenas y algunos llevaban sobre los hombros capazos cargados de piedras. El orden en el que estaban dispuestas las fotografías no podía ser casual, me habían sido entregadas con un fin, porque la última de ellas era tan sorprendente e impactante que, cuando contemplé la escena, sentí que el corazón me daba un vuelco. Los bordes estaban abiertos, las esquinas medio rotas, y sin embargo seguía siendo una verdadera obra de arte. En ella aparecía un hombre montado a caballo. En la mano derecha empuñaba una pistola, una Remington francesa, y a los pies del caballo, de rodillas, había un hombre de aspecto maltrecho, con la guerrera militar desgarrada y cubierta de polvo, que agachaba humildemente la cabeza. Una mujer ataviada a la manera rifeña, con un niño en los brazos, contemplaba desde pocos metros la escena. En sus ojos había una inconfundible expresión de odio.

Supe de inmediato que aquella foto había sido tomada segundos antes de una ejecución. Se podía sentir lo que aún no había sucedido, el impacto del tiro en la cabeza, el olor de la pólvora, el contacto de un tibio hilo de sangre corriendo por la espalda de un muerto sin nombre.

Dejé las fotografías sobre la mesa y el pulso me tembló cuando encendí un cigarrillo. Lucía Osman me contemplaba con evidente satisfacción.

—Tienen un gran valor histórico —tuve que admitir—. ¿Desde cuándo las tiene?

Ella no respondió inmediatamente. Cogió las fotografías de la mesa, seleccionó la que mostraba la ejecución y me la tendió de nuevo.

—Mire ese rostro —dijo señalando a la mujer que tenía un niño en los brazos.

Observé con atención la figura femenina. Los mismos ojos de gacela, el mismo pelo asomando por el pañuelo anudado a la cabeza.

—¿La muchacha del burdel? —pregunté asombrado.

Ella asintió en silencio.

Noté una punzada en el pecho. Durante los segundos que siguieron a esa inesperada revelación, intenté pensar con frialdad, pero no pude conseguir otra cosa que un estado de agitación que por momentos se hizo más y más intenso.

—¿Quién era? —pregunté.

—Era hija de un soldado español y de una mujer musulmana —dijo casi en un susurro—. Su padre la vendió a la dueña de un burdel de Melilla cuando solo tenía doce años.

Apartó de mí su mirada. En ese instante tuve la sospecha de que la muchacha de

la fotografía y la vieja podían ser la misma persona.

—¿Y bien? —dije al cabo de unos instantes.

La vieja levantó la cabeza y me miró con tristeza.

—Ya ve usted, señor Ferrer —añadió con amargura, mientras sus cansados ojos se quedaban fijos en algún punto de la pared—, esa pobre niña fue capturada en 1921 y permaneció cautiva hasta 1926. Nadie la rescató, nadie negoció por ella, su nombre no estaba en ninguna lista, pero milagrosamente consiguió sobrevivir. Era una de las personas por las que el gobierno español no fue capaz de mover un dedo. Y hubo muchos más, se lo aseguro.

Lucía Osman me contemplaba desde su silla de inválida. De repente se había transformado ante mis ojos. Ya no me parecía una vieja chiflada y, desde luego, empezaba a creer que había hecho bien en acudir a aquella cita.

—¿Qué ocurrió? —pregunté sin importarme que la vieja se diera cuenta de que acababa de morder el anzuelo—. ¿La hicieron prisionera?

—Así es —respondió.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Exactamente el 29 de julio de 1921. Muy cerca de El Batel, en una aldea cercana al río Kert.

—¿Por qué estaba usted allí?

Se quedó en silencio, pensativa, como si tratara de recordar algo.

—Es difícil de explicar.

—Inténtelo —propuse sin demasiados miramientos.

Ahora era yo el que estaba bien despierto y el que tenía interés en seguir con la conversación.

Entonces ella sonrió de nuevo. Señaló el vaso que me había traído la sirvienta y añadió:

—Bébase su café. Quiero que oiga lo que tengo que decir. Luego podrá mandarme a paseo si lo desea. No se lo reprocharé.

Así fue como empezó todo. En una habitación en penumbra, a comienzos del verano de 1995, cuando iban a cumplirse setenta y cinco años del desastre de Annual y aparentemente ya no quedaban testigos de aquella terrible matanza por ningún recóndito lugar de la geografía española. Miranda se había ido a Buffalo, César estaba a punto de despedirme, y yo no sabía qué demonios hacer con el trozo de futuro que aún no había conseguido convertir en un montón de cenizas.

Ha pasado el tiempo, ha cambiado el mundo, pero en el fondo de mi ser sigo siendo esa pequeña mestiza a la que vendieron en un burdel de Melilla por un fajo de billetes sucios. Aún ahora. No he conseguido olvidar el pasado. Pienso en mí y me recuerdo recorriendo el trayecto que lleva a la ciudad, los pies descalzos sobre el lecho arenoso de un camino reseco, el polvo mordiendo mis piernas adolescentes, la figura difusa de un hombre que marcha delante de mí y que debe de ser mi padre.

Esa imagen es más poderosa que cualquiera de las terribles circunstancias en las que me vi involucrada después. No puedo olvidarlo. Tenía solo doce años y estaba harta de ser lo que era, lo que todavía soy a veces, la hija de un español borracho y jugador que se amanceba con una musulmana, que la golpea sin piedad, que desaparece durante meses y regresa oliendo a cantina...

Mi madre era beréber, de algún lugar cercano a las riberas del Nekor. Se quitó la vida en 1918, cuando yo tenía doce años. Dicen que estaba trastornada por las palizas que le daba mi padre, un español sin oficio ni beneficio que llegó a África como soldado y que luego se quedó allí, al olor de las tabernas y los casinos, bebiendo y jugándose el jornal, mientras los demás nos moríamos de hambre en un poblado fronterizo cuyo nombre he conseguido borrar de mi memoria. Era un lugar habitado por campesinos recién llegados de las montañas, desertores, traficantes de baja estofa y mendigos. Un mundo siniestro. Pasábamos hambre y miedo. Se oían disparos por las noches, a veces aparecía alguien con el cuello cortado o con un cuchillo clavado en el pecho, pero nadie preguntaba, nadie oía, ni veía, ni sabía nada. Era el reino del silencio y de la oscuridad. Allí conocí la verdadera pobreza. Eso es lo que recuerdo. El resto se ha borrado de mi mente como si alguien hubiera dejado caer unas gotas de ácido corrosivo en el punto exacto donde reside la memoria.

Mis verdaderos recuerdos empiezan en ese camino que lleva a la ciudad, un vestido de mi madre, oscuro y largo, que me había puesto para la ocasión y que se iba cubriendo de polvo a medida que avanzaba hacia mi nueva morada, el sudor del cuerpo, los latidos del corazón a punto de estallar en el pecho, y una desconocida sensación de algo que podía parecerse a la felicidad.

Ya lo he dicho. Era el año 1918. Mi madre había muerto y mi padre me vendió a la dueña de un burdel de Melilla. Fue un acto miserable, pero no se lo reprocho. Eran cosas que pasaban en aquellos tiempos. Mucho más en época de guerra y en una zona en la que el vicio y la corrupción del ejército español era todo lo que algunos pobres desgraciados teníamos para sobrevivir. No diré que me gustara, pero podría haber sido peor si me quedo con él. ¿Qué vida me hubiera esperado? Golpes, abusos y hambre. En el mejor de los casos un matrimonio de urgencia con alguien tan miserable como él. Me alegré cuando me lo dijo. Yo no sabía lo que era un burdel, pero anhelaba con todas mis fuerzas salir del poblado y ver ese territorio mágico que llamaban ciudad.

Durante siglos Melilla había sido la Ciudad Vieja y poco más. Fortaleza amurallada en la que solo había fosos y torreones, aspilleras donde calar el fusil y

cuevas insalubres en las que resistir asedios. Pero en las dos últimas décadas, y atendiendo a las necesidades de un considerable crecimiento demográfico, la ciudad civil emergía imparable, se empezaba a ensanchar por barrios, desde el Campo Exterior hacia las murallas. Fuera de los recintos militares ya se habían construido el Mantelete, que por su cercanía al Puerto era el barrio comercial por excelencia, el barrio del Polígono, más alejado, en lo que antes había sido arrabal del Polígono Excepcional de Tiro, y el Carmen, con la antigua cañada del Cementerio sembrada de talleres de mármol, donde se hacían lápidas para tantos y tantos muertos. Mucho más lejos, al otro lado del río, estaban el barrio del Real, de calles regulares, como trazadas a cordel, el Industrial, donde se encontraba la célebre fábrica de salazones Dassori, y más allá, a los pies del cerro de Camellos, Triana y el Tesorillo.

Eran barrios obreros, de casas bajas y humildes, pero a mí me parecían auténticos palacios. Mi padre y yo habíamos entrado por la Posada del Cabo Moreno, en la frontera con Beni Enzar, y a medida que avanzábamos, iba rompiendo las paredes de un sueño que nunca hasta entonces había tenido forma precisa y que ahora, por fin, me parecía real.

Es cierto.

Llegué con los ojos cegados por el resplandor de una vida distinta y ofuscada por los ecos de un futuro más prometedor.

Recuerdo que todo me parecía extraordinario. Las casetas del Muro X, atestadas de mercancías como si fueran un zoco que nunca se cerraba, la soldadesca paseando por el muelle con sus uniformes caquis, los generales con sus fajines, y las mujeres vestidas con aquellos complicados trajes de encaje y terciopelo...

Mi corazón iba y venía tras los furlones y las calesas que cruzaban al trote la plaza de España, se paralizaba de emoción al contemplar los enormes edificios de piedra de las calles General Chacel, O'Donnell o Canalejas, impresionantes, desmesurados para alguien como yo, que estaba acostumbrada a vivir en humildes casuchas de adobe.

Pensé en mi madre y sentí un gran desconsuelo por ella, era una lástima que no pudiera ver lo que veía yo, las balconadas, los miradores, las aldabas de bronce, las luces, los barcos enormes, el gentío y la sensación de abundancia que parecía reventar la ciudad. He oído muchas veces que las condiciones del ejército español en Marruecos eran lamentables, que pasaban hambre, que carecían de medicamentos, que sus armas eran defectuosas y que estaban comidos por los piojos y las chinches, pero entonces, cuando en el año 1918 llegué a Melilla, a mí todo aquello me parecía el paraíso.

Supongo que mi padre era totalmente ajeno a esa fascinación infantil y que actuó en su propio y exclusivo beneficio, pero por una vez sus intereses y los míos coincidieron, así que debo agradecerle que no me dejara en uno de esos antros donde paraba lo peor de la tropa y las pupilas estaban llenas de purgaciones. Me llevó a casa de doña Rosita.

Era el mejor local de la ciudad, allí solo entraban de teniente para arriba. Estaba en la calle General Buceta, cerca del parque Hernández, en unos terrenos que se habían ganado al arenal del río y donde todavía quedaban algunos malolientes almacenes de curtidos. La casa estaba pintada en color siena y en la fachada principal se podían ver rosetones modernistas, enmarques en las ventanas laterales y un gran mirador central con balaustrada. Era un edificio nuevo, de dos plantas, discreto y bastante alejado del recinto amurallado de la Ciudad Vieja, donde no hubiera deseado ir a parar por nada del mundo, pues la vida se parecía demasiado a lo que había dejado atrás: niños harapientos, mujeres enfermas, prostíbulos miserables y tabernas en las que cada noche había sobresaltos y peleas. En esos lugares te contagiabas de desesperación, se te pegaba a la piel el lamentable estado de ánimo de los soldados que llegaban del frente, con el cuerpo lleno de piojos y el alma tan negra como el uniforme.

Recuerdo la impresión que me produjo entrar en casa de doña Rosita. Todo estaba limpio y reluciente. Había un gran salón en la planta baja, con paredes cubiertas de espejos, varios divanes, veladores y un mostrador en el que se servían bebidas. Yo lo miraba todo en silencio, mientras mi padre y la dueña del burdel cerraban el trato. Al fondo, frente a la ventana, había un gran piano de cola. Un hombre viejo, con gruesos lentes de concha, examinaba las partituras sentado en un taburete. Me sonrió, hizo un gesto con la cabeza, y de pronto se puso a tocar para mí.

Ese instante...

Fue como si me hubieran llevado en volandas al cielo. Me sentía la persona más afortunada de este sucio mundo.

Después ya no sé qué pasó. Mi padre se metió los billetes en un bolsillo de su raído pantalón y desapareció.

Eso es lo que recuerdo.

Por la noche soñé con el tatuaje que mi madre llevaba en la barbilla, que se movía como un pequeño animal vivo cuando ella cantaba.

Viví en esa casa durante tres largos años. Puede parecer un triste destino, pero debo confesar que prefería la vida en el burdel a cualquier otra cosa que mi escasa experiencia me pudiera llevar a imaginar. No era un mal sitio, después de todo. Las habitaciones tenían sábanas limpias, su pastilla de jabón y su palangana con agua fresca. Las pupilas eran jóvenes, no tanto como yo, pero a ninguna se le habían caído todavía los dientes, no estaban enfermas y hablaban de sus lugares de origen con una mezcla de resentimiento y nostalgia. Unas más, otras menos, todas añoraban sus pueblos. Pero en el burdel se estaba bien. En eso estábamos todas de acuerdo. Había comida suficiente, tabaco, licores, y se organizaban unas juergas de aquí te espero. Eso sí, todo dentro de un orden, porque la patrona tenía verdadera fijación con las buenas maneras y controlaba hasta el más mínimo detalle de lo que ella llamaba

ambiente distinguido. Quizá por eso mantenía al pobre Max, el pianista, que era un viejo inútil y melancólico, muy dado a las depresiones. A veces se encerraba durante el día en su cuarto y se le oía llorar con grandes sollozos, hasta que llegaba el primer cliente y Max salía de su habitación, bajaba al salón con paso titubeante y se agarraba al piano como un náufrago que hubiera encontrado una balsa en medio de la tempestad. Entonces empezaba a tocar y todos, por un instante, sentíamos hacia él algo así como cariño y gratitud. Era un buen tipo Max. Las chicas decían que ya no servía para nada, pero que había sido un músico famoso en su país, cuando era más joven y la enfermedad del alma aún no le había comido la voluntad.

La verdad es que doña Rosita tenía sus cosas, pero hay que reconocer que siempre defendió a los suyos y nunca vi que dejara a nadie en la estacada. Por aquella época debía de tener unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Era una mujerona entrada en carnes, de rostro redondo y risueño, que sentía auténtica pasión por los trajes de buen género, los peinados complicados y las alhajas. Las chicas decían que se ponía todos sus anillos, collares y pulseras para dormir, porque tenía miedo de que alguien entrara en su cuarto y se las robara durante la noche. Bueno, no era un temor descabellado después de todo. Se podía decir cualquier cosa de doña Rosita, pero es de justicia reconocer que sabía lo que se traía entre manos. Había sido la querida de un general en Ceuta. Vivieron varios años como marido y mujer, pero luego, cuando el general se hizo viejo, volvió al lado de su familia y ella se vino a Melilla con Ahmed, su criado de siempre, a probar suerte. Le fue bien. Conservaba muchos contactos importantes de aquella época. Conocía el gusto y las necesidades de los mandos y sabía cómo mantener a raya a la soldadesca. Era limpia, meticulosa, algo avara, aunque nunca escatimaba gastos en lo que más tarde pudiera reportar beneficios. Debo admitir que era una mujer muy lista, con buenas condiciones para llevar un negocio como aquel. Vigilaba hasta el último detalle y cuidaba de nosotras mucho más de lo que habían hecho nuestros propios padres. Sabía que era fundamental que las chicas parecieran sanas, limpias y de buen humor, así que nos mandaba al médico y vigilaba que nadie se pasara de la raya. Éramos su medio de vida, solía decir con franqueza, mientras examinaba atentamente las cuentas de gastos y ganancias.

En fin, supongo que por esa sagaz visión del negocio doña Rosita me tuvo de criada durante un tiempo, mientras me iba haciendo a la casa, y cuando cumplí los catorce y ya estaba lo suficientemente formada, me buscó un oficial joven y bien educado para que me estrenara en el oficio.

—Hay que elegir con cuidado —decía—. Si una mujer se mete en la cama por primera vez con un mulo o un vicioso, puede aborrecer el asunto, cogerle asco, y luego eso se nota, los hombres quieren caras sonrientes y chicas que disfruten de su compañía. Ese teniente es joven como tú, le conocemos, es muy correcto y de buena familia. Tendrá paciencia, así que procura pasarlo bien.

Me dio una bata nueva, unas medias y un frasco de perfume francés que a veces le traían los marineros marselleses. El teniente se llamaba Luis Montero y al año

siguiente lo mataron en la posición de Dar Drius, en el sudeste de Annual. Pero doña Rosita no se equivocó. El joven oficial se portó correctamente. Estuvimos despiertos toda la noche, jugando a las cartas, hablando de la guerra, y solo al final, cuando ya nos conocíamos un poco, nos metimos en la cama. No fue nada especial, sobre todo porque al teniente le entró un extraño sentido de la responsabilidad y se puso a explicar cada cosa que hacíamos, y no paraba de observarme para ver si yo disfrutaba, y de preguntar todo el tiempo qué sientes y, la verdad, yo me aburría, porque pensaba que hubiera sido mejor hablar menos y hacer más. Bueno, hay que reconocer que la dueña del burdel conocía a los hombres. Después del teniente, hubo un capitán de ingenieros; y después un comandante de intendencia, un tipo raro que tenía en Melilla a su mujer y, sin embargo, venía a la casa cada dos o tres días.

—Conviene que conozcas a toda clase de hombres —me decía—, que te des maña en manejarlos, que cuando le echas un vistazo a uno, sepas de qué pie va a cojear en la cama y estés preparada para decir no. Hay muchas maneras de decir no. Los hombres que vienen aquí quieren pasar un buen rato, beber, charlar entre ellos, olvidarse de la guerra y de los condenados moros; pero cuando van a la cama, lo único que quieren es disfrutar, llevan la urgencia apretada entre las piernas y eso juega siempre a tu favor. Si consigues que un hombre esté a punto, y para eso no hay nada como las palabras y los susurros murmurados al oído, se te derretirá en las manos. Tienes un buen cuerpo y unos ojos preciosos. Sabes lo que viene por aquí y has oído a las otras chicas contar mil perrerías, así que usa la imaginación y no dejes que ninguno de estos cerdos haga contigo más que lo que tú quieras hacer.

Aprendí rápido. En 1921, cuando la ofensiva de Annual, tenía quince años y me sentía bastante segura en casa de doña Rosita.

En poco tiempo había conocido a muchos hombres, oficiales del ejército la mayor parte de ellos. No solo sabía cómo llevarlos a la cama, sino que me entretenía con sus historias y eso les gustaba, porque los hombres quieren explayarse con alguien que no les pueda llevar la contraria. Les oía hablar del frente occidental, que dependía de la Comandancia de Ceuta, de las operaciones en Beni Arós, Ben Karrish o Xauen, de ese moro que llamaban el-Raysuli y que había hecho una fortuna secuestrando a periodistas y hombres de negocios. O del general Castro Girona, el que entró en Xauen en 1920, disfrazado de carbonero y que, mitad con amenazas de bombardear la ciudad, mitad con promesas de dinero, había conseguido que los moros rindieran la plaza y la bandera española ondeara en el alcázar sin que eso costara una sola vida a las tropas que mandaba.

A mí me gustaba escuchar. A veces, se formaban corros en el salón, había discusiones y encontronazos, pero luego siempre había algún oficial descontento que se sentaba a mi lado y, entre copa y copa, largaba más de la cuenta. Así me enteré de que los oficiales del ejército español estaban divididos entre junteros y africanistas, que los junteros estaban atrincherados en la península sin correr ningún riesgo y poniendo dificultades a los ascensos por méritos de guerra, que era lo que los

africanistas defendían a toda costa. Claro, muchos habían pedido el destino a África precisamente para eso, para ascender rápidamente, sin tener que seguir paso a paso el escalafón. Había una gran polémica respecto a los ascensos. Y también respecto al papel de los militares en Marruecos. Unos decían que había que salir de allí, que la guerra duraba demasiado tiempo y había costado mucho dinero y mucha sangre. Otros pensaban que lo que había que hacer era dejarse de actitudes tibias, sentarle la mano a los moros y someter a las cabilas insurrectas a golpe de bayoneta. Nadie se ponía de acuerdo, pero todos sabían que había turbios intereses de por medio, que la guerra de África tenía sus agujeros y que por esos agujeros se escapaban grandes sumas de dinero que habían ido a parar a los bolsillos de unos cuantos militares de las comandancias de Larache, Ceuta o Melilla. Yo escuchaba estas historias con atención. Tenía ganas, cada vez más, de conocer lo que ocurría tras las paredes del burdel. A medida que iba enterándome de ciertas cosas, sentía que esas informaciones desordenadas y dichas al azar, se convertían en un patrimonio, algo que me pertenecía y me permitía comprender mejor el mundo. Quizá por eso, por mi curiosidad, Max empezó a llamarme «la pequeña luciérnaga», porque decía que por las noches, cuando llegaban los clientes, me iluminaba con la luz del fósforo que desprendía mi cerebro ansioso de saber, y que esa luz era verde y, sin que yo pudiera verla, se instalaba sobre mi cabeza con una aureola parecida a las coronas de los santos. Yo me reía con sus locuras, pero sentía que Max tenía cierta razón, porque lo que más me gustaba de aquel oficio era conversar con los hombres y aprender; sobre todo aquello que ocurría en los entresijos de la política, la forma en la que algunos hombres podían decidir los destinos de sus semejantes, y trataba de imaginar qué sentían quienes hacían eso, el rey o los ministros, el alto comisario y los generales que mandaban a la tropa a luchar contra un pueblo que, en cierto sentido, también era el mío.

No sé si acertaré a explicar cómo me sentía respecto a la guerra. Por una parte, deseaba que los españoles se quedaran en el norte de Marruecos, porque podían hacer carreteras y escuelas, sacar a la gente de su pobreza y ofrecer una vida mejor, una vida parecida a la que yo había conseguido al llegar a Melilla. Pero cada vez que había una escaramuza y se producía una matanza en las filas rifeñas, yo veía el rostro tatuado de mi madre, sus manos morenas, y el pelo negro y rizado que le caía sobre los hombros como una señal de pertenencia y que yo había heredado de ella, el mismo pelo, los mismos ojos, las mismas manos largas y lentas que me hacían pensar en su muerte y en la desgraciada vida que un español le había dado. Por eso no me fiaba del todo de lo que pudieran hacer los españoles en Marruecos y ponía especial atención en aquellas cosas que demostraban el nivel de corrupción y bajeza moral de algunos de sus representantes.

No era yo la única que sentía esa desconfianza. Entre los propios españoles había

posiciones encontradas. Por aquellos días circulaban cientos de rumores sobre el verdadero motivo de la guerra. Algunos civiles que venían de Madrid, periodistas y políticos liberales sobre todo, comentaban que el conde de Romanones era propietario de muchas de las minas del Rif y que el propio rey andaba metido en el ajo de la industria de suministro bélico. Todo el mundo sacaba tajada de la guerra, incluso los oficiales de baja graduación, por no decir los altos mandos que hacían la vista gorda y vivían a cuerpo de rey. Se les veía por Melilla, gordos y satisfechos, tomando café en el quiosco de la Peña o en el Alhambra, mientras a los soldados de los blocaos se los comían los piojos, el hambre y la disentería. Había mucho malestar. Los que venían del frente contaban mil penalidades. Armas que no disparaban, posiciones en las que no había una gota de agua y a las que tardaba días en llegar la columna de aprovisionamiento, falta de equipos médicos, malas transmisiones entre los distintos frentes y una desidia general que provocaba que muchos en Melilla se preguntaran por qué se estaba haciendo esa guerra. Negocios sucios y méritos para ascender. Esa era la única respuesta.

Ya en aquella época, antes de Annual, hubo quien denunció en los periódicos de la península que se hacían grandes fortunas con el aprovisionamiento de la tropa, y que desde hacía muchos años había sospechas más que fundadas de que algunos españoles vendían armas de contrabando a los rifeños. En fin, ahora todo el mundo conoce esa parte de la historia. No puedo añadir nada nuevo. Al fin y al cabo yo solo tenía quince años y era la hija de una cabileña que había nacido en las riberas del Nekor y cuyos parientes andaban con un viejo fusil por el monte, matando soldados españoles.

Doña Rosita conocía mi historia y no le importaba gran cosa, pero me había hecho prometer que nunca le diría nada a nadie.

—Si saben que llevas sangre de moros en las venas, me arruinas. Así que punto en boca. Ya has visto lo que hay por aquí: a las chicas de los barrios pobres, más mestizas que tú seguramente, les gusta decir que nacieron en Andalucía, y las portuguesas fingen ser francesas, así que olvídate de tu madre y di a todo el mundo que eres mi sobrina.

Y eso hacíamos.

Ella se comportaba como si yo fuera de su familia y yo me encontraba a gusto en la casa, porque la dueña me trataba mejor que a las demás chicas. Pienso que se creyó su propia mentira, o es posible que me apreciara de veras, el caso es que se preocupaba de darme consejos y enseñarme lo que sabía sobre el oficio. Parecerá extraño, pero todavía recuerdo a doña Rosita con afecto. Y al viejo Max, que acaso sin pretenderlo me dio un nuevo nombre con el que enterrar mi pasado.

Siempre he creído que el nombre de una persona tiene mucho que ver con la identidad. Max empezó a llamarme «la pequeña luciérnaga» a causa de mi curiosidad; luego simplificó ese apodo y pasé a ser «la pequeña Luci». Al poco tiempo, todos, los clientes, las chicas, Max, doña Rosita, me llamaban Lucía y nunca

nadie volvió a pronunciar el nombre que mi madre me había puesto al nacer. Yo tampoco.

En fin, a los quince años se aprende casi cualquier cosa, y yo aprendí el oficio más viejo del mundo. Max decía que tenía un talento especial para tratar a los hombres. A veces se quedaba observándome y le decía a la patrona:

—Esta niña es un prodigio. Mírela. Ha captado el ritmo a la perfección. Sabe acoplarse a los hombres como si fuera a bailar con ellos un vals.

Las teorías de Max sobre nuestro oficio eran un poco peregrinas, pero con el paso de los años he llegado a compartirlas. Según él, los hombres y las mujeres están siempre sobre una pista de baile, forman parejas que se mueven de aquí para allá al ritmo de la música.

—Para que todo funcione —decía con frecuencia— hay que saber adaptarse al otro, ir a la par, pero sin olvidar nunca que existe la música. La música nos marca el ritmo, ella es la que impone las normas del baile. Y esas normas son importantes. Si no prestamos atención, perdemos el paso.

Muchas de las chicas que había en la casa se reían de Max. Pero yo le escuchaba y, hasta cierto punto, entendía lo que nos quería decir. Bregar con hombres que corren peligro de morir en cualquier momento no es una tarea fácil. Todo se enrarece en tiempos de guerra. La gente saca lo mejor y lo peor de sí misma en esos momentos de incertidumbre. Unos se vuelven más crueles y miserables, otros se desmadejan como niños asustados por las sombras de la noche. Pero todos necesitan compañía, unos brazos alrededor del cuello y una voz que les tranquilice el alma. No es un oficio fácil. Te tropiezas con tipos que son verdaderos canallas, hombres que tratan de arrastrarte hacia su mundo de podredumbre para que te revuelques con ellos en el fango y termines avergonzada o humillada. He visto a muchas chicas acabar mal porque no sabían dónde estaba el límite. Se dejaban llevar, se salían de la pista.

Éramos putas, mujeres que vivían de espaldas a la moral, pero había normas que era preciso seguir, incluso en un oficio como aquel.

Siempre las hay.

Si quieres sobrevivir tienes que saber adaptarte. Eso creo. Y así lo hice entonces. Por eso estoy todavía en el mundo de los vivos.

Cada uno alimenta su vanidad como puede. Yo me siento orgullosa de mi capacidad para resistir. Quizá lo aprendí de doña Rosita, que era, como yo misma, una superviviente. Su vanidad se alimentaba de aquel negocio miserable, pero es necesario reconocer que todos los militares de alta graduación habían pasado alguna vez por su casa, incluido el comandante general de Melilla, Manuel Silvestre, que luego se hizo tristemente célebre al recaer sobre él y sus colaboradores la responsabilidad del desastre más grande que se recuerda: Annual.

Había dos comandancias en aquella época, la de Ceuta y la de Melilla, y las mandaban hombres muy distintos, como todo el mundo sabe. Por un lado, el que fuera alto comisario y comandante de Ceuta, el general Dámaso Berenguer y, por

otro, el jefe de la Comandancia de Melilla, Manuel Fernández Silvestre, de quien todos decían que era amigo personal del rey. Si Berenguer era precavido, circunspecto y reservado, Silvestre era atrevido, bravucón y temerario. Nunca vi a Berenguer, pero tuve ocasión de conocer a Silvestre. Vino por casa de doña Rosita un par de veces con unos a los que llamaban «los manolos», porque eran de su plana mayor y le tenían como a un dios, aunque le trataban con demasiada confianza y le llamaban por el nombre de pila: Manolo. Era un tipo corpulento, de grandes bigotes, ojos ardientes y risa fácil. Decían que tenía mucho éxito entre las mujeres y que el rey y él se habían corrido alguna que otra juerga juntos, pero esas cosas nunca se sabe si son ciertas o circulan por ahí para engordar la leyenda de unos pocos hombres que mandan a otros muchos a morir por la patria y el honor. Las guerras necesitan sus héroes, sus personajes carismáticos, y Silvestre gozaba de una indiscutible popularidad. Creo que le gustaba alardear más de la cuenta, porque le vi alguna vez, más borracho que una cuba, jugando a las cartas hasta el amanecer, y luego calarse la guerrera y el correa y salir para la comandancia unos minutos antes de que tocaran diana... Una vez se puso bravucón y se quitó la camisa, para enseñar a sus oficiales las heridas que le habían hecho en la guerra de Cuba. Cinco balazos y once golpes de machete. Los llevaba sobre la piel como si fueran medallas.

Cuando los manolos venían a la casa, doña Rosita me buscaba un cliente de los de toda la noche para que desapareciera de escena y nadie se fijara en mí. O para que no me enterara de lo que allí se hablaba. Seguramente temía que, a causa de mi juventud y mi inexperiencia, pudiera irme de la lengua.

A la patrona no le gustaban los comentarios o los rumores sobre el ejército. Creía que las chicas no debíamos saber una palabra de política y mucho menos repetir lo que los hombres nos confiaban en esos momentos en los que todos bajan la guardia. Siempre tenía miedo de que le fueran a cerrar la casa. Era una precaución absurda, porque la vida en el burdel era más anodina de lo que parecía a simple vista y la mayor parte de nosotras tenía pocas ganas de misterios y complicaciones. En realidad había en el ambiente una desidia extraña, una falta de curiosidad por las cosas del mundo exterior que convertía cualquier noticia sobre la guerra en una referencia lejana, como si Abd el-Krim y los suyos estuvieran a miles de kilómetros de distancia. Desde luego, doña Rosita no dejaba que metiéramos las narices en los asuntos de los clientes. Claro que las pupilas eran de toda clase y condición, eso nadie puede evitarlo, y a veces ni la dueña era capaz de prever las dificultades en las que podía meterse una chica. Lo vi con mis propios ojos cuando doña Rosita puso en la calle a una francesa que había venido de Orán huyendo de la policía y se había refugiado en la casa sin que nadie pudiera sospechar que la buscaban por haber matado a puñaladas a un cliente. Era una mujer elegante y vistosa, volvía locos a los hombres, pero doña Rosita la entregó a las autoridades en cuanto sospechó que le podía crear complicaciones. Nadie lo lamentó, esa es la verdad. Sin embargo, cuando sucedió lo de Milagros me sentí muy triste.

Max no me dijo nunca que la música no sirve para nada si no tenemos con quien bailar. Un día descubrí que las relaciones entre hombres y mujeres podían ser distintas a lo que yo pensaba, muy diferentes de lo que Max o doña Rosita me habían enseñado.

En la primavera de 1921 mi vida se convirtió en un laberinto de espejos en el que no solo aparecían hombres y mujeres, sino muchas más cosas, imágenes ocultas, complejas visiones del dolor y el miedo que nos invadirían sin previo aviso.

Recuerdo a aquella chica. Se llamaba Milagros. Tenía dos años más que yo y era hija de un cantinero al que habían matado de un disparo en las laderas del Gurugú.

—Cuando la guerra se acabe seré rica —me decía siempre—. Mi padre era dueño de una mina de plata, pero de momento nadie puede ir allí porque es territorio enemigo y los moros lo matarían.

Yo no la creía. En los burdeles, quien más, quien menos, se fabricaba una historia a la medida y la pobre Milagros no era muy agraciada, por lo que siempre me pareció que se inventaba lo de la mina de plata para darse importancia.

Pobre Milagros...

Cuando no había clientes salíamos juntas a pasear. Íbamos al puerto por la plaza de los Carros y salíamos a la altura del Fuerte de la Marina, en la antigua desembocadura del río de Oro. Milagros creía que el río se llamaba así porque nacía en unos montes que por debajo eran todos de oro y de plata, y en esos montes era donde su padre poseía la misteriosa mina. A mí me daba igual. Al fin y al cabo no hacía daño a nadie con esas historias. Pero las cosas siempre se complican de forma incomprensible. En uno de nuestros paseos, Milagros conoció a un sargento de artillería y se enamoró perdidamente.

Fue una tarde de marzo de ese mismo año, 1921.

En Madrid habían asesinado a Eduardo Dato, dos hombres le habían disparado desde una motocicleta con sidecar, y la situación política debía de ser algo confusa, porque todos hablaban de anarquistas, de pistoleros, de bombas y de algo que llamaban crisis social y complot contra el Estado. Nosotras no entendíamos nada de lo que significaban esas ampulosas frases, pero sabíamos que Mohamed ben Abd el-Krim había iniciado las maniobras de hostigamiento en Alhucemas y que muchos hombres caían abatidos, sin que los gobernantes de Madrid supieran claramente cómo había que controlar la situación.

No era nada nuevo, la guerra había sido un ir y venir desde el siglo pasado, y siempre surgía un nuevo cabecilla que traía en jaque a los ejércitos españoles, primero el Roghi en Guelaya, luego el-Raysuli en el Yébala, siempre había un frente en el que morían unos cientos de soldados. La costumbre hace que lo extraordinario nos parezca habitual sin demasiado esfuerzo. Así que Milagros y yo apenas hablábamos de esas cosas durante nuestros paseos por la ciudad.

Estábamos sentadas las dos en un pretil, frente a la rada, mirando las maniobras que hacían desde un barco para meterlo en la dársena de Santa Bárbara, cuando se

nos pegaron dos militares de los muchos que andaban de permiso por las calles de Melilla. Empezaron las miradas, las risas sofocadas, hasta que se acercaron a hablar con nosotras. Uno era cabo y el otro sargento. El sargento era el hombre más feo que he visto en mi vida. Tenía la cara alargada y unas enormes gafas de culo de vaso. Era alto y desgarbado, pero con pinta de buena persona. Del otro, del cabo, ni siquiera me acuerdo. Al principio creyeron lo que les dijimos, que trabajábamos de dependientas de una casa de sombreros. Siempre hacíamos lo mismo. Fingíamos cualquier profesión honorable y tratábamos de comportarnos como las chicas decentes. Era como jugar a los disfraces; o como representar una obra de teatro para un público demasiado crédulo: los hombres.

En fin, aquellos militares se creyeron el engaño y nos vimos durante diez o doce días con ellos en el parque, a primera hora de la tarde, justo cuando todo el mundo sabía que las empleadas de las tiendas debían estar trabajando. El cabo, que no tenía un pelo de tonto, andaba mosca.

—¿Cómo se llama la tienda? —preguntaba—. ¿En qué calle está?

—No te lo puedo decir. Si aparecéis por allí, el dueño nos despide. No quiere nada con los militares.

—Pues será el único. Aquí todo el mundo vive a costa del ejército.

—En nuestro negocio no. Los soldados no compran sombreros.

—Nosotros no somos soldados. ¿No has visto que mi amigo es sargento?

—¿Y qué? —respondía yo—. Con la gorra militar tiene bastante para cubrirse los piojos. ¿Para qué puede necesitar un sombrero? ¿O es que cuando vuelva a su tierra le llevará uno de recuerdo a su novia? También vendemos sombreros de mujer.

—No tiene novia.

—A lo mejor está casado.

—Tampoco.

—No me extraña. El pobre es tan feo.

—Pues a tu amiga parece que le gusta.

Yo miraba a Milagros y al sargento, cogidos de la mano por el paseo central del parque Hernández, como una pareja de novios que hacen planes para el futuro y hablan de amor a la sombra efímera de las palmeras. Mi amiga parecía tan inocente que, por un momento, me hacía creer que todo era posible, que en algún momento podíamos dejar de ser lo que éramos y convertirnos en dos simples dependientas de una tienda de sombreros. El cabo no cejaba.

—¿Y por qué no estáis en la tienda? A estas horas todos los comercios de Melilla están abiertos.

—Porque nos han dado vacaciones. Estamos de obras.

—¿Y entonces por qué os vais siempre a las seis?

Era cierto. Como dos cenicientas de cuento de hadas, al sonar las seis en el reloj de la calle General Marina, salíamos corriendo hacia el burdel, primero muertas de risa las dos, después Milagros cada día más seria y, al cabo de un tiempo, sin poder

ocultar la tristeza que le producía separarse de su feo sargento de artillería.

—Luis me ha pedido que seamos novios —me confesó una tarde a espaldas de doña Rosita.

—¿Y qué vas a hacer? Tendrás que decírselo.

—Antes me muero —respondió Milagros con determinación.

No quise seguir con aquella farsa, así que dejé de acompañarla en sus citas con el sargento. Me daban pena los dos, porque ninguno tenía la culpa de lo que pasaba, pero la cosa no tenía solución.

Al cabo de varias semanas, una noche que Milagros andaba con fiebre y la patrona le había permitido que se quedara en cama, hubo una avalancha de clientes.

Eran los soldados que iban a reforzar las guarniciones de Beni Ulishék, donde se encontraban las posiciones avanzadas de Buy Meyan y Annual. Esos nombres todavía no significaban nada para nosotras.

Silvestre pretendía concentrar en el camino de Alhucemas a varios miles de hombres, que iban repartidos por destacamentos, blocaos y pequeñas fortificaciones. Se llevaron a muchos de los que estaban destinados en las guarniciones de la ciudad. Melilla era un hervidero de rumores. Ese mismo día doña Rosita leyó en *El Telegrama del Rif*, el periódico de Melilla, que las tropas españolas tomarían pronto el cuartel general de Abd el-Krim. Por todas partes había soldados gastando los cuatro duros que les quedaban en el bolsillo. Era la noche de despedida.

Cuando estábamos en pleno apogeo, entrando y saliendo de los cuartos, sin apenas tiempo para lavarnos, llegó un capitán que era cliente habitual y mandaba una de las baterías que iban a salir camino del frente. Quería pasar con algunos de sus hombres, varios tenientes, algún sargento e incluso seis o siete soldados rasos. Ahmed, que vigilaba la entrada, se resistió a que entraran en masa y llamó a Max, que intentó franquear el paso solamente a los oficiales, tal y como era norma de la casa.

Se organizó un gran griterío.

Los militares llamaban a la dueña y Max recibió más de un empujón, mientras el capitán insistía en que sus hombres tenían derecho a pasar la noche en brazos de una mujer, porque iban a arriesgar sus vidas por España y a defender los intereses de todos, también los de las viejas zorras que se estaban haciendo de oro con la guerra.

La cosa tomaba mal cariz.

Finalmente doña Rosita salió a parlamentar y accedió a sus pretensiones de muy mala gana, porque no le gustaba llenar la casa de morralla, pero tampoco le gustaba que se organizaran altercados en la puerta.

El capitán y sus hombres entraron. Max se había parapetado detrás del piano y tocaba con gesto indiferente. Recuerdo que entraron en tropel, borrachos y bravucones, que alguien me dio una palmada en el trasero y que me empujaron hacia un sargento feo y desgarrado que llevaba gafas de culo de vaso y que resultó ser el novio de mi amiga Milagros.

Y así fue como Luis y yo nos dimos de bruces con una verdad que no podía

aplazarse por mucho tiempo. Vi que se ponía blanco. Yo también me había quedado paralizada. Pero nadie más se dio cuenta. Me cogió de la mano y me llevó hacia un rincón. Entre las voces y la música pude percibir su voz como un quejido lloroso:

—¿Así que esto era lo que pasaba? ¿Con quién está?

—Está sola —respondí.

—Quiero hablar con ella.

—No puede ser.

—Por favor. Mañana nos vamos de Melilla. Tengo que verla.

—Le harás daño.

—¿Daño? —preguntó asustado.

En ese instante me di cuenta de que la quería de veras. Cogí a Luis por el brazo, como si fuera un cliente más, y subí con él las escaleras. Procurando que nadie nos viera, me dirigí al cuarto en el que Milagros dormía, abrí la puerta y le hice pasar. Recuerdo la mirada de horror de mi amiga al vernos allí. Él se sentó abatido sobre la cama y se puso a hacer preguntas que la pobre chica no podía responder. Pasamos un mal rato entre lamentos, maldiciones y lloros. Luego, cuando estuve segura de que Luis se encontraba más tranquilo, les dejé solos.

Era la primera vez que entendía lo que significaba estar enamorado. Nunca lo había visto. Y nunca, hasta mucho tiempo después, pude saber con certeza qué se sentía.

Milagros y Luis se fugaron esa misma noche. Les ayudé a salir de la casa y les di el dinero que guardaba en una caja de lata para comprarme un vestido nuevo.

—Vamos a buscar la mina de mi padre —dijo cuando se despedía de mí—. No te digo dónde, porque ahora Luis es un desertor y le pueden fusilar si nos encuentran. Pero si algún día nos volvemos a ver, te pagaré el favor.

Milagros estaba convencida de que encontrarían la mina de plata y que se harían ricos con ella. No sé lo que el pobre sargento pensaba, pero sentí que podían terminar los dos en uno de esos aduares fronterizos que rodean Melilla, un sitio parecido al lugar en el que me había criado y en el que había podido ver de cerca la miserable vida que llevan los desertores.

Doña Rosita montó en cólera. No por haber perdido a una de sus pupilas, que al fin y al cabo Milagros no valía gran cosa, eso lo sabíamos todas, no era muy guapa y además estaba enferma con frecuencia, sino porque en el fondo se sentía responsable de nosotras y le pareció una estupidez lo que había hecho.

—Está loca. Ese tipo no le dará más que problemas. Le cogerán y lo mandarán al penal de Rostrogordo. Y a ver qué hace luego ella. Acabará en uno de los prostíbulos de la Ciudad Vieja o, lo que es peor, en Ceuta, haciendo de soldadera en las cantinas de la Legión. Entonces se enterará de lo que es bueno.

Era algo muy parecido a lo que yo misma pensaba, pero durante los días que siguieron a la marcha de Milagros me sentí un poco melancólica. Había descubierto que la vida no es solo aquello que sucede entre las paredes de un burdel, había algo

más, un mundo desconocido y sorprendente del que no sabía una palabra y que empezaba a tirar de mí hacia afuera, sin que yo misma supiera cuál era la verdadera intensidad de esa fuerza, ni cómo podía librarme de ella.

Esa soy yo. Una pequeña mestiza que tenía nostalgia del amor que aún no había podido conocer.

Estoy en la cama con un hombre. Soy hermosa, pero él apenas me mira. Tiembla sobre mi cuerpo como si le sacudiera un pequeño terremoto interno, un ridículo torbellino que agita sus pálidas nalgas bajo mis manos morenas, mientras trato de pensar en cualquier cosa, un pastel de almendras que hace María, o escuchar el piano de Max cuando no hay gente en el salón, cosas sencillas que me gustan, como desgranar guisantes con el pelo recogido sobre la nuca y las piernas abiertas...

Pienso en todo eso y así puedo parecer alegre y feliz.

El hombre es viejo y está gordo. Se aparta con el gesto sombrío de quien se sabe culpable y yo sonrío, mi rostro de niña inocente hace más obscena la situación, le contemplo mientras se levanta con esfuerzo, desde el lecho, cubro mis pechos adolescentes con una esquina de la sábana y él me lanza una mirada fría, sonrío nuevamente y le hablo, le digo frases cariñosas para que se vaya satisfecho de mí, para que vuelva otro día y pague por usar mi cuerpo, le digo cosas que no siento y que nunca sentiré por hombres como él, pero entonces no lo sé, vivo un simulacro de amor que me envanece y me convierte en una mujer, ahora que todavía solo soy una pobre niña que intenta olvidar el aduar fronterizo y las canciones ásperas de las montañas. Mi madre sonrío en el fondo de un sueño y su tatuaje se agita como una araña.

Los buenos y los malos tiempos discurren juntos, a la vez, viven en el mismo rellano de la escalera.

A mí me ocurrió. El año 1921 fue el mejor y el peor de mi vida. Se convirtió en un escaparate de todas y cada una de las cosas que me afectarían en el futuro. Solo tenía quince años y llevaba tres viviendo en un burdel.

Juanito Serra apareció en 1920, cuando Milagros todavía no se había ido a buscar la mina de su padre, antes de que el teniente Luis Montero muriera en Dar Drius, antes de que yo oyera hablar de Josef Klemms por primera vez.

Llegó al burdel con su pinta de crápula consentido, un esmoquin nuevecito y un fajo enorme de billetes en la cartera. Venía de correrse la gran juerga en el París de la posguerra. Era hijo único y su madre tenía tanto dinero que, si hubiera querido, habría podido comprar el Nekor, el Kert y el Río de Oro, hasta el Rif entero, y cambiar el curso de la corriente a su antojo y poner las montañas donde le diera la gana. Era una exageración, pero eso decían. Aquella noche invitó a beber a todo el mundo y contagió a dos de las mejores chicas que tenía doña Rosita, así que a partir de ese momento se le prohibió la entrada en la casa.

Desapareció durante una temporada, dijeron que había ido a Madrid a curarse de la sífilis; el caso es que volvió a principios de 1921, más demacrado que entonces, con el dinero un poco más racionado por su madre, pero igual de botarate que la primera vez. Al principio, todo su afán se concentró en la francesa, que se llamaba Lili y que le trataba con el mayor desprecio que he visto nunca. Lili era un pedazo de mujer, elegante y altiva, siempre con unos trajes largos de satén pegados al cuerpo y una sonrisa desdeñosa en los labios. Nos miraba a las demás chicas por encima del hombro y también a los militares españoles, tan provincianos en esto del sexo, según decía el pobre Juanito con su pose de vividor, esperando sin duda deslumbrar a Lili, o mejor dicho, con la secreta esperanza de que la francesa se dejara deslumbrar por su cartera, casi tan abultada como su bragueta hacia el final de la noche. Pero ni una sola vez consiguió que Lili le dedicara una simple palabra, ni siquiera que se sentara a su lado cuando tenía que esperar a los clientes y, con tal de perderle de vista, se iba con el primero que se lo propusiera. Pero luego doña Rosita la entregó a las autoridades por el asesinato que había cometido en Orán —creo que ya lo he contado—, y a Juanito se le quedó más pinta de majadero que nunca.

El tal Juanito andaba siempre detrás de alguna chica y ninguna se quería ir con él, porque decían que era sucio y vicioso, que tenía enfermedades contagiosas, aunque él le había asegurado a la dueña que estaba curado, incluso había traído un certificado médico, pero doña Rosita decía que eso nunca se cura del todo y que además la madre del tal Juanito tenía tanto dinero que podía comprar a todos los médicos de Melilla y a los de media España, si hiciera falta; por eso le dejaba venir a beber y a alternar, pero nunca le permitía usar las habitaciones. Si había suerte, alguna de las chicas que tenía menos miramientos le podía hacer un apaño en una esquina del pasillo, cuando ya no quedaba nadie en la planta baja y el pobre Juanito suplicaba con la mano en la entrepierna y ofrecía una fortuna por su desahogo. Doña Rosita se metía con asco el dinero en la faltriquera y le daba a la chica un jabón de mercurio para que se lavara.

Yo era la más joven de las pupilas y quizá también la más inexperta, pero eso no impedía que los clientes me desearan como aquel que quiere comerse una fruta verde

y por ese motivo doña Rosita ponía sus restricciones. Algunos hombres se encaprichaban precisamente por eso, porque yo no estaba disponible para todo el mundo, pero la dueña seleccionaba a los que tenían que irse conmigo y solo me permitía trabajar con ciertas garantías. Por eso se negó siempre a que Juanito Serra me llevara a la cama.

Se ve que eso le provocaba aún más. Andaba de un lado a otro del bar, esperando que me quedara libre, con los ojos suplicantes y la boca trémula, el sombrero en la mano, como una de esas visitas a las que nadie ha dado permiso para quedarse, correteando detrás de doña Rosita para que le permitiera pasar un rato conmigo.

—Pero, madame, yo soy un hombre de mundo, conozco mil maneras higiénicas, sin riesgos, tenga usted compasión, que la chica me gusta hasta decir basta, mire, toque mi corazón, verá que está a punto de estallar, si casi le diría que estoy enamorado de ella, que me conformo con verla desnuda, yo mismo me daré alivio si no quiere que la muchacha me toque, pero apiádese de mí, madame...

A la dueña le reventaba que la llamaran madame, pero el pobre Juanito no era capaz de darse cuenta, así que volvía a lo mismo un día tras otro y luego, aburrido de las negativas, se emborrachaba hasta que tenían que mandar aviso a su casa para que alguien viniera a llevárselo del burdel.

Pues bien, al cabo de un tiempo Juanito Serra cambió de estrategia y decidió evitar la mediación de doña Rosita. Pero todavía era mucho peor, porque me acorralaba a escondidas e insistía de tal modo que, a veces, me daba asco y pena, las dos cosas a un tiempo, y aunque no veía el momento de quitármelo de encima, casi hubiera sido capaz de dejarle que hiciera lo que quisiera con tal de que se callara.

A veces todavía creo sentir su aliento en la nuca...

—Cuándo me darás el gusto... En cuanto me lo digas te saco de esta casa y te pongo un piso en el mejor inmueble de Melilla... Mi madre es la dueña de varios edificios, tenemos un aserradero y una fábrica de licores, y dos hoteles... ¿Quieres vivir en un hotel como las princesas europeas? En París, las verdaderas señoras no ponen casa, viven en hoteles, y llevan el cabello corto, a lo *garçon*, y trajes bordados de pedrería justo hasta las rodillas... Con las pantorrillas que tú tienes, lo bien que te sentaría uno de esos trajes que venden en París... y un collar de perlas cayéndote por el escote hasta la flor que me niegas con tanto empeño, un nardo que estoy deseando saborear, porque yo te haría lo que ninguno de estos estúpidos militares sabe hacer, que tratan a las mujeres como si fueran un sable, se la ponen en la entrepierna, dos rápidos mandobles y se acabó, nada más, a matar moros en el frente. No, preciosa, las mujeres como tú necesitan un civil, alguien de posibles que no tenga que perder el tiempo trabajando y que pueda enseñarles la verdadera vida, te llevaría a Madrid, y a Barcelona que es mucho más bonita y más elegante, y a Viena, la ciudad de ese pianista vuestro, que hace falta ser estúpido para venir a caer en Melilla, cuando Viena es la ciudad más sofisticada que existe en este mundo, casi tanto como París, porque París es aparte, eso sí, no hay nada como París.

Y se quedaba mirando al vacío con sus ojos de borracho melancólico, añorando una juventud que estaba a la vuelta de la esquina, pues Juanito Serra debía de tener solo treinta, o treinta y pocos años, y ya parecía tan viejo como Max, o como los comandantes barrigudos que venían al burdel, y era porque había tenido esa enfermedad, la avariosis, que es como la sífilis de Marruecos, pero más fina, una enfermedad que se coge en los prostíbulos de París, donde pasar la noche con una mujer vale lo mismo que aquí se gastaba doña Rosita en mantener abierta la casa durante un mes entero, o al menos eso era lo que decía Juanito Serra.

Nunca podré olvidar la imagen de Juanito, con su eterno aire de libertino cosmopolita y la avariosis comiéndole las entrañas. Me parece uno de los hombres más desgraciados que he conocido nunca, no solo por su enfermedad, sino por la debilidad de carácter y por el desprecio que despertaba en los demás a pesar de ser tan rico.

Bueno, pues fue este pobre diablo quien me ayudó cuando las cosas se pusieron feas. Pero quizá deba hablar antes de Josef Klemms, del hombre del tatuaje en el cuello y de Gerald Holbrooke. Todo está relacionado.

Ya he contado la aversión que tenía la dueña a los comentarios sobre cualquier asunto militar y cómo me quitaba de en medio cuando aparecía alguno de los hombres de Silvestre. Pero una noche me metió en la habitación grande, la que tenía una salita con sofás y solo se utilizaba cuando venía gente importante. Yo nunca había estado allí con ningún hombre.

Fue un día muy extraño. Lo que sucedió no lo pude entender hasta mucho tiempo después.

Hacia las ocho de la tarde llegaron a la casa dos civiles. Eran extranjeros. Los dos tenían aspecto serio, grandes bigotes, sombrero de fieltro y pinta de haber llegado al norte de África hacía muy poco tiempo. Venían sudando como pollos, embutidos en sus trajes de paño. Eran los últimos días del mes de abril, pero hacía ya bastante calor. La dueña les hizo pasar directamente a la habitación y nos mandó a una que se llamaba Mercedes y a mí para que les hiciéramos compañía.

No pertenecían al tipo de hombres que solíamos recibir habitualmente y no porque no vinieran paisanos, que también los había, incluso de los que mantienen a una chica fija, es decir, los que tienen una amiguita y no le ponen casa, porque les resulta más barato y más prudente tenerla en el burdel. Así, cuando se cansaban, o no les convenía, la chica volvía a lo suyo sin que hubiera contratiempos. Algunos oficiales del ejército hacían lo mismo. Le cogían costumbre a una de las chicas y salían con ella a cenar o a bailar por los dos o tres locales nocturnos en los que paraba la oficialidad, y se paseaban por el Kursaal o el Metropol del brazo de una fulana fija, sin que eso les exigiera mayor compromiso, ni les ocasionara preocupaciones cuando cambiaban de destino. Les compraban la ropa, les hacían algún que otro regalo y le

pagaban a la dueña de la casa la manutención y los gastos.

Pero los recién llegados no eran de ese tipo de hombres. Parecían diplomáticos, o enviados comerciales de alguna firma importante.

Nos sirvieron varias botellas de un champán francés que doña Rosita se hacía traer de contrabando desde Argelia y ordenaron subir la cena de un restaurante que estaba en la calle del General Prim y que se llamaba La Fonda, era de un navarro y pasaba por ser el mejor de Melilla. A nosotras no nos hacían mucho caso, así que nos dedicamos a comer y beber, mientras les lanzábamos sonrisas y les ofrecíamos copas de aquel champán tan bueno. Ellos hablaban mientras tanto en su idioma. Grandes parrafadas dichas a media voz, con gesto poco alegre por parte del uno y realmente taciturno por parte del otro. No había duda de que ambos estaban allí por un motivo muy distinto al que podía parecer; desde luego no habían venido para correrse una juerga o tener un desahogo, eso era evidente, así que me preguntaba qué demonios esperaban de nosotras, cuando la reunión dio un giro sorprendente.

Hacia las diez llegó un capitán de paisano que se llamaba Alonso Llaguno. Yo no le había visto antes, pero había oído hablar de él y sabía que pertenecía a la Policía Nativa, un cuerpo indígena que tenía como objetivo recabar información y mantener seguros ciertos puestos militares. Con él venían un viejo *amghar* vestido con una chilaba blanca y otro extranjero más, un sujeto extraño, con el pelo tan blanco como la leche, los ojos protegidos por lentes ahumadas y el rostro quemado por el sol.

—¿Qué le pasa? —le pregunté a Mercedes en voz baja.

—Es albino —dijo ella con aprensión—. En mi pueblo había uno. Dicen que les falta algo en la piel.

Se saludaron todos con gran ceremonia, se estrecharon las manos y, antes de comenzar la reunión, noté que el viejo musulmán nos miraba a Mercedes y a mí con desconfianza. Volviéndose de espaldas, dijo en su idioma:

—Las mujeres deben irse.

El militar de paisano nos miró durante unos breves segundos y luego respondió en rifeño:

—No hace falta. Usa tu lengua. Ninguna de ellas puede entendernos y viene bien que estén aquí. Así los de fuera no sospecharán.

Yo entendí perfectamente sus palabras. El tamazight había sido mi lengua materna, pero nadie en aquella habitación lo sabía.

Era muy extraño que doña Rosita, tan picajosa a la hora de dejar entrar a los cabos y sargentos, hubiera permitido la presencia de un moro en el burdel. Y era extraño también que todos esos hombres vinieran a entrevistarse precisamente aquí y no en un discreto café de la ciudad, o en las oficinas del ejército.

Estas cosas excitaron mi curiosidad y me hicieron prestar atención a lo que ocurría.

Se habían concentrado en una de las esquinas del cuarto, todos de pie, unos cuatro o cinco metros más allá de la mesa en la que estaba dispuesta la comida. Entre los

cinco hombres había dos grupos perfectamente diferenciados y una curiosa mezcla de idiomas. El albino, el viejo musulmán y el oficial de paisano hablaban bien el rifeño. Con los extranjeros se entendían en un idioma desconocido, aunque al cabo de un tiempo pude deducir que era alemán. El albino hacía de traductor entre las dos partes.

De vez en cuando se oía el nombre de Abd el-Krim.

La voz del viejo *amghar* destacaba sobre las otras. Era grave, pausada, y hablaba con propiedad. Sin duda era el jefe de una de las cabilas que todavía mantenían buenas relaciones con los españoles. En aquella época había muchas tribus que buscaban la protección del ejército. Todo el mundo lo sabía, porque Silvestre y sus hombres se encargaban de pregonar esas fidelidades a los cuatro vientos.

Me acerqué a curiosear.

El viejo se lamentaba de las precarias condiciones en las que vivían algunas cabilas, de las cosechas, que habían sido malas, y de pronto, sin que viniera a cuento, preguntó por unos misteriosos yacimientos.

—Me han dicho que en Yebel Hamman hay mineral de oro y plata. Alguien ha visto a unos ingenieros que estaban sacando muestras y ahora todos piensan que Silvestre mueve sus tropas hacia el Nekor con la intención de conquistar el territorio donde están las minas.

Los extranjeros escucharon la traducción de las palabras del viejo con un asombro aparentemente sincero, pero no hicieron el más mínimo comentario. Mi impresión es que la noticia no les pilló de sorpresa. El capitán de la Policía Nativa, en cambio, parecía muy irritado.

—Eso es una estupidez —dijo mirando a los alemanes, aunque ellos no le pudieran entender; el caso es que yo supe de inmediato que no hablaba para ellos, sino para el viejo musulmán—. Abd el-Krim sabe muy bien que todo eso es un invento. No hay minas en Yebel Hamman. Su padre utilizó esa misma excusa para armar a los Beni Urriaguel contra el Roghi y ahora el hijo pretende hacer lo mismo.

El viejo entornó los ojos y murmuró con voz humilde:

—Silvestre ha quemado las cosechas y ha confiscado los animales. Las familias pasan hambre. En algunos poblados quedan solo los viejos, las mujeres y los niños.

—Ya —exclamó el albino—. Y Abd el-Krim les da justo lo que necesitan: un sueño por el que luchar.

Tuve que volver a mi sitio. El albino se enzarzó con los extranjeros en una larga conversación de la que no pude entender una palabra. Alguien puso el gramófono a todo volumen. Pidieron más bebida. Las botellas se amontonaban llenas sobre la mesa. De puertas para afuera aquello tenía todo el aspecto de una juerga privada; pero allí dentro pasaba algo muy extraño. Me dio la impresión de que alguien había usado la buena disposición de doña Rosita para un negocio bastante turbio.

Mercedes estaba molesta por la indiferencia con que nos trataban.

—Pero estos, ¿a qué han venido aquí? Para hablar de sus cosas se podían haber quedado en el salón, como los demás.

—Déjales —respondí—. Ya se les acabará el palique.

—Pues el albino no está del todo mal. ¿No te gusta?

—Bah —respondí con indiferencia—. Parece un poco presumido.

—Tiene pinta de boche, ¿no crees? ¿En qué hablan?

—En inglés, creo.

Mentí deliberadamente. No quería que Mercedes se diera cuenta de que allí pasaba algo raro, aunque yo tampoco supiera exactamente qué. Eché un vistazo y vi que el albino volvía a su tarea de traductor, así que cogí una botella y me acerqué de nuevo. Llené las copas de los alemanes, que ahora parecían sumamente interesados en algo que el viejo *amghar* decía. Alguien preguntó:

—¿Cómo se llama ese sujeto?

—Ahora lleva nombre musulmán —respondió con gravedad el *amghar*—. Ha tomado nuestra religión. Se ha casado con una mujer de la tribu de los Beni Warain y vive como uno más de ellos. Su verdadero nombre es Josef Klemms.

Los dos extranjeros dieron muestras de gran preocupación al oír ese nombre.

—¿Es cierto que se trata de un desertor de la Legión Extranjera? —preguntó el capitán de la Policía Nativa.

—Así es —respondió el musulmán—. Era sargento comisario en Fez, pero tuvo problemas, le formaron un consejo de guerra y le degradaron. Entonces desertó, pidió cobijo entre los Beni Warain y ahora está al frente de un harca que ataca las posiciones francesas en la zona de Taza. Les roba las armas y la munición. Luego clava un papel en el cadáver de sus víctimas con su firma: «El *hadj* alemán».

Hice ademán de servir también al anciano, pero él rechazó mi oferta con un gesto de repugnancia.

—¿*Hadj*? —repitió uno de los alemanes.

—El peregrino —respondió con rapidez el albino—. Es un título honorífico que se concede solo a los musulmanes que han ido a La Meca.

—¿Su zona de operaciones se limita a los alrededores de Taza? ¿Solo ataca puestos franceses?

—De momento —respondió el *amghar* con su peculiar acento—. Ha robado un importante cargamento de armas que iba con destino a las guarniciones francesas de Fez. Muchos fusiles y ametralladoras. Los ha escondido en una vieja mina, en un lugar llamado Wusht Sbâ que está en la región de los Timarzga.

—¿Los Timarzga? Eso es territorio del Protectorado español.

—Cierto. Wusht Sbâ pertenece a la zona montañosa de Yebel Hamman, está a unas seis horas de la cumbre, donde se encuentra el santuario de Sidi bu Jiyar.

—¿Cómo se ha atrevido a llegar hasta allí?

—Creemos que Josef Klemms pretende entrevistarse con Abd el-Krim y venderle esas armas.

El rostro del capitán español expresaba una gran preocupación. Su actitud también. Creía a pies juntillas todo lo que el viejo rifeño le estaba contando. Pero yo

notaba algo extraño. Hay que conocer bien a los rifeños para darse cuenta de que las palabras no siempre son lo que parecen. Tenía una actitud aparentemente amistosa, pero por debajo se le adivinaba un resabio hostil. Me extrañó que el oficial español confiara en él. Si alguien me hubiera preguntado, que no era el caso, yo habría dicho que aquel anciano de aspecto respetable repetía unas consignas que alguien le había dictado antes de acudir a la reunión. No sabría decir por qué, pero algo en sus gestos, o en su entonación, resultaba sospechoso.

Llevaba unos minutos rondando a su alrededor con la botella en la mano, cuando reparé en que el albino se había quitado las gafas oscuras. Me miraba con aquellos ojos de hielo, sin expresión, las cejas y las pestañas tan blancas que parecían calcinadas. Me asusté. Era una mirada sobrenatural, como la que se atribuye a los fantasmas. Entonces vi cómo se inclinaba, me señalaba con un gesto y le hacía una advertencia en voz baja al capitán de Policía. Me retiré inmediatamente y volví a sentarme junto a mi amiga. No pude oír nada más.

Al cabo de poco tiempo terminó el extraño encuentro. El viejo fue el primero en abandonar la reunión.

—Yebel Hamman es un monte sagrado —dijo al despedirse—. En su cima se posó el palomo que Noé soltó durante el diluvio, y cuando regresó llevaba entre las patas tierra seca. Los rifeños no quieren que nadie profane ese lugar. Excavarán túneles y galerías, despertarán a los genios que duermen en el interior de la montaña y nunca más tendremos paz.

Los cuatro hombres se quedaron en silencio. Todos parecían preocupados. Mercedes los miró con sorna y recuerdo que hizo una mueca soez. Vi que los ojos del albino seguían fijos en mí, así que solté una ruidosa carcajada y me levanté para cambiar la música. Entonces uno de los alemanes dijo algo que no pude entender hasta que el albino tradujo sus palabras al rifeño:

—España tiene a el-Raysuli en el Yébala y a Abd el-Krim en el Rif. Si Klemms, o cualquier otro, levanta a las tribus del sur, pronto echarán a los españoles de África. Pide al coronel Morales que mande sus tropas allí.

El capitán se revolvió inquieto. El alemán volvió a hablar y el albino volvió a traducir:

—Si los españoles consiguen capturar a Josef Klemms —había dicho el alemán—, el asunto de las concesiones mineras podría arreglarse muy pronto.

Vi que el oficial reflexionaba seriamente sobre esta posibilidad.

—Veremos qué se puede hacer —respondió.

Y, por primera vez, los dos extranjeros sonrieron visiblemente satisfechos.

Yo no entendía muy bien qué tenían que ver las minas con la guerra, ni cómo podían unos civiles extranjeros influir en una decisión como aquella. Pero no estaba precisamente en situación de opinar y tampoco tenía muy claro qué había ocurrido durante la entrevista. Solo sé que me sentía desorientada por la cantidad de cosas que había podido escuchar sin que ellos lo supieran y eso me producía una gran

excitación y también miedo a ser descubierta.

Continuaron un tiempo con la reunión, aunque ya no quise seguir escuchando. Al cabo de una media hora, los alemanes salieron por donde habían venido. El hombre albino y el militar de paisano bebieron con nosotras un par de copas más. Mercedes quería llevarse a la cama al albino, no sé por qué, y revoloteaba a su alrededor como una mosca pegajosa. Era un hombre corpulento, bien plantado, pero su pelo, sus ojos y aquellas gafas extrañas que se ponía y se quitaba continuamente, me daban miedo. Además, no había que ser muy lista para comprender que no había venido a la casa con esas intenciones. La rechazó varias veces, con ademán perezoso e indiferente, mientras me miraba insistentemente.

—Creo que le gustas —murmuró Mercedes enfurruñada—. Prueba suerte. A mí no me hace ni caso.

Yo ni siquiera lo intenté, porque entendí que nuestro cometido era servir de tapadera para algo que tenía muy poco que ver con los asuntos de la carne, así que traté de enfriar las expectativas de mi compañera y me dediqué a ofrecerles comida y bebida, encender sus cigarros y poner música que les distrajera de sus problemas. Entonces sucedió algo.

—Sírvenme otro trago —dijo el albino mirándome directamente a los ojos.

Iba a hacerlo en ese mismo instante, cuando me di cuenta de sus palabras exactas habían sido: *fargayd ij n'rkas*. Me había hablado en rifeño y observaba atentamente mi reacción. Mi mano, que se dirigía ya hacia una de las botellas, se paró en seco, le miré con gesto de asombro y decidí que lo mejor sería actuar como si esos sonidos no representaran nada para mí.

—No me hables en inglés, cariño —dije con tono meloso y complaciente—. No puedo entender una palabra de esa jerga vuestra.

El oficial español soltó una carcajada y se puso en pie con intención de marcharse.

—Vámonos —le dijo en español—. Creo que ese viejo truco no te dará ningún resultado.

El albino me miró con insistencia durante unos instantes y luego, haciendo un gesto que parecía querer borrar cualquier sospecha, se levantó también y me cogió de la mano.

—Yo me quedo durante un rato —respondió—. Llévate a la otra.

Nos dejaron solos.

Tenía miedo de que me descubrieran, pero al fin y al cabo no había hecho nada malo. Aun así me esforcé por agradar al extranjero. La pequeña luciérnaga mantenía su candil encendido y no estaba dispuesta a dejarse atrapar.

Le desnudé con cuidado, venciendo la repugnancia que me producía su piel lechosa y seca como el esparto, y me tumbé a su lado, murmurando la vulgar letanía que usamos las putas con nuestros mejores clientes. Supongo que conseguí lo que quería, dejarle satisfecho y agotado, porque finalmente se durmió entre mis brazos.

Respiraba con fuerza y tenía la boca entreabierta. Decidí descansar yo también. Poco a poco, como si se tratara de un juego, conseguí que mi respiración se acoplara a la suya. Tomábamos aire al unísono y lo soltábamos con fuerza; el cuarto estaba suspendido sobre ese único sonido como si alguien hubiera detenido el tiempo sobre nosotros dos. Soñé con mi madre, con su voz y con su idioma, me llamaba desde muy lejos y yo me resistía, no deseaba acudir. No quiero ir, madre, dije desde el interior de ese sudoroso sueño, *odattissigh shi, ayamma*, no quiero ir, no quiero volver al poblado, déjame en la ciudad. En mi sueño quería permanecer junto al hombre que dormía a mi lado, un hombre sin rostro, que no me ofrecía otra cosa que una extraña seguridad desprovista de cualquier afecto. Cuando desperté pensé con terror que había hablado en sueños, que ese grito en beréber, *odattissigh shi, ayamma*, había traspasado mis labios y ocupado el silencio de la habitación. Me volví hacia el otro extremo de la cama pensando que me habían descubierto, pero estaba completamente sola. El extranjero de rostro quemado por el sol se había esfumado. Respiré aliviada y me fui a mi cuarto.

El nombre de Josef Klemms y el de ese lugar llamado Wusht Sbâ se quedaron escondidos en mi mente, hasta que un buen día, cuando todo parecía indicar que el olvido se había adueñado de ellos como de tantas otras cosas, surgieron de nuevo y cobraron su verdadero significado.

No sabía si hablar con doña Rosita de lo que había oído.

Después de mucho pensarlo, decidí que lo mejor era olvidarme del asunto, no fuera a meterme en líos. Y aunque Max me preguntó un par de veces por la reunión, nunca le dije una sola palabra.

Aparentemente, aquella fue una época tranquila. Melilla se iba quedando sin hombres. Todos salían para el frente. Quedaron en la ciudad las guarniciones imprescindibles para la defensa, los heridos, los convalecientes y algunos oficiales que se habían podido escabullir con artimañas y que venían a pasar las tardes en el burdel, jugando a las cartas y cantando canciones sobre la guerra.

El puerto tuvo por esos días una gran actividad. Entraban y salían barcos, buques de la Armada que hacían el trayecto Ceuta-Melilla, mercantes con suministros que venían de Málaga y algunos barcos con pasajeros, periodistas sobre todo, que acudían alertados por los rumores de que el final de la guerra era un hecho.

Uno de los muchos corresponsales extranjeros que llegaron para presenciar la inminente derrota de Abd el-Krim, era un fotógrafo inglés que se llamaba Gerald Holbrooke. La patrona y él se conocían de antiguo, de la época de Ceuta, cuando ella vivía con su general. Se alojó en la casa desde un principio. Doña Rosita no le permitió que tomara habitación en otro lugar. La verdad es que el inglés resultaba un poco estrambótico. Era alto y desgarbado. Se paseaba por la ciudad vestido con arrugados trajes de dril, corbatas de caídas largas y un fez rojo en la cabeza, lo que le daba un aire excéntrico de viejo administrador colonial, o ataviado con impecables chilabas de seda blanca que hacían que pareciera más grande y más excéntrico todavía. Llevaba la cámara siempre colgada al hombro y andaba de aquí para allá, retratando paisajes o escenas callejeras cuya importancia solo él entendía.

Creo que no le importaba nada la idea de vivir en un prostíbulo, porque se adaptó enseguida. Se sentaba a desayunar con las chicas en la cocina y nos hacía hablar, vamos, nos tiraba de la lengua para saber de nuestras vidas, y luego lo anotaba todo en un cuaderno con tapas de hule que guardaba en su habitación. Era sumamente educado, más refinado e instruido que cualquiera de los civiles que yo había conocido con anterioridad y tenía un gran sentido del humor. Nos trataba a todas y cada una de nosotras con un exquisito distanciamiento, no se tomaba las confianzas faltonas a las que nos tenían acostumbradas nuestros paisanos en cuanto habían estado un par de noches en la cama con una chica. No, Gerald nos seguía tratando como si nos acabara de conocer ese mismo día a la salida de misa; y por otro lado, su actitud era franca, muy amistosa, nos tomaba de la mano cuando se cruzaba con una de nosotras por el pasillo o nos acariciaba la mejilla sin que viniera a cuento..., incluso olisqueaba nuestros cabellos y soltaba una incomprensible retahíla de placentero entusiasmo que nos dejaba halagadas y satisfechas sin excepción.

Doña Rosita le debió de decir algo de mí, porque andaba siempre preguntando de dónde era, cómo se llamaban mis padres, en qué lugar había nacido. También me hizo varias fotografías con una cámara de placas de la marca Linhof, que había que poner

en un trípode. Le gustaba colocarme junto a una cama o un sofá, lo cubría con una de esas colchas de damasco que se usaban entonces, y me vestía con velos y turbantes, como si yo fuera una odalisca de los harenes otomanos. O me retrataba en el corredor, con la bata entreabierta, y una luz que enfocaba solo la mitad de mi rostro. A veces ponía delante del objetivo un vidrio untado de vaselina para que la escena tuviera un aire velado, más sugerente, y decía que eso iba bien con mi boca, con mi pelo y con la expresión de mi cara, que no sé por qué le parecía tan misteriosa. Yo me escabullía como podía, sobre todo porque las otras chicas se burlaban de nosotros y decían que el inglés se había enamorado como un colegial.

También Ahmed, el joven que doña Rosita se había traído consigo de Ceuta, despertaba su interés.

Era un muchacho musulmán que vigilaba la entrada y hacía los recados para la casa.

Todas sabíamos que no le gustaban las mujeres y que precisamente por eso la dueña lo tenía a su cuidado. Su aspecto resultaba descarado y procaz, se pintaba los ojos con kohl y los pies con henna, pero bajo esa máscara de amaneramiento se escondía un individuo ágil, nervioso, rápido de movimientos y muy eficaz como guardián. No se le escapaba una. Nunca lo vi levantar la voz, ni hacer un gesto violento, pero todos sabíamos que la gumía que colgaba de su cinto podía ser tan peligrosa como el zarpazo de un león. Ni siquiera era fuerte. Tenía el cuerpo esmirriado de los que han pasado mil calamidades, la cabeza llena de costurones y una cicatriz enorme que le partía en dos la ceja izquierda, le atravesaba el pómulo y le llegaba casi hasta la oreja. No hablaba con nadie, ni siquiera con las pupilas, solo obedecía órdenes de doña Rosita y, eso sí, resultaba tan leal a su patrona como una serpiente que cada día acudiera al umbral de la ventana para sorber su ración de leche. La patrona nunca me contó cómo habían llegado a conocerse, pero Ahmed le profesaba una devoción ciega, hasta el punto de dormir en una estera a la puerta de su habitación.

Gerald se interesó por él enseguida, en cuanto lo vio deambular por los pasillos, con su gandora oscura y su puñal colgado del cinto.

No era rifeño.

Max me contó que Ahmed provenía de una extraña tribu del sur, que había sido capturado por unos traficantes de esclavos y vendido en el mercado de mancebos de la plaza Uta el-Hamman, en el corazón de Xauen. Allí era donde se subastaba a los muchachos homosexuales hasta 1937, cuando las autoridades prohibieron por fin esa costumbre. Según Max, Ahmed estuvo en prisión por matar a su amo y luego, cuando salió del penal de Ceuta, le cortó el cuello a un individuo que perjudicaba a la patrona y ella lo tomó desde entonces a su cuidado. Gerald debía de conocer la historia porque le hizo, como a mí, varios retratos con su cámara de placas.

Años después, cuando lo sucedido en Melilla era ya un vago recuerdo de horror y sufrimiento, cayó en mis manos una revista inglesa y reconocí el rostro de Ahmed,

con la cicatriz de la cara, el cuerpo miserable, y la gumiá colgada al cinto. El pie de foto decía: «Muchacho homosexual que fue vendido como esclavo en el norte de Marruecos». Todavía guardo esa revista en algún lugar. El artículo estaba firmado por Gerald Holbrooke y fechado en 1923. Desde entonces he tenido la certeza de que aquellos retratos que Gerald me hizo en el burdel también se habían exhibido por el mundo y que mi triste historia había servido para reblandecer el corazón de alguna fina dama inglesa que nunca había oído hablar de Melilla o del Rif.

Es una sensación extraña. Ahmed no me parecía él y sin embargo lo era.

Los años lo trastornan todo. Quizá si viera ahora las fotos que Gerald me hizo yo tampoco me reconocería a mí misma.

He vivido demasiado. A veces pienso que he sido varias mujeres a la vez y todas diferentes entre sí. Pero es cierto lo que dicen: por muchas vidas que tengamos, al final, a cada uno de nosotros le corresponde una sola muerte.

A Gerald le gustaba hablar con Max, porque era el único de la casa que sabía inglés. Se sentaba cerca del piano y, cuando Max dejaba de tocar, bebían juntos como dos viejos amigos. Creo que hablaban de música y de lugares que estaban muy lejos, como Viena, la ciudad en la que había nacido Max. A veces yo también me sentaba con ellos, casi siempre huyendo de las empachosas atenciones de Juanito; entonces ellos se daban cuenta, el inglés me cogía de la mano y me retenía a su lado, mientras Max me miraba con los mismos ojos que me miró la primera vez, cuando llegué a Melilla con mi padre. Creo que Max me apreciaba de veras. Yo no entendía nada de lo que hablaban, pero no me importaba, porque siempre me ha gustado escuchar, aunque los sonidos no signifiquen nada es bonito ver la expresión de los rostros, imaginarse la historia que una persona le está contando a otra. Así se puede inventar lo que se quiera y la realidad nunca nos defrauda.

Seguramente fue a causa de esas ocasiones en las que me sentaba junto a él y le escuchaba en silencio, por lo que Gerald se empeñó en enseñarme algunas frases en inglés. Me traía revistas en las que había fotos suyas y trataba de hacerme entender las palabras que figuraban debajo. Yo no sabía leer ni escribir, nunca había ido a la escuela, así que difícilmente podía aprovechar sus enseñanzas. Cuando se lo dije, recuerdo que se puso muy serio, cogió la chaqueta y salió a la calle. Regresó al cabo de unos minutos con un paquete.

—Siéntate, por favor —me pidió amablemente.

Abrió el paquete y sacó una cartilla de lectura, un cuaderno de tapas negras como el suyo, un lápiz y una goma de borrar.

—Vas a aprender ahora mismo.

—¿A escribir? —pregunté asustada.

—Y a leer. No te preocupes, ya verás como te gusta.

Y me gustó. Me levantaba pronto por la mañana y nos instalábamos en la mesa de

la cocina hasta que iban apareciendo las otras pupilas, con ojos somnolientos y voces cansadas para prepararse un café de recuelo que se tomaban de pie, mirándonos con asombro, incapaces de interrumpir aquella provisional escuela. Aunque algunas se mostraban burlonas y despectivas, creo que todas sentían un poco de envidia. Yo me inflaba como una tórtola, apretaba el lápiz contra la página del cuaderno y pensaba en la suerte que tenía al haber conseguido que el inglés se interesara tanto por mí.

Aprendí a escribir mi nombre español, Lucía, y el apellido de mi padre. Al cabo de quince días, sabía juntar algunas letras y era capaz de identificar palabras elementales como mamá, papá, palo, tela y cama. Era divertido.

Una noche, la dueña me llamó.

—Hoy tenemos poco trabajo. Pero, ya ves, a ti te ha salido un pretendiente —dijo con una sonrisa de picardía—. Gerald me ha encargado que te pregunte si querrías dormir con él.

Me sentí extrañamente avergonzada. Creo que me subieron los colores.

—¡Vaya! —exclamó doña Rosita visiblemente divertida—. Veo que te sonrojas como una modistilla.

Luego se acercó, me cogió de la mano y preguntó:

—¿Te gusta el inglés?

No sabía qué responder.

—Bueno —dije al fin—. Es diferente a los otros.

Ella asintió con la cabeza, como si lo supiera mucho mejor que yo.

—Pues entonces vete con él.

Y se quedó mirándome con gesto de preocupación, mientras yo doblaba el recodo del pasillo para ir al encuentro del inglés.

En aquella época yo no me preguntaba nunca por qué los hombres venían a casa de doña Rosita. Aparecían por la puerta y ya está. Hacían lo que tenían que hacer, bebían, blasfemaban y se marchaban al cabo de unas horas. Con Gerald fue muy distinto. No supe si le pagaba a doña Rosita por estar conmigo. Nunca me hizo regalos que llevaran a pensar que nuestra relación estaba basada en los mismos términos mercantiles que presidían el resto de mis encuentros con los hombres. Pero tampoco me engañó con falsas promesas de amor. Creo que sentía algo por mí, una atracción física y también algo más, cierta curiosidad, como si deseara conocer mi interior, lo que pensaba y lo que sentía.

Eso me gustaba mucho.

Nos quedábamos durante horas en su cuarto, fumando, bebiendo té y hablando de todo tipo de cosas, sobre todo de aquella guerra absurda a la que nadie quería prestar demasiada atención. A veces permanecíamos acostados durante toda la tarde, escuchando música y acariciándonos lentamente, mientras la luz se volvía oblicua al otro lado de la ventana y el mundo de la noche se preparaba para despertar. Otras veces le acompañaba al almacén y me quedaba con él mientras preparaba sus papeles fotográficos, a oscuras, en absoluto silencio, como si asistiera a una sesión de magia. Gerald ponía una toalla en la rendija de la puerta y luego sacaba un bote de gelatina y otro de bromuro de plata y lo extendía por el papel con un pincel de pelo muy fino. Recuerdo la emoción que más tarde me producía ver aparecer las imágenes sobre aquellos papeles de fabricación casera, poco a poco, una nebulosa imprecisa y luego el resultado, que no era totalmente visible hasta que salíamos del almacén y recorríamos el pasillo del burdel para volver a encerrarnos en la habitación de Gerald.

Éramos como dos amigos, como esas palabras sueltas que se juntan en una frase y solo así cobran su verdadero sentido.

Gerald y yo.

Un fotógrafo inglés y una pequeña mestiza.

Por primera vez se había construido un mundo a mi alrededor, lo tenía solo para mí, guardado en el fondo de un bolsillo en el que nadie se atrevería a meter nunca la mano. Una habitación en penumbra. Sin guerras. Sin odios. Sin maldad.

Ninguno de los hombres que había puesto sus manos sobre mi cuerpo con anterioridad me había dedicado un solo gesto que no estuviera presidido por la indiferencia o por el deseo de parecer mejor que yo. Gerald no. Podía sentarse en la cama y hablar conmigo hasta que Max venía a buscarme para bajar al salón. Luego nos olvidábamos el uno del otro hasta el día siguiente, cuando Gerald colocaba los libros sobre la mesa de la cocina y empezaba una nueva jornada de aquel año lleno de sobresaltos y calamidades.

Los rumores sobre una ofensiva de Silvestre seguían circulando por la ciudad, cada vez con mayor fuerza. Algunos oficiales que mandaban columnas de

aprovisionamiento volvían a la ciudad con noticias frescas: cada día una nueva avanzadilla se fortificaba en el camino de Alhucemas. Los blocaos y las guarniciones ocupaban ya lugares como Yebel Uddía, Tizi Azza, Izumar o Igueriben.

Silvestre había estado en la península en el mes de abril o en los primeros días de mayo. No se sabe qué hizo allí, quizá se entrevistara con el rey. El plan era llegar al Nekor en otoño. Para ello se había decidido crear un frente ofensivo en la zona de Temsaman, ocupando Sidi Driss y afianzando las posiciones de Annual e Igueriben, hasta alcanzar la divisoria del Nekor; desde allí, se podría operar sobre el Amerkan y establecer posiciones con vistas a una próxima ocupación de la sierra de Quilates. Este era el plan, tal y como se recoge en el informe Picasso. ¿Qué ocurrió? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Seguramente, Silvestre se adelantó, se dejó llevar por la impaciencia con el apoyo de Alfonso XIII, que según dicen le mandó un telegrama en el que le animaba a llevar adelante su plan, «Olé tus cojones», parece que decía el telegrama, aunque también hay quien asegura que la frase era «Olé tus bigotes», en clara referencia a los mostachos que lucía el general. El caso es que Silvestre se lanzó sobre Alhucemas como una pantera hambrienta y se dejó los dientes en el intento. Cuando más tarde se quiso esclarecer quién tenía las responsabilidades de aquel desastre que costó la vida a más de diez mil hombres, el famoso telegrama desapareció de los cajones de la comandancia y nadie pudo probar que Alfonso XIII supiera una palabra del asunto.

Y es curioso... Aunque parezca imposible, durante los meses que precedieron al desastre en Melilla vivíamos de espaldas a la guerra. En el burdel, de espaldas a la ciudad. Nadie pensaba que la noche se acercaba para oscurecerlo todo.

Doña Rosita despidió a una chica que se había quedado encinta y a otra que, por no tener cuidado, había cogido las purgaciones. Eran las dos únicas cosas que temíamos: un embarazo o una enfermedad venérea. Los disparos o las escaramuzas militares daban un poco igual. Al fin y al cabo, aquella era una ciudad que había vivido en pie de guerra durante los últimos cuatro siglos y la gente se había acostumbrado. Hasta yo, que solo llevaba tres años en Melilla, me había hecho a la idea de que cualquier cliente asiduo dejara de frecuentar la casa porque lo habían matado en un paraje perdido del Rif. De hecho, aquel teniente con el que me estrené en el oficio, había muerto esa misma primavera, mientras iba en una aguada, una de esas columnas que cada dos días tenían que salir de los blocaos a pecho descubierto para abastecer a la guarnición de agua, que nadie ha conseguido explicar nunca por qué se construían las fortificaciones en sitios donde no había una gota de agua... Claro que los españoles nunca pensaron que los rifeños pudieran sitiarlos en sus puestos defensivos, por eso se instalaban en colinas y alcores desde los que poder disparar fácilmente, y no se daban cuenta de que en las mismas laderas de esos montículos, entre las chumberas y los matorrales, se escondía un ejército cada vez más numeroso, y que esas tribus de andrajosos sin ninguna formación militar tenían ahora un jefe capaz de unirles en la lucha de un objetivo común: muerte al español.

Todo eso lo sabemos ahora, cuando ya no se puede hacer nada. Entonces, hasta el propio Silvestre pensaba que Abd el-Krim era un fantoche y que nunca podría conseguir lo que consiguió. Por eso recibíamos las noticias de los ataques como si fueran escaramuzas sin importancia. Los oficiales cantaban borrachos hasta las tantas y las chicas les reían las gracias, mientras la bolsa de doña Rosita crecía con la misma rapidez que mi amistad con el inglés.

Ahora lo pienso muchas veces.

¿Cómo pudo ser que nadie se diera cuenta de lo que ocurría?

Y sin embargo, es cierto; Melilla se cerraba sobre sí misma como una tortuga que se esconde dentro del caparazón. Juanito Serra iba a los toros en su flamante automóvil, un Daimler que se había hecho traer de Londres, mientras su madre hacía pingües negocios con el suministro de madera. Los oficiales se reunían en el casino hasta altas horas de la mañana, jugándose el sueldo al bacará, y en los cuarteles se cursaban órdenes de suministro que nadie se molestaba en verificar. Todo el mundo parecía despreocupado. Las muchachas se cortaban el cabello a lo *garçon*, siguiendo la moda que hacía furor en Europa, y jugaban al *lawn tennis* en el Sporting Club. Sus madres desterraban el corsé. Se acortaban las faldas y los que tenían más dinero jubilaban los viejos coches de caballos, cambiándolos por veloces automóviles fabricados en Europa. En las páginas de sociedad de los periódicos se podía ver que algunas jóvenes de buena familia se casaban con apuestos tenientes en la iglesia de la Purísima, mientras en el balneario de San Lorenzo se ponían de moda los baños de mar, que eran buenos para la salud y hasta los militares se dejaban caer por allí con sus bañadores alquilados y el cuello achicharrado por el sol de los cantizales del Rif. Eso es lo que recuerdo, una sensación desbordante de prosperidad y calma, de pacífica coexistencia entre una burguesía incipiente y el eterno estamento militar, a cuya sombra crecían los prominentes negocios del juego, la industria de licores, los cafés cantantes, los hoteles, los teatros y la prostitución.

Ningún mal presagio. Ningún temor. Seguramente se trataba de la calma que precede a la tormenta. Las tribus rifeñas causarían el mayor desastre desde la época del general Pintos, pero los españoles estaban en babia y no se dieron cuenta de lo que se estaba fraguando a pocos kilómetros de Melilla.

Una tarde calurosa.

Gerald y yo estábamos tumbados en su cama, medio desnudos, bebiendo té y fumando cigarrillos de un sabor tan áspero como la realidad. No había nadie más en la habitación, aunque el tragaluz de la puerta estaba abierto y cualquiera podía escuchar desde el pasillo. No sé muy bien cómo llegamos a hablar de la guerra.

—¿Tú crees que Abd el-Krim tiene razón? —pregunté.

Gerald dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo hacia el techo. Estábamos echados boca arriba, los cuerpos paralelos e inermes, sudorosos. Hablábamos en voz baja, con pereza y lentitud.

—¿Abd el-Krim? —repitió pensativo Gerald—. Tengo la impresión de que no es

un fanático ni un oportunista.

Me di media vuelta y le miré con curiosidad.

—Pero los españoles hablan muy mal de él. Dicen que es un vendido, que le dieron trabajo en *El Telegrama del Rif* y en la Oficina de Asuntos Indígenas, y luego les traicionó y se fue a Alhucemas con su hermano, a crear un harca muy grande con la que piensa invadir Melilla.

—Eso parece poco probable —dijo él—. Supongo que Melilla no está dentro de sus planes. No creo que sueñe siquiera con esa posibilidad.

Gerald miraba al techo. Una columna de humo blanco salía de su boca y se iba disolviendo antes de rozar las tulipas de la lámpara de cristal.

—Aunque si lo hiciera, estaría en su derecho —dijo pensativo.

Yo puse cara de no entender gran cosa. Gerald apagó la colilla en un cenicero y añadió:

—Abd el-Krim es rifeño, está en su tierra, tiene el derecho y la obligación de defenderse contra cualquier amenaza de invasión. Hasta la fecha no ha demostrado que sea un criminal, ni un ladrón, ni un asesino de niños. ¿No le gusta ver españoles en el Rif? Me parece justo. A los españoles tampoco les gustó cuando Napoleón les invadió. Se alzaron en armas, echaron a las tropas francesas y se llamaron a sí mismos patriotas. Abd el-Krim, a su modo, también es un patriota. Porque dime, ¿qué pintan los españoles en Marruecos? Solo cumplen el penoso papel de cancerberos. No creo en las colonizaciones. Nunca han dado resultado. Llega un país desarrollado, invade a otro deprimido y atrasado con la disculpa de llevarlo por el camino del progreso, y al final, después de las guerras y revueltas, ¿qué ocurre? Unos son más pobres que nunca y los otros también. Las guerras cuestan vidas, dinero y llenan de maldad el corazón de los hombres.

—¿Qué es un cancerbero? —preguté.

Gerald soltó una carcajada, se volvió también y, acariciándose la mejilla con gesto cariñoso, respondió:

—Un cancerbero es un guardián, un perro de tres cabezas que vigila la entrada a los infiernos. —Luego añadió con tono mucho más serio, mientras clavaba la mirada en algún punto de la pared—: Algún día, esta tierra se convertirá en un infierno para los españoles. Creo que no les conviene mantener su presencia militar en Marruecos. No después de Cuba y Filipinas. ¿Qué van a conseguir? No tienen capacidad para impulsar el desarrollo, apenas pueden construir escuelas, dispensarios o carreteras. España no es un país rico, no puede afrontar las labores que exigiría una colonización como Dios manda. Pero está ahí porque a las otras potencias les interesa, España es una especie de nivelador de fuerzas, una de esas medidas que se ponen en las balanzas para equilibrar el peso, ¿sabes? Y además resulta un rival débil, al que podrán quitarse antes de en medio si las cosas no salen como ellos quieren.

—¿Quiénes? ¿Los franceses?

Gerald echó la sábana hacia un lado y se incorporó, apoyando la espalda en el

almohadón, mientras continuaba hablando con un tono de voz excitado.

—No solo los franceses. ¿Cómo podría explicarte en pocas palabras lo que está pasando con Marruecos? Verás, pequeña, en el fondo se trata de cuestiones estratégicas: yo me quedo con tal país y a cambio dejo que tú te quedes con tal otro. Un reparto, ¿entiendes? Aunque no lo parezca, media Europa tiene los ojos puestos en el norte de África. No creas que es una novedad. Ingleses, franceses y alemanes llevan mucho tiempo desplegando sus redes sobre el territorio norteafricano. En el caso de Inglaterra, te diré que mi país tenía desde siempre una situación privilegiada respecto a Marruecos y que la ayuda de los británicos a los diferentes sultanes les había hecho ser los candidatos más idóneos para ejercer el Protectorado. Pero le cedieron ese privilegio a Francia. ¿Por qué? Para sellar una amistad y una colaboración mutua frente a la Alemania del káiser. Alemania era un estorbo y un peligro para ambos. Así que ingleses y franceses firmaron un acuerdo en 1904, por el que se dejaba a Francia en situación de llevar a cabo sus propósitos en Marruecos, a cambio de que Inglaterra hiciera lo propio en Egipto. En las conversaciones de estos dos países se barajaba la posibilidad de contar con Italia y España, así que dejaron que los italianos se ocuparan de Libia y a los españoles, presentes desde varios siglos atrás en plazas norteafricanas de privilegiada situación estratégica, como Ceuta o Melilla, les adjudicaron una zona de influencia que luego se ratificó con un tratado franco-español en octubre de 1904. España no tenía capacidad colonial específica pero aceptó, por una cuestión de orgullo, por no quedarse fuera del reparto de las potencias occidentales. Desde ese mismo momento no ha hecho otra cosa que perder fuerza y prestigio internacional. Y así hemos llegado hasta el momento actual. España no sacará nada de esta guerra. Puedes estar segura.

—Y entonces, ¿por qué está aquí la mayor parte del ejército?

—Creo que ni ellos mismos lo saben.

Me di cuenta de que Gerald no sentía mucha simpatía por ninguno de los países que había mencionado, incluido el suyo. Se levantó de la cama, encendió un nuevo cigarrillo y se paseó desnudo por la habitación. Era muy blanco, con la piel cuajada de lunares. Yo tenía ganas de pasar la yema de mis dedos por aquellas pequeñas manchas que eran como estrellas apagadas en un cielo blanco. Pero él estaba obsesionado con las estrategias militares.

—Mira, a Inglaterra no le viene bien que Francia se instale en el norte de Marruecos porque podría llegar a controlar el Estrecho, y tenemos Gibraltar al otro lado; por eso quiere mantener la presencia de España en la zona costera. Francia se quedaría encantada con la totalidad del Protectorado, pero se ve obligada a negociar, precisamente por la política de alianzas que mantiene con los ingleses frente a Alemania que, a su vez, trata de defenderse como puede del cerco al que la someten los Aliados después del Tratado de Versalles. ¿Qué piensas que ocurriría si los alemanes consiguieran reforzar de nuevo su posición?

Yo me encogí de hombros. Sabía que los alemanes habían perdido una guerra,

pero no tenía ni idea de cómo había ocurrido, ni quiénes eran los contendientes de uno y otro lado. Deseaba con todas mis fuerzas que volviera a la cama, a mi lado. Deseaba recorrer aquellos lunares y contarlos como contaba estrellas en las noches del aduar, cuando era una niña llena de miedo y no podía dormir. Las estrellas siempre me tranquilizaban.

Alguien encendió una luz en el pasillo. A través de los cristales de la puerta se vio una silueta que pasaba frente al cuarto y se detenía durante un momento. Gerald siguió fumando, recorriendo la habitación nerviosamente y hablando con una extraña vehemencia:

—Una nueva guerra en Europa, eso es lo que ocurriría. Un día u otro, Alemania pasará factura de su derrota. Y no se le pueden facilitar las condiciones para que se fortalezca económicamente. Los Aliados siguen considerando que Alemania es un enemigo en potencia. Pero, mira por dónde, resulta que los alemanes también tienen puestos sus ojos en el norte de África. Llevan mucho tiempo intrigando en la zona. Desde hace años están entregando armas a los rebeldes, tanto en el Yébala como en el Rif. Tánger es un nido de espías alemanes. Y Melilla también, aunque te cueste creerlo. Los alemanes son más prácticos que los franceses y los españoles. Nada de guerras, ni de protectorados, ni de puñetas. Minas, es lo único que les interesa. Los Mannesmann, unos ricos industriales de la cuenca del Ruhr, consiguieron concesiones a cien años de Abd el-Krim padre, aunque el sultán no las ratificó luego. Y ahora andan detrás del hijo, para ver si con el caos de la contienda consiguen su propósito. Si Abd el-Krim cuenta con algún aliado secreto entre las potencias europeas, ese país es Alemania, puedes estar segura.

Recordé la reunión con el viejo *amghar* y no me gustó la coincidencia entre los recuerdos de aquella noche y lo que Gerald me estaba contando.

—Y los españoles —pregunté, recordando la entrevista—, ¿son amigos de los alemanes?

—No en lo que se refiere al Rif, pequeña.

—Pero también tienen minas en Marruecos.

—¿Y...?

—Que si quieren comer del plato, no deberían tirar la comida al suelo.

Gerald se rió de nuevo.

—Tienes razón —dijo—. Pero me parece que ellos no poseen tu sentido común.

Me senté en la cama y lo miré. Estaba parado ante mí, excitado por la conversación y eso hizo que me sintiera halagada, como si de pronto me hubiera convertido en su igual. Por un momento había dejado de ser la pobre mestiza hambrienta, la pequeña puta de la calle General Buceta, y me había transformado en una persona que puede conversar con un extranjero culto e instruido, un hombre que sabía tantas cosas sobre el mundo y los lejanos países del otro lado del mar, que yo misma desconfié por un segundo de que la escena que estaba viviendo fuera real.

Me fijé en que habían vuelto a apagar la luz del pasillo y ya no se veía a nadie al

otro lado de la puerta. Pensé que Max vendría a buscarme pronto. El tragaluz seguía abierto, pero en esos momentos no pensé en que nadie pudiera estar escuchando. Yo estaba muy preocupada por algo que había pensado mientras Gerald hablaba. Y decidí confiarle mis temores al inglés.

—¿Conoces un lugar llamado Wusht Sbâ? Debe de estar hacia el sur, cerca de Aknul.

—¿Es una aldea o un poblado? —preguntó él.

—Es una mina abandonada —respondí.

—Entonces es probable que nadie la conozca. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque un renegado alemán ha escondido en ese sitio muchos rifles y ametralladoras —contesté de un tirón—. Y tengo miedo de que ese lugar sea el mismo al que se fue mi amiga Milagros. Tú no la conociste, se marchó con un sargento de artillería antes de que vinieras, y me dijo que se iba a buscar una mina de plata que su padre había ganado durante una partida de cartas a uno de la Legión. El alemán que escondió las armas en ese sitio es un desertor de la Legión Extranjera. Ahora se ha hecho musulmán y mata a los franceses y les pone un papel clavado con un alfiler. Firma como El *hadj* alemán.

Gerald me miró con gesto de asombro y exclamó:

—¿A quién le has oído decir eso?

—A unos hombres que vinieron una noche.

Se había sentado a mi lado y sus ojos grises destellaban como puñales.

—¿Cómo se llama ese individuo? ¿Klemms?

—¿Lo conoces?

—¿Josef Klemms? —repitió bajando la voz.

—Sí, creo que se llama así. ¿Quién es?

—Un granuja que puede causar muchos problemas —respondió muy serio—. Ahora cuéntamelo todo desde el principio.

Y se lo conté.

Le confesé mis verdaderos orígenes y mi conocimiento del idioma de los rifeños. Le hablé del capitán de Policía Nativa y del viejo *amghar*, del albino que hacía de intérprete y de la posibilidad de que los civiles alemanes y el militar español hubieran llegado a un acuerdo para capturar a Klemms.

Cuando acabé de hablar se había hecho de noche por completo. El pasillo seguía a oscuras y en la planta baja se empezaron a oír voces. Gerald parecía sumamente preocupado. Me cogió de ambas manos y me hizo prometer algo:

—Pase lo que pase no le cuentes a nadie, a nadie, ¿comprendes?, lo que acabas de decirme.

Se lo prometí.

Entonces el inglés me confesó el verdadero motivo por el que había venido a Melilla.

—Pronto tendré la ocasión de hacer algo que ningún periodista extranjero ha

conseguido hasta ahora: entrevistar a Abd el-Krim y fotografiar su campamento. Estoy esperando a un enlace que me llevará hasta allí.

El corazón me dio un vuelco. La idea de que el inglés se pudiera marchar para siempre me atenazó la garganta. Las estrellas dejaron de lucir en el firmamento y la noche volvió con sus terrores infantiles. No pude decir una sola palabra, pero me sentí muy mal, repentinamente enfadada por la sensación de que nuestra amistad era mucho menos importante de lo que yo creía. Volví a tener una confusa impresión de desamparo, la misma que había sentido cuando mi madre murió.

El rostro de Gerald permanecía en sombras, pero noté que me miraba y se daba cuenta de que yo estaba llorando. No me consoló, se vistió rápidamente con una de sus chilabas y encendió la luz. Cuando parecía que nuestra conversación había terminado, abrió una de las maletas que había bajo la cama, sacó un paquete y me lo entregó.

—Hazme un favor. Guarda estas cosas hasta que yo regrese. Escóndelas en algún sitio donde nadie las pueda ver.

El piano de Max comenzó a sonar. Esta vez fue doña Rosita la que vino a buscarme para que bajara al salón.

Guardé las cosas de Gerald debajo del colchón de mi cuarto y me olvidé de ellas durante varios días. Él tampoco volvió a hablar del asunto, pero los dos sabíamos que ese gesto era un pacto secreto: la promesa de que el inglés pensaba volver.

Entre las cosas que Gerald me había dado para guardar, estaban sus cuadernos de tapas de hule. Holbrooke escribía siempre en inglés, por lo que ni yo, ni nadie en la casa, excepto Max, podía entender una palabra de lo que allí se decía. También me dejó un estuche de metal en el que guardaba sus placas fotográficas. No le pregunté qué había escrito en esos cuadernos, simplemente me gustaba pensar que eran algo muy importante para él y que yo tenía uno igual.

Por aquellos días Max estuvo más raro que de costumbre. Varias veces le vi maldecir por lo bajo y salir de la casa precipitadamente, como a escondidas. Doña Rosita parecía ignorar su extraño comportamiento y yo no dije una palabra, pero pensé que Max estaba metido en algún lío.

A mediados del mes de junio, un domingo, le vi entrar en un portal de la Ciudad Vieja.

El inglés se había ido. Yo me sentía huérfana. Las palabras ya no se juntaban unas con otras. Nada tenía sentido.

Me había levantado pronto y había salido a dar un paseo. Debían de ser las ocho o las nueve de la mañana. El sol asomaba por el Pueblo, entre el torreón de la Cal y el fuerte de la Marina, todavía bajo y tibio. La ciudad estaba medio dormida, las aceras vacías y los comercios cerrados. Caminé durante un buen rato por los alrededores del parque Hernández, entre los nuevos edificios modernistas que estaba construyendo un arquitecto llegado de Barcelona que se llamaba Enrique Nieto y había sido discípulo de Gaudí, aunque entonces yo no tenía ni la más remota idea de quién era Gaudí, pero se lo había oído comentar con petulancia a la dueña del burdel, que siempre trataba de parecer más de lo que era y solía coger datos de aquí y de allá, para luego presumir ante los oficiales más cultos. Supongo que no lo hacía solo por vanidad personal, sino también por crear ese famoso ambiente distinguido con el que pretendía, a toda costa, disfrazar su condición de corredera.

La verdad es que algunos tramos del barrio de Reina Victoria y de Gómez Jordana eran un prodigio al que todavía yo no me había acostumbrado. Melilla era África, pero no lo parecía. Esas calles anchas y rectas, que bordeaban la plaza de España y el parque Hernández, parecían idénticas a las postales ilustradas de París y los edificios resultaban majestuosos, llenos de voladizos y arcos, de balconadas, de miradores repujados, todo de una elegancia tan rebuscada que hacían que me sintiera miserable y pequeña.

Pasé por la Comandancia General, en la calle Luis de Sotomayor. Todavía no habían quitado la alfombra roja del desfile del día anterior. La Casa Boix había puesto un cartel por el que el comercio pasaba a llamarse El Postal Moderno y las torretas gallonadas del edificio de La Reconquista asomaban relucientes y rojas tras los tejados de la calle Granada. Estaban abriendo el quiosco de La Peña. Un muchacho voceaba los periódicos de la península en la puerta..., *La Voz, El Sol, La Corres, ABC...*, mientras repicaban a lo lejos las campanas de la iglesia de la Concepción y al otro lado del baluarte de San José se oía formar a los soldados a golpe de corneta.

Me dirigí hacia la parte vieja de la ciudad. En el túnel de Santa Ana, antes de llegar a la calle de la Maestranza, se veían algunas mujeres cubiertas con mantones negros que se dirigían hacia la capilla del Apóstol Santiago. Recuerdo que subí por los Aljibes y luego deambulé sin rumbo, entre callejas estrechas y empinadas por las que corrían pequeños regueros de agua sucia.

Los domingos era el único día que me gustaba ir allí. El antiguo recinto amurallado se transformaba de tal modo que parecía contagiado de una pureza poco habitual. Los sucios chiscones que por la noche eran tascas y cantinas permanecían cerrados a cal y canto, los soldados reclusos en los cuarteles, las prostitutas de dientes carcomidos dormían en sus tabucos de la calle del Horno, mientras en el interior de las viviendas se oían voces, quejas, canciones y un incesante ir y venir de cacharros invisibles que barrían el aire hasta dejarlo limpio de cualquier pecado. Yo recorría las calles intentando descubrir el secreto rumor que surgía de las casas humildes y que entonces, infeliz de mí, me parecía un universo inalcanzable y misterioso en el cual nunca podría penetrar.

Alguien vació una palangana sin previo aviso. El líquido se estrelló contra el empedrado y salpicó a un gato que devoraba restos de pescado junto a una esquina. El gato salió corriendo y yo me encaminé hacia el torreón del Bonete, desde donde se veía el mar.

En la calle Alta olía a pan recién horneado y a sofrito de guiso dominical. De las ventanas colgaba la ropa de los pobres, gastada por el uso y ennegrecida por el sudor. Había sábanas mojadas con orines que se ventilaban sobre el alféizar y pequeñas fresqueras cubiertas de tela metálica que clareaban alimentos de aspecto poco saludable. Las moscas se pegaban a los alambres como si pudieran traspasarlos. Al otro lado de los muros desconchados por el tiempo existía un redoblado ímpetu que yo identificaba con la vida misma, aunque no era más que miseria llevada a sus últimas consecuencias, llanto de niños hambrientos, deterioro y podredumbre. Pero algo en mi interior me hacía verlo con otros ojos. Mi mirada glorificaba aquel mundo laborioso y humilde, convertía las tétricas casas de la Ciudad Vieja en un repentino albergue de la felicidad. Recordaba a Milagros, tan dichosa con su sargento de artillería, y trataba de imaginar cómo era la vida de aquella gente, qué pensaban las muchachas de mi edad, qué vestido se pondría esa chica morena a la que había visto recoger las enaguas de un balcón en la plazuela del Veedor, o qué sentía cuando la besaba su novio en la penumbra del portal. Soñaba con inocentes ejercicios de suplantación, durante los cuales me imaginaba siendo cualquiera de esas mujeres y haciendo lo que ellas, las tareas de la casa, el trabajo de costurera, de dependienta o de planchadora, mientras un hombre cariñoso me rodeaba con sus brazos y me prometía compañía y cuidados para el resto de mis días.

Era un sueño pueril e inofensivo.

Luego recordaba mi condición, y me consolaba a mí misma pensando que ninguna de aquellas mujeres que envidiaba en secreto podría saber lo que yo sabía

respecto a los hombres, que Gerald ni siquiera las miraba al pasar a su lado y que mis sábanas, en contra de lo que pudiera parecer, estaban más limpias que las suyas. Era mi consuelo, qué le vamos a hacer.

Al salir del callejón de San Antón, en la plaza de Doña Adriana, vi una silueta fugaz, que dobló rápidamente la esquina y entró en un portal. Me pareció que era Max, pero no estaba segura. Al pasar junto a la casa, vi que una de las ventanas de la planta baja estaba abierta. Hacía viento y las cortinas, sucias y deshilachadas, flotaban en el aire. Se oía discutir a dos hombres en el interior. Me paré en seco al comprobar que una de las voces era la de Max.

—No lo haré —decía—. Nunca haré lo que me pides. Es imposible.

—No te queda otro remedio, estúpido viejo —respondió el otro con una voz cascada y contenida, como el ladrido de un perro rabioso.

—¿Pero no te das cuenta de que es muy peligroso, que me juego la vida?

—Ya será menos. ¿Quién va a sospechar de ti?

—Cualquiera. En una casa como esa no se puede pasar inadvertido.

—¿Ah, no?

—Te lo aseguro. Me cogerán.

—Hazlo —dijo el hombre con determinación.

Me quedé paralizada. Las piernas me temblaban de miedo. ¿Qué era aquello tan peligroso que tenía que hacer el pobre Max? ¿Quién era el hombre de la voz cascada y qué poder tenía sobre él? Esperé unos segundos, pero no se oyó nada más. Alguien cerró una puerta de golpe. Una mujer se asomó a la ventana, corrió las sucias cortinas y me miró con desconfianza. Entonces oí unos pasos en el interior del portal y luego vi a un tipo que salía a la calle y que también se me quedó mirando. Era muy moreno, de ojos brillantes y rasgados, como los de un negro. En la parte alta del pecho, casi a la altura del cuello, tenía un tatuaje en forma de escorpión que se movía cada vez que él tragaba saliva. La mujer de la ventana y ese individuo cruzaron una mirada significativa. Luego el hombre hizo un gesto con la cabeza que señalaba hacia mí. Tuve que fingir que me colocaba bien las medias, es lo único que se me ocurrió. Llevaba un vestido fino, de flores, con el cuello de organza y un ribete alrededor de las solapas. Era muy bonito y me sentaba muy bien. La falda se pegaba a los muslos al andar y sé que los hombres me miraban cuando les daba la espalda. Me levanté ligeramente el bajo, hasta la altura del muslo, y simulé estirar las medias y recogerlas en cada una de las ligas. El hombre se quedó contemplándome, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

Yo también le miré. Sabía hacerlo. Encendió el cigarrillo, sonriendo con la boca torcida y los ojos brillantes. Me bajé la falda con lentitud y eché a andar hacia la calle Ledesma, justo cuando en el portal se oyeron unos nuevos pasos que temí fueran los de Max. No quería que me viera, así que doblé la esquina, subí rápidamente por la calle San Miguel y pasé bajo el arco que llevaba a la calle de la Iglesia.

En el suelo empedrado de la calleja escuché el sonido de unas botas. Apreté el

paso. Las pisadas se hicieron más contundentes. Miré hacia atrás y no vi a nadie. Pero sabía que me estaban siguiendo.

Llegué a la entrada de uno de los baluartes. Traté de ir más deprisa, sin correr, doblando por los túneles desiertos y húmedos en los que no se veía un alma. De pronto pasó un camión militar y los soldados gritaron una sarta de obscenidades. El griterío tuvo el efecto de tranquilizarme. Al salir por el foso del Hornabeque, me topé con el hombre del tatuaje. Estaba recostado contra la pared, esperándome.

—¿Adónde vas tan deprisa, preciosa? —dijo con su inconfundible voz cascada.

—A misa —respondí, pasando de largo.

Él me alcanzó, me cogió por un brazo y me empujó contra la pared.

—¿Con ese culito?

Puso sus manos sobre mi culo y me atrajo hacia él. Olía a sudor.

—¿Crees que en la iglesia van a poder apreciar esta grupa de yegua joven que pide a gritos una buena fusta?

—Déjame o grito —dije con un hilo de voz.

No lo hizo. Me cogió por la cintura con una mano, se desabrochó los pantalones con la otra, y allí mismo, contra la pared, se restregó contra mí sin ningún miramiento, mientras a lo lejos, en el torreón del Vigía de Tierra, la silueta de un centinela iba y venía sobre un fondo azulado.

No sé por qué, nunca he comprendido por qué, pero me sentí más sucia y más humillada de lo que me había sentido nunca en el burdel.

Cuando llegué a casa Max ya estaba allí. Hablaba con doña Rosita en el vestíbulo y los dos se me quedaron mirando como si trajera escrito en el rostro lo que acababa de suceder.

—La pequeña Lucía se ha tropezado en su paseo matinal con un fantasma —dijo Max viniendo hacia mí.

—Déjame en paz —dije.

Y me encerré en mi cuarto.

Por la noche Max tocó el piano, como siempre, aunque parecía preocupado y de vez en cuando se equivocaba de canción. Vinieron varios hombres, pero no me fui con ninguno de ellos. Estuve hablando todo el tiempo con un chico de Málaga que se llamaba Antonio Soler y que estaba empeñado en contarme cómo había muerto un amigo suyo.

Seguí estudiando yo sola.

Gerald me había enseñado lo fundamental y ahora era cuestión de continuar practicando. Seguía el catón y escribía cada mañana una página completa en mi cuaderno de tapas de hule.

Me volví huraña y malhumorada. El inglés había dejado una herida en mi corazón. No miraba a los hombres como antes; los militares españoles me parecían vulgares, su conversación aburrida, y ya no sentía curiosidad por ninguna de las cosas que pudieran contarme. Primero fue mi madre, después Milagros y ahora el inglés. Todos se marchaban, todos me abandonaban.

Una vez le pregunté a Max si él sabía dónde estaba el campamento de Abd el-Krim. Max, que andaba como yo un poco trastornado, me miró con asombro cuando hice esa pregunta. Luego se quedó pensativo, se quitó los lentes y dijo con mucha calma:

—No debes preocuparte. El inglés llegará sano y salvo al campamento.

Max no tenía por qué saber que Gerald estaba allí. Lo que son las cosas, si entonces hubiera sido más lista, si me hubiera dado cuenta de esa extraña coincidencia, quizá nos habríamos ahorrado muchos sufrimientos.

Una tarde, cuando doña Rosita vino a buscarme para que bajara al salón, me encontró llorando.

—¿Qué te pasa, pequeña? —preguntó mirándome muy seria—. ¿Estás enferma?

Negué varias veces con la cabeza. No podía dejar de llorar. Entonces ella se sentó sobre la cama. Me cogió de la barbilla y me obligó a levantar la cara.

—¿Echas en falta al inglés?

Asentí entre sollozos.

—Vaya, veo que tú también has caído en la trampa.

Parecía muy preocupada por mí.

—¿No te habrá prometido nada?

Pensé que se refería a algo concreto, como sacarme del burdel o algo así.

—No es eso —respondí—. Solo quiero que todo vuelva a ser como antes.

—No te hagas ilusiones. Los hombres como él nunca se quedan mucho tiempo en ningún lugar.

—Pero Gerald tiene que volver.

Doña Rosita sonrió.

—¿Eso te ha dicho? Eres demasiado niña. No lo hará.

—Sí lo hará —grité—. Tengo algo que es muy importante para él.

Me levanté furiosa y la empujé hacia un lado. Luego desplacé el colchón y le mostré el paquete que Gerald me había dado.

La patrona miró el bulto durante unos instantes, luego se agachó y lo abrió. Al ver las placas fotográficas su cara se volvió gris. Allí estaban las fotos de Ahmed y las mías, pero también había imágenes de instalaciones militares, del aeródromo y de las baterías costeras.

—¿Estás loca? ¿Quieres que nos metan a todos en la cárcel?

—¿Por qué nos iban a meter en la cárcel? Solo son fotos.

—¡Fotos! —exclamó—. Si te pillan con esto en las manos, te acusarán de espionaje. Menuda Mata Hari estás tú hecha. Vamos, ven conmigo. Tenemos que

poner estas cosas en un sitio seguro.

Bajamos a la despensa.

Doña Rosita me indicó que la ayudara a correr una de las artesas. Luego levantó una gruesa baldosa de barro con un atizador que colgaba de la pared. En el suelo había un pequeño agujero de tierra que quedó al descubierto. Metimos allí las cosas de Gerald y rápidamente volvimos a ponerlo todo como estaba. Después cogió un puñado de ceniza de un caldero de cobre y lo esparció por el suelo para borrar las huellas.

Allí quedaron. Las placas. Mis fotos. Las de Ahmed. Y aquellas otras que nada tenían que ver con nosotros, las que debían de ser verdaderamente importantes porque le daban mucho miedo a doña Rosita. Allí se quedaron los diarios también. Aquellos cuadernos negros con tapas de hule. Llenos de una letra apretada que llenaba cuartilla tras cuartilla y en cuyos estrechos márgenes seguía habiendo anotaciones y, a veces, algún dibujo que era lo único que yo conseguía entender.

Allí.

En la despensa de una casa de putas. En la calle General Buceta.

Fue también por esos días cuando cambié de opinión sobre Juanito Serra.

No sé de dónde sacaba doña Rosita el valor para tratarlo como si fuera un apestado, pero la verdad es que era inflexible, jamás se apiadaba, y eso que Juanito se gastaba en la casa grandes sumas de dinero, en beber sobre todo, y en invitar a sus amigos, solo por eso lo aguantaba y le hacía el paripé, sobre todo cuando venía con algún mandamás de intendencia.

A los militares tampoco les gustaba el pobre Juanito, pero se ve que su madre tenía negocios con la comandancia y algunas noches aparecía por la casa acompañado de los militares que manejaban los suministros de la tropa. Venían cuando cerraban el casino, y entonces doña Rosita tenía que ponerle buena cara y dejar que manoseara a alguna chica. Pero cuando llegaba el momento de la verdad, le hacía saber discretamente que nada de nada, y entonces el pobre Juanito se ponía espeso y ya sabíamos todas cómo acabaría la cosa.

A mí cada vez me daba más pena, la verdad. Un día me quedé con él en el salón, mientras sus amigos subían a las habitaciones, charlando y aguantando el chaparrón. Me contó que su madre era una bruja, que le había amargado la juventud y que deseaba verla muerta para que se la comieran los gusanos por dentro y por fuera. A mí me pareció terrible, pero pensé que muy buena madre no debía de ser cuando su hijo la odiaba de esa manera y entonces Juanito se empeñó en que le acompañara a su casa, para que viera con mis propios ojos que todo lo que me estaba contando era cierto.

Eran las cuatro o las cinco de la mañana. Estaba a punto de amanecer. La mayor parte de los clientes ya se habían ido y doña Rosita dormitaba sobre la mesa de la

entrada. Juanito se fue hacia ella y le espetó:

—Me llevo a Lucía a casa de mi madre.

Doña Rosita dio un respingo y, como era de esperar, se negó en redondo.

—Mi sobrina no se puede ir contigo. Sabes de sobra que...

—Es domingo, madame —dijo cogiéndome de la mano y empujándome hacia la puerta—. Dele a la chica el día libre. Le juro que se la traeré sana y salva.

Doña Rosita no reaccionó a tiempo y yo tampoco, así que me vi subida en el Daimler, mientras Ahmed nos miraba con gesto impasible desde la entrada.

Aquella noche Juanito estaba más serio que de costumbre. En pocos minutos llegamos a su casa, un edificio de dos plantas en la calle del General Marina, frente por frente con el parque. La casa tenía una hermosa verja de hierro y un jardín delantero en el que había palmeras, buganvillas de flores anaranjadas y un estanque.

Las luces estaban apagadas. Abrió la verja, metió el automóvil y lo dejó junto al camino de grava, cerca de la entrada principal. Me hizo salir. Yo sentía un extraño temor, aquello me parecía absurdo, pero la curiosidad me empujó a seguirle. Dimos la vuelta a la casa y Juanito abrió la puerta trasera. Entramos en un corredor oscuro y luego fuimos a parar a la cocina. Era muy grande. Los fogones estaban relucientes y olía a lejía.

—Ven por aquí —dijo tomando una lámpara encendida que había sobre el aparador.

Caminamos casi a oscuras por la planta baja y luego subimos a tientas unas escaleras que debían de llevar a los dormitorios. Me sentía como si fuéramos ladrones; entramos en una habitación grande y, en la penumbra, vi a una mujer rubia que yacía dormida, con el pelo enredado sobre la almohada. Por la boca entreabierta salía un breve ronquido y su mano, desmayada sobre el embozo de la sábana, temblaba ligeramente, agitada por breves sacudidas. Me acordé de pronto de un nombre que me aterrorizaba cuando era niña, Aisha Kandisha, la *thayenith* rubia que visita a los hombres por la noche, los seduce y les hace enloquecer. Todas las madres rifeñas asustan a sus hijos con ese espantoso personaje que tiene pies de cabra. Durante la mayor parte de mi infancia pensé que Aisha Kandisha había sorprendido a mi padre durante el sueño y por eso él era malo con nosotras y se comportaba como si estuviera embrujado. Al ver a la madre de Juanito, quizá influida por la amargura con la que su propio hijo hablaba de ella, recobré ese oscuro temor infantil, esa sensación de que al dormir estamos totalmente indefensos y es entonces cuando las fuerzas del mal pueden atravesar nuestros cuerpos y convertirnos en demonios.

Salimos en silencio de allí. Juanito me llevó a la terraza del Club Marítimo, desde donde vimos amanecer sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra.

Cuando abrieron el bar, entramos y pedimos un chocolate caliente. Las gaviotas revoloteaban sobre el puerto y en el cargadero de mineral los barcos empezaban a maniobrar para llenar sus enormes vientres con el hierro de las minas del monte Uixan.

Después me llevó de vuelta al burdel.

Parecía más enfermo y más cansado que de costumbre, pero por primera vez desde que lo conocía vi el rostro oculto de Juanito Serra, y comprendí que se comportaba como un payaso para sofocar el odio que sentía. Aquella noche yo también lo había notado en la oscuridad de su casa, la viscosidad se me había pegado a la ropa, había percibido el clima irrespirable de la falta de algo o del exceso de algo, no sé cómo explicarlo, una especie de dolor intenso que no tenía forma precisa, pero que se hacía sentir, como las piernas peludas de Aisha Kandisha.

Ese mismo día Max apareció muerto sobre su cama.

Hay recuerdos que desaparecen sin que podamos conservar un simple hilo del que tirar para que vuelvan a ser visibles. Otros son como losas, siguen ahí, año tras año, día tras día, nada ni nadie puede borrarlos.

Fue Juanito Serra quien me ayudó cuando cerraron el burdel. Recuerdo la confusión, el cadáver de Max con el cuello cortado y un reguero de sangre cubriendo la cama, la policía revolviéndolo todo, doña Rosita tratando de mover sus múltiples influencias y finalmente la orden del juez de instrucción, un precinto atravesando la puerta, ni siquiera pudimos recoger nuestras cosas, un atado con lo más imprescindible, y luego las detenciones; Ahmed huyendo por una de las ventanas traseras, y la dueña, con sus joyas y su sombrero de plumas, protestando a voces, un barullo tremendo, alguien que me decía tú no, pequeña, te harán demasiadas preguntas, desaparece durante unos días, busca a Juanito Serra y que te esconda.

Los periódicos de la época publicaron muchas cosas sobre el crimen de la calle del General Buceta. Unos dijeron que Max era húngaro y que estaba envuelto en asuntos de espionaje, otros que le había asesinado Ahmed, que los dos eran homosexuales, algunos echaron la culpa a la patrona, a la que también relacionaron sentimentalmente con el pobre Max, pero nunca se supo qué había pasado realmente. No volví a ver a nadie, porque esa pequeña catástrofe que había trastocado mi vida se complicó terriblemente en cuestión de horas y los muertos de Annual acallaron las noticias del asesinato de Max como si nunca hubiera sucedido.

Yo no viví aquellos espantosos días. No vi a la pacífica gente de Melilla correr hacia los barcos, soltar las amarras de los botes y salir a mar abierto intentando huir de un supuesto ataque de Abd el-Krim. No contemplé a los heridos, a los mutilados, a los que llegaban exhaustos después de semanas, contando mil atrocidades, ni oí los rumores sobre la muerte del general Silvestre, cuyo corazón decían que Abd el-Krim había arrancado con sus propias manos. No presencié la llegada de Millán Astray, con dos banderas del tercio, en aquel barco en el que venían Sanjurjo y un teniente coronel que se llamaba Franco, ni oí los aplausos cuando desembarcaron los legionarios, una salva de vítores que apagaba las arengas enardecidas que Millán Astray lanzó desde la toldilla del buque, mientras la sombra del Gurugú se hacía menos siniestra de lo que había sido en días anteriores. No pude estar presente cuando llegó el cadáver del coronel Morales, que Abd el-Krim devolvió a los españoles rindiéndole honores, porque era su amigo y le tenía gran respeto y consideración, ni supe qué había sido de aquel capitán de la Policía Nativa que se llamaba Alonso Llaguno, si realmente había salido a capturar a Josef Klemms, como le habían pedido los alemanes. No pude verlo, porque cuando sucedió todo eso, otro tipo de locura me había arrastrado a un lugar de la llanura de Gareb, entre Zeluán y Dar Drius, y allí me sorprendió el caos de la retirada de Annual. Sucedió como suceden a veces las cosas, de manera absurda e incongruente.

El pobre Juanito se portó bien. Fui a buscarle a la terraza del Club Marítimo y me ofreció su casa. Yo no quería ir, porque me asustaba lo que pudiera pensar su madre, que descubriera mi secreto y que quisiera entregarme a las autoridades como doña Rosita había hecho con Lili. Juanito me dijo que no me preocupara, que precisamente esa noche su madre daba una cena y que era una oportunidad estupenda para pasar inadvertida; iría en calidad de invitada, así nadie pensaría nada raro, me haría pasar por una amiga de Madrid y podría quedarme durante unos días, hasta que todo se aclarara. Al parecer, su madre salía de viaje justo al día siguiente, se iba a la península a resolver unos asuntos de negocios, y nos quedaríamos solos en la casa. Pensé que era mejor pasar la noche en cualquier fonda y en todo caso ir a casa de Juanito por la mañana, cuando su madre se hubiera marchado. Él dijo que no, que de ningún modo, los criados podían sospechar y la mejor solución era instalarme con todas las de la ley, sin dar la impresión de que andaba escondiéndome. Supongo que lo único que quería era ayudarme, pero tuve la impresión de que yo sola me metía en la boca del lobo. No tenía ningún otro sitio al que ir, ni amigo alguno al que pedir cobijo, así que seguí todas las recomendaciones de Juanito Serra con un nudo de incertidumbre en el pecho. Me llevó al barrio de los bazares y me compró un vestido verde claro, dos pares de medias, un chal de seda y una maleta pequeña en la que metí las cuatro cosas que había podido sacar del burdel.

Esperamos hasta la hora de la cena para aparecer en casa de Juanito. Me comentó que era mejor llegar en el último momento, así nos libraríamos de las preguntas molestas y su madre no tendría ocasión de argumentar disculpa alguna para librarse de mi presencia. Eso hicimos. Juanito aparcó el automóvil frente al portalón a las ocho y media en punto, justo cuando llegaban los primeros invitados.

Eran dos caballeros, uno de mediana edad, alto, corpulento, de aspecto marcial, y otro mucho más joven, que parecía un poco abrumado. Los seguimos a una prudente distancia. Juanito llevaba la maleta en una mano y me cogió por la cintura con la otra. En esos momentos, mientras avanzábamos por el camino de gravilla, me sentí súbitamente empequeñecida, de improviso volvieron mis temores infantiles y sentí que estaba penetrando en la morada de Aisha Kandisha, un lugar terrible y desconocido del que nunca más podría salir. Y entonces llegamos a la puerta de entrada y la vi. La madre de Juanito estaba de espaldas, a medio camino entre el vestíbulo y un amplio salón, en el que en ese momento entraban los dos hombres. Ella mantenía los brazos entreabiertos, como si empujara el aire para obligarles a avanzar. Juanito le dijo a la criada:

—Lleva la maleta de la señorita a la habitación de invitados.

Lo dijo en voz alta, como si quisiera advertir a su madre. Ella se volvió rápidamente, murmuró una disculpa, atravesó el vestíbulo y se acercó. Era una mujer mayor, pero bastante guapa todavía, de porte elegante y maneras altivas. No pude reconocer en ella a la persona que había visto una semana antes en la penumbra de su

dormitorio. Llevaba el cabello recogido, un traje largo, negro, con el escote de encaje y un pequeño abanico en la mano. Juanito se irguió sobre sí mismo, le besó la mano y dijo con tono firme:

—Madre, te presento a Lucía, una buena amiga de Madrid. Se quedará con nosotros unos días.

Ella me miró de arriba abajo, con desconfianza, y después lanzó una mirada interrogativa a Juanito.

—Ha venido a visitarme —respondió él rápidamente—. Hace mucho tiempo que esperaba que Lucía me hiciera este honor.

—Entonces, ¿es usted amiga de mi hijo? —su voz sonaba suspicaz. No obstante, me tendió la mano con una mezcla de frialdad y cortesía.

Asentí en silencio. No sabía qué decir. Estreché su mano enguantada, apenas un suave roce contra los negros dedos de raso, mientras oía con asombro la voz estridente de Juanito:

—Nos conocimos en Madrid cuando estuve enfermo, ¿recuerdas?

La madre hizo un gesto brusco, como si le molestara profundamente hablar de ese tema.

—Lucía se portó muy bien conmigo. Creo que ya te lo he contado. Me acompañaba por las tardes, dábamos reconfortantes paseos por el parque del Retiro, y a veces tenía la bondad de recibirme en casa de su familia, donde yo me sentía maravillosamente atendido. Lucía tiene una familia encantadora. Tres hermanas, todas guapísimas, aunque ninguna tanto como ella, una madre adorable y un padre que es un hombre cabal como he visto pocos.

La madre de Juanito parecía molesta con las explicaciones, pero cuanto más irritada estaba, más se explayaba su hijo en inventar una sarta de embustes como no he visto otra.

—Su padre es juez. Un hombre importante. Ya te hablé de él, ¿recuerdas? Está esperando que le nombren magistrado de la Audiencia Provincial, un cargo estupendo que se merece sin lugar a dudas.

—Bien, bien... —cortó impaciente la mujer—. Pues sea usted bienvenida a nuestra casa, querida.

Aquel «querida» sonó desconcertante, como un insulto, solo por el tono con que lo había dicho. El recuerdo de Aisha Kandisha volvió a atenazarme el corazón.

Me llevaron a la planta de arriba, a través de un camino que yo ya conocía, aunque ahora pude darme cuenta de la calidad de los muebles y de la elegancia con que se había decorado hasta el más insignificante rincón. Juanito entró con la criada en el dormitorio. Se comportaba de una manera poco habitual, correcta, dominando la situación, algo que nunca hubiera sospechado después de verle perder los papeles en el burdel casi todas las noches. Yo nunca había tenido ocasión de saber cómo era el mundo de los ricos, y por eso, desde que puse los pies en aquella casa, la insignificante figura de Juanito Serra adquirió un brillo especial que me hizo olvidar

por un instante todas sus actuaciones anteriores, sus borracheras, y las veces que doña Rosita lo había tenido que despachar con cajas destempladas.

Ahora parecía otra persona. Y quizá lo era. La complejidad humana es mucho mayor de lo que acertamos a imaginar. Juanito Serra me ayudó con la maleta, me mostró el baño, y me aconsejó cómo debía vestirme para la cena.

—Ponte el vestido que hemos comprado y el chal. Recógete el pelo. Quedará más elegante.

Luego él también fue a cambiarse y, unos minutos después, acicalados y temerosos, bajamos juntos al salón.

Era una estancia muy grande, dividida en varios ambientes. Por todas partes había espejos, cuadros con marcos dorados y divanes tapizados de seda. Allí me presentaron a los dos hombres que habíamos visto al entrar. Iban vestidos de esmoquin. El alto y corpulento se llamaba Uribe. El otro era un joven bastante apuesto que estaba en Melilla de paso y que, según dijeron, era geólogo. Nos sentamos y la madre de Juanito me ofreció una copa de jerez.

Era una escena ficticia, artificial, parecíamos personajes de una revista ilustrada. Me sentía violenta y a disgusto, pero procuré seguir las enseñanzas de doña Rosita y componer el mismo gesto remilgado que había visto docenas de veces en las distinguidas señoritas de la alta sociedad melillense, mientras trataba de hablar lo menos posible. Poco a poco, en cuestión de minutos, llegó el resto de los invitados: un teniente coronel que iba de uniforme, al que llamaban Barrios, y un banquero muy campechano y locuaz cuyo nombre no recuerdo. Yo era, aparte de la anfitriona, la única mujer. Eso hizo que me prestaran constantes atenciones y que tuviera que responder a más preguntas de las que hubiera querido.

—¿Así que es usted amiga de los Serra? —preguntó el banquero—. Y dígame, ¿qué la trae por Melilla?

Su actitud era correcta, incluso exageradamente paternal. Al principio, yo estaba tan confundida que Juanito tuvo que contestar por mí.

—Lucía ha venido a Melilla acompañando a unos familiares. Pasarán aquí un par de semanas. —Miró a su madre con intención y añadió—: Creo que entre todos podremos hacer que su estancia sea lo más grata posible.

—Eso si Abd el-Krim no lo impide —dijo entre risotadas el banquero—. ¿Ha oído usted hablar de ese malvado rebelde, señorita?

—Desde luego —respondí tratando de parecer lo que no era—. Pero creo que no hay el más mínimo peligro, ¿verdad? Dicen que el general Silvestre está avanzando posiciones y que muy pronto tomará el cuartel general de Abd el-Krim.

Mi respuesta causó cierta expectación y no poco asombro. Noté de inmediato que les sorprendió el hecho de que alguien como yo tuviera noticias de una próxima ofensiva militar. La madre de Juanito me lanzó una mirada torva.

—Vaya, veo que a pesar de su extremada juventud está usted muy bien informada de lo que pasa en Melilla —comentó el teniente coronel.

—En la península no se habla de otra cosa —respondí rápidamente, al darme cuenta de que había cometido una imprudencia.

—¿Ha dicho usted que vive en Madrid? —me preguntó entonces el hombre corpulento que se llamaba Uribe.

Asentí en silencio.

El banquero puso su mano en mi rodilla, me dio unos golpecitos cariñosos, como si se dirigiera a una nieta suya y exclamó con tono festivo:

—Pues entonces, por favor, díganos, querida niña, ¿cómo está la Cibeles?

Yo no tenía la más mínima idea de quién era la Cibeles, y además tenía miedo de que me estuvieran tomando el pelo, así que contesté lo primero que me pasó por la mente.

—Supongo que, como todos los españoles, preocupada por lo que sucede en el norte de África.

La respuesta fue celebrada con grandes muestras de regocijo. Les pareció muy ingeniosa y eso me permitió unos minutos de tranquilidad. Al cabo de muy poco tiempo, apenas unos minutos, nos invitaron a pasar al comedor. Respiré con alivio.

Una doncella abrió las pesadas puertas, Juanito dio el brazo a su madre, me lanzó una mirada de complicidad y yo les imité, puse la mano sobre el antebrazo que me ofrecía el banquero y pasé al comedor. A ambos lados de la puerta, presidiendo la entrada, había dos figuras de bronce policromado, de tamaño natural, que representaban a dos guerreros negros vestidos con pieles de leopardo. Pasamos por delante y el banquero hizo un gesto cómico, como si le asustaran. La que estaba aterrorizada era yo. Creo que atravesé el comedor con piernas temblorosas y me senté en el lugar que me indicaron envarada como si me hubiera tragado un palo.

La mesa estaba ricamente engalanada. Los platos y las copas eran muy finos, con bordes dorados. Del techo pendía una lámpara de cristal tallado que daba luz a toda la habitación, incluso a los trincheros de patas retorcidas en los que había varias fuentes de plata. Sobre el mantel, a cada lado de los platos, habían puesto tres cubiertos diferentes. Pensé que me sería imposible decidir cómo había que utilizarlos, y pedí ayuda a Juanito con una silenciosa mirada de súplica. Vi que me señalaba las dos piezas que estaban más alejadas del plato y luego me fijé que eran esos los que su madre había tomado. No fue tan difícil como pensaba.

Procuré comer lo menos posible y empezar siempre después que los demás. Pero cometí un fallo importante. Cuando trajeron la carne, partida en rodajas muy finas y sangrantes, tuve que servirme yo misma la ensalada. Lo hice como pude y dejé caer una gran cucharada sobre el plato. Luego acercaron la fuente a la anfitriona y vi que me miraba con gesto mordaz, y se servía lentamente en un pequeño plato en forma de media luna que todavía no habíamos utilizado. Después todos los hombres hicieron lo mismo y creo que me sonrojé. El geólogo, que estaba sentado a mi lado, se percató de mi torpeza y trató de quitarle importancia al asunto.

—Esta abundancia de vajilla es irritante, ¿no cree usted? —dijo en voz baja,

mientras se servía la ensalada en el plato de la carne, como yo.

Se lo agradecí inmensamente. La madre de Juanito torció el gesto, pero ese fue el único percance que me tocó protagonizar.

La verdad es que guardo memoria detallada de esa noche, porque me sentí observada, ridícula, fuera de lugar por completo, como si de un momento a otro me fueran a echar de allí. Nadie sabe lo que hubiera cambiado mi vida de ser así.

Cuando trajeron los postres estaba ya un poco más relajada, sobre todo porque dejaron de prestarme atención y poco a poco todos, la madre de Juanito incluida, se pusieron a hablar de negocios y a cruzar opiniones que a mí me parecían contradictorias y que seguramente debían de serlo, porque cada uno de aquellos hombres expresaba sus objeciones con una calma displicente, como si en el fondo lo que decían les importara bien poco. Pasamos al salón para tomar café y allí se enredaron en una discusión sobre la marcha de la guerra. Algunos, como el teniente coronel, pensaban que primero era necesaria una victoria militar. Luego se podrían emprender las tareas de colonización y explotación industrial. Pero los hombres de negocios se quejaban al unísono de estar arriesgando el dinero sin ninguna garantía de éxito.

Habían bebido bastante, todos menos Juanito, que no probó el alcohol durante la cena. Le vi rechazar una copa de brandy con gesto atribulado, mientras los invitados de su madre manejaban cifras millonarias y citaban a empresas y personas a las que nunca había oído mencionar.

Por lo que pude ver aquella noche, el asunto de la pacificación era fundamental, sin ella no se podían abrir caminos, ni construir ferrocarriles, ni siquiera sacarle a la tierra sus beneficios, porque los moros hostigaban aquí y allá, no dejaban títtere con cabeza y los suministros tardaban siglos en llegar a su destino.

Uno de aquellos hombres, el que se llamaba Uribe, debía de ser accionista de una empresa minera porque comentó que para la explotación de los yacimientos del monte Uixan había tenido que realizar un desembolso inicial de muchos millones de pesetas. Habían construido caminos y puentes, hasta una línea de ferrocarril, y ese tendido férreo era ahora imprescindible desde el punto de vista militar, pero el ejército no era capaz de devolver los favores prestados y aplacar de una vez por todas los focos de insurrección que hacían peligrar las extracciones mineras.

El teniente coronel asintió de mala gana, aunque reconoció que era cierto.

—No se equivoquen, señores —dijo exaltado—. El problema no es responsabilidad de los militares, al menos no de los que estamos destinados en Marruecos. El problema es la agitación social, la presión que hacen las juntas de defensa y esos socialistas y anarquistas, que quieren boicotear nuestra labor y no paran de presionar al gobierno con sus sandeces.

Todos, más o menos, estuvieron de acuerdo.

Juanito asistía a la conversación con los ojos bajos, como si sus zapatos de charol le interesaran más que lo que se hablaba en su propia casa. Pero yo estaba fascinada.

Todo aquello era nuevo para mí. El teniente coronel continuó:

—La política del alto comisario está resultando nefasta. En la Comandancia de Melilla no entendemos sus titubeos. Si no es capaz de poner freno a la sublevación del Yébalá, que se olvide de el-Raysuli y curse las órdenes necesarias para pacificar Alhucemas y acabar con las revueltas de los Beni Urriaguel.

—Estoy totalmente de acuerdo —le interrumpió el banquero—. Ya han oído ustedes a esta jovencita, en Madrid no se habla de otra cosa, hasta la Cibeles espera una rápida victoria militar. Y ojo, señores, digo la Cibeles, por no nombrar expresamente a quien todos sabemos.

El militar se removió molesto en su asiento. Entonces alguien preguntó:

—¿Es cierto que el rey ha autorizado a Silvestre a seguir adelante con su ofensiva, en contra de las opiniones del ministro de la Guerra?

—Señores, señores —terció el teniente coronel—, les ruego discreción. Ese tipo de rumores no deben propagarse. Estoy convencido de que son totalmente infundados.

—Vamos, Barrios —interrumpió la anfitriona—, no sea mojigato. Estamos entre amigos. Ciertamente, caballeros. Lo sé de muy buena tinta. El rey aprueba la política militar del general Silvestre y apoya por completo sus decisiones. Se lo ha dicho personalmente. Ahora bien, en este momento no sabemos qué opinará al respecto el alto comisario. Ese Berenguer es un viejo zorro.

—Berenguer no sabe nada de esas posibles conversaciones.

—Lo dudo —respondió de manera escueta la madre de Juanito.

El hombre corpulento agitó su cigarrillo en el aire y comentó con aire pensativo:

—Cuanto más tiempo pasa, más adhesiones se producen. Cada día hay una nueva cabila que se pasa al enemigo. ¿Saben ustedes que Abd el-Krim se ha permitido el lujo de multar a los cabecillas que se entrevistaron hace poco con Berenguer? Los mismos que juraban fidelidad a España en el mes de marzo, le rinden ahora obediencia y le reconocen como jefe. Y han pasado menos de cuatro meses.

—Y Silvestre, ¿cómo se lo ha tomado?

—Ha montado en cólera y ha jurado que pagará caro ese atrevimiento.

—¿Pero qué quiere ese malnacido? —exclamó el banquero, refiriéndose a Abd el-Krim—. Empezó reclamando una indemnización de cuarenta mil pesetas por invalidez y ahora pretende ser el adalid de las tribus rifeñas. ¿No se da cuenta de que España es mucha España y el Ejército mucho ejército? Podemos exterminarlos, barrer del mapa a esa pandilla de harapientos. ¿Han visto ustedes alguna vez una partida rebelde? Si no tienen qué comer... Una chilaba andrajosa y un puñado de higos secos. Y al monte con el fusil. No hay enemigo. No señor.

La conversación me interesaba y me irritaba a partes iguales. Estaban hablando de los rifeños con un desprecio que yo no podía sentir sino como una ofensa. Hablaban de gente como mi madre, mis tíos, aquellos campesinos a los que alguna vez íbamos a visitar para que nos dieran cebada, higos o nueces. De aquel anciano que era mi

abuelo y acariciaba mi pelo con ojos llorosos. No lo había olvidado. Pese a todo no lo había olvidado.

—Hace usted mal en subestimarles —dijo entonces el joven geólogo—. Son fuertes, duros, fanáticos y muy buenos tiradores. Si tuvieran un verdadero líder, serían imparables.

—Pero están divididos. Llevan años peleándose entre ellos.

—De acuerdo. Pero recuerden el refrán: «Si en casa peleo contra mi hermano, en la calle mi hermano y yo peleamos juntos contra nuestros enemigos». ¿No han visto ustedes cómo funciona el sistema de alianzas? Si un clan tiene problemas solicita ayuda de los otros clanes vecinos, aunque sean enemigos históricos. Sacrifican un toro a los pies de la mezquita y nadie puede rechazar esa invitación. A eso le llaman una alianza *lif*. Pactan entre ellos, se defienden los unos a los otros con uñas y dientes, incluso son capaces de hacer frente a las *mehala* del sultán, cuando este comete la imprudencia de acercar sus tropas al Rif. Son contrarios a cualquier presencia extraña. Si rechazan a las tropas del sultán, ¿cómo no van a rechazarnos a nosotros?

—Me parece, joven, que usted es un poco subversivo. Habla como si fuera un embajador plenipotenciario de Abd el-Krim.

El joven geólogo se ruborizó.

—Nada de eso. Lo que pasa es que acabo de pasar una corta temporada en el territorio de Beni Urriaguel y he visto muchas cosas.

—¿Ah, sí? —preguntó la madre de Juanito muy sorprendida—. ¿Y puede saberse qué hacía usted allí?

Uribe dio un respingo.

—Montalvo, haga usted el favor —murmuró en voz baja.

El geólogo se dio cuenta de que había metido la pata. Miró a Uribe compungido. Un color se le iba y otro se le venía. Uribe intentó desviar la atención del resto de los contertulios, pero la madre de Juanito ya estaba sobre aviso. El banquero no se había percatado de nada, o no le había dado importancia al asunto, porque siguió hablando como si tal cosa.

—Abd el-Krim no es un verdadero líder militar —dijo agitando su copa de brandy—. Es un soñador que quiere recuperar la honra de su padre y restablecer la privilegiada posición de su familia dentro del sistema de alianzas. La suya es una batalla casera, un ajuste de cuentas con los de su propia tribu.

El banquero seguía con su discurso sobre las supuestas intenciones de Abd el-Krim. Solo Barrios le escuchaba. Todos los demás estábamos pendientes del acoso al que la dueña de la casa estaba sometiendo al geólogo. Se había sentado a su lado y mantenía su mano apoyada sobre el brazo del joven. Noté que Montalvo trataba de zafarse, pero era torpe y tímido.

Juanito contemplaba la escena con gesto lúgubre. Uribe les miraba con los ojos vidriosos y también parecía molesto. El joven lanzó una muda súplica que nadie

recogió.

—¿No habrá estado usted en Axdir? —insistió la anfitriona. Su gesto no se había descompuesto siquiera durante un breve instante y su hermoso cabello rubio permanecía perfectamente suspendido sobre la nuca, pero la ansiedad era tan visible que, por un momento, pensé que podría llegar a perder la compostura.

Uribe tenía una actitud extraña, como si estuviera celoso de esas atenciones o le indignara haber perdido el protagonismo. Se notaba que era un hombre pagado de sí mismo, un poco fanfarrón, y que le gustaba ser el centro de atención de las reuniones. Había bebido mucho y eso, sin duda, le hacía comportarse con imprudencia.

—Axdir es un poblacho —exclamó con petulancia—. Cobertizos y chumberas, eso es lo único que hay allí.

—Axdir es el pueblo de Abd el-Krim —me aclaró alguien.

Yo lo sabía muy bien, pero hice un aspaviento de sorpresa.

—Bueno, joven, ¿va usted a decirme lo que hacía allí o también eso es un secreto militar? —La madre de Juanito estaba decidida a no soltar a su presa—. ¿No será usted espía?

—Nada de eso, señora —se disculpó Montalvo—. Mi visita no tiene nada que ver con la guerra.

—Todo lo que sucede en la Comandancia de Melilla tiene que ver con la guerra, ¿no es cierto, Barrios? Se va a meter usted en un lío, joven, como no nos cuente ahora mismo a qué se deben esas incursiones tuyas en territorio enemigo.

La respuesta había sido rápida y oportuna. En ese momento supe que la madre de Juanito Serra era más sagaz de lo que parecía. Contemplé su nariz aguileña y sus uñas cuidadas. No era una mujer, era Aisha Kandisha, la diablesa con patas de cabra que embrujaba a los hombres.

El joven geólogo no sabía cómo salir de aquella encerrona.

—Montalvo no ha estado en Axdir, se lo aseguro —dijo finalmente Uribe, elevando la voz—. Doy fe, porque yo mismo le he ordenado hacer ese viaje. Ha ido a verificar un asunto que Abd el-Krim me ha propuesto.

El joven respiró aliviado, pero yo tenía deseos de advertirle: ten cuidado, Aisha Kandisha va tras de ti, oigo sus pezuñas tras tus pasos, no te dejes engañar por su hermoso cabello rubio, ni por sus ademanes de gran dama, es una *thayenith* y cuando menos lo esperes te llevará con ella a los infiernos.

—Uribe, por favor —exclamó el banquero—, ¿no querrá hacernos creer que en los tiempos que corren todavía cultiva usted su vieja amistad con ese chiflado?

—Amistad no es la palabra. Mutuos intereses, amigo mío, mutuos intereses.

—¿Comerciales?

—¿Qué si no? Yo soy un civil, sirvo a la corona española a mi manera. Y les aseguro que ese hombre confía plenamente en mí y está dispuesto a escuchar lo que yo le diga.

—Vamos, no sea usted arrogante. Sabemos que Mohamed ben Abd el-Krim tiene

buenos amigos en el peñón de Alhucemas y que en Melilla hay por lo menos media docena de militares, Gabriel Morales entre ellos, que están tratando de que no se meta en demasiados berenjenales y deje de fastidiar. Usted es uno de tantos. No se haga ilusiones.

—¿Ilusiones? —respondió Uribe—. Pero si ese pobre diablo me escribe casi a diario. Ahora está empeñado en negociar la concesión de unas minas de oro que, según él, están por explotar y pertenecen al territorio de Beni Urriaguel.

Hubo murmullos de sorpresa. La madre de Juanito Serra se mostró doblemente interesada al oír hablar de unas minas de oro.

—Cuénteme eso ahora mismo. Es usted un verdadero granuja que no tiene la más mínima consideración —dijo golpeando al industrial con su abanico.

Uribe se arrepintió al instante. Todos lo notamos. Quiso salir airoso de la situación, cambiando varias veces de tema, pero se había dejado llevar por la vehemencia y ya era demasiado tarde. Al final admitió que Montalvo había hecho unas prospecciones en Beni Urriaguel.

—Tengan ustedes en cuenta mi posición, son estudios totalmente informales, no tenemos la aprobación de la Comisión de Arbitrios Mineros, y entenderán que no puedo desvelar nada al respecto.

—Pero si hay oro necesitará usted cierta colaboración —dijo la anfitriona—. Y aquí estamos todos los que podemos prestarle esa ayuda. No podrá encontrar mejores aliados en la Comandancia de Melilla.

No entendí qué quería decir, pero sus palabras surtieron el efecto deseado, porque Uribe cambió de actitud y, a regañadientes, pasó el testigo al joven geólogo.

—Está bien, me rindo incondicionalmente —dijo—. Aquí, el amigo Montalvo tiene toda la información. Le hemos enviado a reconocer unos terrenos. Ahora bien, joven —le advirtió—, espero que no diga usted una sola palabra sobre dónde está ese lugar.

—Yebel Hamman —adelantó entre carcajadas el banquero—. Las fabulosas minas de la montaña sagrada.

El minero se mostró visiblemente contrariado al saber que su secreto era *vox populi*.

—¡No me haga reír, Uribe! —bromeó el banquero de buen humor—. Ustedes los vascos son muy ingenuos. ¿No habrá creído que Abd el-Krim le ha ofrecido esas minas en exclusiva? Está negociando con Setolázar, con Echevarrieta y con un inversor catalán que acaba de llegar a Melilla.

—Por favor, señores, dejen que me entere del asunto —protestó la madre de Juanito—. A ver, joven, explíquese usted.

El geólogo dudó si era adecuado contestar. Pero el empresario hizo un gesto con la mano invitándole a proseguir.

—Dígales lo que quieren oír. Total, a estas alturas, seguro que lo saben hasta en Londres. Montalvo ha visto a un inglés haciendo fotos por allí. Un tipo raro, que va

vestido como los moros y dicen que es huésped del propio Abd el-Krim.

El corazón me dio un vuelco. Ese inglés no podía ser otro que Gerald Holbrooke. Y estaba en un lugar que se clavó en mi memoria como una aguja: Yebel Hamman. Nunca iba a olvidar ese nombre. Nunca.

La madre de Juanito se impacientaba. Animó al geólogo una vez más.

—Vamos, Montalvo, hable de una vez.

—Bien —explicó el joven—, el caso es que hay indicios de un yacimiento respetable. Todavía no podemos precisar si resultará rentable la explotación, y eso no soy quién para decirlo, pero hemos observado pirolusita cristalizando entre las rocas volcánicas de alteración, vetas de plomo, zinc, plata, manganeso y posiblemente oro. Es un fenómeno geológico interesante. Muy poco frecuente y todavía pendiente de confirmación. Quedan por estabilizar muchos aspectos, pero una primera observación confirma que los procesos de actividad volcánica del Mioceno dieron lugar a que se liberaran abundantes gases ricos en minerales y, al ascender hacia la superficie orográfica, quedaron aprisionados entre las rocas y dieron lugar a esas curiosas vetas de mineral.

—¡Cómo son ustedes, los científicos! —protestó falsamente irritada la madre de Juanito—. No he podido entender una sola palabra.

Pero no era cierto. Todos, hasta yo, habíamos comprendido que en el corazón de Beni Urriaguel había oro, plata y no sé cuántas cosas más, y que Abd el-Krim estaba intentando vender la concesión a los españoles antes de que Silvestre se adentrara en esa zona.

Eso fue a grandes rasgos lo que sucedió esa noche.

No pude dormir. Todo daba cien vueltas en mi cabeza. Las caras y los lugares acudían a mí sin orden ni concierto. Una minas de oro en un lugar llamado Yebel Hamman... El hombre albino, con sus ojos fríos como un cuchillo... Josef Klemms, el desertor de la Legión Extranjera que clavaba un alfiler en el cuerpo de sus víctimas con su firma, «el *hadj* alemán»... Max muerto... Muerto... Muerto... Mil veces muerto.

Y los diarios de Gerald, enterrados en la despensa, bajo la ceniza... ¿Por qué no se me ocurrió sacarlos de allí cuando todavía estaba a tiempo?

Al amanecer me deslicé en la cama de Juanito Serra y le di lo que él esperaba desde hacía tiempo. No fue gran cosa, pero Juanito lloró de agradecimiento. Entonces le rogué que me llevara en su Daimler a buscar a Gerald.

El tiempo devora la realidad. En su lugar deja un desteñido resumen de hechos que nunca reproducen fielmente la verdad. La memoria nos juega malas pasadas, señor Ferrer, quizá usted también sepa a qué me refiero. Creemos que recordamos con exactitud lo que sucedió, pero no es cierto. Vemos una parte, y al querer recuperarla, al hacer el esfuerzo de volver a ver, aislamos esas imágenes y borramos todo lo que las rodea.

Ahora quisiera poder recordar cómo fue esa noche, qué sentí cuando las manos temblorosas de Juanito Serra se deslizaron por mi cuerpo. No era asco, ni compasión, ni siquiera indiferencia. En cuestión de horas había dejado de ser aquel grotesco personaje que me rondaba en el burdel y se había convertido en mi cómplice. Ya no trataba de huir de él porque le necesitaba. Pero no puedo recordar exactamente qué pasó.

Juanito no tenía ni idea de dónde estaba Yebel Hamman. De haberlo sabido no hubiéramos iniciado ese viaje. Pero era un pobre imbécil que se dejaba arrastrar por cualquiera. Y yo le arrastré a la perdición total. Era el 16 de julio de 1921.

Salimos de Melilla por el barrio del Hipódromo. Luego, atravesamos el puesto de Beni Enzar y seguimos la carretera que circula paralela al ferrocarril de vía estrecha. Apenas vimos soldados, aunque nos cruzamos con varios camiones y tuvimos que dar paso a un coche ligero en el que, según me dijo Juanito, viajaba el general Navarro. Yo solo vi un uniforme y un fajín. Podía ser el de Navarro o el de cualquier otro, incluso el del mismo general Silvestre.

Los caminos estaban vacíos. A veces adelantábamos a unas mujeres que iban cargadas con enormes bultos o a algún viejo rifeño que se protegía del sol con un paraguas lleno de remiendos de colores. A las afueras de Nador compramos pan de cebada y queso de cabra en un cobertizo que había junto a un cruce de caminos. Una mujer que se cubría con un jaique blanco nos dijo que teníamos que seguir la vía del tren, siempre hacia el oeste.

Pasamos por Zeluán sin parar. De vez en cuando veíamos a un campesino caminando por la cuneta, con su burro atestado de fardos y albardas. Al principio estábamos alegres, excitados por la novedad, yo sobre todo, pero a medida que avanzábamos por aquella estrecha carretera me fue invadiendo cierta desazón. Creo que a Juanito le pasaba otro tanto; sin embargo, no se atrevía a decirlo en voz alta. Le vi apagarse, su rostro se fue volviendo gris, opaco, como el de un cadáver. Seguramente pasamos por la guarnición de Monte Arruit, pero Navarro y sus hombres todavía no estaban allí, no vi ni oí nada, la posición debía de estar en lo alto de una colina. Quizá no había soldados o si los había estaban dormitando en sus puestos de guardia, junto a las aspilleras. Recuerdo el río, un cauce seco, y la estación del tren, blanca, con ventanas ovaladas y una torreta. Juanito quiso dar la vuelta varias veces, pero yo no le dejé.

Todas esas imágenes... Poseen una claridad trémula, algo que las ilumina y las rescata del tenebroso mundo en el que han permanecido sepultadas durante años.

Esa primera noche dormimos en el coche, en algún lugar de la llanura de Gareb.

El Daimler se averió al día siguiente. Nos quedamos sentados en la cuneta, hasta que pasó un hombre que iba al zoco. Conducía un carro tirado por una mula vieja. Cogimos todo lo que pudimos del interior del automóvil y subimos a la parte de atrás, con una mujer que llevaba un cesto de huevos sobre las rodillas. El carro iba lleno hasta los topes. La mercancía eran esteras y alpargatas de esparto, pero había también unas pocas vasijas hechas a mano, con dibujos geométricos de color negro, como las que mi madre usaba para guardar la miel de mejorana que nos traían nuestros parientes del campo. Yo solía meter el dedo a escondidas y luego me lo chupaba con la urgente codicia que produce el hambre.

Por el camino recogimos a dos hombres más que también iban al zoco. Tenían la cabeza afeitada y una larga trenza que les crecía encima de la oreja. Los dos llevaban fusil.

El carro daba tumbos y se atascaba entre las piedras constantemente. Ahora es difícil explicar cómo eran los caminos del Rif en aquella época, cómo era el paisaje, desolado y hostil, de una fiereza inhóspita y árida, igual que la vida de la gente. Y es difícil imaginar la expresión que tenía el rostro de los nativos, las pústulas en las cabezas rapadas, la costra en los pies y el olor a chivo que despedían los montañeses. Nunca he vuelto a sentir ese olor.

Eran campesinos, de la cabila de Beni Tuzin y venían del norte. Les oí comentar que en el río Meyera se habían oído tiros y que muchos soldados españoles habían muerto. Juanito no se enteró de nada, porque no entendía el idioma tamazight, y yo no quise contárselo para que no le entrara el miedo y quisiera regresar.

Pensé que no tenía importancia. Los disparos eran algo absolutamente frecuente en el Rif. Y los muertos también.

Además, entonces yo no sabía dónde estaba ese río. Solo podía pensar en un lugar, Yebel Hamman, y en un nombre, Gerald Holbrooke. Lo demás me daba igual. Pero ese comentario, al que no di importancia, la tenía. Y mucha. Los disparos que se habían oído eran los de la ofensiva que Abd el-Krim había lanzado sobre las líneas enemigas y los españoles muertos debían de ser los de Annual o Igueriben.

Yo estaba librando mis propias batallas interiores.

Aquella era mi tierra, mi gente. Durante los años que había vivido en el burdel, lo había olvidado. Hice la mayor parte del viaje en silencio, asustada por mis propios recuerdos, pero ya no podía volver atrás. El Daimler ya no funcionaba y Melilla, la ciudad de las luces y los barcos, quedaba sepultada en el pasado.

Eso sentí.

Lo recuerdo perfectamente.

Que una etapa de mi vida había terminado. Solo me quedaba Juanito. Seguía allí, a mi lado, recordándome que era posible regresar en cualquier momento.

Ahora no puedo explicar lo importante que era eso, la confianza que me infundía su presencia y la extraña función que un pobre enfermo de sífilis tuvo durante esos dos o tres días en los que vagamos por el Rif como dos excéntricos europeos que van de viaje. Era como un espejo que me devolvía mi propia imagen de mujer occidental, vestida con un traje de flores, con zapatos españoles y medias finas.

Por fin llegamos al zoco. La palabra zoco era en esos momentos algo tan reconfortante para mí como la palabra hogar. Algo que no sabía muy bien qué era pero producía calor. Y seguridad.

El zoco era una especie de poblado con construcciones de adobe blanqueado, azoteas de greda y escalinatas que salvaban las dos o tres callejas dispuestas en cuesta. A la entrada había un arco, entre dos torretas que parecían atalayas militares en desuso. Luego, formando pared con una callejuela polvorienta, las instalaciones del fondak, donde los comerciantes dejaban sus burros y sus mulas atados en hilera a lo largo del edificio.

El campesino que nos había traído descargó la mercancía en el fondak y los hombres del fusil se perdieron entre la muchedumbre. No sabíamos qué hacer. Juanito intentó preguntar cómo podíamos llegar al Yebel Hamman, pero no conseguía entenderse con los comerciantes. Nadie sabía nada de ese monte. En los corros donde se vendía el ganado, los hombres hablaban de un levantamiento. El nombre de Abd el-Krim recorría el zoco como un reguero de pólvora.

Los carniceros habían hecho un enorme charco con la sangre de los corderos. Había un montón de cabezas de color negro, con sus cuernos retorcidos, junto a una esquina. Unos hombres despellejaban a un animal. Le daban golpes con un palo y luego hacían un corte entre la piel y la pezuña, soplando por esa pequeña hendidura. Los matarifes tiraban entonces con fuerza de la piel y la separaban de la carne, dejando una pequeña telilla de grasa adherida a los músculos. Luego le sacaban el corazón y el hígado, las tripas, con cuidado de que no se rompieran, y colocaban las pieles extendidas sobre un cordel que iba de pared a pared. El olor del zoco era acre y dulce al mismo tiempo, siempre denso, penetrante. Una mezcla de excrementos y comida, de especias y kif. Recordaba ese olor, sin imágenes, ese perfume envolvente que debía de haber sentido alguna otra vez durante los lejanos días de mi infancia y que no podía recuperar del todo.

Y de pronto un nombre vino a mi mente: El Arbáa de Taurirt.

Era el pueblo de mi madre.

Creí que lo había olvidado, pero el abigarrado ambiente del zoco me devolvió esas cuatro palabras que, por sí solas, significaban una suerte de pertenencia. Entonces cogí a Juanito de la mano y me dirigí a un hombre que vendía leche agria con maíz.

—Quiero ver al amín —dije en tamazight.

Juanito me miró con los ojos abiertos como platos. No tuvo tiempo de preguntarme qué significaba ese idioma enemigo puesto sobre mis labios, porque nos

llevaron rápidamente a ver al amín del zoco, que era una especie de juez de paz.

El amín tenía una casa grande, con una gorfa y escalinatas encaladas que llevaban a la terraza. Nos ofreció té y una de las hijas le lavó las manos a Juanito en una jofaina esmaltada.

Ya no me importaba nada, así que el amín y yo hablamos en rifeño. Juanito todavía no daba crédito a lo que veía. Mi boca pronunciando palabras desconocidas en aquel idioma maldito, rápidas como látigos, extrañamente familiares para mí, y amenazantes y ajenas para él.

Al amín le interesó nuestra historia. Me hizo varias preguntas sobre nuestro viaje y la ruta que habíamos seguido para llegar hasta allí. Le conté que teníamos un automóvil y que habíamos viajado por carretera. Luego añadí que buscábamos un lugar llamado Yebel Hamman. Quiso saber por qué motivo deseábamos ir tan lejos.

—Es zona de muchas montañas y hay hombres peligrosos —dijo con grandes aspavientos—. Una mujer no puede ir allí.

Miró a Juanito con desdén y le dijo, esta vez en español:

—Tú eres marido, no llevas tu joven mujer al peligro.

Después, me preguntó cómo era que yo hablaba tamazight. Supuse que Juanito también esperaba una respuesta. Sabía que eso sucedería tarde o temprano. Estaba tan desbordada por los acontecimientos, tan metida dentro de mis propias vivencias, que no fui capaz de inventar ninguna disculpa y le conté al amín que mi madre era de un pueblo llamado El Arbáa de Taurirt, a orillas del Nekor, y lo hice en español, para que Juanito también lo supiera.

El amín dijo que ese lugar estaba cerca de Yebel Hamman. Entendió que yo quería regresar junto a mis familiares. No lo saqué de su error.

Aquel hombre de aspecto autoritario consideró nuestra situación, lentamente, como si se dispusiera a dar un veredicto sobre algo muy importante, y al final nos aconsejó viajar a Tiztutin, lugar en el que había otro campamento español, porque ellos podrían hacerse cargo de nuestro automóvil y arreglarlo o remolcarlo con sus camiones.

Al salir, noté que Juanito Serra me miraba con resentimiento.

—¿Así que eres una de ellos? —dijo con un desagradable gesto que, por un instante, puso en su rostro una expresión que recordaba a su madre.

—¿Eso cambia algo? —le respondí—. Antes solo era una puta y ahora soy una puta medio mora. ¿Qué diferencia hay?

Juanito se quedó pensativo y luego soltó una carcajada.

—¡Qué demonios! —dijo—. Tienes razón. Yo soy un condenado borracho con sífilis, así que no veo por qué tendría que quejarme.

Y luego pasó su mano por mi cintura y resopló como si alguien le hubiera quitado un peso de encima.

Cuando abandonamos el zoco en dirección a Tiztutin, íbamos en el camión de unos soldados españoles que habían venido a comprar provisiones al final de la mañana. Solo ellos podían ayudarnos con el Daimler. Juanito se puso muy contento al verlos y me dijo que teníamos la suerte de cara.

Pero no fue así. Nos llevaron a su destacamento y allí pasamos cuatro días esperando que alguien nos remolcara. En esos cuatro días se precipitó la gran catástrofe.

Acabábamos de llegar al campamento cuando los heliógrafos empezaron a transmitir señales de alarma. Igueriben había sido sitiado. Las tropas españolas no conseguían romper el cerco. El cabo que nos había llevado en el camión nos contó que Silvestre había ordenado mandar ayuda desde Annual, pero la columna de socorro se vio obligada a retroceder, después de perder a muchos hombres. Todas las posiciones al oeste del río Kert corrían grave peligro.

—Se está preparando una buena —nos dijeron en la guarnición—, así que dice el comandante que ahora mismo nadie se puede ocupar del asunto de ustedes.

Nos alojaron en una barraca que había junto a la cantina. Allí pasamos cuatro largas noches. Juanito se dedicó a beber en compañía de los soldados y volvía de madrugada, contando mil atrocidades sobre el inesperado ataque rifeño. Los heliógrafos no paraban de enviar señales. Todos necesitaban ayuda. La noche del 23 de julio, cuando la marea de pánico había pasado a las posiciones más meridionales de Buhafora, Azrú, Tafersit y Ben Tieb, supimos que la columna de Navarro había sido desarticulada y que habían tenido que dejar Dar Drius. Silvestre y su plana mayor habían desaparecido después de ordenar retirada general.

Fue en ese momento cuando tuve miedo de verdad. Melilla y la casa de doña Rosita, Max, Gerald Holbrooke, todo era un recuerdo lejano que se perdía en un mar de confusión. Los amables rostros que para mí representaban el bienestar y la calma, habían desaparecido. En su lugar Aisha Kandisha, la temible diablesa de mis noches infantiles, había regresado y estaba extendiendo su manto negro sobre nuestras vidas.

Nos enteramos de que una locomotora que arrastraba varios vagones de refugiados había sido interceptada y que los rifeños habían acribillado a los supervivientes cerca de Dar Drius, así que ni siquiera contábamos con el ferrocarril de vía estrecha para regresar a Melilla. Las primeras voces de rendición llegaron a Tiztutin en la mañana. Habían caído todas las posiciones, una detrás de otra, Buy Meyán, Mehayast, Halaut, Izummar, Yebel Uddia...

Nos ordenaron evacuar hacia Monte Arruit inmediatamente. Juanito intentó por todos los medios que alguien nos sacara en un coche ligero, pero no había vehículos, ni tren, ni caballerías, todo era un caos, sangre, gritos, espanto.

En esos mismos días de dolor y pesadumbre, aquel teniente coronel que se llamaba Barrios y que era tan amigo de su madre, se encontraba cómodamente

instalado en el hospital Docker de Melilla, fingiéndose enfermo para no tener que pisar el frente. Franco, Sanjurjo y Millán Astray llegaron a Melilla como salvadores, fueron aclamados por la multitud, pero no pasaron el Gurugú hasta varias semanas más tarde, cuando todo era un sembrado de cadáveres y Navarro, con seiscientos de los suyos, había sido hecho prisionero.

¿Qué nos pasó?

Ni yo misma lo sé.

Huimos a pie, detrás de la tropa, mezclándonos con los soldados aterrados y los heridos. Un médico militar que se llamaba Luis Marqueta se compadeció de nosotros y nos ayudó a subir en un carromato en el que iban otras dos mujeres y tres o cuatro civiles. Ni siquiera sé quiénes eran.

Nadie hablaba, nadie ayudaba a nadie, Juanito se hundió en un estado de desesperación total y yo me sentí más sola que nunca. El médico militar llevaba un pequeño contingente de heridos a su cuidado, así que nos pusieron a los civiles allí, bajo su protección. No podíamos seguir a la columna, los soldados corrían como liebres detrás de su general. Esa noche, por detrás de una loma, oímos tiros, cargas de fusilería, y más lejos, en el horizonte profundo de la noche, el sonido de las ametralladoras.

El aire era más pesado y más denso que en una pesadilla. Creo que nos íbamos quedando atrás, o quizá nos separamos del camino, porque recuerdo el ruido de los caballos en la noche, los confusos relámpagos del correaje y los sables en la oscuridad profunda... Y luego una extraña cercanía de cascos, de herraduras, ruidos de cuerpos que luchan contra otros cuerpos, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos, en un espacio físico al que la noche confería una espectral sensación de irrealidad.

Luego supe que esas confusas visiones correspondían a la presencia del regimiento de Alcántara, que tenía encomendado proteger el repliegue de las posiciones evacuadas, y que habíamos asistido a los últimos enfrentamientos de alguno de los escuadrones dispersos por la llanura de Gareb. Para mí solo era un mal sueño. Habíamos parado cerca de un cauce reseco, un río sin agua, como todos los del Rif, y los civiles, con el teniente médico Luis Marqueta al frente, ayudamos a bajar al pequeño grupo de heridos al fondo de un barranco. Ya no se oían los caballos, era como si la noche se los hubiera tragado de repente.

El regimiento de Alcántara se desarticuló ese mismo día, nuestra gloriosa caballería se convirtió en un reguero de jinetes abatidos por las balas de aquellos piojosos cabileños que los españoles despreciaban; no hay enemigo, no señor, esas palabras que había oído en casa de la madre de Juanito resonaban insistentemente en mi cabeza, mientras los muertos teñían con su sangre el suelo árido, igual que en el zoco, un charco oxidado y el mismo olor a muerte, y luego los cuerpos mutilados, en el fondo del barranco donde nos habíamos protegido durante la noche.

Con el amanecer llegó el horror, se hizo visible, un soldado viejo aplastado por su propio caballo, un teniente con la cabeza abierta de un tajo, los muchachos imberbes

encogidos como niños que quieren regresar al útero materno, decenas de soldados, todos muertos y ahora calcinados por un sol que surge con la rapidez de una centella, sin que nos dé tiempo a pensar, sin que sepamos dónde está la columna de Navarro, ni las valerosas tropas españolas que corren como conejos en busca de una lejana madriguera que se llama Melilla, mientras nosotros, los civiles, las mujeres y los heridos, nos disponemos a morir.

Los libros de historia dicen que Navarro podría haber llegado a Melilla, si se hubiera decidido a abandonar a los heridos. Quizá no nos abandonaron, es cierto, quizá solo nos perdimos del resto de la columna, pero lo que sí puedo decir es que nadie se preocupó de reagruparnos o de saber si estábamos en condiciones de seguir.

No sé cuál es la verdad, ni me importa, solo sé lo que sucedió en aquel barranco cerca de El Batel.

Es en la desgracia donde se resuelven nuestras vidas. En esas situaciones extremas el instinto nos guía y, a veces, nos salva. Otras nos conduce inevitablemente al infierno.

Durante horas permanecemos escondidos en el fondo del barranco. Había que hacer algo, así que le propuse a Juanito que él y yo nos fuéramos a buscar el camino del zoco en el que nos habíamos entrevistado con el amín. Volver atrás. Era lo único en lo que podía pensar. Una casa encalada con una gorfa, té y una jofaina esmaltada. El zoco no podía estar muy lejos de allí, algo me decía que esa era nuestra única posibilidad.

¿Por qué Juanito me obedeció? No lo sé. Melilla, la casa de su madre, el Daimler, su dinero... Todo eso había desaparecido de pronto. Él estaba mucho más solo que yo.

Apenas salimos del barranco sucedió algo espantoso. Juanito y yo habíamos ganado una loma. En lo alto había unos pocos árboles. La ladera estaba cubierta de lentisco y allá abajo, parapetados entre las cárcavas, permanecían los heridos y los civiles que conducía el teniente Luis Marqueta. Parecía un buen escondite, porque incluso desde lo alto de la colina era difícil saber que estaban allí.

Esperábamos ver el camino del zoco o la vía del ferrocarril. Pero vimos algo muy distinto: una partida de veinte o treinta harqueños que cayeron sobre el grupo de españoles por sorpresa.

Iban a pie, gritando, recogiendo las armas y la munición de los soldados que habían matado en el llano. Llevaban varios fusiles cada uno y cananas cruzadas sobre el pecho. Estaban eufóricos, excitados, con los ojos nublados por tanta sangre como estaba corriendo por el Rif. No sé de qué tribu eran, llevaban chilabas pardas y un mugriento turbante que alguna vez había sido blanco. Algunos de aquellos hombres todavía lucían el uniforme de la Policía Nativa. Debían de ser los desertores de Abarran.

Mataron a los soldados heridos allí mismo, y a los civiles los fueron matando uno tras otro, sin usar el fusil, a golpe de machete, y luego encendieron un fuego y se pusieron a beber té.

Yo lo vi todo desde lo alto de la colina.

Nos habíamos escondido entre el lentisco, y no podíamos dejar de mirar. Era horrible, pero al mismo tiempo era como si contempláramos algo que estaba terriblemente desgajado de la realidad, lo que podía habernos ocurrido a Juanito Serra y a mí si hubiéramos seguido allí durante unos pocos minutos más.

La casualidad nos había salvado. Y eso le daba a la escena un aire irreal, impropio, incluso levemente falso.

Entonces me puse a pensar en el burdel y en doña Rosita, en Gerald enseñándome a leer y en el piano de Max, todo lo que para mí, en aquella corta y miserable vida que había llevado, representaba el bienestar y la felicidad suprema.

Quizá fue una alucinación causada por mis propias ensoñaciones. O por el miedo, una garra poderosa atenazándome las tripas. Puede que no fuera él, sino alguien parecido. En medio de los gritos y del espanto vi una gandra oscura y un puñal que brillaba en lo alto de una mano. Se clavaba sobre el pecho del teniente Luis Marqueta, subía y bajaba una y otra vez. Esa mano me pareció la de Ahmed, el criado de doña Rosita.

Lucía Osman cerró lentamente los ojos, como para ordenar sus pensamientos extraviados, y luego cayó en un profundo silencio. Había estado hablando durante mucho rato, con una intensidad que crecía como el fragor de una tormenta. Su relato cobraba fuerza a medida que avanzaba y ella misma se contagiaba de esa fuerza, convirtiéndose en una persona distinta, más enérgica, mucho más real.

Luego su voz, cuando se extinguía... seguía resonando en la habitación, parecía caer y caer, sin llegar nunca al suelo.

Miré el reloj y me sobresalté al comprobar que habían pasado tres horas desde que llegué a su casa. Todavía era de día, aunque la luz que entraba a través de la cortina entreabierta se había vuelto tan suave y difusa que apenas me permitía ver el rostro de la anciana. Me sentí obligado a hacer alguna observación sobre lo que acababa de oír hasta el momento.

—Debió de ser una vida muy dura; pero hay cosas de las que habla usted con una extraña generosidad. —La veía en la cama del burdel, con un hombre cualquiera, los dos yaciendo a media tarde como dos víctimas. Y luego la volvía a ver, vagando por los campos del Rif, rodeada de toda aquella suciedad que hace que las cosas se vuelvan reales.

Esa idea me había estado rondando insistentemente por la cabeza. La vida en un burdel africano de principios de siglo no podía de ser tan fácil como ella se esforzaba en recordar. Lo que me había contado debía de estar deformado por la nostalgia. O por una actitud menos noble.

Y es que, en el fondo, yo consideraba la posibilidad de que la mujer estuviera inventando una sarta de mentiras para captar mi interés y conseguir algo que deseaba de mí, algo que yo todavía no era capaz de ver con claridad.

Levantó la vista y me miró con la misma sorpresa de quien ha despertado con brusquedad de un profundo sueño. Su rostro estaba contraído por un gesto amargo y en la comisura de los párpados se adivinaban dos gruesos lagrimones a punto de caer. Nadie podía saber a ciencia cierta si habían sido producidos por la emoción o por el agotamiento. Luego hizo un gesto con la boca, frunciendo los labios como si pretendiera recuperar el control de la situación, y murmuró con voz apagada:

—Cada uno elige sus recuerdos, señor mío, se queda con lo que le interesa. —La voz era de pronto suave y violenta, algo difícil de explicar—. Mirar hacia el pasado es como sacar una foto. Se selecciona. Inevitablemente. Hay que encuadrar y eso implica, supongo que usted es consciente de ello, una intencionalidad: algo queda dentro de la foto y algo queda fuera. Le he mostrado las cosas que sucedieron a través de mi mirada, mediadas por mi particular modo de entender la realidad. Seguramente habrá muchas otras maneras de interpretar los hechos, personajes importantes que no han aparecido, sucesos que el tiempo ha borrado o que yo he rechazado inconscientemente... La realidad está hecha de luces y de sombras. Nunca podemos tener la certeza de haberlo visto todo. ¿No le parece?

No dije nada. Afirmé pensativo, sin mirar a mi anfitriona. Ella debió de observar

ese involuntario gesto, porque añadió:

—Usted sabe muy bien a qué me refiero.

Se hizo un silencio. Habíamos llegado a un punto en el que era difícil seguir. Lucía Osman murmuró en voz baja:

—Creo que necesito descansar. ¿Podemos continuar en otro momento?

Realmente parecía agotada, así que reprimí mi impaciencia y comprendí que debíamos dar por terminada la entrevista.

Me levanté, me acerqué a la silla de ruedas y estreché su mano. La noté fría y seca, como la piel de un pez que llevara mucho tiempo muerto. Aunque no hacía falta, pregunté:

—¿Mañana a la misma hora?

Me miró desde lejos, a pesar de que estábamos a menos de medio metro. No sé por qué pensé en la red agujereada y en el olor a salitre. De nuevo.

—A la misma hora —respondió ella.

Con ese apretón de manos sellamos nuestro pacto. Luego, cuando ya me iba, oí su voz a mi espalda. Solo un susurro esta vez, casi inaudible:

—Mañana le hablaré del general Silvestre. Todos creen que murió, pero durante un tiempo él también consiguió escapar.

Me volví como si alguien hubiera accionado dentro de mí un resorte.

—Mañana, señor Ferrer —dijo entonces ella con determinación.

La calle Ayala estaba medio vacía. El excesivo calor de aquella tarde de junio había desembocado en un atardecer púrpura que asomaba entre los edificios del barrio de Salamanca. Las tiendas habían cerrado y algunos coches estaban aparcados encima de las aceras. Un soplo de viento tórrido me dio en la nuca. Tuve una sensación de vértigo, como si ese golpe de aire pudiera llevarme a un lugar desconocido al que todavía no sabía si quería acudir.

Me había olvidado de todo, de comer, del dolor de cabeza que persistía constante, como si ya fuera parte de mi identidad, de las horas que habían pasado una tras otra, incluso había olvidado que mi vida se estaba quebrando en mil pedazos.

Cogí un taxi y me fui a casa. Al abrir la puerta recordé que Miranda se había marchado esa misma mañana. Lo había olvidado por completo. La vieja me había atrapado en una de esas redes jalonada de anzuelos y me arrastraba con ella hacia algún lugar sin nombre. Ya no era capaz de pensar en otra cosa. Miranda había desaparecido de mi imaginación y en su lugar se había instalado la pequeña mestiza, sonriente, procaz, un cuerpo inmóvil entre las sábanas de un burdel, carne firme, ojos indecentes y una húmeda viscosidad que resbalaba todavía por su voz de vieja.

En el contestador había un mensaje de César:

«Ponte en contacto conmigo en cuanto llegues a casa. Quiero saber cómo ha ido la entrevista. No te importe la hora. Llámame de todos modos».

Encontré también un segundo mensaje:

«Hola, papá, soy Sara. Estoy en Madrid. Mamá y yo hemos venido hoy y me marcho a Inglaterra el domingo, ¿recuerdas? Espero verte antes. Un beso muy fuerte. Ah, estamos en casa de la tía Irene. Ya sabes el número».

¡Dios! Solo me faltaba eso. Mi hija, mi ex mujer y mi jefe. La Conspiración del Agobio Supremo. No tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera con César, aunque imaginé la cara que pondría al enterarse de lo que había sucedido en casa de la vieja.

Había sido un día muy largo. Estaba agotado. Cogí una cerveza y busqué algo de comer. La cocina estaba hecha un desastre. Había restos resecos y platos sucios por todas partes. Pensé que también mi vida era un desastre y, como tantas otras veces, me hice el firme propósito de cambiar todo aquel desbarajuste por un escrupuloso orden doméstico que nunca, ni siquiera cuando vivía con Lola, había podido conseguir. Por fin encontré una lata de atún en el fondo del armario, entre botes de ketchup y aquellas espantosas latas de sopa Campbell's que Miranda consideraba la quintaesencia de la gastronomía. Por un momento recordé su cabello rojo y las pecas que tenía en el escote, el tacto áspero de su piel y el modo en el que su cuerpo se pegaba al mío durante la noche. No sentí nada. Nada en absoluto. Solo la desconcertante sensación de estar hueco, vacío de verdaderos sentimientos.

Cogí la lata de atún y la cerveza y me fui al salón. El calor era insoportable, así que abrí las ventanas de par en par. A lo lejos, en el horizonte, se vio un relámpago y al cabo de unos minutos oí un trueno. Todavía no llovía.

Pensé en la muerte del pianista, en los cuadernos de Holbrooke, en las armas que un renegado alemán había escondido cerca de Aknul y en aquella muchacha llamada Milagros que había salido a buscar una mina de plata. Sobre todos estos enigmas planeaba el nombre de Josef Klemms.

Ahora no me preocupaba Klemms, lo que de verdad me inquietaba era el motivo por el que la vieja me había elegido como interlocutor. Los acertijos tienen la virtud de hacerme segregarse algo que casi siempre identifico con el recelo. Veamos, me dije, ¿qué tengo que ella pueda necesitar en estos momentos? No soy nadie, ni siquiera dispongo de un espacio que pueda utilizar para hacer pública la historia de su vida. Podía haber contactado con una cadena de televisión o con un semanario, y seguramente tarde o temprano alguien habría mordido el anzuelo, porque la historia tenía todos los ingredientes necesarios para aparecer como un descubrimiento oportuno cuando se cumplieran setenta y cinco años del desastre de Annual. Y eso estaba al caer. La gente se vuelve loca con los aniversarios. Sobre todo si hay sexo, espías y muertes misteriosas de por medio. Pero me había buscado a mí. Y no por mis méritos profesionales, dijera lo que dijese ella, ni por mis exhaustivos conocimientos del tema, cualquier profesor universitario o cualquier historiador de tres al cuarto sabían mucho más que yo sobre la guerra de Marruecos, sino por alguna otra

circunstancia que no alcanzaba a imaginar. Cuando le pregunté qué quería de mí, Lucía Osman había dicho: «Sus conocimientos. Su fuerza. Su curiosidad». No era cierto. Ella quería algo más. Y ese algo más era lo que me preocupaba.

Hice memoria y recordé que, al principio de la entrevista, me había preguntado por la fotografía del burdel. Quería saber cómo la había conseguido. Y yo no había respondido a su pregunta. Así que todavía tenía en mis manos algo que ella deseaba obtener.

Entonces decidí llamar a Guillermo Varela. Cuando cogió el teléfono parecía inquieto o de mal humor.

—¿Recuerdas aquella fotografía de Holbrooke? La del burdel —le solté a bocajarro—. Creo que acabo de descubrir algo importante.

Guillermo no demostró la más mínima curiosidad.

—Tengo unas copias en la cubeta del fijador —respondió con nerviosismo—. Pásate mañana por el estudio.

No me dio tiempo a contarle nada más, pero pensé que era mejor así. También yo tenía algo urgente que hacer.

La tormenta se iba acercando. No corría una pizca de aire, pero el ambiente olía a tierra mojada. Pensé que Miranda ya habría llegado a Buffalo.

Luego me acerqué al teléfono y me quedé indeciso durante varios minutos. Tenía que llamar a Sara, aunque no me sentía con fuerzas. Imaginé a mi hija de quince años, esperando impaciente. Y a Lola, mi ex mujer, con su eterna expresión de censura, deambulando a su alrededor como un moscardón, tu padre no llamará, nunca lo hace, tu padre es único para eludir responsabilidades, tiene el síndrome de Peter Pan, se niega a hacerse adulto, ¿sabes?, no acepta que tiene una hija y que debe prestarle un poco de atención...

¿Por qué me odiaba tanto? Hacía doce años que nos habíamos separado. No lo había hecho muy bien, es cierto, pero ella tampoco me había puesto las cosas fáciles para actuar como un buen padre. Al poco tiempo de casarnos, cuando Sara tenía dos o tres años, se fue a Granada con la niña, y no sé por qué motivo pensaba que yo correría detrás de ellas. Bien, no lo hice, eso es todo. Luego vinieron las quejas, las reclamaciones económicas, las batallas legales, y cuando el asunto quedó cerrado con una sentencia que me obligaba a pasar una pensión por alimentos y tener a Sara conmigo durante la mitad de sus vacaciones, Lola decidió que eso no era bueno para Sara y que su hija no iba a venir a Madrid con una bolsa de viaje cada tres meses, como si fuera una vagabunda, que la niña debía tener una estabilidad emocional y que si yo quería saber algo de ella, tendría que ir a Granada cuando el trabajo me lo permitiera. Fue la mejor manera de solucionar el problema, es cierto. ¿Qué iba a hacer yo en Madrid con una cría de cuatro o cinco años? Ya me había enredado en una serie de aventuras ocasionales, una novia nueva cada dos o tres meses, algunas se instalaban en casa, aunque casi nunca les daba tiempo a deshacer del todo las maletas, otras pasaban fugaces, con la velocidad de un relámpago, y las más eran un

rostro enterrado por la confusión de los viajes de trabajo, las noches de hotel y un número de teléfono que nunca sentía deseos de utilizar al día siguiente.

En fin, revisar los errores de mi vida no era la mejor manera de abordar la situación. Marqué el número de la hermana de Lola. Se puso un hombre. No reconocí su voz, pero oí que llamaba a Sara y le decía:

—Creo que es tu padre.

Sara estaba muy excitada:

—¡Papá! ¡Qué bien que estés en Madrid! ¿Sabes que por fin me voy a Inglaterra? Sí, me quedaré dos meses. ¿Las notas? Muy bien, como siempre, todo sobresalientes, menos un notable. En música. Ya sabes que tengo mal oído. Oye, ¿nos vemos mañana?

Por la tarde había quedado en ir a casa de Lucía Osman. Le propuse que comiéramos juntos y que luego la dejaba donde ella quisiera.

—Bueno, vale, así podré ir a Chinchón con Marcos y mamá.

Me pregunté quién sería el tal Marcos.

Sara bajó la voz. Parecía divertirse con las explicaciones.

—Es el novio de mamá. Se van a México de vacaciones.

Así que Lola tenía novio. Bueno, eso simplificaba las cosas. Supongo que estaría mucho menos irritable que de costumbre.

Quedamos en vernos a las dos en un restaurante italiano de la plaza de España.

Había sido un día muy largo. Todo lo ocurrido daba vueltas en mi cabeza como si en lugar de cerebro tuviera uno de esos morteros que preparan cemento. Consideré la posibilidad de llamar a César, pero luego decidí esperar hasta el día siguiente. Me tomé un Orfidal y me fui a la cama.

Llegué al estudio de Guillermo Varela hacia las diez de la mañana.

Había llovido durante la noche. El aire estaba limpio y el calor se había esfumado como un chorro de nitrógeno líquido al llegar al suelo. Cogí el metro hasta Antón Martín y luego bajé caminando por la calle Ave María hasta Buenavista. Guillermo tenía el estudio en esa calle, junto a un local de flamenco en el que, a mediados de los años ochenta, habíamos visto actuar a Camarón. Pero el barrio había cambiado mucho desde entonces. Habían abierto bazares chinos, carnicerías musulmanas, tiendas de todo a cien, y en el antiguo cine Pompeya habían puesto un taller de reparación de coches. Los portales seguían siendo oscuros, fríos y olían a pis de gato, como antes. Pero los vecinos de ahora se llamaban Mohamed, Reynaldo o Won-Yi.

La puerta estaba abierta. Entré sin llamar.

Era un pequeño local de la planta baja que antes había sido una imprenta. Guillermo lo había reformado, había hecho cerrar con hormigón translúcido la pared que daba a la calle, ganando con ello luminosidad, y había aprovechado la exagerada altura de los techos para sacar una entreplanta que volaba sobre la mitad de la superficie del local.

Supuse que se encontraba en el pequeño laboratorio que había instalado detrás la escalera de caracol. La luz roja estaba apagada, pero a través de la puerta entreabierta le vi manipular unos negativos bajo la luz de un flexo. No se volvió.

—¿Pablo? —dijo sin levantar la vista—. Siéntate un momento. Ahora salgo.

Esperé un buen rato. La muchacha mestiza. Gerald Holbrooke. Josef Klemms. Una mujer que tenía patas de cabra y su hijo. La sífilis. Y también Sara. Cada uno prendido de un anzuelo. Alguien arrastraba todo aquello lejos de mí.

—¿Qué tal?

Guillermo había salido del laboratorio. Allí estaba, plantado delante de mí, con una sonrisa en los labios. Era un tipo alto y viril, una mole de casi dos metros, de contundentes espaldas y rasgos pronunciados. Tenía el pelo negro y ensortijado, aunque lo llevaba muy corto. No lucía una sola cana, ni una entrada, a pesar de que, como yo, pasaba de los cuarenta.

Se sentó a mi lado.

—¿Cómo te va con César?

Los tres nos conocíamos de antiguo, de aquellos lejanos setenta, en los que pretendíamos cambiar el mundo desde una revolucionaria revista que se llamaba *El Observador* y que duró en los quioscos exactamente un mes y medio, el tiempo suficiente para dejar a cero las cuentas bancarias de todos los que participábamos en el proyecto.

—Igual que siempre —respondí—. Se cree Ted Turner.

Guillermo sonrió y yo encendí un Luxor. Oír el nombre de César me ponía nervioso. Todavía no le había llamado para contarle mi entrevista con la vieja.

—Joder, Pablo, ¿es que no puedes dejar de fumar? Me vas a llenar todo de humo. El alquitrán se pega a las paredes, ¿sabes?

No le hice caso. Al oler el tufo que soltó mi viejo mechero de gasolina, lanzó un bufido de protesta. Era un buen amigo pero, como todos, estaba lleno de rarezas. El orden era una de ellas. Nadie lo supondría al verle.

—Bueno, ¿qué querías ayer? —preguntó mientras me alcanzaba un cenicero.

Nos habíamos sentado bajo el falso techo, en un rincón del estudio desde el que se podía ver la puerta.

—Es sobre esa foto de Holbrooke que utilicé en el reportaje de Annual.

—¿Cuál? ¿La del burdel?

Asentí, mientras la imagen de Lucía Osman, postrada en su silla de ruedas, volvió a deambular por mi cerebro como un sueño del que todavía no me había despertado.

—La he encontrado —dije, soltando una bocanada de aquel sucedáneo de humo que me había acostumbrado a fumar. Guillermo me miró con indiferencia—. A la chica —añadí—. Está viva.

Tardó unos segundos en comprender. Luego soltó un juramento y se pasó ambas manos por la cabeza.

Le expliqué lo que me había ocurrido el día anterior. No le di datos concretos, pero le conté a grandes rasgos mi entrevista con la vieja. Cuando le hablé de las fotografías de Holbrooke que la vieja guardaba en su caja entelada, vi la codicia reflejada en sus ojos marrones.

—¿Cuándo vas a volver allí?

Comprendí que quería meter las narices en el asunto y presentarse en casa de la vieja con sus cámaras y sus flashes.

—Olvídate de eso —respondí—. De momento solo quiere hablar conmigo.

—Joder, Pablo. Eres un verdadero buitre.

Me encogí de hombros. Cada uno de nosotros sabía muy bien cómo es esta profesión. Si tienes un asunto importante entre manos, no puedes permitir que se meta nadie por medio, ni siquiera tu mejor amigo.

Miró hacia el techo, como si estuviera intentando aclarar mentalmente un enigma, y luego, al cabo de un largo silencio que se prolongó más allá de lo que parecía lógico, me preguntó:

—¿Quieres un té? Tengo hierbabuena fresca.

Acepté en silencio y lo vi trajinar en la cocina americana que tenía al fondo del estudio. No se parecía en nada a la mía. Siempre que le visitaba, aunque fuera por sorpresa, me asombraba aquel escrupuloso orden: los cacharros relucientes, los platos limpios, todo a la vista, como si fuera un navegante solitario que va a cruzar el océano en un barco, o uno de esos individuos que se han pasado media vida en la cárcel.

Me trajo el té en un vaso de cristal con dibujos dorados.

—Nunca me has contado cómo la conseguiste —comentó.

—Es cierto —respondí—. Nunca lo he hecho.

Creo que Guillermo sabía que tampoco se lo iba a decir ahora. Entonces saqué la

fotografía y se la mostré de nuevo.

—Echa un vistazo y dime si ves algo que te parezca extraño.

La fotografía era una copia hecha en papel cartón, mate y rígido, de un grosor muy superior a las modernas. Parecía una tarjeta ilustrada. En la parte de abajo, a la derecha, figuraba un nombre: «G. Holbrooke». Y unas palabras impresas en español: «Interior de un burdel de Melilla».

Guillermo la examinó atentamente.

—Holbrooke utilizaba una Linhof, una cámara con soporte basculante y una lente de treinta pulgadas —dijo ensimismado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Creo que lo he leído en algún sitio. Pero mira, ¿ves esto? —Me mostró una especie de veladura en los bordes de la fotografía—. Esas cámaras utilizan un tipo de lente que requiere varios minutos de exposición y pierde definición en los bordes.

Yo siempre había creído que ese halo difuminado era un efecto artístico, y no una simple imperfección óptica.

—¿Qué negativo usaba? —pregunté, sin acabar de ver claro el asunto.

—Placas de cristal —respondió Guillermo—. Las de la Linhof eran de dieciocho por veinticuatro.

La fotografía que yo tenía en las manos debía de medir exactamente la mitad, o sea, nueve por doce. Le miré sin entender una sola palabra.

—Creo que Holbrooke utilizó una técnica que era bastante frecuente entre los fotógrafos de principios de siglo —comentó Guillermo Varela todavía pensativo—. Normalmente usaban placas de gran formato y positivaban por contacto. La copia resultante era del mismo tamaño que la placa. Pero otras veces, como en este caso, se podían hacer copias de un tamaño inferior al negativo. Eso mejora mucho la definición. Se nota menos el grano y, aunque las condiciones de luz no sean las óptimas, se consigue esta gama de grises tan matizada y esta magnífica calidad en el detalle.

Toda aquella charla me estaba cansando. Yo no quería que me dieran una clase magistral de fotografía, solo intentaba saber qué tenía de especial el retrato de la muchacha. Pero entonces Guillermo añadió algo que confirmó mis sospechas.

—Lo que hace que esta foto sea perfecta no es solo el negativo. Es también el papel. Habrás notado que no hay ni el más mínimo tono sepia. ¿Sabes por qué?

No tenía ni idea.

—En la época de Holbrooke, eran muchos los fotógrafos profesionales que usaban emulsiones artesanas, preparadas por ellos mismos. No conseguían cubrir el papel de forma homogénea o no lo fijaban convenientemente. Con el tiempo, las sales sin precipitar vuelven a ser activas a la luz y las copias cogen ese tono sepia tan peculiar en las fotos antiguas. Se alteran. En cambio esta foto está perfecta, como si la hubiera hecho yo mismo ayer por la tarde. Mira. Aquí está la causa.

Me mostró el reverso de la foto. Había un sello, uno de esos tampones de caucho

que utilizaban antes los comerciantes para hacerse propaganda. En el recuadro de tinta azul, bajo una orla modernista, figuraba el nombre de una empresa de Barcelona, Fotoquímica Nogués, que según rezaba la publicidad comercializaba el nuevo invento de los retratos eternos, inalterables, y garantizaba la duración de las copias.

—¿Quieres decir que es un papel industrial?

Guillermo seguía pensativo.

—Efectivamente. La casa Nogués funcionó como suministradora de papel hasta los años cincuenta —dijo contemplando con insistencia el sello—, fecha en que fueron absorbidos por Agfa. Pero, si no recuerdo mal, se fundó en 1925.

Era como una maldita enciclopedia. Lo sabía todo.

—Holbrooke ya había muerto. Recibió un disparo en una calle de Nador, en el otoño de 1924 —objeté—. No entiendo nada de todo este embrollo. ¿Es suya o no es suya la foto?

—Supongo que sí. Está firmada, ¿no?

Yo también tenía mis propias dudas al respecto. Recordé lo que me había contado la vieja, Gerald Holbrooke preparando sus papeles artesanos en la penumbra de un almacén, con gelatina casera y bromuro de plata, extendiendo aquella viscosa mezcla con un pincel, mientras una mujer que es casi una niña le mira extasiada.

No le dije nada a Guillermo. Todavía no estaba seguro de que la vieja me hubiera contado la verdad, pero deseaba creer su historia, era lo mejor que me había sucedido desde hacía mucho tiempo y necesitaba proteger esa posibilidad, así que decidí largarme de allí cuanto antes y comprobar un par de cosas que me preocupaban.

Una vez en la calle saqué el teléfono y lo conecté. En el buzón de voz había tres mensajes de César. El primero lo había dejado la noche anterior. Me armé de paciencia y lo llamé a la productora. Estaba cabreado por el retraso y, aunque no hizo ningún comentario al respecto, nos conocíamos demasiado bien para que su enfado me pasara desapercibido.

Le conté a grandes rasgos mi entrevista con la vieja y lo puse al tanto de la situación, sin dar detalles, tan solo mostrando un vago interés que a veces sonaba un poco forzado. Mientras hablábamos, me di cuenta de que mi actitud era la de alguien que está tratando de ocultar algo. De hecho, no le dije una sola palabra sobre las fotografías de Holbrooke.

—Pero ¿tiene algún tipo de prueba documental para apoyar todo eso que me has contado? —insistió César.

—Desde luego —respondí con ambigüedad.

—Entonces, ¿crees que hay material para un reportaje? ¿Algo que podamos rodar?

—Ni lo sueñes. No quiero precipitarme. De momento las cosas están bien como

están.

César guardó silencio. Supuse que desconfiaba de mí y albergaba la sospecha de que podía jugársela. Traté de mostrarme algo más accesible.

—Ten paciencia. Esta tarde volveré a su casa y veré si merece la pena que grabemos algo. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas —respondió con reticencia—. Pero te lo advierto. Esta vez no la cagues.

Parecía mosqueado. Puedo asegurar que, en esos momentos, yo también lo estaba.

Ahora sé que no persigo el valor histórico de los hechos, no me interesa su realidad aparente, sino el mundo subterráneo que palpita bajo los acontecimientos, ese territorio oculto donde se confunden la verdad y la mentira. «Al reportaje que usted hizo sobre la guerra de Marruecos le faltaba algo», había dicho Lucía Osman. Y no eran los datos lo que fallaba. No era la documentación, ni la calidad de imagen, no eran las entrevistas, tan solo mi actitud. Le faltaba algo. Era la misma clase de objeción que veía con frecuencia en los ojos de César. Sí, a mis reportajes siempre les faltaba algo últimamente. Quizá una parte de la verdad. Justo la que se precisa para que algo sea cierto y no solo lo parezca. Esa parte clandestina que los buenos periodistas arrancan a la noticia hasta que de pronto crece, la vemos crecer ante los ojos, toda la verdad se agranda y la realidad adquiere una nueva dimensión. Para conseguirlo es necesario sentirse implicado, al menos como observador. Hay que mirar en todas direcciones, sacar la mecha que se ha quedado enterrada entre la cera y prenderle fuego. Lo hice durante mucho tiempo y luego me agoté. La mecha se había quemado. Poco a poco, sin estridencias. No era un apagón. Era puro y simple agotamiento. Yo mismo había ido empobreciendo mi mirada hasta dejarla reducida a un vistazo banal. Había pasado del entusiasmo a la sobriedad, la curiosidad se había hecho más pequeña, la emoción más tibia, el deseo más efímero y la capacidad de asombro tan tenue que ya casi no existía.

En fin. Decidí hacer lo que tenía que hacer. Sin más.

Llamé a Julián Álvarez, uno de esos vejestorios que siempre estaban rondando alrededor de nuestro glorioso pasado africanista, y concerté una cita con él. No lo conocía en persona, pero habíamos hablado varias veces cuando hice el reportaje de Annual. Recordaba apenas que era un petulante y que me aburrió soberanamente aguantar toda aquella erudición de la que hacía gala y que empachaba como un puré de engrudo.

En la calle Montera había un coche patrulla atravesado en la acera. La luz de las sirenas estaba encendida y las puertas abiertas de par en par. Vi a dos policías dentro del pasadizo que hay frente a los cines Acteón. Estaban cacheando a un grupo de inmigrantes. Les habían puesto contra el escaparate de una tienda de fajas, de uno en uno, formando una barrera de rostros opacos y ojos llameantes de ansiedad. Había

algún negro, aunque la mayor parte eran magrebíes. Me quedé unos minutos mirando la escena, que parecía sacada de un telefilme norteamericano, pero ni siquiera pregunté qué pasaba. Al otro lado de la acera, en la esquina de la calle San Alberto, tres o cuatro prostitutas esperaban a que la policía se fuera para recuperar el pasadizo donde solían trabajar.

Crucé la Gran Vía y bajé por Hortaleza hasta el Centro de Estudios Africanos. Mi hija me esperaba a las dos de la tarde, pero yo tenía que hacer algo antes.

A la una en punto Julián Álvarez me esperaba en su despacho, un pequeño cuarto con una sola ventana y una gran mesa que ocupaba casi toda la habitación. Me pareció lo que ya me había parecido por teléfono: un tipo engreído y petulante. Primero, porque estaba fumando en pipa con pose de intelectual y me miró como si yo fuera un pobre diablo semianalfabeto. Luego, porque usaba pajarita, otra cosa que no soporto. Y, por último, porque llevaba el pelo teñido y un ridículo bigote con las puntas hacia arriba, lo que venía a rematar su aspecto de charlatán. No me había sentado todavía, cuando ya estaba hablando de sí mismo.

—¿Así que usted quiere hacerme unas preguntas sobre la guerra del Rif? Muy bien, muy bien, creo que podré ayudarle.

Hizo una pausa totalmente teatral, mientras recorría con la mirada las estanterías metálicas que había a su izquierda, frente a la ventana. Estaban llenas de carpetas descoloridas y archivadores de cartón asimismo desteñidos por el sol.

—La primera vez que estuve en Marruecos tenía diecinueve años. —Nada más empezar temí que fuera a contarme su vida en capítulos bien dosificados. Creo que él notó mi gesto de impaciencia—. Desde entonces he ido en veintisiete ocasiones. He viajado desde Uxda a Tafilete y desde Tánger a Goulimín, he vivido entre los soussi, con los cheljas del Atlas, todos ellos beréberes, como usted bien sabe; pero la zona del antiguo Protectorado español es mi especialidad. Conozco el Rif mejor que muchos rifeños y le puedo asegurar que cuando salga el libro que estoy escribiendo, algunas personas cambiarán la opinión que tienen sobre lo que ocurrió en Annual. Yo soy historiador. Y como historiador creo que mi deber es esclarecer todas esas ridículas dudas sobre lo que sucedió en el verano de 1921. El otro día un colega me dijo que había varias historias sobre la guerra del Rif. Yo le dije: «Historia solo puede haber una, la de los hechos».

Se infló como una gallina que acabara de poner su mejor huevo. Aproveché para encender un cigarrillo.

—Eso es lo que pienso —continuó sin inmutarse—, lo demás son fantasías, suposiciones. Algunas personas creen que el pasado es modificable porque está lejos, que pueden hacer con él lo que les venga en gana, y no es así. La historia no es una fantasía que uno pueda ajustar a su conveniencia. Puede haber distintos puntos de vista, pero nunca son excluyentes, sino complementarios.

—Bueno —comenté sin demasiado interés—, supongo que su colega se refería a esa frase de Benjamin Franklin: «El pasado nadie puede cambiarlo, pero todo el

mundo puede contarle al revés».

—¡Exacto! Usted lo ha dicho. Pero para eso estamos los investigadores, para parar los pies a los que quieren manipular la verdad. Y ahora, dígame, ¿exactamente qué desea saber?

—¿Hay alguna posibilidad de que Silvestre saliera con vida de Annual?

—Ninguna. Silvestre, Manella y Morales murieron juntos.

—No se encontró el cadáver —argumenté molesto—. En el informe Picasso no se admite que haya muerto y, sin embargo, se recomienda expresamente que se le juzgue si fuera encontrado con vida. Quizá fue hecho prisionero y luego, al ver la que se había organizado, decidió quitarse discretamente de en medio.

Me miró como si yo fuera uno de esos incautos que creen haber descubierto el truco de un trilerero y preguntó:

—¿Dónde ha oído usted semejante sandez?

Estuve a punto de decirle la verdad, de labios de alguien que sabe de ese asunto mucho más que usted, maldito fantoche.

Pero me callé. No dije nada.

Antes de que la situación se acabara de torcer, le pregunté si tenía los nombres de los prisioneros de Annual. Julián Álvarez se volvió y echó mano de uno de los archivadores de cartón que había en la estantería metálica. Al hacerlo, una de las cajas cayó al suelo y se abrió, dejando ver una serie de documentos en su interior. Uno de estos documentos tenía un sello oficial estampado en una esquina.

Por fin se hizo con la caja que quería consultar. Sacó una carpeta con anillas y me entregó una lista con los nombres de las personas que habían sido liberadas en 1923.

Vi que todos eran militares.

—¿Y los civiles? Creo que también había mujeres y niños.

—Es cierto —reconoció—. En el momento de la liberación había unas ocho o nueve mujeres y algunos niños, pero ahora mismo no dispongo de esa información. Tendría que buscarla con calma.

Sonó a disculpa. Aquel tipo no mentía bien.

—¿Sabe al menos quiénes eran?

—Solo sé que las tribus rifeñas capturaron a un pequeño grupo de paisanos que trabajaban en las minas o en las granjas de la zona de Nador y que los llevaron a los improvisados campos de prisioneros en Axdir o Tamasint, donde muchos de ellos murieron, víctimas del hambre y el tifus.

—Pero tengo entendido que algunos de esos prisioneros consiguieron escapar.

Julián Álvarez, que en el fondo debía de ser más listo de lo que aparentaba, unió un asunto con otro y sonrió con arrogancia.

—Veo adónde quiere ir a parar. Supongo que usted está aquí porque ha oído esos ridículos cantos de sirena.

Se atusó el bigote mientras sonreía. Tenía los dientes llenos de manchas de nicotina.

—Es cierto —reconoció—, durante los años posteriores a la derrota de Annual, hubo oportunistas y aventureros de todo tipo que propagaron el rumor de que algunos prisioneros españoles habían conseguido escapar de las cárceles de Abd el-Krim, entre ellos el propio general Silvestre. Hubo incluso quien aseguró haberlo visto con sus propios ojos. La verdad es que el pobre Silvestre se convirtió en un personaje de opereta con el que se hacían todo tipo de conjeturas y se inventaban los más disparatados embustes. Unas veces decían que se había vuelto loco y que mandaba un grupo rebelde en las cercanías del Sáhara, otras aseguraban que lo habían visto formando parte de una caravana de esclavos que cruzaba Marruecos hacia el sur, hubo quien habló de cierto lugar en Tafilete donde Silvestre, que ahora se llamaba Abdallah, vivía con dos mujeres, y también quien llegó a decir que se había convertido al islam, que había viajado a La Meca y que ahora curaba a los enfermos y socorría a los pobres en algún perdido morabo de la cordillera del Atlas.

Me miró en silencio durante unos segundos, como si quisiera adivinar cuál era exactamente la versión que yo tenía en la cabeza y luego, con un tono menos teatral que el que venía usando hasta ese momento, añadió:

—Piense por un momento, ¿a quién podían favorecer esos rumores? Hay que tener en cuenta que España pasaba por un momento delicado. En la mente de todos estaban los recientes sucesos de 1909. En esa campaña murieron noventa hombres de graduación y más de mil soldados. Ahora eran casi quince mil las familias afectadas por la desgracia, cientos los pueblos y aldeas que habían perdido a toda una generación de jóvenes. Pero el país no se podía permitir una nueva Semana Trágica. Si la gente estaba entretenida con intrigas y folletines, que algunos periódicos de la época alimentaron convenientemente, y además se mantenía la esperanza de encontrar con vida a Silvestre para exigirle responsabilidades, el pueblo español no desviaría su cólera contra el rey o contra los políticos que habían consentido el descalabro militar. Era una forma de proteger a la monarquía y de desviar hacia un *cul de sac* cualquier exigencia de justicia. Supongo que usted sabe cómo funcionaban las cosas entonces. No han cambiado demasiado, en realidad. También ahora los gobiernos se lavan las manos, mientras los marroquíes se ahogan en el Estrecho intentando alcanzar una Europa que les convertirá en esclavos.

Estaba de acuerdo con él, pero yo no había ido hasta allí para enzarzarme en una diatriba sobre política y justicia. Y menos con él. Comencé a impacientarme. No me estaba diciendo nada nuevo y yo no podía seguir perdiendo el tiempo, así que corté por lo sano y abordé otro de los temas que me interesaban:

—¿Conoce un sitio llamado Yebel Hamman?

Julián Álvarez hizo un ampuloso aspaviento. Su irritante voz se volvió de nuevo aguda como el llanto de un niño.

—¡Ah!... El monte de las Palomas... Bonito lugar. Está a unos cincuenta kilómetros al sur de Alhucemas.

Sabía perfectamente dónde estaba situado Yebel Hamman. En el corazón del Rif,

en Beni Urriaguel, la patria de Abd el-Krim. Yo también tenía mapas en mi casa.

—¿Hay minas en esa zona?

Se lo pensó durante un buen rato.

—Es posible... De hecho, ahora que lo recuerdo, creo que hay una divertida historia sobre ese sitio.

Julián Álvarez hizo una pausa. Sacó una varilla metálica y prensó el interior de su pipa. Aproveché para encender un nuevo cigarrillo.

—¿Qué tabaco es ese? —dijo esta vez al ver la cajetilla—. ¿Rubio?

—Alemán —respondí—. Bajo en nicotina.

Me miró detenidamente y murmuró con desprecio:

—Bah... Tabaco de mujeres.

Estuve a punto de soltar una inconveniencia. Al fin y al cabo, el que llevaba el pelo teñido era él, no yo. Pero no dije nada. Dejé que se tomara su tiempo y esperé a ver qué tenía que añadir.

—¿Sabe usted que en el siglo XIX un francés, el conde de Chavagnac, compró una mina de oro en Yebel Hamman? —dijo por fin, mientras daba una larga calada a su pipa—. Había negociado con un jefecillo local, una especie de caíd al que conoció en una prisión de Mequínez.

Abrió la boca para que el humo saliera poco a poco. Un aroma dulzón recorrió la corta distancia que había entre él y yo. Pensé que el olor de su tabaco era tan pegajoso y excesivo como él.

—Consiguió socios, entre todos pagaron una aportación inicial, fletaron un barco y, cuando intentaban abrirse paso, hasta el lugar en el que iban a iniciar la explotación, fueron atacados por las tribus nativas que no les reconocían ningún derecho sobre el territorio. El caíd había cogido su dinero y ahora no podía responder, porque los atacantes pertenecían a una cabila vecina con la que no mantenía buenas relaciones. El conde de Chavagnac reclamó justicia ante el sultán de Marruecos, mostró sus documentos, que eran totalmente legales, pero el gobierno marroquí respondió que la adjudicación de recursos mineros era potestad del sultán y que nadie había contado con él para ratificar el acuerdo. El de Chavagnac se quedó sin negocio y sus socios sin el dinero que habían invertido. Eran dueños de un territorio al que no podían llegar. Nunca se aclaró si de verdad existían tales minas o si todo había sido un engaño. De hecho, he leído en algún sitio que lo que realmente había en Yebel Hamman era plata y no oro.

Parecía entusiasmado por algún tipo de descubrimiento interior, como si mis preguntas le hubieran abierto las compuertas de la memoria y ahora él también pudiera asombrarse de su portentosa erudición.

—Pero la cosa no acaba ahí —dijo al cabo de unos segundos. Golpeó el borde de la pipa contra el cenicero y se la colocó, esta vez apagada, en los labios—. Creo recordar que cuarenta o cincuenta años más tarde, el propio Abd el-Krim encargó varios estudios geológicos del terreno y, en secreto, intentó negociar con varios

gobiernos europeos para que se explotaran unos yacimientos mineros en Yebel Hamman. A cambio pretendía apoyo internacional para convertir el Rif en una república independiente. Primero lo intentó con los españoles, luego con los alemanes y finalmente con los ingleses. Parece que todos, uno detrás de otro, creyeron en la existencia de esa supuesta riqueza minera, y consideraron la propuesta como real, así que debe de haber algo de cierto en la leyenda, ¿no cree?

—Bien, supongamos que esas minas existen. Entonces, ¿por qué nunca se han explotado? Supongo que ahora mismo Hassan II podría sacarles un buen rendimiento desde el punto de vista político.

—¿Pero usted cree que a Hassan le interesa eso? De ningún modo. La represión tiene sus reglas, amigo mío. El territorio del Rif sigue siendo un lugar de sedición, un país insumiso, rebelde, indómito. *Bled es siba*, amigo mío.

—¿Perdón? —pregunté a mi pesar. Sabía que me arriesgaba a una nueva disertación, tan inútil como larga.

—¿Sabe lo que quiere decir? Tierra de disidencia. El rey de Marruecos no ha conseguido que los rifeños lo acepten, así que les castiga condenándoles a la miseria. Los deja morir lentamente. Que emigren, que se vayan a Europa. ¿Usted sabe quiénes son los magrebíes que cruzan el Estrecho? Rifeños. La mayor parte. ¿Y qué clase de rifeños? Los hombres jóvenes. Justo los que podrían resultar más combativos respecto a la nefasta política del gobierno. En el Rif no hay factorías, ni industria pesquera, mucho menos minas. Las minas significan puestos de trabajo, esperanza, riqueza. Las minas significan cohesión laboral, trabajadores agrupados. Los campesinos y los pastores no pueden ser una amenaza. Los mineros sí.

Entendí lo que quería decir. Y luego pensé que esa extraña historia sobre las minas de oro encajaba perfectamente con lo que me había contado la vieja.

—No olvide usted que era Abd el-Krim padre quien organizó todo el lío. Mohamed ben Abd el-Krim, el hijo, el que ahora conocemos como vencedor de Annual, no era más que un muchacho espabilado y obediente, que conocía bien a los españoles porque había trabajado para ellos. Le diré que, por aquellas fechas, su único rasgo nacionalista era servir de enlace entre los intereses paternos y los administradores del Protectorado. ¿Ha leído usted algunas de las cartas que Mohamed le envía a su padre desde Melilla? Son un auténtico compendio de cinismo: cómo reclamar las pensiones atrasadas o a quién enviar una carta de pésame. Fue el padre el verdadero motor de la rebelión, el que le hizo dejar Melilla y regresar a Axdir. A Mhamed, el hermano pequeño, le escribieron a Madrid, sabrá usted que estaba en la Residencia de Estudiantes y preparaba el ingreso en la Escuela de Minas; pues también le hicieron volver cuando Abd el-Krim padre empezó a tener más de un enemigo entre su propio pueblo, precisamente a causa de su colaboración con los españoles. Quemaron su casa y eso le puso sobre aviso. Así que reunió a sus dos hijos varones y los animó a que trataran de recuperar su influencia entre las cabilas vecinas. ¿Para qué? No piense usted que tenían en mente nada parecido a lo que

luego sucedió. Nada de eso. Yo tengo una hipótesis.

Hizo una pausa que aprovechó para rellenar de nuevo la pipa.

—Sepa que todo lo que le cuento está perfectamente documentado. Mohamed ben Abd el-Krim había mantenido correspondencia personal con varios españoles, entre ellos, el coronel Morales, Antonio Got y Cándido Lobera, director de *El Telegrama del Rif*. En algunos casos, esa correspondencia fue sin duda amistosa y de ella se desprendía que la voluntad de la familia de Abd el-Krim, tanto del padre como de los dos hermanos varones, era llegar a un punto de encuentro con los españoles, a una verdadera colaboración. ¿Qué pasó para que los intereses de España y los de la familia El Khatabí se distanciaran? ¿Dónde se habían torcido las cosas? ¿En qué punto de la historia se separaron los objetivos de Abd el-Krim y España? He consultado los papeles que los franceses se llevaron del Rif cuando la rendición. Y he descubierto algo muy curioso.

Esperó mi reacción. Por primera vez me interesaba lo que estaba diciendo, pero no acertaba a comprender muy bien adónde pretendía llegar.

—Esos papeles están en el Quai D'Orsay. La mayor parte son cosas sin importancia, pura propaganda, envíos a las Naciones Unidas y asuntos por el estilo; pero también hay contratos con agentes franceses e ingleses. En la documentación anexa a uno de esos contratos hay una carta muy elocuente: Mohamed ben Abd el-Krim, el hijo, porque el padre ya había muerto, dicen que envenenado, pedía explicaciones a un empresario español por la traición de la que había sido objeto. Al parecer se estaban explotando ciertas minas sin su consentimiento. Es un borrador incompleto, quizá Abd el-Krim nunca envió la carta. Pero es un documento en el que se hace referencia a cierto complot en el que mediaba Romanones para ceder el Protectorado a los franceses; uno de esos papeles que la historia se resiste a digerir, que nadie quiere considerar.

—¿Sabe usted cómo se llamaba ese empresario?

Me miró extrañado.

—¿Por qué? ¿Acaso usted también ha oído algo semejante?

—Puede ser —respondí—. ¿Cómo se llamaba?

—Uribe. Secundino Uribe.

Al escuchar el nombre de Uribe recordé las palabras de la vieja: «Uno de aquellos hombres, el que se llamaba Uribe, debía de ser accionista de una empresa minera...». No era difícil imaginar por qué Abd el-Krim le pedía explicaciones. Volví mentalmente a la escena que había tenido lugar en casa de la madre de Juanito Serra, aquella reunión en la que había un banquero y un teniente coronel... La vieja había descrito a Uribe como un sujeto ingenuo y pagado de sí mismo. Y a la dueña de la casa como una diablesa con patas de cabra.

Julián Álvarez me miraba con verdadero interés. Luego, como si quisiera recuperar el dominio de la situación, volvió a usar aquel falso tono de profesor universitario que había mantenido durante la mayor parte de la entrevista.

—De todos modos, solo es una hipótesis, ¿no cree? Lo malo de la guerra del Rif, desde el punto de vista histórico, es que no tuvo valor universal. Era una guerra pueblerina, de piojosos, una guerra sin repercusión mundial. Y de pronto todos aquellos muertos. Hay guerras locales que solo tienen una explicación local, y otras que estallan y se propagan de forma incomprensible, todo el mundo está pendiente de ellas, se amplifican como si en esos momentos el mundo entero estuviera en guerra. Mire usted lo que pasó con la guerra del Golfo. O lo que ocurrió unos años antes con la guerra de Vietnam. Si hubiera habido yacimientos mineros en Beni Urriaguel, Abd el-Krim habría conseguido más apoyos de los que consiguió. De eso puede usted estar seguro.

—Pero ¿no cree que Abd el-Krim pudo utilizar ese señuelo para intentar impedir el avance de Silvestre sobre Alhucemas? —dije, recordando de nuevo la reunión en casa de los Serra. La imagen de la pequeña Lucía sin saber cómo coger los cubiertos me asaltó por sorpresa. Intenté centrar de nuevo el tema—. Los acuerdos comerciales podían evitar una ocupación militar del Rif, siempre y cuando los rifeños demostraran a los españoles que tenían un verdadero jefe capaz de defender sus intereses. No podía repetirse la situación que se produjo con el asunto ese del conde de Chavagnac, así que era fundamental tener el control de las cabilas para empezar a negociar.

Observé que, por primera vez, mis palabras le causaban cierta impresión. No me dio la razón, pero no hizo ningún comentario para contradecir mi planteamiento.

—Creo que Abd el-Krim no quería la guerra —añadí entonces—. Solo pretendía controlar a sus paisanos y hacerse fuerte para establecer acuerdos económicos con los inversores extranjeros. Seguramente estaba tratando de tomar posiciones, de controlar las cosas, cuando las circunstancias le empujaron más lejos de lo que pretendía llegar.

Siguió atentamente todo lo que yo decía. De pronto se me quedó mirando fijamente.

—Usted está buscando algo muy concreto, ¿qué es?

—En estos momentos, ni yo mismo lo sé —respondí—. Intento comprobar si es cierto algo que me han contado.

—Pues si quiere un buen consejo, hágame caso, no se fíe de las apariencias. En la historia del Rif nada es lo que parece.

Creo que fue en ese momento cuando dejó de parecerme un fante engreído. Miré el reloj. Llegaba tarde a la cita con mi hija.

Luego, cuando Julián Álvarez me acompañaba a la puerta, añadió:

—Si realmente está interesado en el tema de las minas de Yebel Hamman, vaya a Melilla y hable con Juan Lafont. Dirige la Asociación de Estudios Melillenses y es íntimo amigo mío. Si él no aclara sus dudas, nadie podrá hacerlo, se lo aseguro.

Cuando cogí el metro para ir al restaurante de la plaza de España, donde había quedado con Sara, tenía otra vez un espantoso dolor de estómago.

Llegué casi una hora tarde al restaurante y me quedé de piedra cuando distinguí a Lola en la barra. Al verme miró el reloj con gesto de censura, pero luego no dijo nada, dejó que Sara saliera a mi encuentro y esperó junto al mostrador mientras nos abrazábamos.

Sara había cambiado considerablemente en los últimos meses. Estaba mucho más alta y llevaba una falda minúscula, sandalias de charol con enormes tacones y una camiseta que le dejaba el estómago al aire. Cruzado en bandolera llevaba un pequeño bolso de tela. Parecía mayor. Lola, en cambio, había rejuvenecido desde la última vez que la vi. Se había cortado el pelo y se lo había teñido de un llamativo color rojo. Estaba bronceada y mucho más delgada que de costumbre.

—¿Cómo estás? —preguntó con desgana.

—Peor que tú, por lo que veo —respondí ariscamente.

Lola era la única persona de este mundo que podía sacarme de quicio en menos de dos minutos.

No respondió a la provocación. Desvió la mirada y bebió un sorbo de algo que parecía vermut.

—¿Vas a quedarte a comer? —pregunté en el mismo tono, mientras me preparaba para un enfrentamiento verbal, fuego graneado, viejas recriminaciones lanzadas con saña al centro de la herida, en fin, nuestra habitual forma de relacionarnos.

—Desde luego que no —contestó rápidamente—. He venido a acompañar a nuestra hija. Quería hablar contigo.

—Pues tú dirás.

Lola se volvió hacia Sara, que nos miraba con una sonrisa tensa y algo irónica.

—Ve a sentarte a la mesa, cariño. Tu padre irá enseguida.

Sara obedeció.

—¿Y bien? —pregunté temiendo que la respuesta no me fuera a gustar.

—Verás. Hay un asunto del que quiero hablarte. Sara está pasando por una edad muy difícil. Tenemos problemas con ella.

—¿Tenemos?

Pensé que hablaba de ese novio suyo, al que imaginé viviendo en la misma casa que mi hija y comportándose como si fuera su padre.

—Tú y yo —recalcó mi ex mujer—. Es hija de ambos, ¿recuerdas?

—Desde luego. ¿Qué problemas?

—Nada demasiado grave, pero creo que hay que atajar el asunto ahora, antes de que sea tarde.

—¿Drogas?

Lola se sorprendió.

—No, por favor. Eso no.

—¿Entonces?

Me miró como si estuviera valorando el efecto que sus palabras me iban a hacer y luego respondió con énfasis:

—Tiene novio.

No pude evitar una sonrisa.

—No te lo tomes a la ligera —dijo ella—. No he dicho que ande tonteando con un muchacho de su edad, es algo más serio. El novio en cuestión es uno de sus profesores, tiene treinta y dos años. Creo que es una relación peligrosa, que le puede arruinar la vida.

—Vamos, no exageres. Saca buenas notas, es responsable y parece una buena chica. Ya se le pasará. Además, ahora se va a Inglaterra, ¿no?

Lola asintió visiblemente preocupada.

—Ahí está el problema. Creo que ese individuo la tiene embrujada. No la deja ni a sol ni a sombra. Llama a todas horas, la espera a la salida de clase, la acompaña a casa. Te aseguro que es obsesivo.

Por un momento me preocupé también. Lola encendió un cigarrillo y echó el humo hacia un lado.

—Me voy a México de vacaciones —dijo.

—Lo sé. Sara me lo ha dicho.

—Me voy mañana.

Asentí con un gesto.

—Estoy preocupada. No sé qué va a ocurrir cuando me vaya. Ella no lo sabe, pero he oído que le contaba a una amiga algo sobre un viaje en coche por Marruecos y eso solo puede significar una cosa: que me está engañando y no va a aparecer por el colegio que le he buscado en Inglaterra. Creo que van a verse en Madrid uno de estos días, hoy o mañana, que él nos ha seguido hasta aquí. ¿Vas a pasar toda la tarde con ella?

—No. Tengo una entrevista muy importante. Me ha dicho que se va contigo y con un tal Marcos a Chinchón.

Lola hizo un gesto de desesperación.

—¿Ves? No es cierto. Yo no he pensado en ningún momento en ir a Chinchón. Esto no me gusta nada. Creo que deberías hacer algo.

—¿Como qué?

—No sé, asegurarte de que Sara coge el avión para Londres. Trata de sonsacarla, quizá tú consigas que te cuente qué planes tiene en realidad. O incluso podrías hablar con él, decirle que deje en paz a nuestra hija.

Pensé qué podía hacer yo durante los dos días que faltaban para que Sara se fuera a Inglaterra o a Marruecos, o a donde demonios hubiera decidido ir. No me gustó la idea de imaginarla entre las sábanas de un hotelucho marroquí, con un tipo que le doblaba la edad, y esa imagen se enlazó con la figura difusa de una muchacha de su misma edad que vivía en un burdel de Melilla.

—De acuerdo. Se quedará conmigo durante un par de días. La vigilaré. Hablaré con ella. Si todo va bien, la pondré en el avión de Londres y si hay problemas los solucionaré. Puedes marcharte tranquila.

Eso fue lo que dije. Por primera vez en muchos años, vi un destello amistoso en los ojos de mi ex mujer.

Durante la comida, Sara y yo no tocamos el tema. Me pareció lo mejor. Hablamos de pasada del instituto, de los profesores, de los compañeros, le pregunté si tomaba drogas, si bebía alcohol, si fumaba y ella contestó negativamente a todo, riéndose. Supongo que interpretó mi interés en los términos lógicos, la preocupación de un padre que nunca actúa como tal y que, de vez en cuando, sobre todo cuando se da cuenta que su hija es casi una mujer, decide saldar el asunto preguntando directamente y conformándose con cualquier respuesta que le tranquilice. Las cosas no debían de ser tan sencillas, pero la creí. Acabamos de comer hacia las tres y cuarto y, como teníamos tiempo, le pedí a Sara que me acompañara a casa.

Quería ver si había llegado el fax que estaba esperando.

Todavía no había decidido cómo mantener controlada a mi hija, pero las cosas sucedieron de tal modo que no tuve que pensar en ninguna enrevesada estrategia, todo se desarrolló como si estuviera preparado de antemano.

Llegamos a casa hacia las tres y media. Sara se quedó en el salón y yo entré en el estudio. La vi sentarse en el sofá, tímida y reservada, como si fuera una visita, con su pequeño bolso de tela colgado en bandolera. No me preguntó por Miranda.

Cuando era más pequeña y la traía a casa, solía revolverlo todo, entraba en las habitaciones, abría los armarios, se disfrazaba con las sábanas limpias y pintaba monigotes sobre mis mejores libros. Me apenó comprobar que todo aquel barullo infantil se había terminado para siempre. Mi hija iba vestida como una *spice girl*, tenía novio y casi pedía permiso para sentarse en el sofá de mi casa.

El estudio era un cuarto pequeño, en el que guardaba mis papeles, carpetas y carpetas llenas de recortes, un centenar de libros polvorientos, y un obsoleto ordenador personal que apenas usaba. La mesa estaba pegada a una de las paredes, junto al balcón que daba a la calle, y en un tablero añadido a continuación había instalado el fax. Vi que había un pedazo de papel térmico colgando. Pensé que me encontraría una serie de recortes originales, pero solo había una escueta nota de Natalia, una de mis antiguas novias. Quizá la única que todavía me hablaba.

Como un destello pasó por mi mente el rostro de Natalia. Una historia que llevaba quince años sobrevolando mi vida. Primero nos amamos con pasión, cuando yo aún estaba con Lola y Sara venía de camino; nos entregamos a una aventura de esas que te ponen a mil, un rosario de citas clandestinas, polvos salvajes en el coche, nos dijimos todas las cursiladas propias de estos casos y nos hicimos todas las promesas. Un clásico que rayaba en la vulgaridad. Muchas tardes iba a buscarla a la Facultad de Periodismo, donde ella trabajaba en la hemeroteca, metíamos el viejo Seat 127 en cualquier camino solitario de la Dehesa de la Villa y allí nos creíamos protagonistas de *El imperio de los sentidos* o de *Nueve semanas y media*. Luego Lola se enteró, quizá porque yo dejé que se enterara, nació Sara, y la aventura se disolvió como la espuma de una cerveza mal tirada. Afortunadamente, no sé si por ella o por mí, el

caso es que fuimos capaces de conservar una amistad tibia, esporádica, llena de celos por su parte, que para mí solo tenía el coste de aguantar su sarcasmo. En cierto sentido era un estado como de reconciliación permanente que nos permitía tomar un café de vez en cuando y charlar como viejos conocidos. Por eso, cuando necesité revisar con urgencia los periódicos de Melilla, la llamé y ella me hizo el favor. Y ahora aquí estaba el resultado. Pagado con monedas del pasado.

«Efectivamente, los periódicos de la época hablan del crimen de la calle General Buceta —decía el fax—. Un húngaro fue asesinado en el burdel donde trabajaba como pianista. Parece ser que le cortaron el cuello y que nunca se supo quién lo hizo, aunque se especuló con un posible caso de espionaje. Detuvieron a la dueña del prostíbulo, pero fue imposible determinar si ella o cualquiera de las mujeres que estaban a su cargo sabía algo del asunto. No se juzgó a nadie. Las autoridades cerraron el burdel. Eso es todo. Aunque no te lo mereces, te mando un beso. Natalia».

En ese instante supe que la historia de la vieja era una verdadera bomba. Aun así, eran muchas las preguntas que quedaban sin resolver. Demasiadas.

Cuando levanté la vista, vi que Sara había entrado en el estudio.

—¿Quién es Natalia?

Estaba leyendo el fax por encima de mi hombro.

—Una amiga —respondí.

—Seguro que es una de tus novias.

—Te equivocas. La que tiene novio es tu madre, no yo.

Me arrepentí nada más decirlo.

—No me digas que te importa —dijo Sara con sorna.

Estaba cabreado y, en vez de enderezar la conversación, respondí con mala uva:

—Hace tiempo que no me importa nada de lo tu madre haga con su vida. Pero sí, mira, ahora que lo dices, sí que me importa. Pero solo por ti.

—Pues a mí me gusta Marcos. Es majo.

Aquello me escoció. Hubiera preferido que le pareciera un capullo. Sara no parecía darse cuenta de mi malestar. Dijo algo que no entendí.

La miré y vi que señalaba la fotografía de Holbrooke que yo había dejado sobre la mesa.

—¿Es el mismo burdel que aparece en esta fotografía? —preguntó. Al parecer había tenido tiempo de leer no solo el fax de Natalia, sino también la leyenda que figuraba al pie de la fotografía.

—El mismo —respondí.

Me miraba con sus grandes ojos abiertos de par en par.

—¿Quién es? —dijo cogiendo la fotografía de Lucía Osman. De pronto me pareció que esa imagen, en manos de mi hija de quince años, era atroz, escabrosa, cruel como solo puede serlo la realidad.

Sara tenía tal expresión de asombro que, por un momento, me recordó a la niña que abría los ojos como platos cuando yo le sacaba una moneda de cien pesetas de

detrás de la oreja. En algún lugar, esa pequeña seguía existiendo.

—Una muchacha mestiza —dije arrebatándole la fotografía sin miramientos y guardándola en un cajón del escritorio—. Su padre la vendió a la dueña de un burdel de Melilla cuando tenía doce años.

No sé muy bien por qué, pero cerré el cajón con llave, y luego la dejé escondida bajo un cenicero azul que Miranda me había comprado.

Sara se apoyó contra la pared. Parecía conmovida.

—¿Pasó de verdad? ¿Su padre la vendió?

—Así es —respondí—. Pero no te preocupes, eso sucedió hace mucho tiempo.

—¿Cuándo?

—En 1918.

Cogí el fax, lo doblé con cuidado y me dispuse a persuadir a mi hija de algo que ni yo mismo sabía muy bien qué era.

—Tenemos que irnos.

Sara no se movió. Tenía el ceño fruncido y una expresión contrariada, como si se negara a creerme.

—Es increíble —exclamó—. ¿Cómo podían pasar esas cosas?

Pensé que quizá había llegado el momento de abordar el asunto de su profesor.

—Ya ves, siempre hay algún granuja dispuesto a aprovecharse de una niña.

No reaccionó como yo esperaba.

—No me lo creo —dijo—. Seguro que es un invento de algún periodista amigo tuyo.

—Te equivocas. He hablado personalmente con esa mujer. Ayer mismo estuve con ella.

Sara hizo un rápido cálculo.

—¿Todavía vive?

—Puedes comprobarlo por ti misma —respondí tratando de aprovechar su repentino interés—. Voy a su casa. Acompañame y la conocerás.

Supongo que, en condiciones normales, mi hija hubiera accedido encantada.

—No puedo —dijo dándome la espalda, mientras se dirigía rápidamente al sofá donde había dejado su pequeño bolso de tela—. He quedado con mamá y con Marcos.

Eso me sacó de quicio. La cogí de un brazo y la obligué a mirarme a la cara.

—Procura no mentir, al menos cuando hables conmigo. Sé que vas a ver a ese profesor tuyo y creo que no te conviene hacerlo. Y a él le conviene aún menos.

Sara se zafó molesta.

—Mamá te lo ha contado.

—Efectivamente. Me lo ha contado.

Sara se puso rígida.

—Se cree que lo sabe todo, pero no lo entiende, nunca entiende nada de lo que me pasa —dijo furiosa.

—Te equivocas. Está muy preocupada por ti.

—Tú qué sabes —dijo a punto de echarse a llorar.

Se dejó caer en el sofá. Tenía el bolso en la mano y lo apretó contra el pecho con una actitud tan indefensa que me hizo acudir a su lado. Me senté junto ella y le pasé el brazo por la espalda. Sara dejó caer la cabeza sobre mi hombro y rompió a llorar.

—Está bien, está bien —murmuré conmovido—. Mira, haremos algo. ¿A qué hora has quedado con tu amigo?

—No es mi amigo —respondió entre sollozos—. Es mi novio. ¿Es que nadie puede entenderlo?

—Vale, vale. Pues tu novio. ¿A qué hora pensabas verle?

—A las cinco. En una cafetería de Callao.

—Llámale. Dile que irás un poco más tarde. Yo te llevaré.

Sara levantó la cabeza y me miró horrorizada.

—No te preocupes. Os dejaré solos. Pero luego te vienes a dormir aquí. Se lo he prometido a tu madre. Te quedarás conmigo hasta que cojas ese dichoso avión y mientras tanto veremos lo que se puede hacer.

Le sequé las lágrimas y la ayudé a ponerse en pie. Pensé que era solo una niña y que ese novio del que estaba tan enamorada debía de ser un verdadero cretino si creía que podía salirse con la suya.

—Y ahora vámonos —dije con la sensación de estar ganándole la partida—. Te contaré el resto de la historia en el taxi.

Cuando Sara y yo llegamos a casa de Lucía Osman, presentí que algo pasaba. La criada abrió la puerta un segundo después de que sonara el timbre. Observó a Sara con desconfianza y luego nos hizo pasar a una pequeña salita en la que había varios sillones y un piano arrimado a la pared. Nos dejó allí sin ninguna explicación.

Sara se puso a curiosear y a tocarlo todo, como cuando era pequeña. Estaba sonriente y feliz. Recuerdo que levantó la tapa del piano y movió los dedos sobre el teclado, fingiendo que ejecutaba una melodía. Luego se acercó a la chimenea y contempló durante unos instantes las dos figuras de bronce que había a ambos lados de la repisa y que sostenían un reloj de péndulo cada una. Con una sonrisa infantil, empujó aquellas bolas esmaltadas que simulaban ser el mundo. Sentí que el tiempo, nuestro tiempo, se aceleraba con ese simple gesto.

La criada volvió al cabo de unos minutos. Miró a Sara de nuevo, con prevención, como si temiera que fuera a romper uno de aquellos sofisticados relojes de apariencia humana, y finalmente nos llevó por el estrecho pasillo que conducía a su habitación.

Lucía Osman yacía en cama. La habitación estaba casi a oscuras.

Un haz luminoso penetró a través de la puerta entreabierta y fue a posarse sobre el lecho de la anciana, que parecía dormida. Estaba acostada boca arriba y tenía los ojos cerrados. Respiraba con dificultad.

Me fijé en el rostro, más afilado y pálido que la tarde anterior y en las manos, cubiertas de manchas marrones, que descansaban sobre el embozo como si fueran dos pequeños pájaros muertos.

—No la fatiguen —murmuró la criada a mi espalda—. Esta mañana ha tenido fiebre.

Luego cerró la puerta rápidamente. El haz de luz desapareció. Nos quedamos casi a oscuras. Avancé en la penumbra hasta toparme con el respaldo de una silla que alguien había colocado a la derecha de la cama.

Fue en ese momento cuando Lucía Osman entreabrió los ojos.

—¿Es usted, señor Ferrer? —dijo en voz muy baja—. Acérquese. No le veo bien. Lo hice.

—Ha venido —murmuró tratando de incorporarse.

—Así es —admití—. Pero parece que no se encuentra usted bien. Si quiere, puedo volver en otro momento.

Movió la mano de un lado a otro.

—Debe de tener muchas preguntas que hacerme —dijo, mientras yo trataba de evaluar su verdadero estado—. No puedo privarle de ese derecho.

Observé que su voz no era tan firme como la tarde anterior y que su mente parecía bloqueada por algún singular espasmo que retenía los sonidos en un punto incierto de su garganta. Pero a pesar de todo seguía transmitiendo esa sensación de fortaleza, la contundencia irrevocable de una personalidad incapaz de flaquear.

Sara se había quedado junto a la puerta. En ese instante se movió ligeramente y sus sandalias de madera golpearon la tarima, como si hubiera dado un ligero traspiés. La vieja miró hacia el lugar en el que se había producido aquel ruido.

—¿No está usted solo?

—Es mi hija. —Hice un gesto para que ella también se acercara a la cama y la vieja pudiera verla bien—. Se llama Sara.

La contempló durante unos instantes con sus febriles ojos de enferma y luego rompió a toser. El sonido que salía de su pecho era como un estertor. Con grandes esfuerzos consiguió incorporarse, hasta quedar en una extraña posición intermedia que no era ni sentada, ni acostada del todo. Me acerqué y la ayudé sujetando sus brazos por debajo de los codos. Desprendía un olor extraño, un poco acre, como de sangre recién derramada. No pude evitar pensar en la muerte.

—Traiga esa silla para la muchacha —dijo con voz áspera. Yo estaba muy cerca, así que su aliento corrompido me golpeó en la cara—. Colóquela aquí, a mi lado.

Lo hice así. Sara y yo nos sentamos junto a la cama.

—Bien —murmuró la vieja como si hablara con alguien que se encontraba muy próximo a ella, mucho más cerca de lo que estábamos Sara y yo—. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En un barranco próximo a la llanura de Gareb —respondí.

—Ah, sí... Ya recuerdo... Mataron a los heridos y nosotros vimos cómo

sucedía... Juanito y yo fuimos los únicos que conseguimos escapar.

Hacía un gran esfuerzo por recuperar sus recuerdos. Yo podía notarlo. Su inquebrantable voluntad ascendía del infierno para arañar imágenes al tiempo.

Y de nuevo su voz. Firme. Entera. Como algo que nunca podrá desaparecer.

Y allí estaba mi hija también, en la penumbra, dispuesta a escuchar un relato que yo no podía prever qué supondría para ella. La voz de Lucía Osman llenaba la habitación.

Corrimos a través del campo, bordeando las lomas y las laderas, escuchando las descargas a lo lejos, más allá del horizonte tormentoso que nos trajo unas pocas gotas de lluvia, muchos truenos y relámpagos. Corrimos durante todo el día, primero al abrigo de las pequeñas colinas, luego a cielo abierto, por la llanura que era como un tajo profundo en el paisaje. Corrimos con el empeño febril de aquellos que huyen de sus propias visiones.

Por el camino había cadáveres mutilados, pudriéndose al sol.

Cuando llegamos al zoco la noche se había echado sobre nosotros como si fuera el manto de Aisha Kandisha o la gandora oscura de Ahmed.

Todo era diferente, no parecía el mismo lugar en el que habíamos estado tan solo unos días antes. Ahora, al abrigo de la noche, el bullicioso mercado se había convertido en un espacio solitario y polvoriento, un desierto lleno de piedras y madejas de esparto que el viento había arrancado de las colinas. Nosotros tampoco éramos los mismos. Mi hermoso vestido de flores estaba sucio y roto, igual que ese rincón de mi alma donde había alimentado tantas y tantas esperanzas.

Llegamos temblorosos y aterrados... Juanito se pegaba a mi costado como si fuera un niño, incapaz de hablar o de tomar ninguna decisión; y yo, una muchacha de tan solo quince años, tuve que defender nuestras vidas como pude...

En un principio el amín nos ayudó, ¿sabe usted?... Nos dio comida y nos dejó dormir en su casa. Pero al día siguiente llegó una partida rebelde y el viejo nos entregó sin ningún tipo de reparo. Venían del norte, del frente de batalla. Rostros secos, polvorientos, bajo los cráneos rapados... Las chilabas ensangrentadas, manchadas de un color marrón que se parecía al óxido... El viejo amín les dijo que teníamos un automóvil. Eso fue nuestra perdición.

Cuando nos interrogaron ni siquiera éramos capaces de recordar en qué punto del camino se había quedado el Daimler.

Entonces se pusieron como locos.

Golpearon a Juanito con saña. Querían que los llevara hasta el coche y Juanito ni siquiera les entendía, creo que en su cabeza todo se había alterado de una manera brutal e incomprensible, porque sollozaba como uno de esos pobres locos que han perdido la razón.

Hablé con ellos en rifeño, intenté hacerles entender que el coche no funcionaba, que estaba averiado, seguramente a esas alturas era solo un montón de chatarra desguazada, pero no quisieron creerme. La locura se extendió como una mancha de aceite a nuestro alrededor.

Nos pegaron. Una y otra vez. Nos arrastraron por el mismo suelo en el que había visto degollar a los corderos, por la misma tierra en la que antes corrían regueros de sangre tibia.

Uno de aquellos hombres me rasgó el vestido.

Todos se rieron. En un momento de lucidez, Juanito quiso interponerse, pero no había nada que hacer.

Me metieron en uno de los establos y entraron todos los que quisieron, uno detrás de otro, diez, quince hombres jadeando sobre mi joven cuerpo...

Fuera se oían los gritos del pobre Juanito, los sollozos, las súplicas... Un hombre desdentado se movía como un chacal hambriento encima de mi vientre. De vez en cuando torcía la cabeza y contemplaba con una sonrisa lo que pasaba fuera. Recuerdo su rostro seco, arrugado, sus ojos extraviados entre la violencia y el deseo, los gruesos chorros de esperma que resbalaban por mis muslos, mientras un escozor violento de llagas invisibles me recorría el sexo... El hombre jadeaba. Hundía sus sucias uñas en mi piel, apretaba la pelvis contra la mía una y otra vez, durante mucho rato, más fuerte cuando los gritos de Juanito crecían en intensidad, más rápido..., como si la tortura y el placer fueran una misma cosa, como si metiendo con fuerza su enorme miembro amoratado entre mis piernas de niña, asestara un furioso golpe en el cuerpo de aquel otro pobre desdichado...

Cuando acabaron conmigo, me sacaron al exterior. Juanito estaba lleno de sangre, le habían cortado la lengua y los dedos de una mano. Vi cómo lo llevaban junto a una de las tapias del fondak. Lo arrastraron hacia un montón de estiércol. Uno de los cabileños se caló el fusil al hombro y le apuntó directamente a la cabeza...

Se derrumbó del mismo modo que lo haría un muñeco de trapo.

Me miró un segundo antes de morir. Y me sonrió con su boca retorcida, como si se alegrara de estar ganándole la partida a la sífilis o imaginara, por un instante, el doloroso gesto de fastidio que pondría su madre.

Quedó tirado sobre el montón de estiércol..., el pobre Juanito Serra..., tan inútil, tan botarate...

Lucía Osman se interrumpió al llegar a este punto. Sus manos, huesudas y llenas de manchas, acariciaron una y otra vez el embozo de la sábana. Eran las mismas manos que habían sembrado de anzuelos el mundo en el que yo flotaba a la deriva y yo los había ido picando uno detrás de otro. Pero lo cierto es que merecía la pena.

Miré de soslayo a Sara. Parecía a punto de llorar y tenía un gesto infantil en los labios, algo así como un puchero.

La vieja también la miró. Sus ojos febriles brillaron en la oscuridad.

—¿Sabe usted qué es la inocencia? —preguntó de pronto.

Creí que entendía su pregunta. La inocencia era esa congoja infantil asomando a los labios de mi hija, el desconsuelo incontrolable que ella debió de sentir entonces, cuando su cuerpo aún era hermoso y su rostro poseía esa deslumbrante sonrisa que Holbrooke había inmortalizado para siempre. La inocencia era ella contando aquella sórdida historia llena de contradicciones, yo escuchándola, creyéndola, bebiendo cada una de sus palabras con la ciega esperanza del que pretende desvelar un misterio.

—¿Qué le pasó a usted? —pregunté con una súbita aprensión.

—¿Qué me pasó? La crueldad me convirtió en otra persona —respondió—. Mis sueños infantiles desaparecieron para siempre. En su lugar se instaló una terrible voluntad de sobrevivir, una resistencia voraz que me hizo enfrentarme a todas las desgracias que a partir de ese instante me iban a suceder. Era como si de pronto hubieran galvanizado mi espíritu con un baño de zinc.

Luego alzó la barbilla, en un gesto que le era característico. Pensé que conocía pocas personas como ella, gente que no se deja aplastar por las circunstancias y que pueden emerger de entre los escombros para dejar su testimonio, para avisarnos sobre algo que creíamos olvidado.

—¿Qué me pasó? —repitió con una voz bronca, que salía del fondo de su pecho y se quebraba en algún punto incierto de la garganta—. Supongo que también iban a matarme... Pero de pronto llegaron al zoco más hombres con caballos y fusiles. Era un grupo organizado. Traían artillería y carros con cañones. Hubo una gran agitación. Todos corrieron a recibir a los recién llegados. Creo que fue esa inesperada circunstancia lo que me salvó la vida. Les oí decir que entre esos hombres estaba Mohamed ben Abd el-Krim y que llevaban a Melilla el cuerpo sin vida del coronel Morales.

Una brusca sacudida hizo que me pusiera rígido en el asiento.

—¿Abd el-Krim? —pregunté asombrado—. ¿Usted lo vio?

Se encogió de hombros. No sé si me oyó.

—Hubo mucha confusión. Venían de todos lados. Abrían las puertas de las casas y sacaban a la gente. Las tropas de Abd el-Krim recorrieron el zoco y confiscaron la comida, los huevos, el pan recién hecho, las gallinas... Uno de sus lugartenientes, un hombre alto que hablaba correctamente español, me preguntó por el automóvil. Le dije todo lo que sabía. Me trató bien, incluso dio orden de que en lo sucesivo nadie me tocara. Pero era demasiado tarde. Mi vida se había desgarrado, como una piel de

cordero que se iba separando de la piel. Lentamente, pero para siempre. Me quedé con la columna que iba hacia el oeste, por el interior. Abd el-Krim y los suyos viajaban hacia el este, hacia Melilla. Me metieron en un carro que habían llenado con el botín, y me llevaron por caminos y colinas que cada vez se alejaban más y más de la ciudad a la que un día me llevó mi padre...

Volvió a toser. Sin fuerza, solo un pequeño carraspeo, que la garganta amplificó como si fuera el viento entrando y saliendo por una cueva. Sentí una extraña impaciencia, un desasosiego físico que identifiqué con el deseo de fumar. Rocé con los dedos el paquete de tabaco que tenía en el bolsillo de la chaqueta, pero me contuve porque la atmósfera de la habitación ya resultaba bastante irrespirable. Luego siguió hablando, con la mirada extraviada, con aquella voz áspera y mortecina que convertía su relato en algo tan intemporal como verdadero.

Soplaba el seco y duro poniente. Arrancaba los espartos de raíz y los volteaba en el aire, los remolinos se enredaban en las ruedas de los carros y en los pies descalzos de mis opresores. Debíamos de estar cerca del mar, pero no se veía nada, el horizonte era una línea montañosa de color azulado y estaba tan lejos que cualquier idea de futuro parecía inalcanzable.

No sé por dónde pasamos, ni hacia dónde íbamos, pero recuerdo perfectamente lo que sentía, la inseguridad y el miedo que me obligaba a revivir los tiempos oscuros del aduar. Solo quería pararme, llegar a algún sitio, tener un rincón donde refugiarme.

Ayer no le conté una cosa.

Es sobre la época en que vivía en casa de doña Rosita.

¿Recuerda usted al criado que se llamaba Ahmed? Una vez subí a la azotea a colgar las sábanas. Yo debía de tener doce o trece años y aún no había empezado a trabajar con los hombres. Solía lavar, planchar y limpiar los fogones. A veces, cuando me mandaban a la terraza a tender la ropa, me quedaba apoyada en la balaustrada que rodeaba toda la casa y miraba el horizonte. Desde esa azotea se veía el cerro de San Lorenzo, la Estación Francesa y un pedazo de mar.

Bien, pues un día subí y me quedé allí más tiempo del necesario. La barandilla era de celosía y, si te tumbabas en el suelo, podías cerrar los ojos y soñar.

Me gustaba hacerlo.

Extendía una sábana sobre los ladrillos y, a través de la celosía, me quedaba mirando fijamente el trozo de mar que había más allá del matadero. Era mi refugio secreto, el lugar donde se fraguaron la mayor parte de mis sueños. Pues bien, aquel día que le digo me quedé dormida. Cuando desperté era casi de noche. Las sábanas se agitaban con el viento y sentí que no estaba sola.

Tuve miedo. No sabía por qué. Me levanté y empecé a recoger las sábanas, que ya estaban secas. Entonces lo vi. Ahmed estaba apoyado contra la pared. Me miraba en silencio.

De pronto dijo: «Tú no eres como las otras, tú eres como yo. Cuando seas mayor me casaré contigo».

Parecía trastornado. Y sentí auténtico pánico de que eso fuera verdad. Casarme con Ahmed era algo imposible, pero su seguridad me asustó tanto que, por un instante, pensé que podía llegar a ser verdad.

Salí corriendo, bajé a la cocina y me eché a llorar. Entonces llegó doña Rosita. Venía de la calle, con un vestido de tafetán y uno de sus mejores sombreros. Me preguntó qué me pasaba. Y yo se lo conté. Se quitó el sombrero, cogió el atizador de la cocina y se fue a buscar a Ahmed. Le golpeó hasta hacerle sangre y yo me alegré. Entonces supe que podía sentir odio hacia todo aquel que quisiera desviarme de mi camino.

Ese mismo odio era el que sentía ahora que estaba atrapada en los campos del Rif, en

aquella pesadilla de guerra y sangre que me había dejado indefensa de nuevo. Odio. Ganas de matar o de matarme. Furia sorda y deseos de hacer algo, cualquier cosa, que cambiara todo aquello. Aunque fuera a peor. Era como si de pronto me hubieran transportado a la infancia, el aduar volvía a rodearme, a ocuparlo todo de nuevo, la barbarie, la miseria, la violencia inexplicable. Todo. Dentro de mí también.

Max no estaba.

Doña Rosita no estaba.

Juanito había muerto de aquella manera brutal e incomprensible.

Todos mis sueños se habían venido abajo y tardaría años en recuperar lo que había perdido. Algunas cosas no volvieron jamás.

Me llevaron hasta un improvisado campo de prisioneros, un lugar sin nombre, rodeado de montañas y de campos de cebada.

Había soldados acarreando piedras que traían del cauce seco del río. Prisioneros como yo.

Me metieron en una casucha hecha de adobe. Allí había varias mujeres. También estaban trabajando. Hacían bombas de mano con latas de conservas y dinamita.

Todas eran españolas.

Unas habían sido capturadas en las minas del monte Uixan, otras en las granjas cercanas a Melilla; alguna, como Eugenia Montes Lapida, que era la mujer de un cocinero del Alhambra, arrancada de los brazos de su marido en un molino de Dar Quebdani, adonde habían ido juntos a comprar harina. Eugenia era una mujer valiente y capaz. Había sido partera en el Hospital Indígena de Melilla y estaba acostumbrada a ver miserias. Fue la primera que supo sobreponerse a todo aquel horror.

Hay tanta gente de aquellos años a los que todavía recuerdo... Son como fósiles que se han quedado en mi vida para siempre.

Eugenia Montes Lapida. Su nombre es como un golpe sordo en el fondo del estómago. Representa el dolor y, al mismo tiempo, la conciencia de estar viva. Pese a todo. Por encima de todo.

Durante los largos meses que estuvimos juntas, Eugenia demostró tener más sentido común del que cabía esperar en tales circunstancias. Colaboró en las tareas de organización y trató de llevarse bien con los responsables del campo de prisioneros. Fue ella la que organizó la vida diaria de las mujeres, hizo turnos para la higiene personal, para las comidas, que eran escasas y muy poco apetecibles, a veces cocedura amarga de hoja de chumbera, algo que en el Rif solo comían las vacas, o gachas de cebada hechas con una harina oscura llena de cáscaras y gorgojos... Apenas nos daban agua, pero aun así la bebíamos hervida y a veces hacíamos té con unas hierbas que crecían entre las rocas. Uno de los carceleros nos las traía del campo. Era un buen hombre, un pobre viejo que había trabajado en la fábrica de salazones de Melilla y que se vio metido en aquella guerra por una triste fatalidad. Se

llamaba Mimún.

Siempre he oído decir que los campos de prisioneros fueron un escenario para la tortura, que los guardianes maltrataban y humillaban a los soldados españoles, que vejaban sistemáticamente a las mujeres, que los mataban de hambre y los molían a palos. No fue para tanto. No después de lo que ya habíamos pasado. El campo de prisioneros era horrible, sobre todo para los civiles, pero allí las cosas estaban en cierto modo organizadas; había normas, no era la barbarie y el caos en el que nos habíamos sumido durante los días inmediatamente posteriores a la victoria de Annual. Ahora los ánimos se habían templado y la guerra se planeaba de igual a igual. Los rifeños, al mando de Abd el-Krim, tenían sus armas, sus estrategias, y muchos de aquellos campesinos que habían cometido toda suerte de horrores durante la sangrienta retirada de las tropas españolas, habían regresado a sus hogares y quemaban su entusiasmo recogiendo las cosechas y arando los pedregosos campos del Rif. Al cuidado de los prisioneros se habían quedado los jóvenes que no tenían obligaciones familiares o los viejos como Mimún.

Nos hacían trabajar.

Y pasábamos hambre.

Pero comíamos la misma bazofia que ellos, sufríamos las mismas enfermedades y el tifus no elegía a sus víctimas, no miraba si llevabas uniforme o chilaba.

Fue muy penoso, es cierto. Pero yo sabía por experiencia que para las mujeres era mejor estar allí. Nos protegíamos, cuidábamos las unas de las otras. Al principio éramos siete. La pobre Emiliana murió nada más llegar yo. Tenía gangrena en una pierna. No pudimos hacer nada. Estaba con su nuera, una que se llamaba Maruja, a las dos las habían capturado en el poblado de San Juan de las Minas durante uno de los saqueos. Había otra mujer que también murió al poco tiempo de mi llegada, la recuerdo muy bien, era cantinera en los pabellones del Atalayón, se llamaba Matilde y estaba casada con un moro, pero eso no le sirvió de mucho, porque igual la cogieron a ella y a sus dos hijas, Fátima y Felicitas, unas mujeronas grandes y feas como el demonio. Luego estábamos Eugenia, la comadrona, y yo.

Lo peor de todo eran las espantosas condiciones higiénicas en las que teníamos que vivir. Teníamos piojos, pústulas y ganglios por todo el cuerpo. ¿Para qué iban a torturarnos? La miseria nos comía por los pies, a los unos y a los otros, no era necesario echar mano de la crueldad para que la vida se hiciera insoportable. Y sin embargo, había un espíritu de apoyo, algo parecido a la fortaleza espiritual, que nos obligaba a prestarnos ayuda los unos a los otros. Nuestra supervivencia dependía de eso, de no permitir que nadie desfalleciera.

Muchas cosas se han borrado de mi memoria. Pero otras siguen ahí, fuertemente arraigadas. Ya no puedo revivir lo que sentía cuando había que hacer adobes con las piernas sumergidas en el barro; sé que mi cuerpo entero sentía algo, aquel calor viscoso, aquella humedad tórrida que trepaba por las piernas y me alcanzaba la cintura, como el abrazo de la tierra removiéndose sobre sí misma... He olvidado el

olor penetrante de aquel otro fango, las moscas azules y las heces malolientes, cuando había que limpiar las letrinas de los hombres que formaban una zanja oculta por una pared de chumberas... Tampoco puedo recordar de qué hablábamos los prisioneros al caer la noche, qué confidencias me hacían o cómo era mi propia voz, las palabras que usaba, el sonido de mi risa, todo eso ha quedado sepultado por el tiempo que vino a continuación, las palabras de entonces enterradas por palabras que aprendí mucho después, la risa infantil sepultada para siempre, entre otras risas que me pertenecen y que se quedaron ahí, sobre mi propia existencia de muchacha atrapada por una guerra infame que unos meses atrás apenas me importaba.

A los dos meses de estar allí, supe que estaba embarazada.

Tenía miedo de los piojos, del chancro, de que la piel se me volviera negra y se me cayeran el pelo y los dientes, pero nunca había pensado en un embarazo. No podía imaginar nada peor que eso. Un hijo de nadie, un desventurado niño que pronto comería gachas llenas de gorgojos y que bebería el agua cenagosa que nos daba Mimún...

Yo no quería tener aquel hijo y todas lo comprendieron. Eugenia, con la ayuda de las otras mujeres, me lo arrancó de las entrañas. Vi cómo me metían un alambre en forma de cuchara... y toda aquella sangre... Luego un coágulo enorme que se estrelló contra el suelo y quedó allí, latiendo como si fuera un hígado de cordero...

Después vino la fiebre.

Eugenia me ponía paños húmedos en la frente y preparaba cataplasmas de hierbas cuyo olor me alcanzaba en el delirio inconsciente de la enfermedad. Recuerdo haber sentido una sensación blanda, mullida, un bienestar que era la antesala de la muerte y que hacía que me sintiera bien, a salvo. Parecía imposible, pero me recuperé. Tenía dieciséis años y todavía me quedaba mucho por vivir.

Fue por aquella época cuando Mimún nos dijo que iban a concentrar a todos los prisioneros en Axdir. Abd el-Krim había reanudado el diálogo con las autoridades españolas y, al parecer, estaba intentando pactar un rescate de guerra.

La noticia corrió como pólvora seca por el campamento.

Todo el mundo hablaba de un convoy de provisiones que había salido recientemente de Melilla. Los nombres de Antonio Got y Driss ben Said circularon de boca en boca. Got había actuado en otras ocasiones de mediador. Representaba los intereses comerciales de Horacio Echevarrieta en el Rif y se había entrevistado con Abd el-Krim en abril de ese mismo año. He sabido después que, en su día, el propio general Silvestre dio el visto bueno a esa serie de contactos por los que Got y Echevarrieta intentaban establecer acuerdos mineros en Beni Urriaguel, abrigando seguramente la esperanza de que eso pudiera servir para atraer de nuevo al disidente rifeño. Lo que nadie sabe es que esos acuerdos tomaron un giro bien distinto y que no fue Echevarrieta el que se benefició de ellos.

Por su parte, Driss ben Said también era un viejo conocido de la familia El Khatabí. A su fama de hombre prudente y conciliador, añadía arraigados sentimientos nacionalistas, por lo que estaba libre de toda sospecha. Esos dos hombres tenían que llevar a cabo una delicada empresa. El gobierno les había encargado inspeccionar el estado de los prisioneros españoles, hacer un recuento del número de cautivos que tenía Abd el-Krim y mediar en la liberación de los civiles. Más tarde he sabido que llevaban también otro cometido: averiguar si era cierto que el general Silvestre seguía con vida.

Un día nos anunciaron que dejábamos aquel lugar. Nos hicieron preparar fardos con los víveres y el armamento. Aquella noche nadie consiguió dormir. Se rumoreaba que durante la visita de los comisionados íbamos a reunirnos con el resto de los prisioneros en Axdir, donde se estaban llevando a cabo las negociaciones.

Un soplo de esperanza recorrió el campo.

En cualquier situación de cautividad, el simple rumor de un pequeño desplazamiento constituye una buena nueva. Lo desalentador es la inmovilidad, la rutina, la falta de noticias. Lo sé muy bien. En esos momentos se tiende a pensar que el resto del mundo te ha olvidado.

Esperábamos con ansiedad la llegada de los comisionados de Melilla, porque decían que en Tamasint habían conseguido que liberaran a las mujeres y a los niños. Cuando nos pusimos en marcha, era como si cada uno de nosotros fuera a entrevistarse personalmente con Abd el-Krim.

Axdir estaba cerca, a tan solo dos jornadas. Hicimos un esfuerzo por llegar cuanto antes a la costa. Estábamos débiles, malnutridos, la mayor parte de nosotros enfermos de disentería, pero la esperanza nos empujaba con fuerza, como si nos diera alas. Cuando llegamos a la orilla del Nekor nos cruzamos con un grupo de prisioneros, una columna de seres maltrechos y agotados que se movían bajo el látigo invisible del hambre y la enfermedad. Venían en fila, atados los unos a los otros por el pie, parecían fantasmas emergiendo de una pesadilla.

No eran muchos.

Una veintena de hombres y unas pocas mujeres. También había tres o cuatro niños.

No iban hacia Axdir, sino en dirección contraria. Oí decir que los iban a vender como esclavos.

Tengo esa escena grabada en la memoria. Era un espectáculo desolador, una especie de espejo en el que se reflejaba nuestra propia desdicha, aumentada, intensificada, convertida de pronto en una visión diabólica de lo que todavía nos podía suceder.

Entre el espanto y el estupor, creí reconocer a uno de aquellos hombres. No llevaba guerrera, ni fajín, ni medallas... Un pantalón militar, suelto, sin polainas, y la

camisa atada sobre la cabeza, como si fuera el turbante de un moro. Tenía en el pecho y en la espalda unas enormes cicatrices que parecían producidas por golpes de machete y, en el labio superior una herida reciente, llena de pústulas sanguinolentas. Su expresión era la de un loco, sus ojos brillaban febriles y sus manos temblaban en el aire. En aquellas dramáticas circunstancias nadie habría sospechado quién era en realidad ese hombre. Nos cruzamos las miradas. Pareció advertir que yo le reconocía. Quizá, en el fondo de su mente trastornada, quería que fuera así, porque hizo un gesto rápido, llevándose la mano a unos largos bigotes que ya no tenía.

En este punto de la historia, Lucía Osman hizo una pausa, esperando seguramente mi reacción.

—¿Silvestre? —pregunté con incredulidad.

Ella afirmó con la cabeza.

—Ahora entenderá lo que le dije ayer.

—Eso es imposible. ¿Está usted segura?

—Vi las heridas que le habían hecho en Cuba. Incluso entonces, era difícil encontrar en un pecho unas cicatrices como aquellas.

—¿Hablaron ustedes? ¿Le dijo algo?

—Quise hacerlo, pero no pude. Habían pasado más de seis meses desde la derrota de Annual.

—¿Qué les sucedió a esos prisioneros?

Respondió con otra pregunta.

—¿Le gustaría saber quién conducía la columna?

—¿Quién?

—Un desertor de las tropas nativas. Se llamaba Mohamed Vulpes.

—¿Español o marroquí? —pregunté.

Su mirada se endureció. Por su rostro cruzó el rencor, como una ráfaga repentina y abrasadora.

—Un mestizo, como yo. Había heredado lo peor de cada parte. Era un hombre brutal, embustero y traidor, un traficante de esclavos que compraba prisioneros a cambio de un fusil.

No sé por qué, pero volví a sentir aquella extraña sensación de irrealidad. Era algo que no tenía explicación y que me hacía desconfiar de ella.

—Yo ya lo conocía —añadió entonces con calma—. Le había visto una vez, en la Ciudad Vieja. El día que Max murió.

Hizo una nueva pausa. Yo presentía, casi los veía..., un anzuelo tras otro... Y como un pez hambriento iba picando en todos ellos.

—¿Recuerda aquel hombre que hablaba con Max y que llevaba tatuado un escorpión en el cuello?

—¿El que...?

—Sí. El que hizo que me sintiera más sucia y humillada que ninguno de los pagaron por mi cuerpo. Era medio moro, de ojos brillantes y rasgados, como los míos...

Me quedé expectante. No quería demostrar demasiado interés, porque todavía no me fiaba de ella. No sé qué pretendía la vieja, quizá solo tenía miedo de morir y que se perdieran para siempre sus recuerdos... Pero yo no estaba dispuesto a abandonar el tema de Silvestre. Eso me importaba mucho más que sus restregones en un callejón.

Por un instante pensé en Julián Álvarez y en sus palabras, «Silvestre, Manella y Morales murieron juntos», y en la idea de que esos rumores sobre las misteriosas aventuras del general Silvestre eran solo un bulo difundido por algunos espabilados

que pretendían proteger al rey. No parecía probable que Lucía Osman tuviera esas mismas intenciones.

—Pero usted no me ha llamado para contarme eso —dije de pronto.

Lo veía muy claro. Demasiado claro. Silvestre no pintaba nada en aquella historia. Era un simple cebo que ella me había puesto delante de los ojos para mantener intacta mi atención.

La vieja sonreía en la penumbra.

—En efecto, señor Ferrer. Está usted en lo cierto. Hay un lugar del que quiero hablarle... Se llama Wusht Sbâ.

No entendí qué quería decir, aunque esas dos palabras me resultaron conocidas.

—¿No se acuerda? Wusht Sbâ, la vieja mina abandonada donde Klemms había escondido sus fusiles y ametralladoras. Fue allí adonde me llevaron.

—¿Quién? ¿Los rifeños?

Negó con la cabeza.

—Vulpes. Ese hombre vino por la noche al lugar en el que habíamos acampado y convenció a los guardianes para que le vendieran hombres y mujeres jóvenes con los que mejorar el aspecto de sus prisioneros.

Los codiciosos carceleros me entregaron sin dudarle un instante.

Ni siquiera Eugenia pudo hacer nada.

Y ya ve usted, fue así como pasé a formar parte de una de esas misteriosas caravanas de esclavos que cruzaban el norte de África sin que se supiera realmente adónde iban. De esos viajes nunca regresaba nadie.

—¿Qué fue del hombre que se parecía al general Silvestre? —pregunté sin poder disimular mi escepticismo.

—Estaba loco —respondió escuetamente—. Intentó escapar cuando llegamos al paso de Ari Ushen, pero los sicarios de Vulpes lo alcanzaron antes de que cruzara el Nekor. Lo mataron allí mismo y luego trajeron su cuerpo clavado en una estaca. Vulpes lo colocó a la entrada del poblado y allí estuvo hasta que los chacales se lo comieron.

Hizo otra pausa. Era evidente que estaba agotada. Por un instante pensé que se podía morir allí mismo, delante de nosotros.

—Deberíamos irnos —le dije a Sara en voz baja—. Es tarde.

Sara no se movió, tenía el ceño fruncido y miraba a la vieja con preocupación. Imaginé que le resultaba más complicado que a mí entender esta parte de la historia. De pronto dijo:

—Espera. Quiero saber qué pasó después.

Lo dijo en un susurro, pero Lucía Osman abrió los ojos y sonrió.

—Tu padre tiene razón, es tarde. Pero te lo diré... Estuve en poder de ese hombre durante casi dos años. Pasé muchas penalidades y vi morir a más gente de la que tú conocerás nunca... Se me doblegó el alma y se me entorpeció la mente, pero aun así nunca perdí la esperanza de regresar. A Eugenia y a todos los demás los liberaron en

el mes de enero de 1923 —añadió con amargura—. Sé que ella intentó hablar con el nuevo comandante general, pero no pudo convencerlo de que existían otros prisioneros, hombres y mujeres que no habían entrado en la negociación de Echevarrieta porque nadie sabía a ciencia cierta hacia dónde los había llevado Vulpes.

—¿Y Holbrooke? —pregunté después de un momento de vacilación.

La vieja suspiró.

—Volvimos a encontrarnos.

—Lo sé. Él la fotografió durante el cautiverio —respondí recordando las imágenes que me había enseñado la tarde anterior—. Por cierto, me gustaría ver de nuevo esas imágenes.

Asintió con rapidez. Pensé que, al fin y al cabo, las cosas debían de ir encauzándose tal y como ella tenía previsto.

Llamó con la mano a Sara. Mi hija se acercó. En ese instante supe que esa tarde no acudiría a la cita con su novio. Y mañana, ya veríamos...

—Ve a ese armario —dijo señalando un enorme ropero de nogal que debía de tener unos tres metros de ancho.

Sara obedeció.

—Abre la puerta de la derecha y mira en el cajón de abajo.

Noté que vacilaba. El armario tenía en su interior dos grandes cajones a cada lado. Puso las manos sobre los tiradores en forma de asa y tiró con fuerza. Todo estaba oscuro. Demasiado oscuro. Sara se quedó ante el cajón abierto, sin saber exactamente qué debía hacer. Me levanté y abrí con cuidado una de las contraventanas. La luz iluminó esa parte de la habitación. En el interior del cajón había una gran cantidad de objetos, estuches, viejos marcos de plata, una escribanía de cuero, trofeos cuyas placas ennegrecidas resultaban totalmente ilegibles y, sobre todo, papeles, muchos papeles. La caja forrada de tela también estaba allí.

No esperé a que ella me diera permiso, cogí la caja y la abrí. Dentro estaban las fotos que buscaba, pero había varias cosas más que no tuve tiempo de examinar porque, antes de que pudiera hacerlo, la vieja dijo desde el otro extremo de la habitación:

—Acérquese, le enseñaré algo.

Hice lo que pedía. Extendió su temblorosa mano y yo puse las fotografías en ella. Sara también se acercó a la cama. Alguno de nosotros encendió una lámpara y la luz, suave y amarillenta, iluminó de pronto las imágenes con una fuerza que me sorprendió. Era algo más que una sensación visual, era algo que tenía que ver con su significado. Cuando las vi por primera vez me habían parecido un valioso documento histórico, una especie de pieza arqueológica. Al contemplarlas de nuevo, sentí que eran algo más que eso, resultaban violentas e hirientes, como un tajo de guma. Ahora tenían luz, una luz interna, y la voz cansada de Lucía Osman sobrevolaba por encima de cada una de ellas.

—Mire ese rostro —dijo con resentimiento, mostrando la fotografía de la

ejecución, la misma en la que aparecía ella ataviada a la manera rifeña—. Vulpes de rodillas, pidiendo clemencia. Nunca me cansaré de contemplar esta escena.

Me fijé en el hombre que estaba a punto de morir. Entonces yo no había oído hablar de Vulpes, ni sabía nada de su pretendida crueldad. En la fotografía de Holbrooke parecía un simple prisionero de guerra al que van ejecutar de un disparo.

—¿Y quién es el europeo que va a caballo?

Durante un instante me miró sorprendida.

—Ese hombre es Josef Klemms —respondió.

No me había equivocado el primer día, cuando echando mano de mi imaginación interpreté unas imágenes que para el mundo no existían. Así que aquel individuo de aspecto frío era Klemms, el renegado alemán que clavaba un papel en el cuerpo de sus víctimas.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Qué hizo ese hombre para que Klemms lo matara? ¿Y por qué estaba Holbrooke presente en el momento de la ejecución?

—Vulpes se cruzó en el camino de Klemms y perdió. Gerald Holbrooke apareció cuando nadie lo esperaba. Ni siquiera yo.

—¿Dónde se produjo ese encuentro?

—En la zona más montañosa de Beni Urriaguel, en la sección de los Timarzga.

No entendía gran cosa de aquel complicado galimatías. Pero necesitaba saber algo.

—¿Ese sitio tiene algo que ver con las legendarias minas de Yebel Hamman? —pregunté.

—Las minas estaban más al sur, en un paraje conocido como El león dormido.

—¿Y qué más hay allí? ¿Qué es lo que usted busca?

Sonrió satisfecha.

—Lo mismo que usted, señor Ferrer: la verdad.

Quizá fuera así, pero lo cierto es que yo aún no tenía las claves para enfrentarme en igualdad de condiciones a esa búsqueda. Intenté reflexionar, buscar la pregunta adecuada y, de pronto, la encontré.

—¿Era Holbrooke un espía?

—Esa es una larga historia, señor Ferrer —respondió con cautela—. Y no estoy segura de tener fuerzas para contársela.

—¿Quiere que nos vayamos? Puedo volver mañana.

Mi repentina impaciencia debía de tener algo que ver con aquella cajetilla de tabaco que llevaba en el bolsillo.

Pareció dudar.

—No —respondió por fin—, ya he perdido demasiado tiempo. Quiero acabar con todo esto cuanto antes.

Pidió que le trajéramos un vaso de agua. Sara se levantó rápidamente y, antes de que nadie pudiera llamar a la criada, fue a buscarlo. Mientras ella estuvo ausente, aproveché para salir a fumar al pasillo. Creí que la vieja decía algo, pero había

cerrado de nuevo los ojos y parecía sumida en uno de esos repentinos sueños que a veces cogen por sorpresa a los ancianos.

Mi hija pasó ante mí y me lanzó una mirada de reprobación. Apagué el cigarrillo en una maceta que había junto a la ventana y la seguí dócilmente. Sara se acercó a la cama con el vaso de agua y ayudó a la anciana a incorporarse para que bebiera un par de sorbos. Luego lo dejó sobre la mesilla de noche.

Lucía Osman deslizó sus cansados ojos por la pequeña silueta de mi hija.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba la chica?

—Sara —respondió ella rápidamente.

—Es un nombre fácil de recordar. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Tu padre te ha contado lo que me sucedió cuando tenía tu edad?

—Sí, más o menos.

La vieja sonrió.

—Supongo que las chicas de ahora no podéis entender ciertas cosas. El mundo ha cambiado mucho.

—Bueno, yo lo entiendo bastante bien. Usted estaba enamorada de un hombre y se fue tras él sin pensar en el peligro. Eso sigue ocurriendo hoy en día.

Me sorprendió el tono de sus palabras, firme y decidido. No pude evitar pensar que estaba hablando de su propia vida.

La vieja contempló atentamente a Sara. Sonrió como si estuviera de acuerdo con ella. Luego se dirigió a mí:

—Bien, pues entonces sigamos con nuestra historia. Antes le he hablado de Vulpes, el desertor que traficaba con esclavos y de un paraje llamado Wusht Sbâ... Creo que ahora podrá contarle cómo sucedieron las cosas, por qué Gerald Holbrooke me encontró en aquel siniestro lugar al que no quería acercarse nadie.

Lucía Osman reanudó su relato y su voz sonaba ahora limpia y clara, como si le hubieran extirpado setenta años.

Las catástrofes y las desgracias no habían conseguido que olvidara al inglés. Mientras permanecí en el campo de prisioneros tenía la esperanza de encontrarlo, pero cuando Vulpes me capturó esa esperanza desapareció de mi vida...

Fuimos hacia las montañas, por campos y parajes desiertos, evitando siempre los zocos y las aldeas.

Durante varias semanas caminamos de sol a sol, pasando cadenas montañosas cada vez más altas, remontando los angostos collados, durmiendo a la intemperie, en los recodos que dibujaban las rocas.

Hacía frío.

Un frío espantoso.

El aire soplaba con violencia y no había forma de protegerse. No teníamos ropa de abrigo, algunos íbamos descalzos, y era tanta nuestra miseria que una vez vi cómo un hombre mataba a otro por unas alpargatas viejas. Ya no quedaba nada de aquella solidaridad que había vivido con Eugenia y con las otras mujeres. Ninguno de mis guardianes se parecía a Mimún, todos eran bandidos, desertores, criminales de la más baja estofa.

Es curioso cómo los hombres actúan de acuerdo con las circunstancias en las que se ven inmersos. Los cautivos de Vulpes, hombres y mujeres inocentes, nos convertimos también en criminales, nos contagiamos de aquella podredumbre moral. Nadie ayudaba a nadie. Cada uno de nosotros era enemigo de los demás, de modo que entre los verdugos y sus víctimas no se podía trazar una línea que los diferenciara. Por muy delgada que fuera, no se podía trazar.

Fue por aquellos días cuando, tras convivir durante un tiempo con los primeros síntomas de la sífilis, supe que había contraído la enfermedad. En el campo de prisioneros me empezaron a salir las primeras llagas genitales. Eran unas pequeñas manchas redondeadas que no dolían, pero tenían un sospechoso color grisáceo. Después del aborto desaparecieron por un tiempo, pero ahora que estaba débil y hambrienta surgieron las bubas, unos tumores blandos que crecen en las ingles y que, asociados a las erosiones, confirmaban que la infección se había generalizado. Solía pensar en Juanito Serra, en que quizá fue él quien me contagió su avariosis parisina, pero lo más seguro es que fuera cualquiera de los hombres que me violaron durante la retirada del general Navarro. En los países cálidos la sífilis se desarrolla más deprisa y siempre se ha dicho que, al estar muy extendido el contagio, disminuye la gravedad. No, Juanito no había podido ser, porque entonces ya no habría salvación posible. Si él, con todo su dinero, no había conseguido curarse, ¿cómo iba a hacerlo yo? Así que solía pensar en que el causante era cualquier mugriento rifeño y, en ese caso, algún día, cuando consiguiera escapar de Vulpes, podría tomar baños de mercurio, o salvarsanes, y curarme. En Melilla había buenos médicos. Algún día regresaría a la ciudad y tendría una casa elegante y con clase, como la de doña Rosita.

Esos eran mis sueños. Volver atrás, a los tiempos felices del burdel, cuando Gerald me enseñaba a leer y la guerra era solo una lejana palabra de oscuro

significado. No podía admitir que aquellos días habían desaparecido para siempre, que nada podría ser igual, y me esforzaba por conservar intactos mis recuerdos, trataba de imaginar la casa, los muebles, el sonido del piano, las risas y la figura protectora de doña Rosita... Mi único hogar era aquel espacio en calma, mi única memoria era la ciudad de Melilla y todo lo que había ocurrido en mi vida, antes y después, resultaba tan penoso que acabé por creer que solo allí se podía ser feliz.

Me equivocaba. Tardé mucho tiempo en poder regresar a Melilla y, cuando lo hice, el mundo había cambiado tanto que ni siquiera quise quedarme.

Lo que son las cosas. Su hija lo ha adivinado de inmediato, señor Ferrer. A eso se reduce todo: yo estaba enamorada de un hombre y pensé que tarde o temprano volvería a encontrarlo. Es curioso. Ahora que ha pasado tanto tiempo, cuando intento recordar, veo situaciones que están distantes en el tiempo pero curiosamente unidas entre sí. Es un efecto demoledor, porque a veces las imágenes son confusas, otras noto que hay grandes lagunas, como si los hechos sufrieran una progresiva descomposición y desaparecieran sin más. Todo eso me preocupa mucho. Por fortuna aún conservo la memoria, no sé por cuánto tiempo, pero la conservo.

¿Sabe usted lo que más me entristece? Recordar algo que sucedió entonces y no poder recuperar lo que sentía exactamente en esos momentos. Estoy segura de que lo más importante se ha perdido, por eso entenderá lo que voy a contarle ahora.

Es sobre ese hombre que se llamaba Vulpes y el tiempo que pasé en su poder. Lo he odiado durante muchos años y, sin embargo, tuvo tanta importancia en mi vida que, comparado con él, Gerald Holbrooke es una aparición fugaz, un simple encontronazo que llegó y se fue, sin dejar otra cosa en mi corazón que un hermoso sentimiento de añoranza.

Desde el primer instante supe que Vulpes me convertiría en su amante.

Y así fue.

Venía cada noche y me llevaba con él a una esquina. Todos podían vernos, pero eso no le preocupaba en absoluto. Creo que incluso le gustaba. Luego, cuando volvía a mi sitio, notaba cómo me miraban los demás, el mal se iba extendiendo a través de la noche y, poco más tarde, se escuchaba el jadeo intermitente de algún hombre y el llanto contenido de una mujer a la que le estaba sucediendo lo mismo que a mí. Intentaba dormir, no pensar en nada, aunque el miedo me atenazaba el alma. Sabía que tarde o temprano Vulpes descubriría que tenía sífilis. Cuando le salieran las primeras ronchas se daría cuenta de que era yo quien le había contagiado y me mandaría matar o algo peor. Recuerdo la sensación de espanto, la soledad de una niña que tenía un miedo atroz y que no podía confiarle sus temores a nadie. Solo me tranquilizaba el amargo sabor de la venganza. Deseaba ver a Vulpes lleno de escrófulas, de ganglios tumefactos, quería que las piernas le fallaran y que se volviera loco lentamente, para que antes de morir tuviera tiempo de padecer las mismas penalidades que nos hacía pasar a nosotros.

Odiaba a aquel hombre.

Y sin embargo acudía presurosa a su llamada, fingiendo que podía ser tan complaciente como él quisiera. Me convertí en su esclava particular, algo de su exclusiva propiedad que los demás no podían tocar. Pero nunca me concedió ningún privilegio.

Una vez, a finales del mes de enero, uno de los secuaces de Vulpes intentó forzarme mientras acarrea palos para encender el fuego. Me cogió por el vestido y me arrastró hacia un matorral que había en lo alto de un barranco.

Nadie nos había visto, pero Vulpes apareció de pronto, con un látigo en las manos. Empezó a azotarlo y el hombre fue retrocediendo, mientras le golpeaba una y otra vez, en el rostro, en las piernas, en cada centímetro de piel, cada vez con más fuerza, hasta que, acorralado e indefenso, quedó al borde del precipicio. A sus pies se abría una estrecha sima y, en el fondo, la hoz seca de un río, gruesas piedras graníticas que se amontonaban unas encima de otras. La crueldad de Vulpes era bien conocida por todos. No le hizo caer. Sonrió, achicando mucho los ojos, mientras enrollaba la cuerda alrededor de la fusta. El otro hombre creyó que ya no había peligro y sonrió también, aliviado por la esperanza de poder salir indemne de la situación. Entonces, de repente, Vulpes sacudió con furia su látigo. La tralla dio un chasquido y se enroscó como una serpiente en los pies de aquel pobre diablo, haciendo que se precipitara al abismo. Me obligó a asomarme. El cuerpo estaba destrozado contra las rocas, deforme, como si todos los huesos se le hubieran roto en mil pedazos y ya no pudiera mover un solo miembro. Pero aún estaba vivo. Gemía como un gato en la oscuridad de la noche. La fusta se había partido. Una parte de la trencilla de cuero estaba todavía enrollada entre sus pies.

El rostro de Vulpes expresaba una placidez rayana en la locura. Se desabrochó la guerrera y se puso en cuclillas, contemplando lo que acababa de hacer.

—No le mataré tan pronto —dijo—. Los buitres lo harán por mí. Se posarán a su alrededor y, antes de que muera, le sacarán los ojos a picotazos.

Yo quería marcharme. Pero me obligó a quedarme allí, con él, esperando que sucediera lo que había dicho. Estuvimos casi dos horas al borde del barranco, oyendo de vez en cuando los gritos implorantes y los sollozos entrecortados del moribundo. Cuando llegaron los primeros buitres sentí que Vulpes también era una alimaña y que a su alrededor solo podía haber muerte y destrucción.

Es solo una de las muchas cosas que sucedieron mientras estuve en poder de ese hombre. Ni tan solo recuerdo cuánto tiempo duró la travesía por las montañas. No debió de ser mucho, porque Vulpes seguía un plan preestablecido y el viaje no pudo durar demasiado, ni siquiera en aquellas penosas condiciones que nos hacían arrastrarnos como gusanos. Pero cuando la desdicha te coge por los pies, el tiempo se borra a tu alrededor y el final parece inalcanzable.

A veces lo pienso.

La eternidad tiene que ser un suplicio, una nefasta prolongación del tiempo donde las cosas que nos pasan no acaban jamás.

Por eso no puedo saber el tiempo exacto que tardamos en llegar a nuestro destino. A medida que ascendíamos por las montañas crecían las dificultades. La vida era más dura y más dolorosa de lo que hubiera podido imaginar nunca. Durante días estuvo nevando sin parar. No había ropa, ni mantas con las que abrigarse, apenas un poco de leña con la que encender fuego y, lo que es peor, ni siquiera nos teníamos los unos a los otros para soportar aquel calvario. Hasta que un día las condiciones de vida mejoraron.

Habíamos llegado a un lugar situado en las inmediaciones de Yebel Hamman. Lo llamaban El león dormido. Era una pared rocosa sembrada de cuevas, un sitio que impresionaba por su desolación. Abiertas, sobre una ladera retorcida y cubierta de cárcavas, las cuevas parecían los ojos del infierno. Por todas partes surgían túneles y galerías cubiertos de un polvo rojo, como de óxido, que se pegaba a los pies y en el que, de vez en cuando, se podía ver un singular brillo nacarado que parecía plata. Volví a pensar en Milagros, en la mina de su padre. ¿Dónde estarían Luis y ella? ¿Habrían conseguido sobrevivir como yo?

Nos refugiamos en una de las cuevas y por primera vez en mucho tiempo dormimos con un techo sobre nuestras cabezas. Había restos de nieve entre las masas de piedra caliza que coronaban la cima de la montaña, pero en la cueva se estaba bien. Por la mañana descubrimos que no éramos los únicos habitantes del lugar. Antes de que el sol asomara a nuestras espaldas, vinieron los hombres de Vulpes y nos levantaron a patadas. Alguien había puesto un caldero de cobre con manteca rancia y pan de cebada en la entrada de la cueva. Nos precipitamos como fieras sobre esas exiguas viandas.

Entonces vi la primera de una serie de escenas que pronto serían dolorosamente cotidianas para mí. De las otras cuevas salían hombres famélicos, mujeres y niños cubiertos de harapos. Bajaban por las cárcavas, sorteando las grietas y los trozos de roca desprendidos desde lo alto. Les custodiaban hombres armados con fusiles.

No supe adónde iban y creo que no me importaba demasiado en esos momentos, porque la lucha por un mendrugo de pan untado en manteca era mi principal preocupación. El hambre es un deseo tan primario que cualquier otro sentimiento desaparece al chocar con él. Incluso el miedo. Cuando ese vacío desgarrador agarrota tus entrañas y se adueña de tu cerebro de tal manera que no puedes pensar en otra cosa, todo lo demás carece de importancia. Pueden asesinarte tres segundos más tarde, pero en ese instante el mendrugo de pan tira de ti con tanta fuerza que matarías por conseguirlo. Creo que hoy en día nadie conoce esa sensación. El hambre no es una simple dentellada en el estómago, sino otra cosa, es un estado mental, algo que despierta los instintos con una virulencia que causa pavor. Está en los genes de cada ser viviente, incluso cuando la supervivencia no entraña ningún peligro. Un perro puede matar a otro perro por un trozo de hueso, algunas especies devoran a sus

propias crías y, en situaciones extremas, los hombres se comen los unos a los otros. Vulpes había utilizado esa terrible arma contra nosotros, nos había convertido en animales, nos había domado a fuerza de hambre y ahora cualquiera de nosotros haría lo que fuera con tal de comer.

Tenía que haberme dado cuenta de dónde estaba, pero no podía pensar. Miré el desfile de prisioneros sin preguntarme siquiera qué pensaban hacer con nosotros, así que cuando vinieron y nos colocaron en fila, cuando nos empujaron a punta de fusil y nos hicieron descender camino de la mina, yo todavía no era capaz de sospechar que me encontraba en el centro de un torbellino político que daría muchos quebraderos de cabeza a los españoles. Ni ese primer día, ni muchos de los que siguieron a continuación. Solo me importaba una cosa: cada mañana, cuando salía el sol, había comida en el umbral de la cueva. Y por la noche, al regresar, volvíamos a comer. Todos los días. De manera regular. Mi capacidad de rebeldía estaba doblegada y nada, ni el recuerdo de Gerald, ni la vaga sensación de que existía otra vida en un lugar no demasiado lejano, podía distraerme de esa ciega obsesión.

El león dormido debía ese nombre a la forma que tomaban las rocas de la cumbre. Desde donde estábamos no se podía ver, porque las cuevas caían justo de ese lado, pero cuando nos llevaban a la mina se podía contemplar la clara silueta de una fiera descansando. Si mirabas atentamente se distinguían las garras, la grupa y la enorme cabeza de piedra que se recortaba bajo el cielo limpio de la montaña. Algunos prisioneros, los que llevaban allí más tiempo, repetían lo que se decía en las aldeas cercanas, El león dormido era la morada de unos genios malignos y nadie debía pisar la tierra que lo sostenía, porque entonces el león se podía despertar de improviso y devorar a los intrusos. A Vulpes no le importaban esas habladurías, es más, le venía bien la superchería popular, porque así nadie se acercaba a su guarida.

La mina era una rudimentaria explotación a cielo abierto y el trabajo de los doscientos seres humanos que allí permanecían cautivos consistía en horadar la ladera de la montaña. Estaba situada en la vertiente sur, a espaldas de las cuevas donde nos permitían pasar la noche. Apenas había maquinaria; solo picos, legones, capazos quintaleros que había que reparar constantemente, y unos enormes mazos de bronce para moler la ganga. Íbamos dando dentelladas a la tierra. Cada mañana, antes de que saliera el sol, venían a buscarnos y nos llevaban al puesto del cabo de ganchos. Allí se realizaban las labores de extracción y acarreamiento. Lo que en otras instalaciones mineras se hacía por medio de jaulas y guiaderas, en los dominios del horror lo hacíamos las mulas y los prisioneros.

Nadie pronunciaba nunca la palabra oro, pero yo suponía que era eso lo que buscábamos, un filón escondido bajo grandes capas de sedimentación, tal y como una vez oí decir a aquel joven geólogo que trabajaba para Uribe. Pero no era fácil conseguirlo. Había que excavar toneladas de tierra y luego abrirse paso por medio de barrenos que rompían la roca. Los niños y las mujeres se internaban por esas estrechas grietas y picaban hasta que el espacio permitía el paso de un hombre. Así, a

fuerza de ir abriendo tajos, se descubrían las capas interiores. Los barrenos explotaban y abrían fisuras, pero no era suficiente. Se necesitaban niños, cuerpos diminutos que entraran por las rendijas y picaran los laterales, mujeres que ensancharan la abertura y cargaran sobre sus cuerpos los pedazos de roca donde se suponía que podíamos encontrar el preciado mineral.

Hice ese trabajo durante algún tiempo. Acarrear. Llenar serones que luego me colocaba a la espalda y que tenía que transportar hacia la superficie, entre el olor a pólvora y los gases de azufre que se desprendían con la explosión de los barrenos. Subíamos los serones cargados desde el interior de las grietas más profundas y, una vez en la plataforma de salida, los colocábamos a lomos de una mula. Después había que llevar las mulas hasta la zona de quebrantado y estrío, donde se molían las piedras con unos mazos de bronce que se activaban gracias a un contrapeso. Cuando las piedras alcanzaban el tamaño de un guisante, se pasaba por el molino de bolas y luego mezclábamos la mena con cianuro de cal. Había que agitar, oxigenar, mezclar la pulpa con polvo de cinc y finalmente se depositaba en unas grandes cubetas circulares donde se procedía al lavado. En la base de flotación quedaban los estériles, que iban a parar montaña abajo, a un lugar que se conocía como balsa de decantación. Había que abrir y cerrar zanjas para que el agua, teñida con esos minerales, se precipitara por la abrupta ladera formando un lecho arenoso que tenía un extraño color violáceo. Los minerales más pesados quedaban aprisionados en el interior de las cubetas. Había que arrancar una tonelada de roca para extraer cincuenta o sesenta gramos de aquellas muestras que Vulpes almacenaba en una edificación de piedra, al final de la explanada. Siempre había hombres armados custodiando aquel lugar.

Allí dormía Vulpes cuando estaba en el campamento. Y allí iba yo cada vez que él lo quería. Me mandaba buscar a media mañana, por la tarde, a cualquier hora de la noche. A veces me despertaban a golpe de culata y me hacían salir de la cueva antes de que amaneciera. Un hombre armado me llevaba a través de las cárcavas y me dejaba ante la caseta que servía de almacén. Yo entraba y lo veía como en sueños, rodeado de botellas vacías y oculto tras una nube de humo que soltaba la pipa de quif. Apenas me miraba. Hacía un gesto lento con la mano, indicando que me echara a su lado. Yo obedecía, asustada por algo impreciso, la imagen de un hombre insomne, un hombre que ha pasado la noche bebiendo y que, incapaz de conciliar el sueño, busca una mujer para descargar sobre ella toda su rabia. Sabía qué era eso. Lo había visto mil veces antes, en mi propio padre, en el burdel..., hombres atormentados que pretendían ahogar sus negros pensamientos en una nube de alcohol y que siempre tenían cerca a una mujer indefensa o a un niño para desahogarse.

Vulpes me recordaba a mi padre, sobre todo en esos momentos. Los ojos inyectados de sangre, las pupilas afiladas, y el olor ácido que desprendía su aliento. Se subía encima de mí y batallaba contra unos extraños fantasmas que no estaban en mi cuerpo, sino en otro lugar mucho más lejano..., en el infierno tal vez. Nunca me besaba, ni me acariciaba, ni se molestaba en hablarme. Yo tampoco podía decir nada.

Al principio intenté utilizar con él las artimañas que había aprendido en el burdel, pero Vulpes era distinto a los demás. Una vez le pregunté si había servido en la Policía Nativa.

No me respondió, pero la mandíbula le tembló ostensiblemente, como si tuviera dificultades para tragar su propia saliva.

—¿Conociste a un capitán que se llamaba Alonso Llaguno? —insistí.

—Serví a sus órdenes durante una operación en Bu Zineb —murmuró con una voz bronca que parecía un gruñido.

Era la primera vez que conseguía algo de él. Por un instante me pareció que estaba dispuesto a hablar de su pasado. Entonces quise saber más.

—¿Qué pasó? ¿Por qué desertaste?

Reaccionó con una incomprensible violencia. Se puso tan furioso que me cogió del cuello y me golpeó la cabeza contra la pared. Creo que perdí el conocimiento, porque cuando volví a mirarlo estaba en pie, apuntándome con un fusil. Uno de los guardianes había entrado en el almacén y me miraba con gesto avieso.

—Llévatela de aquí —dijo Vulpes—. Que no vuelva más.

Pero a los pocos días me mandó buscar de nuevo.

Nunca lo volví a intentar. Acudía rápidamente cada vez que me llamaba y permanecía en silencio, como una sombra, atenta a cada uno de sus gestos para así conocer exactamente qué quería de mí y poder adelantarme a sus deseos. No era fácil. Pero más pronto o más tarde sucedía, la tensión se aflojaba en su rostro y Vulpes cerraba los ojos, como si estuviera muerto, se quedaba tan quieto que parecía dormido, la boca torcida en un gesto amargo, y ambos caíamos en una especie de agujero oscuro que era tan peligroso como las grietas de la montaña, un agujero en el que se oían extraños gemidos que no eran de placer.

El trabajo de la mina era demasiado duro y yo apenas tenía fuerzas para realizarlo. Cuando le dije a Vulpes que había hecho bombas de dinamita para el ejército de Abd el-Krim, me puso a rellenar barrenos. Era mejor que sacar piedras sobre la espalda.

Fue al poco tiempo de llegar a El león dormido. Una explosión retardada había herido a dos de los perforistas y se necesitaba gente que hiciera aquel trabajo. Vulpes tenía que salir en una de sus expediciones y yo le supliqué que me eligiera a mí, le aseguré que sabía manejar la dinamita y, aunque no parecía trabajo para una mujer, conseguí convencerlo. Accedió de mala gana, supongo que no quería perder tiempo, el caso es que me puso a trabajar con un español al que llamaban el Marrero. Era un individuo raro. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda, pero aun así hacía su trabajo con una precisión escalofriante porque tenía muchos años de oficio y antes había sido ayudante perforista en las minas de Guelaya. No hablaba nunca, no decía una sola palabra, se limitaba a hacer gestos asintiendo o negando cuando se le preguntaba algo. Una vez le pregunté de dónde sacaba Vulpes la dinamita. Yo sabía que no era fácil conseguirla en aquellos tiempos. Había oído que Abd el-Krim la robaba en las minas para hacer bombas; de hecho, yo misma había fabricado granadas de mano en el campo de prisioneros y tenía muy presente el control minucioso que los guardianes llevaban de cada una de las cargas, así que me sorprendía la facilidad con que allí se usaba. El Marrero sonrió y dijo algo muy extraño:

—Se la dan en Melilla. La dinamita y lo que haga falta.

Luego se calló como un muerto y no conseguí saber nada más. Pero yo conocía muy bien los fusiles del ejército español. Y algunas de las armas que llevaba Vulpes no eran españolas, sino francesas. Pensé que comerciaba con los soldados de la Legión Extranjera; de hecho, todos sabíamos que hacía frecuentes viajes a la frontera del Protectorado. Seguramente la dinamita y el resto de las armas también procedían de allí.

El Marrero me enseñó a cebar barrenos.

¿Por qué hay cosas, como nadar o montar en bicicleta, que no se olvidan jamás?

Yo nunca supe nadar, pero si me pusieran un barreno en las manos, recordaría perfectamente lo que hay que hacer con él. Primero había que limpiar muy bien el interior, con un aparato que llamaban cucharilla. Luego se preparaba la mecha, introduciendo una punta dentro del detonador. Era un trabajo delicado, había que tener cierta precisión y debo decir que no se me daba mal. Usaba un atacador de hierro que tenía un taco de madera en la punta. Primero había que apretar con cuidado, lentamente, un cartucho tras otro, hasta rellenar el barreno, y luego, en el espacio sobrante, debíamos introducir una vaina de papel llena de tierra para sujetar con firmeza la carga. Aquello explotaba como un centenar de tracas juntas. Cuando se producía la explosión, el Marrero iba personalmente a sanear los tajos y verificar que todas las cargas hubieran hecho explosión. En eso consistía el trabajo.

Es curioso. Había salido de Melilla para buscar a un hombre y ahora me

encontraba atrapada en un lugar que podía ser el mismo en el que fue visto por última vez.

Pero Gerald no estaba aquí. Y lo peor es que yo sabía que nunca volvería a verlo.

Las informaciones que me hicieron ponerme en camino con aquel reluciente Daimler que Juanito Serra usaba para sus juergas de crápula consentido, cobraron la forma de un sueño infantil que se desvanece al chocar contra la luz del día. El Rif se había transformado en un gigantesco campo de batalla donde todo era muerte y desolación. Los hombres de uno y otro bando caían abatidos por esa enfermedad moral que es la guerra y los canallas encontraban un marco adecuado para medrar.

Vulpes pertenecía a esa ralea. Poco a poco me di cuenta de que solo era un mercenario que vigilaba la explotación y que tenía que rendir cuentas ante los verdaderos dueños de la mina. Cada cierto tiempo, Vulpes cargaba las muestras de mineral sobre una mula y desaparecía con cuatro o cinco de los suyos durante un par de meses. Volvían con mulas nuevas, armas, herramientas y pequeños grupos de cautivos, mujeres y niños sobre todo, que robaban en los poblados. A veces traía hombres sanos que había capturado entre las tribus del sur, donde comerciaba con los soldados franceses. Eran negros como el tizón. Y trabajaban como esclavos. Hasta los prisioneros más miserables se sentían superiores a ellos.

Uno de estos cautivos se llamaba Rachid y pertenecía a una tribu desconocida para todos nosotros. Hablaba un idioma extraño, parecido al tamazight, pero mucho más cerrado y nadie conseguía entenderle. Era muy moreno, como los pueblos que habitan al otro lado del Gran Atlas, corpulento y ágil, y en sus ojos oscuros había siempre un destello de animal sometido. Trabajaba en los lavaderos donde se obtenía el mineral. Yo solía mirarlo mientras trabajaba apartando los estériles en pequeñas plataformas que jalonaban la ladera. Iba siempre medio desnudo, con los brazos al aire, incluso en los meses de más frío, y los músculos de sus muslos se marcaban bajo los harapos de sarga. Solo tenía una pertenencia que debía de ser para él más preciada que la libertad: un amuleto que llevaba anudado a la cintura con una cuerda. Era un atado de cuero en cuyo interior había algún objeto que no permitía que tocara nadie. Uno de los guardianes lo intentó una vez, pero Rachid alzó las manos y, en un abrir y cerrar de ojos, casi lo estranguló. Estuvo diez días atado a un poste, sin comer ni beber, hasta que Vulpes se dio cuenta de que podía morir de aquella manera absurda y, temiendo perder uno de sus mejores esclavos, lo mandó desatar. Rachid volvió al trabajo sin demostrar la más mínima fatiga.

Su extraña fortaleza hizo correr una especie de leyenda sobre sus orígenes. Decían que procedía de una región donde los hombres tenían poderes sobrehumanos, una aldea lejana que había permanecido apartada de las guerras y las enfermedades que por aquella época devastaban tribus enteras. Algunos le llamaban el Coloso, porque al parecer, en el norte de África había existido una civilización mitológica

cuyos hombres eran fuertes como titanes. Esa civilización había desaparecido hacía muchos años y decían que estaba sumergida bajo las ardientes arenas del desierto. A otros les daba por decir que Rachid practicaba extraños rituales, que bebía la sangre fría de los lagartos y comía murciélagos atrapados durante el día. Incluso oí a quien aseguraba haberlo visto atravesar las paredes de la cueva durante la noche, como hacen los *yenún*.

Rachid dormía a mi lado. Nos tenían encadenados los unos a los otros para evitar fugas. Si un prisionero trataba de soltarse, los demás teníamos que agitar las cadenas y de este modo alertar a los guardianes que había a la entrada de cada cueva. Si el fugado conseguía escapar azotaban a dos de nosotros, al que tenía a su derecha y al que se encontraba a su izquierda. Si por el contrario impedíamos la huida, nos daban ración de comida extra a los que hubiéramos colaborado.

A veces lo miraba a escondidas, intentando adivinar por qué parecía superior al resto de los hombres. Dormía boca arriba, mostrando el rostro y el corazón totalmente desprotegidos, como si no tuviera ningún miedo. Nadie más hacía eso. Recuerdo que era muy común entre los prisioneros adoptar extrañas posturas, siempre con el temor adherido al cuerpo y los miembros encogidos en un inconsciente intento de proteger las partes vitales. Nos parecíamos a esos animales que se acurrucan sobre sí mismos y que esconden la cabeza debajo de las patas delanteras.

Una noche Rachid se soltó de los grillettes. Solo yo me percaté de lo que pasaba. Fue por accidente. No sé cómo consiguió hacerlo. Cuando abrí los ojos le vi de pie, mirándome con gesto de súplica. Permanecí callada. ¿Por qué? No lo sé. Era un hombre sano y fuerte, parecía decente, y pensé que quizá tenía hijos en alguna aldea perdida, una casa a la que regresar, una mujer que dependía de él, esas cosas que muchos de nosotros habíamos olvidado y otros no habíamos tenido jamás. Cuando se fue supe que me azotarían hasta sangrar, pero no sé muy bien por qué no me importaba gran cosa. Era tan desdichada que mi mente no podía cuantificar un sufrimiento, mi cuerpo y mi espíritu eran una sola masa de dolor, una masa informe que, aunque creciera, seguiría siendo insoportable. O curiosamente soportable. Incomprensiblemente tolerable. ¿Dónde estaban los límites? ¿Dónde se acababa todo aquello? Recuerdo que cuando Rachid me miró suplicante me acordé del pobre Juanito Serra antes de que le pegaran un tiro, aquellos ojos desesperados, la mirada que me lanzó... Si me mataban a golpes, mejor. Así se acabaría de una vez por todas ese infierno. Cerré los ojos y traté de dormir. Recuerdo que estaba soñando con un agujero por el que entraba luz, cuando oí un ruido, abrí los ojos y vi a Rachid. Estaba intentando ponerse el grillete de nuevo. Me incorporé con cuidado y le ayudé en silencio. Al día siguiente, cuando nos despertamos, Rachid murmuró en mi oído una frase atropellada en la que solo comprendí una palabra: *ifrán*. En tamazight esa palabra significa «agujeros». Entendí que quizá había descubierto un camino por el que escapar.

A los pocos días desapareció misteriosamente, no durante la noche, como yo

había esperado que hiciera, sino a plena luz del día.

Nadie supo cómo lo consiguió.

Vulpes estaba furioso, pero no podía tomar represalias, porque había sido culpa de sus hombres. Rachid había matado a dos de ellos y se había llevado las armas. Dieron una batida por los alrededores, aunque nadie le encontró.

Una semana después, cuando trabajaba en una de las bocaminas, me caí en un agujero. Era una zanja de unos tres metros de profundidad. Nadie me vio.

La zanja se abría hacia el interior de la montaña y aparentemente terminaba frente a un montón de piedras que durante los trabajos de la mina se habían volcado allí. Hacía frío y el suelo estaba húmedo. Me dolía un tobillo. Intenté moverlo para ver si me lo había roto. Entonces observé en el suelo dos o tres huellas de un pie mucho más grande que el mío. Los pasos apuntaban hacia el montón de piedras. Me acerqué y oí ruido de agua detrás de la pared. Algo, quizá la tierra removida en una espiral de pisadas que se conservaban intactas, me hizo pensar que alguien había estado haciendo un gran esfuerzo y que ese esfuerzo solo podía significar que detrás del montón de piedras había un camino por el que huir. Durante un par de horas, con el tobillo dolorido por la caída, me afané en abrir un hueco en aquella pared. Por fin, cuando la luz que entraba indirectamente desde la bocamina descendió hasta dejar la zanja sumida en la oscuridad total, conseguí pasar a través de un pequeño orificio. Me arrastré palpando las paredes resbaladizas por las filtraciones, mientras el sonido del agua se hacía más y más fuerte. De pronto, el suelo se abrió ante mí. No podía ver nada. Pero sentía el ruido de un cauce subterráneo que discurría a varios metros de profundidad. Me quedé allí durante la noche, en el borde del abismo, aterida de frío, pensando en lo fácil que sería dejar que la corriente me arrastrara hacia el exterior. No lo hice. Por la mañana, cuando el sol volvió a entrar por la bocamina y las sombras de la noche se retiraron como empujadas por una fuerza desconocida, oí los gritos de los guardianes que despertaban a los prisioneros y cientos de pisadas retumbando entre las cárcavas. Imaginé que me encontraba justo a medio camino entre las cuevas y la mina. Aquel tenía que ser el agujero que había mencionado Rachid.

La luz era cada vez más intensa. Ahora podía distinguir un enorme farallón verdoso frente a mí y en medio una hondonada negra que tenía muchos metros de profundidad.

Me asomé.

La mitad de mi cuerpo colgaba sobre la sima, intentando encontrar un camino por el que descender al cauce subterráneo. Y de pronto vi un objeto pequeño que parecía enredado entre las rocas. Era el atado de cuero que llevaba Rachid en la cintura. Ya no había duda. Aquel era el sitio por el que el Coloso negro había conseguido escapar de Vulpes.

Pensé que en la huida había perdido su preciado talismán. Bajé el primer tramo de la sima, agarrándome a las piedras, hasta que alcancé un estrecho saliente desde

donde intenté coger la bolsa de cuero. Poco a poco los ojos se me iban acostumbrando a la oscuridad. Aun así tanteaba el suelo con las manos, tratando de medir la anchura del saliente, cuando de improviso tropecé con una cosa blanda, llena de pequeñas rugosidades viscosas que se movían entre mis dedos. Acerqué la mano a los ojos y vi que eran gusanos. El olor resultaba nauseabundo. Palpé la superficie por la que se deslizaban. Era un cuerpo humano.

No grité.

No me dejé asustar por la presencia de aquel cadáver en estado de descomposición. Pero sentí una inmensa lástima y una rabia intensa. Desanudé el atado de cuero que seguía prendido en la cintura de Rachid. Luego arrojé el cuerpo al fondo de la sima, para que el río subterráneo se lo llevara lejos de allí. Cuando subí a la superficie y llegué al montón de piedras pasé mucho rato cerrando la entrada a la sima, tal y como había hecho el pobre Rachid. Pensé que era necesario, porque los caminos que no llevan a ningún sitio no deben quedar abiertos.

Antes de pedir ayuda desde el fondo de la zanja para que me sacaran de allí, escondí el amuleto que Rachid llevaba a la cintura. No quería que nadie supiera lo que había sido de él, así Vulpes tendría una nueva pesadilla a la que hacer frente en las noches de insomnio. Enterré el amuleto en uno de los pliegues de mi ropa y después hice un nudo para que no se me cayera. Nunca abrí la pequeña bolsa de cuero. Sabía que era algo muy valioso, algo que nadie debía ver, ni siquiera yo misma. No quería profanar aquel secreto porque necesitaba sentirme protegida por el poder de aquel talismán.

En esa época ya estaba embarazada de nuevo.

Al principio no dije una sola palabra a nadie, porque la idea de ser madre me parecía algo irreal, algo que no podía pasarme a mí. Creo que en el fondo de mi alma albergaba la secreta esperanza de que aquel embarazo se malograra, sobre todo después de haber sufrido la caída en la zanja. Pero la semilla de Vulpes había arraigado con fuerza en mis entrañas. Mi hijo nació una tarde de invierno, cuatro o cinco meses después de la huida de Rachid. Ni siquiera tuve tiempo de hacerme a la idea de lo que eso significaba.

El parto me sorprendió mientras trabajaba con una carga de dinamita. El Marrero me llevó a la caseta del cabo de ganchos y me dejó allí, sobre unos sacos vacíos. Una de las prisioneras me ayudó a dar a luz. Era una vieja mora, que enseguida se dio cuenta de que el niño venía mal.

—No vivirá mucho —dijo cuando el pequeño asomó la cabeza—. Está negro.

—¿Es por la sífilis? —pregunté aterrorizada.

Estaba labrando mi propio infortunio con aquella confesión. Lo que durante tanto tiempo había intentado ocultar salía a la luz sin que nadie me obligara a ello.

La vieja ni siquiera quiso tocarlo.

Yo misma tuve que cortar el cordón umbilical y fajé al pequeño. Era un niño

oscuro y arrugado que apenas se movía. No lloró hasta mucho tiempo después. Creí que estaba muerto, porque tenía un color amoratado y sucio, pero aun así lo cubrí con unos sacos viejos y me acosté a su lado para darle calor.

Cuando Vulpes se enteró de que podía tener sífilis, reaccionó como un loco: vino a la caseta del cabo de ganchos y me obligó a levantarme. Me pegaba una y otra vez. Ni siquiera intenté defenderme. Estaba tan débil que parecía un fardo, iba de un lado a otro, golpeándome con las paredes, hasta que al final caí sobre unos capazos que había junto a la puerta. Entonces Vulpes sacó el machete y me cogió por el pelo. Iba a cortarme el cuello y no me importaba en absoluto. Era una forma de acabar con todo aquel sufrimiento sin sentido. Pero lo que son las cosas, de pronto el pequeño rompió a llorar.

Vulpes se quedó mirándome durante un segundo y luego guardó el machete. No sé qué le hizo cambiar de opinión. El caso es que me dejó en paz, y a partir de ese momento se buscó otras amantes.

Tardé algún tiempo en recuperarme. Tuve mucha fiebre. La sangre fluyó, sucia y llena de coágulos durante varios días, era como una fuente que no paraba de manar, en cuanto me ponía de pie la vida se me iba entre las piernas. Vulpes se compadeció de mí y me dejó permanecer en la caseta del cabo de ganchos con mi hijo. Comencé a amamantar al pequeño casi sin saber lo que hacía. No sentía dolor, ni tristeza, solo una sensación blanda que era como estar mil veces muerta.

Dormía todo el rato y los gritos de los capataces y las explosiones de los barrenos me despertaban cada poco tiempo, impidiéndome descender a ese estado de inconsciencia que anhelaba con todas mis fuerzas. Solo quería dormir profundamente y que nadie me despertara.

Tenía hermosos sueños en los que me veía junto a Gerald, los dos tumbados sobre las sábanas, fumando cigarrillos egipcios, mientras el piano de Max sonaba en algún lejano lugar. Soñaba con comida y con buenos olores, con lámparas de cristal y con hombres que me trataban con respeto.

A veces, en medio de ese torpe sopor que producen los sueños demasiado efímeros, veía el rostro de mi madre llamándome desde lejos. Y el tatuaje que ella llevaba en la barbilla, una serie de signos ancestrales que tenían un significado oculto. Intentaba pensar en esas rayas y puntos dibujados sobre su amable piel como si fueran un mensaje que venía de muy lejos, una consigna cifrada con la que ella pretendía decirme algo, pero nunca conseguía desvelar el misterio que se ocultaba tras ese sueño. A veces, el tatuaje se convertía en otra cosa, un escorpión que subía y bajaba por el cuello de alguien que ya no era mi madre, un hombre rubio con el rostro quemado por el sol, o trepaba por el vestido de satén de Lilí y le picaba en medio de los ojos a Juanito Serra.

Intentaba conservar esas imágenes: eran mi vida, lo que había conocido y lo único que podía atesorar. En mis sueños me esforzaba por seguir dormida, me aferraba a cada sensación, por confusa que fuera, como si solo así pudiera escapar de una

realidad que era aún más absurda y delirante que cualquiera de mis pesadillas. Pero cada poco tiempo se abría una brecha, la realidad era como dinamita, me explotaba en la conciencia devastándolo todo, y el llanto de mi hijo penetraba por esa estrecha fisura llevándose mis sueños a un lugar en el que no existía la paz.

No sé si Vulpes llegó a contraer la enfermedad, pero lo que sí recuerdo es que por aquellos días había muchos comentarios al respecto. Una vez le oí decir a la vieja que me había atendido en el parto que la sífilis de los hombres se curaba acostándose con una virgen, que solo de ese modo conseguían limpiar su sangre. Sé que me reí para mis adentros, porque en El león dormido no quedaba una sola mujer virgen desde hacía mucho tiempo.

Me dejaron permanecer en la caseta del cabo de ganchos durante una semana. Estaba tan débil que no podía ni subir la ladera que llevaba a las cuevas. Tampoco podía trabajar, aunque sabía que ese estado de indulgencia no podía durar mucho, así que me esforcé por parecer más enferma de lo que en realidad estaba.

Una noche, mientras el pequeño dormía, me dirigí al almacén. No había centinelas, pero la lámpara de queroseno lanzaba llamaradas temblorosas a través de la puerta. Supuse que Vulpes estaría allí bebiendo y fumando quif. Me asomé sigilosamente.

Al principio no le vi.

Avancé hacia el interior de la caseta y entonces presencié una escena espeluznante: Vulpes dormía plácidamente y a su lado había una niña de unos diez años. La habían maniatado y estaba desnuda, boca abajo. Su pequeño cuerpo infantil se estremecía presa del llanto, aunque de su boca no salía un solo gemido. Me acerqué sin que ninguno de los dos me viera. La niña tenía sangre entre las piernas y sus efímeras caderas parecían descoyuntadas. Entre las costillas, a ambos lados de la espalda, tenía la marca de los latigazos. La fusta con la que Vulpes azotaba a las mulas estaba en el suelo.

Sentí un odio tan grande hacia aquel ser despreciable que no lo pensé.

Extendí la mano y agarré la lámpara de queroseno. Le golpeé una y otra vez en la cabeza, sin darle tiempo a abrir los ojos, con todas mis fuerzas, hasta que las llamas prendieron en la estera y el fuego alertó a los centinelas.

Vulpes sufrió magulladuras en el rostro y quemaduras en las manos, pero la niña pereció consumida por las llamas.

Nunca me lo perdonaré.

He pensado muchas veces en ella. Era una pequeña nativa cubierta de harapos que solía llevar sobre las espaldas a su hermano pequeño. Me recordaba a mí, a algo que yo misma había vivido hacía demasiado tiempo. No pude hacer nada, aunque lo intenté. Por eso me atraparon, porque me quedé allí, intentando apagar las llamas que mordían su breve cuerpo con una fiereza insólita.

Los hombres de Vulpes me encontraron en el interior del almacén y tuve que idear un embuste para salvarme de su ira. Dije que había visto la sombra de un hombre gigantesco vestido con una chilaba negra atravesando la explanada, que lo había seguido hasta el almacén, que el hombre había golpeado a Vulpes con una bola de fuego y que yo me había abalanzado sobre él para detenerlo.

No me creían.

Entonces arranqué a escondidas la bolsa de Rachid y se la mostré.

—Era un *yin* negro y grande. Conseguí quitarle esto.

Le enseñaron el atado de cuero a Vulpes y lo reconoció de inmediato. Él no podía saber que Rachid estaba muerto.

—¿Así que has intentado salvarme? —preguntó con desconfianza.

—Claro —respondí—. Los genios viven en el fuego y ese *yin* quería llevarte con él al infierno. Al final solo pudo coger a la niña que dormía a tu lado.

Vulpes me miró achicando mucho los ojos, como si pretendiera encontrar la verdad en mi aterrorizado rostro.

—Aquí no había ninguna niña —dijo con el gesto torcido—. Estás loca. El nacimiento de tu hijo te ha trastornado.

Es posible que fuera cierto. Pero nunca volví a ver a aquella pequeña llevando sobre la espalda a su hermano. El niño murió poco después y la madre se arrojó desde los riscos una mañana de invierno, cuando el recuerdo de sus hijos le pesó tanto en el alma que no pudo resistir el deseo de reunirse con ellos.

Vulpes no supo nunca qué había pasado realmente. Creo que sospechaba de mí, pero el amuleto de Rachid le hizo pensar que quizá el fugitivo había vuelto durante la noche para matarlo. Así pues, el talismán me salvó de una muerte cierta. A partir de entonces lo llevé siempre colgado del cuello.

Vulpes dio la orden de que nadie me tocara.

Algún tipo de superstición se le había metido en la cabeza.

Creo que sentía miedo de algo que estaba en mí, como si yo tuviera el poder de hacerle daño. Sé que hubiera querido matarme con sus propias manos. Pero no se atrevía, quizá porque tenía un hijo suyo, o acaso por otros motivos que estaban ligados a esa noche, cualquiera sabe. Dicen que cuando un ser humano le quita la capucha de la chilaba a un genio adquiere una parte de sus poderes. Y yo había hecho algo más: llevaba el amuleto de Rachid sobre mi pecho.

Eso me proporcionó una especie de salvoconducto para andar de aquí para allá sin que los sicarios de Vulpes me molestaran. Estaba tan delgada que parecía un espectro. El pelo se me caía a puñados, la piel se me volvió amarillenta y reseca, como si me hubieran frotado con azufre, y mi cuerpo perdió toda la energía y la elasticidad que algún tiempo atrás había tenido. No sentía dolor, ni desesperación, solo un incontrolable deseo de proteger a mi pequeño contra cualquier posible agresión. Lo

llevaba siempre conmigo, atado sobre la espalda, notando su calor y los latidos de su corazón. Le llamé Azemmur, que en rifeño significa «olivo silvestre», porque era pequeño y negro como uno de esos acebuches cuyas aceitunas arrugadas se pierden en el suelo.

Azemmur... Un nombre que no era para un niño y que me evocaba la imagen de una sombra en los barrancos del aduar, una imagen vinculada al castigo... y una frase en rifeño..., *amawshegh szariaz u azemmur*, «te voy a golpear con una vara de olivo...». Era la amenaza que mi madre solía lanzar sobre mi padre cuando él no la oía, cuando el tatuaje se tensaba de desesperación y el miedo a las palizas le hacía perder los nervios... Mi madre..., *amawshegh szariaz u azemmur*...

Ahora yo también repetía una y otra vez esa frase..., «te voy a golpear con una vara de olivo, maldito cabrón violador de niñas...».

Miraba al pequeño Azemmur y acariciaba el sabor improbable de la venganza.

Empezaron a decir que me había vuelto loca.

Es posible que así fuera, pero yo me sentía libre por primera vez en mucho tiempo. No tenía que trabajar en la mina, nadie venía a buscarme por la noche, y cuando me invadía el abatimiento podía llorar abrazada a mi hijo. Lo cogía en brazos y él se pegaba a mi piel, como si me perteneciera desde siempre. A veces alguien me daba un trozo de pan de cebada, aunque las mujeres se apartaban de mi lado como si pudiera contagiarles algo inconfesable con solo respirar el mismo aire que ellas.

Entonces empecé a observar las cosas que sucedían en la mina con un nuevo interés. Solía deambular entre los hombres, anotando en mi cabeza lo que cada uno hacía, aprendiendo mentalmente los trabajos que se consideraban especializados, como la labor de los barreneros y el proceso de separación de los estériles, que tenía lugar en los lavaderos. Nadie me molestaba ni me miraba con deseo, los hombres de Vulpes me veían pasar y murmuraban una palabra: *seiba*.

Seiba.

Es el nombre que en el Rif se les da a las mujeres que se rebelan contra el clan.

Seiba.

Quiere decir «disidente», «insumisa», una mujer que ha perdido sus atributos femeninos y que es diferente a las demás, no obedece a nadie y los hombres la miran con recelo porque no tiene dueño.

Y de pronto sucedió.

Un buen día, cuando todo parecía indicar que la explotación era poco rentable, encontramos la veta principal.

Era una franja de unos cincuenta centímetros de ancho que se precipitaba montaña adentro, entre las duras paredes de cuarzo. Aquello no parecía oro, ni siquiera brillaba como los collares y pulseras de doña Rosita, pero la reacción de Vulpes me confirmó que habíamos encontrado lo que desde hace tiempo andaba buscando. Gastamos casi toda la dinamita y trabajando de sol a sol conseguimos excavar una especie de cono que se adentraba en la montaña, justo por encima de la

bocamina en la que yo había encontrado el cuerpo de Rachid. Durante varias semanas picamos y acarreamos hasta que no quedó un solo hombre en pie. Estábamos al comienzo del verano.

La nieve se había derretido en los crestones de la montaña y las rocas asomaban su perfil herido sobre la cima del Yebel Hamman.

En una de las cuevas hubo un brote de tifus que se cobró más de veinte vidas. La gente moría entre vómitos de sangre sin que nos diera tiempo a sacarlos de la cueva. Teníamos que echar arena en el suelo y hervir nuestras ropas para que los piojos no nos contagiaran a todos. Los harapos llegaron a convertirse en restos informes, una especie de sudarios que nos hacían parecer muertos salidos de la tumba.

Entonces Vulpes cogió las muestras, las metió en una alforja y desapareció.

No sabíamos qué sería de nosotros. Alguien dijo que había ido a conseguir mulas y dinamita, pero el malestar entre sus hombres era tan evidente que temíamos que en cualquier momento quisieran librarse de nosotros, que nos mataran a todos y salieran corriendo.

Lucía Osman hizo una nueva pausa. La luz de la mesilla de noche seguía encendida y daba calor. Fuera, en la calle, aún lucía el sol.

Me levanté y, sin pedir permiso a la anciana, apagué la lámpara. Ella no hizo ningún comentario. Supongo que le daba igual, porque cerró los ojos y se quedó muy quieta, visiblemente agotada. Ahora la luz de la tarde que se filtraba por las cortinas le daba de lado y llenaba su rostro de sombras. Los ojos desaparecieron en las cuencas oscuras. Las mejillas se hundieron un poco más bajo los pómulos. De pronto cobró un aspecto fantasmal, como una pobre moribunda sin fuerzas. Y sin embargo, creo que no era su salud lo que le causaba aquel agotamiento. Era la historia. La maldita historia de aquella mina. Su desgracia. Aquel hijo seco como una rama de olivo... Yo también me sentía agotado.

Mientras hablaba, tanto Sara como yo nos habíamos dejado arrastrar por su voz. Todo aquello era como una de esas historias terribles que se cuentan a la luz de la lumbre y a las que se acude cada noche para jugar con el miedo. Cuentos. Cuentos chinos en los que nunca eres el protagonista. Ni puedes serlo. Historias de otros. De otras épocas. Mundos ajenos... Pero luego, cada vez que la vieja hacía una pausa, la realidad se me precipitaba encima. Caía sobre mí como si ya no fuera un simple oyente, sino alguien que estaba de algún modo implicado en todo aquello. Ella me hacía responsable de algo que yo no sabía explicar qué demonios era, pero que tenía la obligación de hacer. Me entregaba su historia. Su vida. Y a cambio yo tenía que devolverle... ¿qué?

—Deme un poco de agua.

Me sobresalté al oír su voz. Oscura también. Poblada de sombras. Como si la muerte se le hubiera metido entre las palabras. ¿Cómo era posible que hubiera tantas voces distintas en una misma garganta?

Sara se levantó rápidamente. Cogió el vaso de la mesilla y se lo acercó a la anciana. Dudó. Y al final la ayudó a incorporarse un poco, hasta quedar algo más erguida, casi sentada. Lucía Osman bebió del vaso que Sara le acercó a los labios y luego esbozó una sonrisa que resultó una mueca amarga.

Ninguno de nosotros dijo una sola palabra.

Esperamos. Pacientemente. En silencio. Sin hacer nada porque nada podíamos hacer, salvo esperar que nos echara de allí. Y creo que tanto mi hija como yo teníamos tantos deseos de saber qué había pasado en aquella mina infernal que, al menos yo, creo que hubiera sido capaz de dejar que la vieja muriera con tal de conocer el final de su historia.

Y entonces volvió a hablar. Había cruzado las manos sobre el pecho y los brazos parecían alas sin plumas. Volvió a hablar con aquella entereza que no casaba bien con su aspecto de moribunda, derramando, segura y firme, todos aquellos nombres, fechas y detalles que parecían dictados por una fuerza superior.

Vulpes se fue de la mina. Es cierto. Pero no por mucho tiempo.

Mientras tanto, la lenta ofensiva de las tropas españolas había permitido recuperar Tiztutin y El Batel. En enero de 1922 se conquistó de nuevo Dar Drius.

Había ciento cincuenta mil hombres en Marruecos y, sin embargo, el avance era lento en todo el frente oriental. Ni siquiera se habían recuperado las posiciones de la llamada Línea Silvestre. ¿Por qué no atacaba Berenguer con todos sus efectivos? No hay explicación. La prudencia era excesiva no solo en el Rif, sino también en el frente occidental, donde se encontraban los dominios de el-Raysuli. Sé que hubo varios intentos de invasión; pero Abd el-Krim controlaba el tráfico marítimo y sus hombres vigilaban cada centímetro de costa. Los barcos españoles no podían acercarse, tan solo se permitía el paso de los cárabos, que eran pequeñas embarcaciones de pesca con las que se practicaba el contrabando y se efectuaba una entrega regular de armas y municiones que llegaban directamente de Tánger. Abd el-Krim tenía una red de agentes en esa ciudad. Desde allí se enviaban suministros de guerra al Rif, al tiempo que se realizaba una importante labor de propaganda con las potencias extranjeras.

Las negociaciones para la liberación de los prisioneros seguían su curso. El gobierno de García Prieto aceptó la mediación de Echevarrieta, que se desplazó al Rif mientras los africanistas le acusaban de tener intereses económicos en Beni Urriaguel. No sé si era cierto, pero desde luego Echevarrieta no sabía una palabra de lo que estaba sucediendo en Yebel Hamman. Nadie lo sabía, ni siquiera Abd el-Krim. Echevarrieta aceptó el encargo. Se fue a Axdir y se entregó como rehén hasta que el gobierno pagara los tres millones doscientas mil pesetas que el líder rifeño pedía. Hubo varias demoras y, finalmente, los prisioneros de Annual subieron a un barco español que esperaba para repatriarlos. Para que las negociaciones no se malograrán, el propio Echevarrieta tuvo que poner casi trescientas mil pesetas de su bolsillo. Parece que el rey, cuando conoció la cantidad que se había entregado a cambio de la liberación de Navarro y sus hombres, tuvo la desgraciada ocurrencia de comentar que era «demasiado caro el precio que había que pagar por la carne de gallina».

Fue una vergüenza. Una verdadera vergüenza. Y hubiera sido aún peor de conocerse la situación que los prisioneros de Yebel Hamman estábamos viviendo. Pero nosotros no existíamos para el mundo. Nadie quiso aceptar esa posibilidad y, en cierto sentido, el tiempo les dio la razón.

Vulpes volvió a comienzos del otoño. El tifus había diezmando el campamento minero, pero seguíamos trabajando de sol a sol. Azemmur apenas había crecido. Seguía siendo un niño escuálido y yo misma me asombraba de que no hubiera muerto. Vulpes no lo miró ni una sola vez. Estaba empeñado en perseguir la veta montaña adentro, pero ya no quedaba dinamita. A golpe de látigo nos hacían trabajar hasta que muchos caían extenuados. Hubo varios desprendimientos con las lluvias de

noviembre y el Marrero murió aplastado por una avalancha de rocas.

Tras la fuga de Rachid se habían extremado las precauciones. La mayor parte de nosotros permanecíamos encadenados por la cintura. Había que cargar los serones sobre la cabeza y picar arrastrando el peso de la cadena. Algunos llevaban también grilletes en los pies. Por la noche dormíamos todos juntos en una de las cuevas inferiores, un lugar demasiado pequeño para poder moverse o para tener la más mínima intimidad. La disentería era tan común que a los niños les asomaba un pedazo de intestino cuando se agachaban para hacer sus necesidades. Cuando empezaron los primeros fríos quedábamos tan solo cuarenta y siete prisioneros de los casi doscientos que había unos meses antes.

Los turbios negocios de Vulpes estaban atravesando un mal momento. Abd el-Krim se había proclamado emir del Rif en febrero de ese mismo año. Su prestigio internacional crecía día a día. Pero la guerra contra España permanecía en un delicado *impasse*, durante el cual ambos bandos parecían estar reforzando sus posiciones. Algunos militares seguían defendiendo la idea de un ataque por mar, pero nadie quería aventurarse porque Abd el-Krim era cada día más fuerte y aquel improvisado ejército de cabileños, que dejaban la batalla para ocuparse de sus cosechas, se había transformado en una fuerza de choque bien adiestrada y pertrechada. El rescate que los españoles pagaron por los prisioneros de Annual había servido para que los insurgentes se hicieran todavía más fuertes. Abd el-Krim, había conseguido establecer relaciones con varias potencias europeas y la promesa de futuras concesiones mineras propiciaba la colaboración extraoficial de varios países. El coronel Barry y un alemán llamado Hacklander intentaron llegar a una solución de paz utilizando para ello la mediación de la Sociedad de Naciones. Detrás de estas acciones pacificadoras había sociedades inglesas, holandesas y portuguesas interesadas en la compra de concesiones mineras. En Alemania, los Mannesman seguían confiando en que su vieja amistad con la familia El Khatabí les permitiera por fin establecer acuerdos comerciales respecto a los yacimientos; por su parte, los empresarios españoles, cuya figura más popular después de la liberación de prisioneros era Horacio Echevarrieta, continuaban interesados en aquel succulento bocado que cada cierto tiempo les servía en bandeja el propio Abd el-Krim. Nadie sabía entonces que un sujeto apodado Vulpes explotaba clandestinamente una mina en Yebel Hamman y que alguien estaba beneficiándose en secreto de una concesión que en apariencia seguía siendo ofrecida, cada cierto tiempo, a los demás pretendientes.

¿Quiénes eran los socios de Vulpes? Tenían que ser gente con tan pocos escrúpulos como él. Pero tarde o temprano a todo el mundo le llega la hora de rendir cuentas. Y esas personas, los que causaron todo ese sufrimiento, los responsables de aquella ignominia, al final tuvieron que pagar un alto precio por su codicia. Espero que todos ellos estén pudriéndose en el infierno y que el dolor de los hombres y las mujeres que murieron por su causa les alcance allí donde se encuentren.

Toda esa inestabilidad política repercutió en las idas y venidas de Vulpes. En el otoño de 1923, cuando regresó a El león dormido, se encontró con un campamento diezmado por las epidemias y el hambre. No llevaba prisioneros y tampoco armas. Sus socios debían de haber dado marcha atrás, a la espera de ver el cariz que tomaban los acontecimientos en la península. Nadie sabía lo que el general Primo de Rivera pensaba hacer con Marruecos. Vulpes regresó abatido y su crueldad adquirió niveles de auténtica locura cuando perdimos la veta en la que habíamos estado trabajando hasta la extenuación. Ya no había dinamita y era casi imposible sacar un solo gramo de oro. Nos puso a hacer galerías, excavando a golpe de pico, aun sabiendo que era peligroso y totalmente inútil. Hacíamos túneles, intentando abrirnos paso hacia las capas interiores, donde se suponía que estaba enterrada la veta perdida, y vaciábamos la tierra en los lavaderos. Pero el beneficio era escaso y ya no quedaban operarios especializados. Los mejores trabajadores, los que entendían de minas como el Marrero, habían muerto y los que quedaban estaban destrozados por el cautiverio. En cierta ocasión, por causa de una pelea, Vulpes mandó ajusticiar a dos de sus hombres, y al cabo de una semana mató con sus propias manos a una pobre mujer que había robado un puñado de nueces. Cuando llegó el crudo invierno se habían acabado los víveres y el hambre acechaba por igual a cautivos y carceleros. A veces pensaba en Rachid y me entretenía en imaginar que en las noches oscuras acechaba el sueño de Vulpes.

Del campo rifeño, antes de que apareciera Vulpes, recuerdo a todas y cada una de las mujeres con las que conviví como si las estuviera viendo ahora mismo. A todas ellas. Recuerdo sus dramas personales, el sonido de sus risas, las confianzas que nos hacíamos a media voz cuando llegaba la noche. Y, sin embargo, cuando pienso en lo que fue mi vida en el campamento minero solo veo el rostro de Vulpes.

Lo ocupa todo.

Lo llena todo con su abominable presencia.

A veces pienso que debía de haber alguien en quien poder confiar para que la vida se hiciera soportable. No lo recuerdo. Solo el olor de los cuerpos en la noche, lo que sentía cuando nos hacinábamos en la oscuridad de aquella cueva y cuando teníamos que trabajar de sol a sol. Pero no recuerdo a las personas que había allí. ¿Quiénes eran? ¿Qué fue de ellos? No lo sé. Se han evaporado como pequeñas nubes arrastradas por el viento.

Sí, señor Ferrer, he perdido algo que es fundamental para que los recuerdos se parezcan a la vida. Ahora mis recuerdos son como yo: viejos fósiles que tendrían que haber muerto hace mucho tiempo.

En fin, creo que no debo demorar más el final de esta historia. Sé que le he robado mucho tiempo y que usted desea saber cómo acabó todo.

El invierno asomó las fauces y su manto gélido cubrió durante meses el cielo de la montaña. El hambre y las epidemias seguían causando bajas, ahora también entre los sicarios de Vulpes. Hubo varias deserciones. A finales de enero la nieve nos mantuvo aislados en el interior de las cuevas durante más de dos semanas. Ni siquiera podíamos bajar a la mina. En febrero, cuando empezaron los primeros signos del deshielo, Vulpes intentó reanudar las excavaciones. Pero solo consiguió unos pocos prisioneros capaces de trabajar. El resto no podía ni arrastrar sus propias cadenas.

Entonces sucedió lo más espantoso que he visto nunca. Nos dividieron en dos grupos. Por un lado, los enfermos y los que estaba demasiado débiles para sostenerse en pie. Por otro, los hombres sanos, las mujeres y los niños que aún podíamos caminar. Nos pusieron frente a los lavaderos. Los hombres de Vulpes arrastraban a los moribundos y los amontonaban un poco más abajo, en el terraplén de los estériles. Entre la niebla y el desconcierto, vi cómo disparaban contra aquellos pobres desgraciados. Un mar de gritos y gemidos se elevó sobre las crestas rocosas y sacudió los pies de El león dormido, que permanecía oculto tras una gruesa masa de nubes. Empujaron los cuerpos ladera abajo y los cadáveres quedaron medio sepultados en la balsa de decantación.

Cuando reanudamos el trabajo en la mina, tan solo quedábamos con vida una veintena de prisioneros. Todos los demás habían muerto.

Ya no podíamos ni subir a las cuevas, dormíamos en las bocaminas o cobijados junto a las cubetas, donde habían surgido concentraciones minerales que teñían el suelo con una extraña coloración. No sacábamos un gramo de mineral, pero Vulpes seguía empeñado en descubrir de nuevo la veta principal. Nos hacía cavar galerías que siempre terminaban frente a una pared de granito. El desánimo se fue apoderando de la mayor parte de sus hombres. Muchos esperábamos que se produjera un motín o que escaparan durante la noche y lo dejaran solo con su locura.

Un día, cuando estaba decidida a morir con mi hijo en aquel olvidadero, vimos a un jinete que trataba de acercarse a la mina. Los hombres de Vulpes efectuaron un par de disparos y el intruso desapareció montaña abajo. No parecía un militar español, pero dijeron que llevaba uniforme. Durante casi una semana se extremaron las precauciones. Montaron guardia alrededor de la explanada y varios centinelas permanecían apostados entre los sacos terreros, intentando otear el horizonte con unos prismáticos de campaña. No volvimos a verlo, pero la aparición del jinete había puesto sobre aviso a Vulpes. Estaba muy nervioso. Hubo rumores de que pensaba abandonar el negocio de la mina y partir hacia el sur, hacia la zona francesa, donde podía reanudar el contrabando de armas y vender a los prisioneros que aún quedaban con vida.

No pudo hacerlo. Unos días después de que apareciera el misterioso jinete nos atacaron desde las angostas quebradas de la ladera sur. Hubo un verdadero revuelo. Los hombres de Vulpes no conseguían contener la serie de descargas que sacudieron por sorpresa el campamento. En cuestión de pocos minutos quedamos sitiados en la

mina, mientras los invasores ganaban posiciones en las rocas de la cumbre, a espaldas de las cuevas, desde donde pudieron controlar todos nuestros movimientos. El desconcierto era tan grande que algunos prisioneros cayeron abatidos por los disparos, al no poder soltarse de las cadenas y grilletes que les impedían correr y ponerse a salvo.

El asedio duró todo el día. Yo conseguí arrastrarme con el niño hacia una de las bocaminas y allí pasé la noche. Antes de que amaneciera el segundo día, cuando la luna se ocultó tras una negra masa de nubes, una avalancha de hombres armados surgió de la oscuridad de la montaña y cayó de improviso sobre nosotros. Murieron casi todos los hombres de Vulpes y muchos de los prisioneros. Cuando el sol despuntaba por el este y las crestas rocosas se recortaban limpias y bien definidas contra la luz del amanecer, los atacantes se habían adueñado de la mina y los cadáveres se confundían con los montones de residuos que jalonaban la montaña.

Salí de mi escondite con el pequeño Azemmur en brazos. Los recién llegados se comportaban con brutalidad, golpeaban, disparaban y acuchillaban a todo el que pretendiera huir. No llevaban uniforme ni chilaba, sino una especie de gandora oscura, como la de Ahmed. Algunos tenían parte del rostro cubierto por un turbante negro. Pensé que eran forajidos, una de esas partidas rebeldes que se aprovechan de la guerra para conseguir un botín.

Desde la caseta del cabo de ganchos vi que habían atrapado a Vulpes y que lo estaban atando a la peana de uno de los mazos con los que molíamos la ganga. Parecía herido. Me acerqué con precaución, atravesando la explanada entre el ir y venir de los caballos, cuyo galope contenido levantaba una gran polvareda. Al verme hizo un gesto de súplica, como si pretendiera pedirme ayuda. En ese instante sentí un extraño placer, algo que no puedo explicar pero que recorrió cada palmo de mi cuerpo como si fuera un reguero de fuego. En medio de la confusión me quedé mirándolo también, sin darme cuenta de lo que pasaba a nuestro alrededor, él y yo solos en medio del caos, nuestro hijo entre los dos, inmóvil como un fardo, hasta que alguien me apartó de un empujón y me llevó junto a los otros prisioneros. Creo que si no llega a suceder esto último, yo misma lo hubiera matado con mis propias manos.

A los supervivientes nos pusieron en fila, junto al almacén. Había allí un hombre que parecía el jefe, un europeo ataviado con un viejo uniforme francés. Estaba sentado sobre unos sacos, fumando y contemplando la escena que componíamos los prisioneros de Vulpes, heridos, famélicos, sucios y harapientos despojos humanos que habían conseguido sobrevivir en aquel infierno. Algunos gemían como animales, otros trataban de suplicar clemencia, mientras él nos miraba con un lejano desdén. Recuerdo su mirada fría y gris, cortante como un puñal de acero... Alguien dijo que ese hombre se llamaba Josef Klemms y que los guerreros que le acompañaban procedían de la región de Taza.

Y de pronto recordé. Ese nombre había quedado sepultado en algún lugar de mi memoria y entonces emergió, salió a la luz, como los rayos del sol después de la

tormenta o el llanto de un niño que acaba de nacer. Desde el pasado llegaron hasta mí las palabras del viejo *amghar*: «Ha robado un importante cargamento de armas que iban con destino a las guarniciones francesas de Fez. Muchos fusiles y ametralladoras. Los ha escondido en una vieja mina, en un lugar llamado Wusht Sbâ que está en la región de los Timarzga. Creemos que Josef Klemms pretende entrevistarse con Abd el-Krim y venderle esas armas».

Habían pasado casi dos años desde entonces. La guerra había salpicado de sangre los campos del Rif y miles de hombres habían muerto. Pero las armas debían de estar todavía escondidas en el mismo sitio.

¿Qué tenía que ver ese lugar llamado Wusht Sbâ con la mina en la que Vulpes nos había mantenido cautivos? Pronto me di cuenta de que se trataba de una misma cosa, porque Wusht Sbâ quiere decir «donde está el león». Es una frase que no se puede traducir literalmente, pero viene a significar algo parecido a eso. Si las palabras del viejo eran ciertas, debíamos de encontrarnos en la región de los Timarzga, solo a media jornada de la cumbre de Yebel Hamman.

Wusht Sbâ... Sin saberlo, había ido a parar al mismo lugar en el que, en mis fantasías infantiles, se encontraba la mina de plata que había ido a buscar mi amiga Milagros. A veces el destino nos depara una serie de tortuosos caminos que dan vueltas y más vueltas, pero siempre llevan al mismo sitio.

Klemms era un verdadero líder para los Beni Warain. Vestía aún su antiguo uniforme de la Legión Extranjera, pero se comportaba como un auténtico musulmán. La convivencia con los Beni Warain le había dotado de un gran espíritu práctico y los avatares de la guerra habían hecho de él un hombre capaz de esperar. No obstante, resultaba inquietante, frío; quizá porque los rasgos de su rostro eran extremadamente angulosos, la mandíbula cuadrada, los pómulos marcados, la boca fina y los ojos grises como el acero. Cuando te miraba de frente sentías frío, una sensación hiriente, similar al instante en el que un cuchillo de doble filo te atraviesa las entrañas.

Lo que había dicho el viejo *amghar* era cierto. Klemms pretendía entablar relaciones con Abd el-Krim cuando escondió las armas en Wusht Sbâ. Pero en aquellos momentos no pudo conseguirlo. Una *mía* de la Policía Nativa le salió al paso cerca de Bu Zineb y desbarató sus planes, obligándole a retirarse hacia el sur. Si lo intentó de nuevo, nadie lo sabe. Pero es de suponer que los acontecimientos de 1921 se lo impidieron. En aquella época Abd el-Krim todavía no estaba en situación de buscar aliados fuera del Rif y solo le preocupaba tener controlados a sus paisanos. Klemms regresaría a Taza sin haber conseguido su objetivo, pensando que tarde o temprano podría intentarlo de nuevo. Pero la catástrofe de Annual vino a complicar las cosas y los franceses, avisados por lo que estaba ocurriendo al otro lado de la frontera, extremaron el control sobre los puestos fronterizos y no pudo salir del hueco de Taza. Intentó en varias ocasiones acercarse al Rif, sin conseguirlo. Ahora que el

conflicto parecía estabilizado y las tropas rifeñas controlaban la parte central del Protectorado español, surgió de nuevo la oportunidad de iniciar un acercamiento. Pensaba que las armas estaban a buen recaudo y que nadie daría con ellas. Al aproximarse al lugar en el que las había ocultado dos años antes, observó gente extraña y se temió lo que sin duda había ocurrido: alguien había encontrado los fusiles y las ametralladoras.

Ese alguien era Vulpes.

Él.

Siempre él...

Imagino lo que Klemms pensó: esos hombres que explotaban la mina se habían adueñado de lo que era suyo, las armas con las que pretendía establecer una ventajosa alianza con Abd el-Krim. Esta vez Vulpes había caído en el centro del huracán. Esta vez había metido la pata bien metida. Klemms decidió recuperar lo que aún quedaba del armamento y, de paso, castigar a los culpables. Seguramente nos observaba desde hacía días. O meses, cualquiera sabe. Espió los movimientos de Vulpes y sus secuaces, esperando pacientemente, y cuando llegó el momento atacó por sorpresa.

Los Beni Warain eran ahora los que mandaban en el campamento. Otros amos, pero los mismos esclavos: nosotros, los prisioneros.

Nos fueron interrogando uno a uno. Klemms quería saber qué hacía Vulpes con el oro y cuántas onzas habíamos sacado en los últimos meses.

Nadie sabía contestar a sus preguntas.

Cuando me tocó el turno, uno de sus hombres me preguntó si era española. Le dije que sí. Noté que eso desagradaba a Klemms y que sentía curiosidad por saber cómo había ido a parar allí. Les conté mi historia, el viaje en el Daimler y la huida con el convoy del general Navarro. Me escuchó con indiferencia cuando enumeré las tropelías que Vulpes había cometido con nosotros, su crueldad con los prisioneros y el modo en el que conseguía esclavos para el trabajo en la mina.

Sé que desconfiaba de mí. Necesitaba convencerle de que estaba diciendo la verdad, así que le conté con todo lujo de detalles lo que una vez había oído en casa de doña Rosita. Por aquel entonces yo estaba firmemente convencida de que Vulpes había servido a las órdenes del capitán Alonso Llaguno durante la expedición que en 1921 hizo batirse a Klemms en retirada. Vulpes no me lo había llegado a reconocer cuando se lo pregunté abiertamente, pero yo había ido atando cabos.

Al escuchar el relato precipitado de aquella entrevista, el alemán palideció. Sus ojos grises lanzaron un rápido destello de ira y temí que fuera a reaccionar con la misma violencia que Vulpes cuando le pregunté por esa operación. Por un momento creí que sacaría la pistola y me pegaría un tiro allí mismo, en mitad de la explanada. No lo hizo. Mandó que desataran al prisionero y lo llevaran a su presencia. En esos momentos tuve la certeza de que, tarde o temprano, Vulpes iba a pagar por todo lo que nos había hecho.

Y así fue. Pero a Josef Klemms no le interesaba matar a Vulpes. Le necesitaba

vivo, para que pudiera servir a los intereses que lo habían traído hasta Yebel Hamman.

No podemos olvidar que estamos hablando de un europeo, un alemán para ser más exactos. Klemms era muy tenaz, un hombre que actuaba con impulsos violentos, pero era capaz de planificar sus movimientos con la habilidad de un consumado estratega. Había venido al Rif para lograr un objetivo y estaba dispuesto a pactar con el diablo con tal de conseguirlo. Me ha costado muchos años entender qué pasó en esos pocos días. He procurado imaginar lo que Klemms pensaba y creo que tengo una idea más o menos clara de sus intenciones respecto a la mina, a los prisioneros y al propio Vulpes.

Klemms seguía fascinado por la figura de Abd el-Krim y en su mente de aventurero fraguó la idea de que, apoyando la causa rebelde, podría convertirse en una especie de Lawrence de Arabia que llevara a los *imazighen* a la victoria. Pero ahora las circunstancias reforzaban esa vieja aspiración. Envió mensajeros a Axdir, comunicando a Abd el-Krim su deseo de entrevistarse con él. Los fusiles y las ametralladoras francesas no eran todo lo que Klemms podía ofrecer. Pensaba utilizar la mina como reclamo, y haciendo gala de una arrogancia propia de los extranjeros proponía que el propio Abd el-Krim viniera en persona a comprobar lo que estaba sucediendo en esta parte del territorio no ocupado.

Mientras tanto nuestras condiciones de vida mejoraron. Empezaron a darnos comida. Los hombres de Klemms iban a las aldeas y conseguían cebada, habas y leche. A veces una cabra que habían robado a los rebaños de la zona baja y cuyos despojos podíamos atrapar cuando los Beni Warain saciaban su hambre. Los que habíamos conseguido resistir, pronto recuperamos las fuerzas. Y entonces supe que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a Melilla.

El niño se convirtió en mi única razón de vivir. Azemmur ya tenía seis meses. Le alimentaba con sopas de leche, a veces con un puré de habas que robaba del rancho de los Beni Warain. Me gustaba abrazarlo por las noches. Era extraño. Mi instinto maternal había cuajado en un ser que llevaba la sangre de Vulpes y sin embargo no sentía rechazo, sino un deseo visceral de protegerlo por encima de todo. Tenía diecisiete años y me había convertido en una mujer cuyo único objetivo en la vida era no dejarse morir.

Un oscuro día de niebla llegó la respuesta de Abd el-Krim. No acudió en persona, como Klemms pretendía, pero envió una delegación al frente de la cual venía uno de sus secretarios, un joven rifeño que se llamaba Mohamed Cheddi y que, a la sazón, ocupaba un importante cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Recuerdo esa mañana gris. La niebla se agarraba a la cumbre de El león dormido con un manto denso que cubría la ladera de la montaña. No se veía nada. Las crestas rocosas asomaban de vez en cuando entre jirones de niebla y desaparecían pocos

segundos después tras la bruma húmeda y fantasmal.

La delegación entró en el campamento por la ladera este. Las chilabas pardas de los Beni Urriaguel, que yo recordaba vinculadas al horror, apenas se distinguían entre los montones de residuos que habíamos almacenado allí durante el último año. Algunas mujeres lanzaron el grito de bienvenida y los Beni Warain dispararon al aire los fusiles para recibir a los embajadores de Abd el-Krim. El júbilo se fue propagando y muy pronto la explanada se convirtió en el escenario de una fiesta. Recuerdo que cogí a Azemmur en brazos y que me obligaron a ponerme un pañuelo viejo sobre la cabeza en señal de respeto.

Era extraño. Todos sabíamos que el cautiverio tocaba a su fin. Pero yo no sentía ninguna alegría, ningún entusiasmo, no podía contagiarme del júbilo con el que los otros prisioneros, rifeños en su mayoría, recibieron a los enviados de Abd el-Krim. Había sido violada por hombres como aquellos y durante meses permanecí en un campo de prisioneros donde me hicieron saber que soñar no sirve para nada y que la distancia entre los sueños y la libertad es tan ancha como el abismo que separa a los pueblos en tiempos de guerra. Luego, mientras estuve en poder de Vulpes, había aprendido una amarga lección: detrás del infortunio solo queda otro infortunio mayor, igual que detrás de una montaña siempre hay otra más alta a la que podemos subir. Así que no tenía demasiadas esperanzas respecto al futuro.

Y de pronto vi una figura parada junto a la balsa de decantación. Era un hombre alto que se había separado de la comitiva y estaba contemplando los cadáveres que se pudrían en las arenas residuales.

Mi corazón dio un vuelco, como si una sacudida lo hubiera puesto del revés.

El hombre se fue acercando a la explanada.

Primero apareció su rostro, luego los hombros, anchos bajo la aljuba polvorienta, después las piernas, que trepaban con pasos largos por la ladera de los estériles...

No había duda.

Gerald Holbrooke estaba allí.

Me abrí paso entre los hombres de una y otra tribu, y pude llegar hasta la entrada de los lavaderos. Pero los Beni Urriaguel no me dejaron acercarme a Gerald, que estaba montando el trípode de madera junto a una de las cubetas. Grité, forcejeé con ellos, me hincé de rodillas y, al final, conseguí atraer la atención del inglés.

Parecía más viejo y más cansado. Me miró desde lejos y dijo:

—No sé qué quiere. No conozco a esa mujer.

Azemmur se me deslizó de los brazos. En el suelo, de rodillas, con el niño en el regazo, permanecí paralizada durante unos minutos, mientras el mundo daba vueltas a mi alrededor sin que yo pudiera entender nada. Era una sensación terrible, algo que me empujaba hacia abajo con tanta fuerza como si la tierra me estuviera tragando. No podía creerlo. Gerald se había olvidado de mí. Y yo había pasado por todo aquello solo por acudir a su encuentro.

Juanito había muerto ante mis propios ojos, me habían violado, golpeado,

torturado, había sufrido todo tipo de castigos y ahora, cuando mis desdichas parecían estar a punto de terminar, cuando la vida me ponía delante de los ojos el final que tanto había deseado, aquel hombre se desentendía de mí.

Sara me cogió del brazo. Me volví hacia ella y vi que estaba llorando. Esta vez ya no era solo un puchero infantil, las lágrimas resbalaban por su rostro una tras otra y ella las dejaba caer, muda, quieta, como paralizada.

Puse mi mano sobre la suya, en silencio, mientras la mujer que teníamos enfrente se debatía con un dolor que debía de escocer mucho más que los latigazos.

Lucía Osman también se había quedado quieta, con la mirada perdida en el techo. Cada uno de nosotros parecía estar pensando en algo distinto. Sentí que las palabras se deshacían apenas formadas, antes de asomar por la boca, mucho antes de que ninguno de los tres pudiera llegar a pensar siquiera en lo que significaban. Eran pedazos dispersos de un silencio hueco, profundo, inacabable.

Yo estaba furioso conmigo mismo. Por haber dudado de ella, por estar sometiendo a mi hija a aquella tensión y, sobre todo, por haber decidido no grabar las entrevistas. Ahora sentía que las palabras de la vieja se iban perdiendo en el vacío y que nunca sería capaz de reproducir fielmente lo que había escuchado de sus labios. César tenía razón. Un buen reportaje nunca se hace con humo.

—¿Cómo es posible que Holbrooke no la reconociera? —pregunté al cabo de unos minutos.

—A usted también le parece imposible, ¿verdad? —respondió la anciana con amargura.

—Desde luego —asentí—. Yo pude hacerlo sin ninguna dificultad cuando vi las fotografías que usted me enseñó. ¿Por qué motivo cree que fingió no saber quién era?

—Quizá estaba demasiado pendiente de lo que ocurría allí, o simplemente no fue capaz de recomponer el abismo que había entre la joven pupila de un burdel de Melilla y esa prisionera cubierta de harapos.

No compartía su repentina ingenuidad. En el fondo, ella tampoco podía creer lo que decía.

—¿Qué ocurrió a continuación? ¿Lo recuerda?

—Perfectamente, señor Ferrer. Trajeron a Vulpes y le interrogaron de nuevo. Le ataron las manos a la grupa de un caballo y le hicieron dar varias vueltas al campamento. Por fin, cuando Klemms había obtenido de él todo lo que quería y los enviados de Abd el-Krim comprendieron la magnitud del problema que tenían entre manos, Josef Klemms le pegó un tiro. Gerald hizo fotos de todo, de los prisioneros, de la ejecución, de Klemms y de Cheddi, pero en ningún momento se acercó a mí ni a mi hijo.

La anciana guardó silencio de nuevo. Había apretado los labios como si quisiera contener sus propias palabras.

Noté que estaba muy alterada y me sentí más irritado aún por haberla obligado a revivir todo aquel sufrimiento. En mi interior, se iba abriendo una brecha de claridad. A medida que avanzábamos la historia de Lucía Osman me parecía más y más cierta. Quizá porque se apoyaba en una serie de imágenes inéditas, algo que no estaba escrito en ningún manual de historia o que no se podía sacar de las estanterías de un

archivo militar. Ahí estaban los sentimientos, aunque ella se lamentara de haber perdido una parte importante de ellos, las sensaciones más precisas, el dolor, que casi se podía palpar, y la crueldad humana en su verdadera dimensión. Al contrario que en días anteriores, todo lo que acababa de oír me parecía veraz. Nadie inventa algo así.

El mal existe.

Por mucho que queramos negarlo, evitarlo o ignorarlo, el mal existe.

Pero además estaban las pruebas, eso que tanto le preocupaba a César. Podía extender la mano, coger una de las fotografías de Holbrooke y contemplar con mis propios ojos la fría mirada de Klemms y el sobrecogedor instante en el que Vulpes moría ajusticiado. Pensé que esas imágenes eran lo único en lo que me podría apoyar si tenía que convencer a alguien de que aquella mujer decía la verdad.

—¿Cuándo la liberaron?

Esta vez era Sara quien había hecho la pregunta adecuada. Su voz sonó grave, como la de una persona adulta. Quizá lo era. No mi hija, no la pequeña desconocida que cada cierto tiempo llegaba a Madrid y me bombardeaba a preguntas, no la criatura adiestrada por Lola para remover mi conciencia, otra Sara, madura y desprovista de temor. Pero, igual que entonces, yo notaba la ansiedad latiendo apresuradamente en su garganta.

—Año y medio más tarde —respondió la anciana—. Los prisioneros de Vulpes quedamos bajo el mando de Mohamed Cheddi y sus hombres. Nos llevaron a Targuist, donde por aquella época se concentraba el poderoso dispositivo de guerra de Abd el-Krim. Allí estuve durante casi un año en casa del caíd Hammush. Cuando Abd el-Krim se rindió y los franceses lo deportaron a la isla de Reunión, regresé a Melilla. A Holbrooke nunca volví a verlo.

—¿Y Klemms?

—Partió hacia la costa, donde por fin pudo conseguir la fama y el poder que tanto ansiaba. Poco tiempo después se convertiría en uno de los lugartenientes de Abd el-Krim. Fue nombrado *caíd kebir*, con competencias sobre artillería y cartografía militar. Entrenó al ejército rebelde y siempre mantuvo una lealtad inquebrantable hacia su jefe, incluso en el momento de la rendición, cuando muchos le dieron la espalda.

—¿Cuál era el vínculo que unía a Klemms y Holbrooke?

—No lo sé. Nunca lo he sabido. ¿Recuerda cuando le conté que Gerald se había alarmado al oír por primera vez el nombre de Klemms? Durante algún tiempo pensé que ambos eran agentes de sus respectivos países, pero con el tiempo he llegado a creer que Holbrooke estaba implicado en algo más que una sencilla intriga política.

—Y ahora usted quiere saber cuál es la verdad, ¿no es eso?

Me miró como no lo había hecho antes. Sus ojos, empequeñecidos por la vejez, brillaron con una intensidad que solo podía deberse al agradecimiento.

—Eso es —dijo simplemente.

—¿Cómo puedo ayudarla? —pregunté sabiendo que no sería fácil.

Dudó durante un breve instante.

—Hay algo que necesito saber. ¿Cómo consiguió usted esa fotografía que Gerald me hizo en casa de doña Rosita?

Las cosas habían cambiado mucho desde la tarde anterior. No me sentía con fuerzas para negarle nada.

—Digamos que me la prestó alguien —respondí, dejando que Mahayub y aquella casa en la que vivía con la niña entraran en mi conciencia, de golpe, como fantasmas convocados por un ritual peligroso.

—¿Quién era? —preguntó Lucía Osman. Y yo oí el eco del miedo flotando entre esas dos simples palabras—. ¿Por qué la guardaba al cabo de tanto tiempo?

Eran demasiadas preguntas. Y en aquellos momentos yo aún no tenía las respuestas.

—Solo sé que se llama Mahayub. ¿Le dice algo ese nombre?

Ella reflexionó durante unos instantes.

—No —contestó al fin—. Pero necesito hablar con ese hombre.

—No será fácil —sugerí—. Hace años que no sé nada de él.

—Inténtelo, señor Ferrer. Es muy importante. ¿Recuerda los diarios de Holbrooke?

Los recordaba perfectamente. Dos pequeños cuadernos con tapas de hule escritos en inglés.

—Las placas fotográficas y los diarios estaban en el paquete que doña Rosita y yo escondimos en el sótano del burdel. Cuando mataron a Max se quedaron allí. Necesito recuperar esos cuadernos. El hombre que usted conoce tenía una de las fotos que Gerald me hizo en aquella época. También puede tener los diarios.

Mahayub. Otra vez él.

Por fin sabía lo que Lucía Osman quería de mí. Pero debo decir que, en esos momentos, me pareció una tarea que tenía muchas posibilidades de resultar totalmente estéril. La red en la que había caído me arrastraba hacia un lugar inservible. El pasado.

Seguía sin entender algunas cosas. Por ejemplo, cómo habían llegado las otras fotografías de Holbrooke a sus manos. ¿Quién se las había dado? Debía de tenerlas hacía mucho tiempo. Si quería completar la colección y encontrar un viejo paquete que estaba enterrado en el sótano de una casa de Melilla, podía haberlo hecho por su cuenta en los últimos cincuenta años. ¿Por qué ahora? ¿Y por qué me lo pedía precisamente a mí?

Iba a interrogarla sobre estas cuestiones cuando de pronto apareció la criada. El rostro de aquella mujer expresaba una clara hostilidad. Era evidente que no le gustaba nada que mi hija y yo estuviéramos allí. Se inclinó sobre la vieja y le susurró algo al oído, mientras señalaba un frasco que había sobre la mesilla de noche. Lucía Osman bebió dócilmente una cucharada de aquel jarabe espeso y nacarado. Luego se secó los labios con la yema de los dedos y dijo:

—Cuando encuentre a ese hombre, vuelva a verme. Entonces le contaré el final de la historia.

Luego recostó la temblorosa cabeza en la almohada y cerró los ojos. La criada permanecía de pie, junto a la cama, mirándonos con gesto torvo, como si Sara y yo fuéramos los únicos culpables del estado de la vieja.

Cogí a mi hija y salí enseguida de la habitación. Tenía que darme prisa. Hasta un ciego podía darse cuenta de que la muerte llevaba mucho tiempo rondando la puerta de aquella casa.

Cuando salimos a la calle lo primero que hice fue encender un cigarrillo. Por fin sabía qué tenía que hacer y por qué.

Caminamos en silencio, contagiados los dos por una extraña sensación de irrealidad. De pronto me sentía completamente inseguro, vulnerable, aplacado, una marejada de sonidos batiéndose contra mis sienes, la voz de Lucía Osman resonando con aspereza, su rostro opaco proyectándose en el aire, igual que un falso holograma, y aquella inquietante sensación que imponía un terrible peso sobre los hombros.

Estaba convencido de que Sara sentía algo similar, que también ella había quedado fuertemente impresionada por lo que nos había contado. Pero no hablamos de ello. Solo caminamos bajo el tibio sol del atardecer por una ciudad que de súbito nos parecía demasiado mansa y apacible.

Atravesamos Ayala, cruzamos Hermosilla y luego Goya. En la calle Villanueva, Sara suspiró, como si hubiera despertado de un profundo y misterioso sueño. Caminaba con pasos largos y lentos, y yo intentaba acoplar los míos a ese ritmo silencioso con el que estábamos intentando entrar de nuevo en la realidad. La torre neomudéjar de las Escuelas Aguirre brillaba con un satinado tono ocre que me recordó la atmósfera cansina y polvorienta de ciertos barrios de Melilla.

La respiración de Sara se hizo más agitada. La sentía muy cerca, compartiendo aquel instante mágico conmigo, y de pronto tuve la certeza de que entre ella y yo había unos lazos mucho más fuertes de lo que nunca había llegado a imaginar, y que el falso abismo que su madre había intentado crear entre los dos era un espacio imaginario que se podía cruzar de un salto. Teníamos una historia común, unos sentimientos sepultados por el pasado, que todavía estábamos a tiempo de recuperar.

—¿Quieres ir a Inglaterra? —dije, parándome bruscamente frente a ella.

Sara hizo un gesto de protesta. Pero no dijo nada. Insistí.

—¿Te apetece ir?

—No —respondió al fin.

Sus ojos estaban fijos en los míos y tenía una expresión terriblemente decidida.

—Pues no vayas —dije.

Luego conecté el móvil y llamé a Guillermo Varela. Le pregunté si se acordaba de aquella casa de Melilla donde conocimos a Mahayub.

Guillermo reaccionó tal y como yo esperaba. Al otro lado del teléfono se hizo un significativo silencio. A él tampoco le apetecía recordar.

—Quiero volver allí —dije, mirando a Sara. La propuesta era también para ella.

—¿Estás loco? —exclamó Guillermo—. Mahayub es agua pasada. ¿Para qué quieres volver a verlo?

—¿Sabes cómo conseguí esa fotografía de Holbrooke? La del burdel —aclaré sin que hiciera falta hacerlo—. Era suya. Me la llevé aquel día.

Ahora Sara se había acercado y me miraba con curiosidad. Creo que intentaba comprender la situación.

Guillermo soltó un gruñido, le imaginé rascándose la cabeza, como si las cosas no encajaran. Podía entenderlo. No era fácil imaginar por qué un sujeto como Mahayub había guardado esa vieja fotografía durante años.

—Bueno, si todavía no te han rebanado el pescuezo, es posible que ahora lo hagan —dijo medio en broma.

Era cierto. Realmente existía esa posibilidad. Durante unos minutos los dos nos quedamos en silencio.

—Necesito que me ayudes.

Su silencio me indicó que no entendía la propuesta. Luego reaccionó.

—¿Quieres que vaya a Melilla?

—Así es.

—¡Joder, Pablo! Eso es imposible. Tengo mucho trabajo.

—Recuerda que tú también estabas allí.

—Ah, no. Yo no cogí esa foto. A mí no me mezcles en esto.

—¿Estás seguro?

Guillermo recapacitó.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—, pero tengo que terminar un encargo. Necesito un par de días.

No era un mal acuerdo, después de todo. Aquel asunto lo habíamos empezado juntos y juntos lo podíamos terminar.

Sara y yo llegamos a Melilla en un ferry de la Trasmediterránea. Durante toda la noche el barco se movió sin cesar y, por la mañana, cuando el sol intentaba despuntar sobre un accidentado mar sembrado de crestas blancas, vimos aparecer la ciudad, una silueta amarilla coronada de baluartes y torreones, que se recortaba contra el cielo de color añil.

El ferry atracó en el muelle de Villanueva. Hacía calor. Un calor seco y polvoriento. Las palmeras del puerto agitaban en el aire sus penachos rotos y los molinos de tierra cruzaban el paseo del General Macías a gran velocidad. El viento traía trozos de periódico, bolsas de plástico y arbustos secos que había arrancado de los descampados. Toda aquella basura iba a parar contra las lonjas cerradas del barrio del Mantelete, justo en el mismo lugar donde un día estuvieron instaladas las casetas del Muro X.

Cogimos un taxi y fuimos directamente al Parador. El parque Lobera también estaba cerrado. Dentro se oía el graznido de los pavos reales y el ronroneo de los palomos en sus grandes jaulas de alambre.

Sara y yo tomamos dos habitaciones contiguas. Me duché y pedí el desayuno. Cuando el camarero entró con la bandeja, la puse en una mesa que había en la terraza y avisé a mi hija. Estaba hablando por teléfono con su tía Irene, así que esperé tranquilamente, mientras me fumaba un cigarrillo.

Desde la terraza contemplé la ciudad.

A simple vista tenía ante los ojos un escenario plácido, tranquilo, hecho de casas cúbicas y azoteas en las que dormitaba algún gato ceniciento. Enterradas en el laberinto urbano, emergiendo como puntas de lanza, reconocí las torretas del edificio de La Reconquista y el campanario triangular del Sagrado Corazón. Un poco más allá las cúpulas de cerámica de los grandes edificios modernistas restallaban bajo la luz del sol.

En un instante vi las diferentes capas del tiempo ondeando sobre los edificios ocres, la Melilla del Protectorado, la de las guerras sucesivas, la de los burdeles y las cantinas, y por debajo de todas ellas, la sombra de una ciudad que yo había conocido en 1975, cuando llegué como enviado especial de un periódico que ya no existía. Es curioso. Lucía Osman había leído mis artículos y se acordaba. Yo casi lo había olvidado. Aquella historia de la Marcha Verde fue mi bautismo de fuego, pero no me quedaron ganas de recordar esos tiempos. Melilla me pareció una ciudad pobre y miserable, una especie de suburbio del franquismo, llena de legionarios que iban hasta las cejas de grifa, de pobres soldaditos de reemplazo, muchachos de mi misma edad que llevaban el pelo cortado al uno y el miedo pegado al rostro como una calcomanía. Hassan II había lanzado aquel golpe de efecto, miles de moros caminando hacia las fronteras españolas, un ejército de pordioseros hambrientos, como aquellos otros que se lanzaron sobre la posición de Annual en 1921, las mismas caras hoscas y recelosas, el mismo odio secular hacia el invasor extranjero, todo demasiado parecido al pasado; por eso Franco se echó a temblar en su lecho de

muerte, por los recuerdos de otra época, y por eso el ejército español recogió sus efectivos y entregó el Sáhara a Marruecos y Mauritania. El resultado de aquella silenciosa derrota es el dolor y la humillación del pueblo saharauí, esa especie de palestinos de ojos negros y habla hispana, que llevan veinte años de penoso exilio en los aldeaños de su propia tierra.

Mientras miraba la ciudad yo también había ido recordando. El cuartel de Cabrerizas y los prostíbulos del barrio de Los Poblados. Una mora gorda que se acercaba a los puestos de guardia y les decía a los soldados: «Si me tiras un duro, te enseño las tetas...». Los legionarios paseando por el parque Hernández con sus tatuajes de sirenas y corazones sangrantes. Las muchachas casaderas, con ese detestable aire provinciano que me resultaba tan irritante entonces. Los de Regulares 5, terribles cuando se vestían de gala, con corrajes y cartucheras, capa blanca ribeteada de carmesí, herencia de su viejo atuendo nativo, terribles también cuando regresaban de las maniobras nocturnas, los ojos inyectados de sangre, agotados, enfebrecidos...

Recuerdo que durante varios días circuló el rumor de que en Nador se habían concentrado veinticinco mil moros. Me mandaron a Melilla para ver si era cierto ese rumor.

Fui con un fotógrafo tan joven e inexperto como yo, un tío grande, ingenuo y lleno de buenas intenciones que se llamaba Guillermo Varela. Nos engañaron como a chinos. Un capitán joven, se apellidaba Martínez Ferrol si mal no recuerdo, nos informó de que se estaba preparando un ataque de la plaza y que ese ataque procedería de Nador. Nos aseguró que había orden de doblar las guardias y que los artilleros del 32 dormían en los tejados con las ametralladoras dispuestas. Algunos periódicos ya se habían hecho eco de la noticia.

Guillermo y yo alquilamos un coche con conductor y nos internamos en territorio marroquí cruzando la frontera de Beni Enzar. Todo era falso, un rumor que propagaban los agentes de Hassan y que anidaba en la mente calenturienta de algunos militares deseosos de acción.

En Nador no había nada. Casas blancas con puertas y ventanas de un obsesivo color azul, grandes fotografías del rey, rodeadas por guirnaldas y bombillas, moros que nos miraban con desconfianza... y polvo, toneladas de polvo flotando en el calenturiento aire de la desesperación.

Recorrimos la frontera. Nueve kilómetros de alambrada de espino. Cuatro puntos estratégicos, Farhana, Beni Enzar, Sidi Guariach y Barrio Chino.

Garitas militares a uno y otro lado de la alambrada, cuerpos al acecho de algo que solo era una verdadera amenaza en los confines del desierto, en el Sáhara, y ahí nuestro desencanto, el choque contra la realidad, Guillermo fotografiando aquellos espacios vacíos, el conductor intentando que fuéramos a su casa, a tomar el té y a comer cuscús, decía, y las crónicas que mandábamos a través de un teléfono lleno de ruidos parásitos, en la habitación del hotel Rusadir. Había que colocar pinzas dentro

del auricular para que el ruido desapareciera.

Luego venía el triste desahogo de una ciudad fronteriza, militarizada, pueblerina. Un whisky escocés en el Gambrinus, las cenas en el Duala, *strogonoff* y *vol-au-vent*, fantasías múltiples que la patrona ponía sobre la mesa de los militares, en medio de los efluvios de un falso perfume francés que acrecentaba el atractivo de los platos y les confería un valor añadido. Eso fue Melilla: un descubrimiento de algo que parecía falsificado, algo que estaba fuera de lugar.

Sara colgó el teléfono y entró en la habitación. Habían pasado solo unos pocos días desde aquella tarde en la que la llevé a casa de Lucía Osman, pero parecían años. Mi hija había perdido aquel despreocupado aire infantil y, como por arte de magia, se había olvidado de la historia de amor que mantenía con su profesor. Se había duchado y cambiado de ropa. Me fijé en que ya no llevaba aquella especie de uniforme de quinceañera precoz y que se vestía de un modo más deportivo. Unos pantalones anchos, y una camiseta de tirantes. Estaba guapa. Por un instante me recordó a su madre.

—¿Qué sientes al volver aquí?

Miré hacia el horizonte antes de responder. Melilla era una ciudad bella e inmóvil. Un reducto acostumbrado a resistir. Por un lado la frontera con Marruecos, kilómetros de alambrada retorcida y puestos de vigilancia en los que algún pobre soldado se consumía contando los días que le quedaban para licenciarse. La presión de África sobre esa frágil alambrada era casi tangible. Un empuje imparable. Melilla siempre había sido el final de Europa, la puerta de atrás, el callejón angosto por el que todos querían entrar. Pero ahora se notaba mucho más, porque al otro lado de la ciudad se encontraba el mar, un abismo impenetrable sembrado de pateras, en el que era demasiado fácil morir.

—Quizá no hayan cambiado tanto las cosas —murmuré.

—Pues entonces podrás encontrar lo que buscas —dijo Sara.

El rostro de Mahayub emergió otra vez ante mis ojos. Ni siquiera sabía cómo podía dar con él. Habían pasado veinte años. Y eso es demasiado tiempo en cualquier sitio, incluso aquí.

Recordé la casa. Una calleja del barrio del Polígono, frente a una carnicería. El cuchitril de piedra encalada. Guillermo haciéndole fotos, mientras Mahayub se lavaba las manos en una jofaina desportillada...

Guillermo y yo habíamos decidido aceptar la invitación de Abdesalam, el chófer que habíamos contratado. Aquel hombre era tan insistente que no nos quedó otro remedio, salvo que quisiéramos ofenderlo. Fuimos a su casa. Era el día de Aid el Kebir, la fiesta del cordero.

En los barrios musulmanes de Melilla había enormes borregos de lana rizada atados junto a las puertas de las viviendas, bichos con cuernos retorcidos que no se

parecían en nada a la bucólica imagen de nuestro cordero pascual. Parecían sacados de una estampa diabólica, de un aquelarre. Abdesalam fue a buscarnos al hotel a las diez de la mañana. Se había puesto una chilaba nueva, todavía tenía las marcas de haber estado largo tiempo doblada. Nos subió en su destartado coche para llevarnos por la vieja cañada del Cementerio hasta un lugar intrincado y polvoriento que estaba cerca del antiguo fuerte de María Cristina. A nuestros pies se extendían las laderas del barrio del Polígono y, un poco más allá, el mercado y la mezquita principal. Era demasiado pronto para llegar a ningún sitio. El barrio entero parecía dormido. Había transeúntes con grandes bolsas de pan y muchachas que barrían la entrada de las casas. Algunos niños vestidos de fiesta correteaban por las calles de tierra.

Abdesalam vivía en una de esas precarias edificaciones que forman los suburbios de las ciudades. Casas bajas, sin agua corriente, sin alcantarillado, donde se agolpan los chiquillos llenos de costras y las ratas se pasean con entera libertad. Guillermo y yo nos sentíamos violentos, pero el chófer nos obligó a entrar en la casa con grandes aspavientos y nos hizo presenciar el ceremonial del sacrificio. La mujer y las hijas estaban ya encendiendo el fuego en una parrilla que había en el patio. Abdesalam se quitó su chilaba nueva y, después de rezar sus oraciones, cogió un gran cuchillo. Los hijos varones sujetaban al cordero que se revolvía aterrado en el patio. La cabeza del animal estaba orientada hacia el este, en dirección a La Meca. Abdesalam pidió ceremoniosamente permiso a su mujer y luego gritó «en el nombre de Alá», y propinó un fuerte tajo sobre la garganta temblorosa del borrego. La sangre teñía las manos de los hombres. Guillermo no paraba de hacer fotos, mientras una enorme nube roja me nublaba el sentido.

Cuando desperté, estaba tumbado sobre un banco, en una habitación pequeña y oscura, y un muchacho de unos diez años me miraba sonriente. En el patio se oían golpes. Por el barrio entero se oían golpes. El muchacho me dijo que me había desmayado al ver la sangre, y yo sentí que el tiempo había ido avanzando, mientras de mi calendario personal alguien había borrado unos instantes en los que solo había un denso e inquietante vacío. Los golpes, que los matarifes daban a los corderos muertos para arrancarles la piel, sonaban como si una parte del mundo estuviera chocando contra la otra mitad.

Me levanté y fui al patio. Guillermo estaba allí, con la cámara sobre el hombro. Hablaba con un hombre que llevaba una chilaba de seda blanca y un pequeño gorro musulmán. Me lo presentaron, Sidi Mahayub, y él estrechó mi mano con una sonrisa que era al mismo tiempo desdeñosa y almibarada.

Debía de tener unos cincuenta años.

Era alto y delgado, muy moreno de piel, y los rasgos de su cara tenían cierta fiereza natural que sus sosegados ademanes no conseguían neutralizar del todo. Me preguntó por el periódico para el que yo escribía. Le dije que era uno de los más

importantes.

—¿El *ABC*? —preguntó.

—No, el diario *Pueblo*.

—Ah... —respondió con cierta decepción—. No me gustó cómo trató su periódico el caso de los oficiales de la UMD.

¿Qué quería decir? ¿Que estaba a favor o en contra de las detenciones? Supuse que un tipo como él solo podía participar de las tesis reaccionarias, pero no tenía ganas de ponerme a discutir sobre política, no me encontraba bien, tenía náuseas y una especie de embotamiento que me hacía ver las cosas como si estuvieran cubiertas por una densa niebla.

—En Melilla todavía nos preocupa lo que pasa en las filas del ejército español —añadió el hombre—. ¿Cree usted que cuando muera el Caudillo puede haber otra Guerra Civil?

—No, no lo creo —respondí de mala gana.

—Pero esos oficiales pueden llegar a sublevarse y entonces Melilla se vería muy afectada. Tenga usted en cuenta que esta es una ciudad que está en manos de los militares.

¿Qué era aquello? ¿Un jodido interrogatorio? ¿Realmente pretendía que yo le proporcionara un veredicto político de la situación española?

—No tengo ni idea de lo que puede ocurrir con el ejército —respondí fastidiado—. Además, ustedes los melillenses siempre pueden pedir protección al rey de Marruecos si las cosas no salen como quieren.

Mahayub me miró muy serio. Por un instante, sus ojos relampaguearon de ira.

—No se precipite en sus conclusiones, mi joven amigo —respondió recuperando la sonrisa—. Y no se altere por mi insistencia. Hay que tener información, la información siempre es conveniente, ¿no le parece?

Guillermo había estado haciendo fotos de Abdesalam y su familia. En esos momentos estaba cambiando el carrete de una de las cámaras. Me acerqué y le dije en voz baja:

—¿Pero quién es este tipo?

Guillermo se volvió hacia Mahayub.

—Creo que es uno de los mandamases de la comunidad islámica. Me ha ofrecido enseñarme unos documentos sobre la época del Protectorado.

En el patio seguía el ritual de la matanza. El cordero había sido colgado por las patas. Ya no sangraba. Contemplé la escena como si yo no estuviera allí. Era algo ajeno, distante, como un sueño que hubiera soñado otro.

Ahora Abdesalam tenía un grueso palo en la mano y golpeaba la piel del animal. El ruido era visible. Todos aquellos golpes que yo había oído unos minutos antes tenían un sentido, correspondían a una imagen real. Golpeaban al cordero para poder separar la piel más fácilmente. Mientras nosotros hablábamos, Abdesalam había hecho un corte en la pata y soplaba por dentro de la piel, hasta que un palmo de

superficie lanosa se infló de aire. Volvió a golpear y a soplar de nuevo. Por medio de esta rudimentaria y eficaz técnica de desollar, la piel del cordero se iba separando de la carne. En un abrir y cerrar de ojos el animal quedó desnudo, una telilla de grasa rizada era todo lo que protegía aquel cuerpo sin vida. Recuerdo la sensación de borrachera que me embargaba y cómo le abrieron el vientre y tiraron de las tripas hasta hacer con ellas un ovillo.

Quería irme de allí.

Pero no era posible.

Las mujeres estaban asando el hígado y en cuestión de minutos pusieron una fuente de pinchos adobados sobre la mesa.

El estómago me dio un vuelco, pero comí, empujando los pedazos de hígado con sorbos de té, hasta que aquella bola se asentó en mi estómago. Mientras tanto, Mahayub y Guillermo habían llegado a un acuerdo.

Ahí estaba la torpe casualidad que muchos años después me había llevado hasta Lucía Osman.

Ahí.

Oculto como un destino.

Agazapada.

Y Mahayub atrapado también en una larga, larguísima tela de araña.

Al atardecer fuimos con él a su casa. Estaba cerca de la mezquita, en un callejón umbrío del que partían unas sucias escaleras. Un solo cuarto. Una estera recogida. Guillermo con la cámara preparada, como un arma. Y luego un patio diminuto y una escalera de piedra.

Subimos hasta la planta superior. Había otro cuarto más pequeño. Sin ventanas. Olor ácido. Un tapiz de colores oxidados y una lámpara de piel de cabra. Nos sentamos en el suelo.

Entonces Mahayub dio palmas y en el umbral de aquella habitación apareció una niña. No debía de tener más de nueve o diez años.

—Es mi nieta —dijo—. Su madre murió el año pasado y ahora vive conmigo.

La niña permanecía con los ojos bajos. Me pregunté qué tipo de infancia podía tener en un sitio como aquel. Cuando Mahayub se dirigió a ella para pedirle que nos trajera té, la niña levantó los ojos y sonrió. Era morena y tenía una sonrisa preciosa.

—¿Puedo hacerle una foto? —preguntó Guillermo.

Mahayub pareció dudar.

—No creo que sea buena idea —dijo.

Pero en esos momentos Guillermo ya había disparado su cámara.

Ese instante... Mi mente debatiéndose entre el rostro de aquella niña y la imagen de un cordero recién desollado, una fina telilla de grasa como única protección... Mahayub, hablando de otros tiempos, cuando el Rif se alzaba en armas y los viejos

fusiles Remington escupían odio y venganza.

No le presté atención, ni siquiera sabía de qué guerra me estaba hablando, simplemente le escuché con el fastidio arrogante con el que los jóvenes desoyen los ecos del pasado, quería salir de aquella estúpida encerrona, imaginar que me encontraba al otro lado de la ciudad, en el Gambrinus, con un martini entre las manos y el pasaje de vuelta en el bolsillo.

Mientras Guillermo fotografiaba a la pequeña, Mahayub me llevó a una esquina del cuarto donde había un viejo arcón renegrido y lo abrió. Estaba lleno de documentos. Me los puso en las manos como si fueran un puñado de joyas que yo debía tasar.

Ni siquiera los leí.

No eran más que papeles viejos.

Guillermo seguía fotografiando a la pequeña. Entonces Mahayub la cogió por la mano y la sacó de la habitación. Creo que estaba molesto. El arcón seguía abierto.

Y de pronto vi la foto, allí, entre los montones de papeles amarillentos: una muchacha de una belleza sorprendente, los ojos rasgados, la sonrisa deslumbrante y perfecta, el pelo negro cubierto por una fina gasa... El nombre de Holbrooke silueteado en blanco. Y la leyenda: «Interior de un burdel de Melilla»... Aproveché un descuido, alargué la mano, cogí la foto y me la metí en el bolsillo. Un vergonzoso gesto que ahora me había traído nuevamente aquí, a la ciudad en la que había sucedido todo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sara mientras mordisqueaba un cruasán.

Era yo el que tenía que hacerlo. Y no sería fácil. La vieja me había hecho prometer que buscaría los diarios de Holbrooke. Pero antes tenía que encontrar a alguien más, alguien a quien ella ni siquiera conocía.

—Daré una vuelta por el barrio del Polígono. Mientras tanto, puedes descansar.

—Iré contigo —respondió mi hija—. No me apetece quedarme aquí.

Entró en la habitación y se puso a vaciar mi maleta. Era una buena chica. Y yo empezaba a estar orgulloso de ella.

Y no obstante algo malo flotaba a nuestro alrededor. Algo que escapaba a mi control y hacía que sintiera una sensación cada vez más inquietante. El mal. Algo que tenía que ver con eso, con la gente como Vulpes o Klemms. No me quitaba de la cabeza la foto de Holbrooke, la de la pequeña mestiza en el burdel, porque en esa imagen estaba todo lo que Melilla había sido para muchos de nosotros: una encrucijada en la que era difícil distinguir lo que estaba mal y lo que estaba bien.

Me quedé en la terraza, fumando en silencio, mientras Sara desempeñaba su repentino papel de adulta. El sol me daba en la cara y me hacía cerrar los ojos. Su calor borraba de algún modo las amenazas, mientras la luz traspasaba mis párpados y las hacía desaparecer como si fueran sombras. Y yo pensaba... Todavía en aquellos días de 1975. Durante años había guardado la foto conmigo, la sórdida historia se había ido difuminando hasta desaparecer por completo. Nunca volví a casa de Mahayub, aunque Guillermo y yo le prometimos regresar al día siguiente, mirar con calma los documentos y hacerle una entrevista para el periódico. Ahora ni siquiera podía recordar qué esperaba aquel hombre de nosotros.

Sara y yo bajamos paseando desde el Parador. El barrio del Polígono apenas había cambiado. La mezquita se elevaba como un gigantesco baluarte rectangular, en cuyo extremo se alzaba el minarete, coronado por una cúpula decorada en zigzag. En el lateral había una especie de pórtico cubierto de toldos verdes y cuatro o cinco hombres sentados en el suelo. Nos miraron con una indiferencia hostil, como si el simple hecho de caminar frente a ellos tuviera algo de provocación. Apretamos el paso. Cuando doblamos la esquina Sara señaló un rincón en el que se amontonaban las babuchas de los fieles y una puerta a través de la cual se veía un paisaje de siluetas inclinadas sobre el suelo.

—Es la manera más incómoda de rezar que conozco. ¿Cuántas veces al día hacen eso? —preguntó.

—Cinco —respondí—. Pero todas las religiones son un poco incómodas. Pasarse la misa hincado de rodillas tampoco es el colmo del confort, ¿no crees?

Sara me miró con cierta sorna.

En una de las bocacalles, una tienda de golosinas, Tododulce Karim, y más allá un bazar, El Arca de Noé, y luego otro, La Cueva de Alí Babá, un rosario de

comercios deslucidos, enredados en la confusa configuración de un barrio que surgía entre los recuerdos de veinte años atrás, cuando Guillermo Varela y yo prometimos hacer un reportaje que nunca vio la luz.

La carnicería seguía en el mismo lugar. Y la casa, en el callejón oscuro, junto a las empinadas escaleras. Las ventanas de hierro desportillado tenían una gruesa capa de mugre, y entre las rejas y el cristal había un gato muerto, solo un pellejo grisáceo que se confundía con la suciedad y el abandono de aquel desolado lugar.

Llamé por hacer algo que justificara haber llegado hasta allí. Como era de esperar, nadie me abrió. El tiempo se había ensañado con aquella complicada geografía mental por la que habían discurrido los últimos veinte años.

Recordé nuevamente lo que hicimos nada más marcharnos de Melilla. Ya estábamos en Madrid. Todo lo que concernía a Melilla quedaba atrás, muy atrás, como si en lugar de días hubieran pasado años.

Guillermo y yo regresamos a Madrid. Fuimos al periódico. Con nuestro material fotográfico y todas las ideas revueltas. Guillermo tenía diez o doce carretes de fotos, pero según nuestro jefe no le servían para nada.

—Algo distinto, chicos, algo que no hayan publicado ya los demás periódicos, que nos repetimos como loros —dijo removiendo los contactos—. ¿Y esto? —preguntó sacando la foto de la nieta de Mahayub—. ¿Es esto lo que habéis estado haciendo? ¿Fotos de niñas árabes? ¿Creéis que somos el *National Geographic*?

—No es árabe, es una niña beréber —repliqué fastidiado—. A los musulmanes de Melilla no les gusta nada que les llamen árabes.

Guillermo sonreía como un imbécil. Nos estaban poniendo a caldo y él se comportaba como si el jefe de redacción nos estuviera condecorando.

—Es la nieta de uno de los líderes de la comunidad islámica —respondió alegremente Guillermo—. Un tipo curioso, ¿verdad, Pablo?

El jefe de redacción se quedó con la foto de la niña en alto. Achicó los ojos, como si tuviera que distinguir algo muy pequeño o que estuviera muy lejos.

—¿Uno de esos imanes? —exclamó volviéndose hacia Guillermo con rapidez. La palabra imanes no se usaba mucho en aquellos días porque la religión musulmana, como tantas otras, aparentemente no existía—. Eso nos puede interesar. ¿Qué opinan los musulmanes que viven en territorio español? ¿Ven con buenos ojos que Ceuta y Melilla sigan siendo españolas o preferirían que se entregaran a Marruecos? ¿Sabéis algo de esto?

—Pablo habló de ese tema con él.

Yo no tenía ni idea de lo que quería la comunidad islámica durante los agitados días de la Marcha Verde, y no lo sabía porque me había negado a escuchar a Mahayub. Pero no podía reconocerlo, mi orgullo se resintió al no encontrar una respuesta satisfactoria, así que me la inventé.

—Una gran parte de la población musulmana apoyaría las posibles reivindicaciones de Marruecos.

—¿Están organizados?

—Más o menos. Creo que hay ciertas expectativas para apoyar cualquier actuación en ese sentido.

—¿Quieres decir que, si Hassan decide incrementar la presión en la frontera de Ceuta y Melilla, podía contar con apoyos en el interior?

—Puede ser.

—Pero ¿en qué coño estáis pensando? Ahí está la noticia que buscamos. Para eso os hemos enviado a Melilla. Quiero un artículo sobre esos quintacolumnistas religiosos antes del cierre. Quiénes son, cómo viven, qué piensan. No me importa que no tengáis datos precisos. Metemos la foto de ese sujeto y salimos con dos páginas. A espabilar, chicos. Que el verdadero periodismo se hace así, arañando la mierda y planteando preguntas.

No era cierto. Eso lo supe mucho tiempo después. El verdadero periodismo no consiste en hacer preguntas sin más, sino en hacerlas cuando se está en situación de encontrar las respuestas adecuadas. Pero entonces yo no tenía perspectiva. Es más, ni siquiera tenía conciencia del alcance de mis palabras. Solo quería salir airoso de la situación y no me importó manipular una conversación que ni siquiera había entendido.

El reportaje se publicó.

Una sarta de mentiras encajadas una dentro de otra para que parecieran reales. Y una foto de Mahayub lavándose las manos en una jofaina. Es lo bueno de inventar: que todo llega a cuadrarte a la perfección. Mahayub quedó retratado como un poderoso líder capaz de organizar otra Marcha Verde él solito.

Ahora estaba frente a la casa del callejón, pero no había nadie a quien pedir disculpas. Si Sara no hubiera ido conmigo, creo que me habría dado la vuelta y me habría marchado rápidamente.

No lo hice. Entramos en la carnicería para ver si allí sabían algo de Mahayub. Mi hija me seguía como un perrillo obediente.

En la tienda no había todavía ningún cliente, aunque se oía a dos hombres en la trastienda. Hablaban en rifeño, o en árabe, cualquiera sabe. Por el tono parecía una discusión. Esperamos unos minutos y un hombre joven salió dando voces. Al ver a Sara se calló repentinamente y sonrió. Era una sonrisa turbia, pero ella ni se dio cuenta de cómo la miraba.

—¿Qué quieren? —dijo sin apartar los ojos de mi hija—. Todavía no hemos abierto.

—Estoy intentando localizar al dueño de la casa de al lado.

—Ahí no vive nadie —respondió con desgana.

—La casa del callejón —insistí—. El dueño se llamaba Mahayub.

El tipo apartó los ojos de Sara y me miró con curiosidad. Parecía sopesar qué clase de negocio me traía entre manos. Luego se asomó a la trastienda y llamó a alguien.

—Espere, ahora viene mi padre.

Sara estaba mirando un paquete de sémola frente a uno de los estantes.

—Cuscús —dijo el joven acercándose—. Muy bueno.

Cogió el paquete y se lo ofreció. Sara no sabía qué hacer, pero tomó el paquete de sémola y se puso a leer las instrucciones. El tipo estaba a menos de un palmo de ella.

Quería que se diera cuenta. Que supiera que me estaba molestando. Le quité el cuscús a Sara y, de mala manera, lo volví a dejar sobre el estante. Entonces apareció el padre. Debía de tener unos sesenta años y sus manos estaban manchadas de sangre. Se las limpió en un trapo que había bajo el mostrador, mientras el hijo le explicaba qué queríamos con gesto huraño.

—¿Mahayub? ¿Sidi Mahayub?

—¿Lo conoce? —pregunté.

Era evidente que sí. Sentí que todo estaba resultando demasiado sencillo. El hombre movió la cabeza tristemente.

—Hace años que murió. Muchos años.

Era de esperar. Y no obstante, hasta ese momento, había acariciado la idea de encontrarlo y reparar el error. No era solo una fotografía lo que le había robado. Seguramente era algo más. La dignidad o el prestigio, cualquiera sabe.

Íbamos a irnos, cuando de pronto me acordé de la niña.

—Tenía una nieta, ¿verdad?

El carnicero pareció hacer un esfuerzo por recordar.

—Creo que sí, pero no estoy seguro.

—¿No sabe cómo podríamos encontrarla? Debe de tener unos treinta años ahora.

—No lo sé, no lo sé —dijo impaciente—. Por aquí no ha venido nunca. Hace unos siete años quise ampliar el negocio y hablé con un abogado. Puedo darle la dirección.

Escribió algo en un pedazo de papel y me lo entregó. Tenía los dedos manchados de sangre, de modo que una de sus huellas dactilares quedó impresa en los bordes del papel.

El carnicero nos acompañó a la puerta, mientras el hijo seguía comiéndose con los ojos a Sara.

—Si encuentra a la nieta, dígame que puedo hacerle una oferta. La casa cada vez está más vieja. Un día de estos se le caerá el tejado.

Cuando doblamos la esquina, me volví y vi al más joven de los dos apoyado en el umbral, fumando y sonriendo estúpidamente.

Sara y yo nos presentamos en el despacho de Juan Benarroch, situado en unas de las calles más céntricas de Melilla. Era un individuo achaparrado, calvo y de aspecto vulgar. No tenía secretaria, ni pasante, o como demonios se llamara eso, y abría la puerta o atendía el teléfono al mismo tiempo que fingía escuchar los problemas de sus clientes.

No sé si entendió a qué casa me refería, porque tuve que repetirle el nombre de Mahayub tres o cuatro veces, y luego, cuando parecía que sabía de qué estábamos hablando, empezó a enumerar las ventajas que tiene comprar una casa de renta antigua.

—Son rentas anteriores a 1960, el Real Decreto del 68 establece el derecho a permanecer en la vivienda mientras viva el titular del alquiler y, claro, la mayor parte de los inquilinos son gente muy mayor, así que si usted quiere comprar la finca, podemos valorar este aspecto o, incluso, la posibilidad de un desalojo por estado ruinoso.

Tuve que decirle bien claro que allí no vivía nadie y que no pretendía comprar la casa de Mahayub, que mi intención era hablar con su nieta, simplemente.

—Entonces, si no quiere comprar la casa, ¿para qué quiere localizar a los herederos?

—Para otro tipo de asunto. Una cuestión de papeles.

Me dio la impresión de que solo se molestaría en darme una información precisa si podía intervenir en el negocio.

—¿Qué clase de papeles?

—Documentos históricos. Creo que el propietario guardaba fotografías y escritos de un periodista inglés que estuvo en Melilla por los años veinte.

—¿Son importantes esos escritos?

—Solo para la persona que me envía. Es una anciana. Y fue la amante de ese inglés.

Benarroch sonrió.

—Vaya, vaya, una historia de amor —exclamó divertido—. Me encantan las historias de amor. Vamos a ver qué se puede hacer. Intentaré localizar a mi cliente y creo que en un par de días podré decirle algo sobre esos papeles. Déjeme su teléfono y le llamaré en cuanto hable con ella.

—Quiere sacarte dinero —dijo Sara en cuanto salimos a la calle.

—Es posible —reconocí—. Benarroch es apellido judío.

—¡Papá! —protestó Sara—. Eso es racismo.

Tenía razón. Pero la verdad es que aquella situación me sacaba de quicio. Y no me gustaba estar allí. Melilla me producía un malestar irritante, una incomodidad que iba más allá de lo razonable. Como en el pasado, sentía ganas de coger el barco y salir corriendo.

No lo hice. Al menos no de momento.

Llevé a mi hija a comer a un restaurante que estaba en el barrio Industrial y que se llamaba Los Salazones, seguramente en honor de la vieja fábrica de salazones Dassori. Dimos un corto paseo por la playa de la Hípica y, cuando estábamos a punto de regresar al Parador, se me ocurrió algo.

—¿Quieres que intentemos buscar la casa del burdel?

Sara me miró extrañada.

—¿Podemos? —preguntó.

Noté que la invadía un júbilo infantil.

—Por supuesto —respondí—. En esta jodida ciudad nunca cambia nada.

Lucía Osman había mencionado que la casa de doña Rosita estaba en la calle General Buceta, cerca del parque Hernández. Si no recordaba mal, comentó que se había construido a principios de siglo, cuando se remodeló el barrio de Gómez Jordana y se trasladaron las barracas y los almacenes de curtidos que había sobre estos mismos terrenos.

Sara y yo encontramos la calle sin dificultad. Iba desde Duquesa de la Victoria hasta la avenida de los Reyes Católicos y tenía un pequeño bulevar flanqueado por edificios de mediana altura, muchos de ellos de clara inspiración modernista.

Recorrimos la calle intentando adivinar cuál de aquellas casas había sido con anterioridad un burdel para oficiales. No era fácil, aunque algo me decía que la casa seguía allí. ¿Por qué lo pensaba? Quizá porque Melilla siempre me había parecido una ciudad paralizada en el tiempo. Había vuelto después de veinte años y las cosas apenas habían cambiado.

—Es esa —exclamó de pronto Sara.

Se había detenido delante de un edificio de dos plantas.

—No me preguntes por qué, pero solo puede ser esta.

Quizá tenía razón. Rosetones modernistas en las ventanas y una balconada central. En los bajos de la casa se había instalado una tienda de Lanas Stop que tenía un descolorido toldo azul.

—¡Te digo que es esta, papá! ¿No ves que todas las demás son casas de pisos y este edificio es el único que tiene una azotea con barandilla? Ahí es donde subían a colgar las sábanas y desde donde ella miraba el mar.

La casa debía de haber sido dividida en varias viviendas, porque tenía dos entradas. Llamamos a una de ellas, la que parecía corresponder con el piso más alto. Una voz de mujer nos preguntó qué queríamos por el telefonillo y, cuando le dije que era periodista y que estaba haciendo un reportaje sobre la Melilla de los años veinte, se sintió intrigada y se asomó al balcón. La presencia de Sara debió de tranquilizarla, porque nos abrió la puerta y nos recibió con bastante amabilidad.

Era una mujer de unos sesenta años. Dijo que se llamaba Elvira y que vivía allí desde siempre.

—¡Pero si yo nací en esta casa! —exclamó cuando le comenté que en la década de los veinte este lugar era un local de tolerancia.

—¿Compraron sus padres la vivienda?

—Creo que era de mi abuelo. Se la regaló cuando se casaron. Ahora somos cuatro vecinos.

—Entonces posiblemente usted sea la que lleva aquí más tiempo.

No tuvo que pensarlo ni un momento.

—Pues sí. Así es.

—¿Guarda las escrituras de propiedad?

Me miró con desconfianza.

—Desde luego.

Nos enseñó un montón de papeles. Divisiones horizontales, segregaciones y una compraventa a nombre de un tal Martín Calderón.

—Era mi abuelo. ¿Ve usted la fecha? Compró la casa en 1923. Todavía no se había segregado.

La habíamos encontrado. Mejor dicho, Sara la había encontrado.

—¿Podemos subir a la azotea? —preguntó Sara. Hasta entonces no había abierto la boca, así que no hacía falta ser muy listo para imaginar qué estaba pensando.

La mujer nos llevó por unas angostas escaleras que daban a la terraza superior. Antes, al cruzar el pasillo, vimos los dormitorios, y me pregunté en cuál de aquellas habitaciones pasaban las tardes Holbrooke y Lucía Osman. La verdad es que era emocionante estar allí. Ni siquiera tenía la certeza de encontrarme en el lugar exacto, pero eso mismo hacía que la visita nos resultara increíblemente sugerente. Era como ir resolviendo un enigma paso a paso, como tirar de una cortina e ir viendo imágenes del pasado.

Desde la terraza se veía el puente de Triana y un campo de fútbol. Más allá, la desembocadura del río de Oro y el mar.

Nos quedamos allí durante unos minutos, mirando la ciudad que se extendía hacia la playa de los Cárbos en un perfecto laberinto cuadrangular, en el que destacaban algunos edificios, como el viejo Hospital de la Cruz Roja que se había inaugurado en 1921. Entonces Sara dijo algo que tenía sentido.

Lo recuerdo perfectamente. Estábamos en la azotea, ella se había apoyado en la barandilla y miraba la ciudad. Llevaba un tiempo callada, pensativa, como si se le hubiera ocurrido algo y le estuviera dando vueltas una y otra vez, cuando de pronto se volvió y me dijo:

—He estado pensando en toda esa historia de la mina. ¿Te has dado cuenta de una cosa? No sabemos qué pasó con el niño. Creo que ese Mahayub tiene algo que ver con Azemmur y por eso ella quería que lo encontraras. No son los diarios lo que busca.

Era cierto. Sara tenía razón. Recordé a Mahayub: moreno, la piel arrugada, unos cincuenta años en aquella época. Podía tratarse perfectamente de Azemmur.

¿Su hijo? Demasiado rocambolesco.

En ese instante lamenté haber aceptado las condiciones de Lucía Osman:

«Cuando encuentre a ese hombre, vuelva a verme. Entonces le contaré el final de la historia».

—Quizá deberíamos regresar a Madrid —le dije a mi hija—. Al fin y al cabo, Mahayub está muerto.

—¿Antes de encontrar a su nieta? Recuerda que todavía no sabes cómo llegó la foto de Holbrooke a su poder. Y eso es lo que ella te ha pedido que averigües.

También eso era cierto. Últimamente mi hija me estaba dando unas cuantas lecciones de sensatez.

Volví a pensar en los diarios... Y en las placas de Holbrooke. Imaginé que allí estaba el salón donde se reunían los oficiales, donde Max tocaba el piano y Juanito Serra gimoteaba para conseguir que le prestaran un poco de atención. También debía de estar allí el sótano donde escondieron los diarios.

Bajamos a la tienda de lanas. La propietaria llevaba el pelo teñido de un rojo zanahoria que dañaba la vista. En la raíz tenía una franja blanca, de canas sin cubrir, una línea perfecta de dos centímetros de ancho. Parecía una carretera. Mientras yo deambulaba por su cuero cabelludo, nos contó que había comprado el local en los años setenta, con el dinero que le había tocado en la lotería.

Le pedimos permiso para bajar al almacén y vi que no le gustaba la idea, pero accedió porque Sara y yo íbamos acompañados de su vecina.

—¡Pero si ahí no hay más que porquería!

Era cierto. En el sótano se amontonaban las cajas y la mercancía. El suelo era de terrazo y las paredes estaban mal enfoscadas y cubiertas de humedad.

—Supongo que fue usted quien puso estas baldosas —pregunté.

La mujer del pelo rojo me miraba como si estuviera loco o tratara de engañarla con un timo desconocido.

Insistí.

—¿Levantaron el suelo primitivo o las colocaron sobre él?

No se acordaba. Y empezaba a cabrearse.

—¿Pero qué están buscando? Mira, Elvira, a mí esto no me gusta un pelo. ¿A qué viene tanta curiosidad?

Sara me tiró de la manga.

—Papá, vámonos.

Solo era pura especulación, es cierto. Pero sabía que habíamos llegado hasta la casa en la que Lucía Osman había vivido y eso ya me parecía un milagro. De cualquier modo, era evidente que los diarios y las placas no podían seguir allí. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: el papel de la fotografía que yo había usado en mi reportaje era un papel industrial. ¿Qué quería decir eso? Que alguien había sacado las placas de ese sótano y se había encargado de positivar al menos uno de aquellos negativos. Y eso, según dijo Guillermo, tenía que haber sucedido con posterioridad a

1929, año en el que se fundó Fotoquímica Nogués, la casa suministradora de papel. Así pues, era absurdo pensar que todavía pudiera quedar algo debajo de aquel suelo de terrazo.

Durante el resto del día Sara y yo paseamos por la ciudad como dos turistas disciplinados. El levante había dejado de soplar y el mar parecía en calma.

Fuimos a la Ciudad Vieja y recorrimos las calles, los túneles y las plazuelas donde el tiempo se había fosilizado como si fuera una piedra más.

Hacía calor.

En algún momento de aquella larga jornada pensé en Miranda. Creo que con un poco de nostalgia. Estaba solo con mi hija, en una ciudad que resultaba amenazante y extraña, pero no me sentía mal. Al contrario, poco a poco iba haciendo un hueco en mi vida, y por ese hueco se escapaban muchas cosas del pasado y entraban otras.

Y de pronto, al pasar por la plaza de los Aljibes, en un edificio de piedra vi un cartel que anunciaba una exposición de fotografía. Por simple curiosidad, miré el rótulo que figuraba en la fachada del edificio, Asociación de Estudios Melillenses, y recordé el consejo que me había dado unos días antes aquel tipo del Centro de Estudios Africanos que se llamaba Julián Álvarez: «Si realmente está interesado en el tema de las minas de Yebel Hamman, vaya a Melilla y hable con Juan Lafont. Dirige la Asociación de Estudios Melillenses y es íntimo amigo mío. Si él no aclara sus dudas, nadie podrá hacerlo, se lo aseguro».

Entramos y pregunté por el tal Lafont. Era un hombre mayor, casi un anciano, pero parecía estar en perfecta forma física; de hecho tenía cierto aire marcial, por lo que supuse que se trataba de un militar retirado. También era, al contrario que su colega madrileño, sumamente correcto. Me dio la impresión de que no sentía especial simpatía por Julián Álvarez, pero aun así me escuchó con interés. Cuando comenté lo que buscaba se mostró encantado de poder ayudarme.

Me sentía como no me había sentido en años. Feliz de algún modo. Invasado por un presuroso afán que no me producía el más mínimo estrés, muy al contrario, era una sensación plácida, de una gran satisfacción. Tenía la impresión de que avanzaba por los caminos de un país desconocido y que, a la vez, resultaba asombrosamente familiar. Y lo mejor de todo es que mi hija me acompañaba en ese viaje.

Juan Lafont nos llevó hasta unos sillones de cuero que había en la antesala de su despacho y se sentó a nuestro lado. Luego le ofreció a Sara un caramelo que había en una bandeja de plata y a mí me dio permiso para encender uno de mis cigarrillos, lo cual me sorprendió dada la escrupulosa pulcritud que desprendían tanto él como el lugar. Todavía me sentía incómodo con mis pequeños vicios visibles. De los invisibles me había desentendido hacía relativamente poco.

Le pregunté a Lafont por el tema de las minas y repetí la historia que me había contado Julián Álvarez sobre aquel conde francés que compró unos terrenos que nunca pudo explotar.

—Es curioso —respondió—, hace mucho tiempo que nadie se ha preocupado de eso. Y el caso es que no entiendo ese desinterés, porque es un asunto fascinante.

Parecía un hombre sensato y metódico. Las explicaciones que me dio a continuación tenían verdadero sentido.

—La historia del conde de Chavagnac es cierta. Pero aún hay más. Los rumores sobre unas supuestas minas de oro en Yebel Hamman siguieron circulando por los mentideros melillenses hasta bien entrados los años veinte. Incluso, mucho después. Yo mismo he escuchado fantásticas historias al respecto. Una vez conocí a un rifeño de Beni Ammart. Me habló de un grupo de cautivos que habían estado trabajando en una mina de las montañas. Quizá tenga que ver con lo que usted busca.

—Es posible —reconocí intentando contener mi ansiedad.

—Es una información algo confusa. O al menos, eso es lo que me pareció entonces. Ese individuo tenía una vieja carreta con la que recorría las aldeas de la montaña, era una especie de buhonero, por decirlo así, vendía aperos de labranza, pucheros de barro, paraguas, en fin, esas cosas que la gente del campo necesita. Durante años estuvo recorriendo la zona montañosa de Yebel Hamman, las aldeas perdidas donde es muy difícil llegar. Los rifeños de esa parte del país no pueden acudir al zoco semanal de Beni Ammart, porque las distancias son largas a causa de lo accidentado del terreno. Algunos comerciantes se aventuran por esas tierras de pastores cuando llega el buen tiempo. No creo que consigan grandes beneficios, pero ese es otro tema. El caso es que ese sujeto aseguraba conocer el enclave exacto de una vieja mina española. No sé si era oro, plata o cobre lo que se sacaba de allí. Creo que él tampoco lo sabía. Lo verdaderamente interesante del asunto es que me habló de la existencia de cadenas y grilletes en esa mina abandonada y comentó con mucho misterio que los españoles usaban mujeres y niños que trabajaban como esclavos. Eso dijo. Esclavos.

Me observó atentamente, esperando mi reacción.

—¿De qué época me está hablando? —pregunté con interés.

—Veamos... Esto que le cuento debió de ser... a finales de los años sesenta. El hombre ya era viejo en aquella época, estaba retirado y vivía en casa de un hijo, en Hidún, así que muy bien pudo conocer el lugar en la época del Protectorado.

—¿Le dio alguna indicación sobre ese lugar, un nombre, o cualquier otra cosa que sirva para conocer el enclave de esa mina?

—Creo que no —respondió—. Pero solo hay un español que pudo llegar a concretar sus intereses en esa zona de Beni Urriaguel.

—¿Echevarrieta?

Lafont hizo un gesto de rechazo, dando a entender que mis deducciones eran totalmente equivocadas.

—Echevarrieta no, de ningún modo —respondió—. Actuó como mediador en el tema de los prisioneros y se llevó los laureles del rescate, pero no sacó nada en limpio. Bueno, la notoriedad y una buena propaganda en los periódicos. Eso es todo.

Era lo mismo que había insinuado Lucía Osman, cuando mencionó a los socios de Vulpes. Según ella, en Melilla había alguien que le proporcionaba la dinamita y las armas. Y ese alguien no era el industrial bilbaíno.

—Entonces, ¿quién? Por lo que yo sé no eran muchos los inversores españoles:

Echevarrieta, la Compañía Española de Minas del Rif, Setolázar y pocos más.

—Se equivoca. Había sociedades alemanas, como la de los Mannesmann, inversores franceses que actuaban a título individual, e incluso un grupo inglés, el Sindicato Minero de Marruecos, al que curiosamente estuvo asociado en su día Echevarrieta. Además, sobre el espacio minero concurrían algunas fortunas emergentes de Melilla, como los Salama, los Serra y los Melul.

No me sorprendió oír el nombre de los Serra. Lucía Osman ya me había hablado del interés de la madre de Juanito por las minas de Yebel Hamman. Pero no sabía que Echevarrieta estuviera asociado a ningún grupo inglés.

—En los archivos del Servicio de Minas Jalifiano —continuó Lafont— figuran dos denuncias referidas a Yebel Hamman. ¿Sabe lo que es una denuncia?

Puse cara de no saberlo.

—Pues bien, la ley española estipulaba desde 1868 que todo aquel que descubriera una mina, es decir, el que presentara la denuncia de la existencia de un yacimiento, podía obtener con esa simple comunicación un derecho de explotación. Pero casos como el del conde de Chavagnac impulsaron la creación de una normativa algo más rígida en materia de minas. En 1914 se promulgó el Reglamento Minero de Marruecos y se creó la Comisión Arbitral; desde ese momento todas las peticiones debían someterse a la decisión de dicha comisión, que era el órgano definitivo para conceder los permisos. Pero lo curioso del caso es que esas dos denuncias a las que me he referido fueron presentadas una en 1914 y la otra muchos años después, en 1920, cuando la comisión, que había interrumpido su actividad a causa de la guerra europea, reanudó las sesiones y se apresuró a dictar sentencia sobre las peticiones atrasadas.

—¿Quiénes eran los denunciantes? —pregunté sumamente interesado.

—Por un lado un francés llamado Lettelier, que aseguraba haber comprado los derechos del difunto conde de Chavagnac. En 1914 presenta ante la Comisión un permiso de explotación para diez mil hectáreas de terreno. En 1922, es decir, después de la derrota de Annual, la comisión le concedía permiso de investigación, no de explotación, para un total de solo mil seiscientos hectáreas.

—¿Y la otra denuncia?

—La presentaron un tal Fermín Gamboa, un abogado que, según parece, actuaba en representación de Secundino Uribe. Tiene fecha de 1920 y no he podido encontrar sentencia alguna a su favor. No aportaban compra de terrenos como los anteriores, ni viejos permisos de explotación firmados por los jalifas de turno.

El nombre de Fermín Gamboa no me decía nada. Pero muy pronto me lo diría. Lafont continuó con las explicaciones.

—En realidad esa denuncia se cumplimenta como si los peticionarios acabaran de descubrir un nuevo yacimiento. Existe un informe del Servicio de Minas Jalifiano apoyando la solicitud. Hay que tener en cuenta que este organismo podía defender las posiciones españolas ante la Comisión Arbitral, y que era competencia suya informar

sobre las denuncias realizadas en territorio del Protectorado. Uribe pudo anticiparse a la resolución de la comisión, dando por supuesto que fallarían a su favor, y llevar a cabo tareas de explotación clandestina en las minas de Yebel Hamman.

Me negaba a creerlo. Recordé la descripción de Uribe: un sujeto ingenuo, pagado de sí mismo y que mantenía excelentes relaciones con Abd el-Krim. No me pareció que lo sucedido en El león dormido estuviera hecho a su medida.

Pero entonces Lafont añadió algo que sí resultaba definitivo.

—Uribe se asoció en los años veinte con una de las familias más poderosas de Melilla: los Serra. De hecho se casó con la viuda, que por aquella época era dueña de la mayor parte de los negocios y establecimientos de la ciudad. Después del matrimonio, ambas partes juntaron las fortunas y acometieron todo tipo de inversiones, incluso se rumoreó que tenían previsto construir un tendido ferroviario que uniera las montañas de Beni Urriaguel con la bahía de Alhucemas, un proyecto que supongo no pudieron llevar a cabo, porque en 1926 la mujer apareció muerta en el jardín de su casa, un crimen sin aclarar, y él liquidó sus negocios y regresó a la península. Creo que pocos años más tarde se volvió a casar. Murió en Madrid, en la década de los cuarenta, si no me equivoco. En fin, no parece el tipo de vida que llevaría un traficante de esclavos, ¿no cree?

Sara había permanecido en silencio durante la conversación. Imaginé que no entendía gran cosa. O quizá sí. Porque últimamente mi hija me estaba dando algunas sorpresas. El caso es que yo empezaba a atar cabos.

—¿Ese Gamboa era una especie de testaferro?

—Así es. Aunque parece que también hacía negocios por su cuenta. Durante algún tiempo se le asoció con un individuo muy poco recomendable, un argelino que se llamaba Jean Baudoz, y que se hizo muy popular en aquella época por haberse pasado a las filas de Abd el-Krim. Un caso de clara traición, pues el tal Baudoz había sido intérprete de la Policía Nativa.

Hasta ese momento yo nunca había oído el nombre de Baudoz. No sé por qué, pero al saber que era intérprete de la Policía Nativa me acordé de aquella escena en la que unos alemanes se encerraron con un viejo *amghar* en la habitación del burdel. Entonces, como si la casualidad me hubiera atendido, Lafont añadió:

—Baudoz era un personaje extraño. Hasta físicamente. Era albino, ¿sabe usted? Y lo curioso es que, a pesar de su aspecto, sus actividades siempre consiguieron pasar desapercibidas para el ejército.

Sara parecía aburrida con aquella secuencia de nombres. Lafont también se dio cuenta.

—Quizá la joven quiera ver la exposición que tenemos instalada aquí mismo. Es interesante. Una magnífica colección de fotografías antiguas. Se hará una idea de cómo era Melilla a principios de siglo.

Pensé que era buena idea. Acompañamos a Sara a la exposición, mientras yo reflexionaba sobre lo que acababa de oír. ¿Sabría Lucía Osman que Uribe se había

casado con la madre de Juanito Serra? Seguramente sí. Habían pasado más de setenta años y era estúpido por mi parte pensar que ignoraba todos estos detalles. Además recordaba sus palabras... «¿Quiénes eran los socios de Vulpes? Tenían que ser gente con tan pocos escrúpulos como él... Espero que todos ellos estén pudriéndose en el infierno y que el dolor de los hombres y las mujeres que murieron por su causa les alcance allí donde se encuentren». Estaba claro que lo sabía. Y quizá había tenido algo que ver con la misteriosa muerte a la que se había referido Juan Lafont.

Tal y como había sugerido Lafont, la exposición fotográfica nos resultó a Sara y a mí realmente interesante. Vimos imágenes de la ciudad, de los muelles, de los fuertes de Camellos y María Cristina, incluso había una magnífica colección de tarjetas postales en las que se podían contemplar las calles del barrio del Polígono tal y como eran antes. Los carrmatos, los burros cargados con gruesas alforjas, los rifeños con sus albornoces pardos y la chiquillería local, ataviados todos al uso de la época, ponían una nota de nostalgia en aquellas calles que mi hija y yo habíamos recorrido juntos unas horas antes. Y de pronto, Sara me llamó.

—Papá, mira, ven a ver esto.

Estaba delante de una fotografía firmada por Holbrooke. Un nativo con una cicatriz en la cara y un puñal al cinto. Inmediatamente supe que era el retrato de Ahmed, el criado de doña Rosita.

Y entonces ocurrió. Lafont se había acercado al panel que Sara y yo contemplábamos con verdadera admiración.

—Precisamente esa foto ha sido cedida por la familia Gamboa —dijo pensativo.

La sala dio vueltas y vueltas, como si el mundo hubiera empezado a girar para ponerse en orden.

Esa noche apenas pude dormir. Yo también di vueltas y más vueltas, me levanté varias veces, intentando comprender qué estaba sucediendo. Las placas fotográficas de Holbrooke habían quedado enterradas en el sótano del burdel y años más tarde reaparecían positivadas en papel industrial. Una de aquellas copias la tenía Mahayub, la otra había sido cedida por la familia Gamboa. ¿Qué podían tener en común un viejo musulmán y una influyente familia melillense? En la sombra, amparados por la clandestinidad, resonaban los nombres de Baudoz, Uribe y la madre de Juanito Serra.

Por la mañana llamé a Guillermo. No estaba en casa. Lo intenté unas cuantas veces, pero nada, Guillermo se había esfumado. Finalmente desistí y le dejé recado en el contestador: «No hace falta que vengas a Melilla, Mahayub está muerto y yo regresaré a Madrid en cuanto pueda».

Sara no estaba de acuerdo conmigo. Opinaba que, fuera como fuese, debíamos encontrar a la nieta de Mahayub. Solo por contentarla, decidí quemar los últimos cartuchos y volví al despacho de aquel abogado.

Cuando Benarroch nos abrió la puerta me di cuenta de que se había desentendido del asunto.

—Verá —dijo con una tranquilidad pasmosa—, estoy seguro de que mi cliente no sabe nada de esos papeles que usted busca.

Era evidente que estaba mintiendo.

—¿Cómo lo sabe? —decidí dejarle claro que no pensaba darme por vencido; quizá eso fuera suficiente para que se sacudiera la pereza de encima—. Puede que no los tenga en su poder, pero seguro que sabe qué pasó con ellos. Mire, no sé si lo entiende, pero no pienso irme hasta que hable con esa mujer. Y usted es el único que puede ponerme en contacto con ella.

Benarroch me miró muy serio.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Por qué?

—Desgraciadamente mi cliente no está en Melilla. Por el momento no creo que vaya a volver.

Sara tenía razón. Ese tipo no había hecho nada en absoluto y me estaba dando largas para ver si podía sacarme algo de dinero.

—Está bien —admití—. Quizá, si le dice que hay por medio una herencia, podamos saber adónde fueron a parar esos papeles.

Me miró ladeando la cabeza como un sabueso que acaba de avistar una presa.

—Bueno, eso es diferente. El tema de las herencias es justo mi especialidad. Cuénteme el asunto y yo intentaré averiguar algo.

La información que le di debió de parecerle suficiente, porque esa misma tarde me llamó al Parador.

—¿Quiere usted ver la casa? Me he pasado por allí y he encontrado algo. Seguramente no será lo que busca, pero eche un vistazo. No cuesta nada.

Quedamos en vernos al día siguiente a la entrada del callejón. Cuando Sara y yo llegamos, Benarroch ya estaba allí. Parecía desolado.

—No sé cómo ha podido ocurrir. Alguien ha entrado por las buenas. Se lo han llevado todo.

Era demasiada casualidad. Aquella casa había estado cerrada durante años y ahora, justo cuando yo me interesaba por ella, venían los cacos y la desvalijaban.

Intenté que Benarroch me dijera qué era exactamente lo que había encontrado en su visita.

—Papeles, fotografías, cartas, no sé, la verdad, casi todo estaba escrito en inglés. Estaban dentro de un arcón.

El corazón me dio un vuelco.

Estábamos en mitad de la calle, frente a la carnicería. A través del escaparate

lateral vi al hijo del carnicero que atendía a un cliente. También él nos vio, porque se le puso la misma cara de imbécil que unos días antes. Imaginé que había reconocido a Sara.

Benarroch parecía sinceramente desolado. Yo también.

—El caso es que no entiendo cómo ha podido pasar. Fíjese —dijo llevándome hacia la puerta—. Las ventanas tienen rejas. Y la cerradura está intacta.

Era cierto. Se podía pensar que alguien, quizá el mismo Benarroch, pretendía aprovechar mi interés por esos papeles.

—¿Quiere entrar?

El corazón me dio un vuelco. Sara me apretó el brazo dos veces, como si quisiera mandarme un mensaje urgente.

—Desde luego —respondí.

Entramos en la casa. Estaba exactamente igual que entonces, la escalera angosta, el diminuto patio, la precariedad de los muebles... Solo que ahora todo me parecía mucho más decrepito, más miserable. El viejo arcón renegrido también seguía allí. Estaba abierto, con la tapa levantada.

—¿Lo ve? —dijo Benarroch—. Está vacío.

Entonces tuve una idea que podía aclararme si decía la verdad o solo estaba fingiendo.

—Habrás que denunciar el robo, ¿no le parece? Vayamos a una comisaría.

Vi que la propuesta no le hacía ninguna gracia.

—Desde luego, desde luego. Una denuncia, claro. —Y a continuación se quedó un instante pensativo. Luego añadió—: Ya me encargaré yo. Usted no es de Melilla y no querrá perder el tiempo. Ahora mismo voy a la comisaría.

No supe qué pensar. Quizá era un abogado honrado. O puede ser que, simplemente, quisiera quitarme de en medio.

Nos acompañó unos metros. Al llegar a la mezquita, nos despedimos apresuradamente. Cuando el abogado desapareció por la esquina de García Cabrelles, cogí por el brazo a mi hija y la hice dar media vuelta. Fuimos directos a la carnicería.

—Espérame fuera —le dije a Sara—. No tengo ganas de presenciar cómo te come con los ojos ese idiota.

Sara protestó.

—¡Papá! ¡Pero qué dices!

Era demasiado ingenua. O a lo mejor estaba acostumbrada a que los hombres la miraran así, pero yo era su padre y no tenía por qué aguantarlo.

El carnicero y su hijo estaban despiezando un cordero. Era grande y todavía tenía la cabeza colgando del cuerpo.

—La ha encontrado usted rápido —dijo el padre al verme—. Se lo estaba diciendo a mi hijo: esa casa nos puede venir muy bien. El barrio está creciendo y, como aquel que dice, ahora mismo esto es el centro.

No sabía de qué me hablaba. Vi que el joven dejaba el machete sobre el

mostrador e intentaba localizar a Sara. Pero mi hija debía de haberse retirado unos metros porque yo tampoco la vi.

—¿Ha venido alguien por aquí en los últimos días? —pregunté.

El carnicero parecía desorientado.

—¿Alguien? ¿Quién? ¿Otro comprador?

Era un tipo de ideas fijas.

—No, me refiero a si han visto entrar a alguien sospechoso en el callejón.

—¿Sospechoso? No. Ayer por la mañana vino el abogado. Estuve hablando con él y me prometió encargarse de tantear un precio por la casa.

—¿Nadie más?

El joven se había quitado el delantal.

—Yo no he visto a nadie. Pero mi hijo dice que un hombre estuvo haciendo fotos ayer por la tarde.

—¿Un hombre?

—Sí. No parecía del barrio.

—¿Cómo era? —pregunté mientras las sospechas se abrían camino por los pliegues de mi cerebro.

—Era alto, pero no me fijé —respondió el hijo del carnicero de mala gana.

Yo no estaba dispuesto a irme de allí sin una explicación a esa sandez del robo.

—¿Le habías visto antes?

—No. Ya le he dicho que del barrio no era. Le dije a mi padre que parecía de una inmobiliaria. Venía con una mujer y ella le esperó en el coche. A ella sí la vi bien.

Eso no me extrañaba en absoluto.

—Era muy guapa —concluyó—. ¿Esa chica es su hija?

Señalaba a la calle. Me volví y vi a Sara frente al escaparate. Parecía impaciente.

—También es guapa. Mucho más que la otra. Y más joven.

Ahora entendía por qué las mujeres musulmanas se ponían velo. Si yo fuera mujer y tuviera que vivir rodeada de sujetos como ese, iría cubierta de los pies a la cabeza.

Cuando salí a la calle tenía una idea fija. Algo que me rondaba por la mente desde el día anterior y que ahora empezaba a cobrar forma. En cuanto llegamos al Parador llamé a César.

—¿No sabrás por casualidad nada de Guillermo Varela?

—Ayer me llamó desde Melilla. Pensé que estaba contigo.

Así que era eso. El muy cabrón. Se había presentado sin avisar y ahora andaba rondando la casa de Mahayub. No me entretuve en preguntar nada más. No hacía falta. Sabía dónde encontrar a Guillermo.

Dejé a Sara merendando un chocolate con churros en la cafetería del Parador y me fui al hotel Rusadir. Conocía a Varela. Era tan jodidamente metódico que ni siquiera se habría planteado la posibilidad de alojarse en otro sitio. Cuando me dieron el número de la habitación, confirmé mis sospechas. No esperé al ascensor. Subí corriendo los dos pisos y, cuando Guillermo abrió la puerta medio desnudo, lo aparté de un empujón.

—¡Tú no eres un amigo! Eres un buitre de la peor especie.

Y entonces la vi a ella. Guillermo no estaba solo. En la cama, cubriéndose asustada con la sábana, había una mujer.

La nieta de Mahayub se llamaba Lamia. Guillermo la había encontrado de una manera mucho más sencilla que la que había utilizado yo. Nada de abogados, ni de vecinos del barrio. Cuando llegó a Melilla fue a visitar a nuestro antiguo chófer, Abdesalam, y él les puso en contacto. Luego ella lo acompañó al callejón y entonces Guillermo estuvo haciendo algunas fotos, pero ninguno de los dos entró en la casa.

Hablé unos minutos con ella. No era el mejor momento, aunque lo hice a pesar de las protestas de Guillermo. Ella estaba tensa y no tenía ningunas ganas de responder a mis preguntas.

—No sé nada de esos papeles —dijo malhumorada—, quizá se tiraron a la basura cuando mi abuelo murió.

Por un momento la creí. Pero luego recordé que Benarroch había visto los documentos el día anterior. Habló de papeles, cartas y fotografías. Y añadió que casi todo estaba escrito en inglés.

Lamia se marchó precipitadamente. Era muy guapa, tal y como había dicho el hijo del carnicero. Tenía la misma sonrisa deslumbrante que cuando era una niña. Me recordó a Lucía Osman en la foto del burdel, o a Sara, cuando venía a Madrid y nos encontrábamos después de mucho tiempo. No obstante, no conseguía entender cómo Guillermo y ella habían llegado a intimar tan rápidamente. La verdad es que mi amigo no fue demasiado explícito en ese sentido. Tampoco le pregunté. Me sentía profundamente decepcionado. Había tenido los papeles de Holbrooke al alcance de la mano y alguien se me había adelantado.

—Ha sido el abogado —dijo Sara cuando se lo conté—. ¿No viste cómo salió corriendo?

Guillermo había ido conmigo al Parador y ahora estábamos los tres en la terraza de mi habitación. Me pareció que no entendía bien lo que ocurría.

—¿De qué abogado estáis hablando?

—Un tipo que se llama Benarroch y que, al parecer, llevó el asunto de la herencia de Mahayub. Creo que la nieta de Mahayub, es su cliente.

—Eso no es posible. Mahayub no tenía nada. Ni siquiera la casa era suya. ¿Para qué iba a contratar Lamia a un abogado?

Todo era demasiado confuso. Las cosas iban y venían y, cuando creía haber avanzado cinco pasos, retrocedía diez. En mi opinión alguien estaba intentando jugar conmigo. Por un instante pensé que aquello era una especie de venganza.

—¿Qué sabe la chica de nosotros? —pregunté—. ¿Le has hablado de aquel artículo?

—¿Crees que estoy loco? —respondió—. Ella no recuerda nada de ese día.

—¿Y qué has averiguado de Mahayub?

—Según su nieta, era natural de Nador. En los años cincuenta emigró a Melilla y fue entonces cuando alquiló la casa. Es todo lo que ella sabe de su abuelo. Dice que era un buen hombre y que las autoridades españolas le hicieron pasarlas canutas, que siempre estaba vigilado y que lo detenían cada dos por tres. Ella piensa que era por culpa de su religión. ¡Joder, Pablo! A ese tipo le fastidiamos la vida.

La verdad es que no me gustaba aquello. Demasiadas casualidades, demasiada gente alrededor de unos papeles y unas fotografías. Cada vez que algo se aclaraba, surgía un problema y todo volvía a enredarse. Por una parte, la espantada de Benarroch y por otra, la casualidad de que Guillermo y la nieta de Mahayub hubieran conectado tan rápidamente. Un fotógrafo y una chica musulmana. Era como si se repitiera la historia de Lucía Osman y el inglés.

—¿Por casualidad sabes dónde vive? —le pregunté a Guillermo.

—¿Por qué? —replicó molesto.

—Porque me temo que alguien nos está tomando el pelo. Y me gustaría asegurarme de que no se trata de ella.

Lamia vivía en uno de esos barrios nuevos que se habían construido en Melilla en los últimos veinte años. Era un piso no muy grande, decorado de una manera bastante convencional.

Cuando me abrió la puerta llevaba el pelo mojado y una bata de flores anudada en la cintura.

—Otra vez tú —dijo sin disimular el fastidio que le producía verme allí—. Parece que te gusta sorprender a la gente.

No obstante, me ofreció asiento en un sofá cubierto con una de esas colchas de inspiración oriental. Enfrente del sofá había un mueble vitrina y una serie de estanterías con un diccionario enciclopédico, dos o tres ceniceros de colores y un soporte de metal con una colección de pipas. Un detalle muy poco femenino, recuerdo que pensé.

—¿Vives sola? —pregunté mientras ella me traía un refresco de la cocina.

—Sí —respondió—. Antes vivía aquí con mi marido, pero estoy divorciada desde hace dos años.

¿Por qué sentía tanta desconfianza hacia la nieta de Mahayub? Creo que me fastidiaba el modo en el que se había enredado con Guillermo. Me costó mucho trabajo convencerle para que me diera su dirección.

«Mira, Pablo. No la jodas, ¿vale? —me había dicho un par de horas antes—. Lamia me gusta. Y no tengo ganas de que me lo estropees. Querías saber qué había sido de Mahayub, ¿no es eso? Pues ya lo sabes. Está muerto. Y su nieta no tiene nada que ver con esos papeles que buscas».

No quería bajo ningún concepto que le dijera a Lamia por qué estábamos allí. A él la historia de Lucía Osman no le importaba nada, si acaso las fotografías y las placas de la Linhof, pero su interés no era tan profundo como para que evitara confesarle a la nieta de Mahayub: fue por nuestra culpa, ¿sabes?, este amigo mío y yo falsificamos unas declaraciones de tu abuelo, salió su foto en el periódico y por eso lo detenían cada vez que había conflictos en la frontera. No es porque fuera musulmán, no, es porque dos imbéciles novatos se habían inventado un montón de mentiras y luego, cuando las cosas llegaron demasiado lejos, no tuvieron la hombría de confesar la verdad.

Y aquí estaba yo: frente a una mujer que era el recuerdo vivo de una traición. Ya no era aquella cría resplandeciente a la que Guillermo fotografió en la casa del callejón. Tenía unos ojos profundos y un pelo negro como la noche, que le caía sobre los hombros mojado con pequeñas gotas la fina tela de flores. Al sonreír su rostro cambiaba, se volvía más dulce, y el fulgor hostil se diluía hasta quedar reducido a un simple rescoldo en el que palpitaba la desconfianza.

Se había sentado frente a mí y con ambas manos se ceñía el escote de la bata. Era un gesto aparentemente casto, pero la tela se le pegaba a los senos y acentuaba la sensación de que debajo de aquel frágil tejido estaba desnuda.

Traté de no pensar en ello, de no distraerme con su cuerpo, ni con su boca, ni con

aquellos ojos enormes que me miraban como esperando algo que no era demasiado bueno.

—Cuando falleció tu abuelo debías de ser muy joven.

—Tenía catorce años —respondió ella.

—¿Sabes de qué murió?

—De un ataque cerebral. Se le rompieron las paredes de la aorta.

Un aneurisma, pensé. Era una de las secuelas de la sífilis. Las otras eran la locura y la invalidez progresiva, ese estado que mantenía a Lucía Osman atada a su silla de ruedas.

—¿Te habló alguna vez de sus padres, de su infancia? ¿Sabes si tenía alguna enfermedad hereditaria?

Me miró como si estuviera ofendiendo la memoria de su familia.

—Nunca estuvo enfermo —respondió con cierta arrogancia—. Trabajó toda su vida como capataz, iba a las obras y cargaba sobre sus espaldas más ladrillos de los que puede cargar cualquier hombre joven. Luego venía a casa, se lavaba y se iba a la mezquita. Esa era su vida.

Adiviné cierta nostalgia y una buena dosis de respeto.

—Era un buen hombre —asentí tratando de ganarme su confianza—. Pero seguramente te hablaría de cuando era niño. Todos los abuelos cuentan cosas a sus nietos. ¿Qué sabes de él? ¿Dónde se crió? ¿Quiénes eran sus padres?

Lamia se cruzó de brazos con impaciencia.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Verás —le dije dispuesto a sincerarme de una vez por todas—. Sospecho que tu abuelo era hijo de una mujer española que estuvo prisionera durante la guerra de 1921. Esa mujer vive todavía y puede ser tu bisabuela.

Lamia me miró con los ojos como platos. Luego se llevó las manos a la boca, como si quisiera sofocar cualquier sonido que pudiera salir por ella.

—Estoy buscando las pruebas de ese parentesco. Tu abuelo tenía una foto y unos papeles de esa época. Me los enseñó una vez.

Entonces achicó mucho los ojos, su mirada se hizo penetrante y desconfiada.

—Ya os he dicho que no sé una palabra sobre esos papeles. Mi abuelo se murió y yo me fui a vivir con una hermana de mi padre. Si esos documentos estaban en la casa, desde luego se quedaron allí. Yo solo tenía catorce años y los dueños me echaron al día siguiente del entierro.

Aquello era un callejón sin salida. Lamia se había puesto un poco triste, como si la conversación le doliera.

—Y por cierto —dijo bajando la vista. El pelo le tapaba la cara—. Mi abuelo nunca conoció a sus padres. Decía que lo habían abandonado de pequeño.

La conversación me estaba fastidiando de verdad. Empezaba a sentir más remordimientos de los necesarios.

—¿Puedo fumar? —le pregunté sacando la cajetilla de Luxor.

—Desde luego —respondió distraídamente.

Estaba sentada frente a mí, pensativa, ajena, distante. Me levanté y fui a coger uno de aquellos ceniceros de colores. En la estantería, junto a la colección de pipas, había un bloc de notas doblado por la mitad.

En el cuaderno alguien había anotado un nombre:

F. Gamboa. Y una fecha: 3 de septiembre.

—¿Conoces a la familia Gamboa? —le pregunté, dándole la espalda e intentando contener el temblor de mi voz.

—Claro —respondió ella—. Son los dueños de la casa en la que vivía mi abuelo.

Me volví como impulsado por un resorte. Gamboa era el nombre que me había dado Juan Lafont un par de días antes. Lo recordaba perfectamente: «... un tal Fermín Gamboa, un abogado que, según parece, actuaba en representación de Secundino Uribe». La foto de Ahmed, el criado de doña Rosita, había sido cedida por los Gamboa. El cerco se iba estrechando. Y en el centro de la diana siempre aparecían ellos.

—¿Qué sabes de esa gente?

Lamia me miraba como si estuviera perdida.

—Son muy ricos. Tienen empresas de construcción, cementeras y una compañía de transportes —respondió—. La mayor parte de las obras que se hacen en Melilla son suyas.

—¿Mahayub trabajó para los Gamboa?

—Toda su vida. Y cuando murió, ni siquiera nos dejaron llevarnos los muebles. Mi abuelo les estaba pagando la casa. Cada mes le descontaban una parte del sueldo, pero era un trato verbal, no había documentos, así que se quedaron con el dinero y desde entonces estamos enredados en una eterna disputa judicial con los herederos. En septiembre se falla el último recurso que he presentado.

—¿Sabes cómo se llama el abogado que les representa?

Los ojos de Lamia volvieron a adquirir aquel brillo salvaje. Otra vez el juego de espejos: dos niñas fotografiadas, dos abogados... Caminos confusos que no llevaban a ninguna parte.

—Claro que lo sé. Benarroch, Juan Benarroch.

Estaba claro. Demasiado claro. Ahora que los malentendidos se habían despejado, quizá yo pudiera hacer algo. Una estúpida confusión me había llevado hasta Benarroch y me había hecho perder varios días, pero ahora tenía todas las cartas en la mano.

—¿Conoces personalmente a esos Gamboa? ¿Sabes dónde viven?

—Sí. Son dos hermanos. Los dos solteros. Viven en la calle Luis de Sotomayor, frente al parque Hernández. Son raros, sobre todo ella. Está medio chiflada y se pasa el día viendo películas en el vídeo. Un día me contó que había visto *Memorias de África* más de cien veces.

Me despedí de Lamia y cuando ella me acompañó a la puerta, le dije:

—No te preocupes. Si consigo los papeles que tenía tu abuelo, esos Gamboa tendrán que dar muchas explicaciones.

Esta vez, Benarroch no tuvo más remedio que darme algunos datos precisos sobre sus misteriosos clientes.

—Entiéndame —dijo apesadumbrado—. El hermano es quien lleva todos los negocios. Y ahora no está en Melilla. Pero intenté ayudarle a usted y me puse en contacto con la hermana. Le transmití ese tema de la herencia que usted me comentó, y ella tomó sus precauciones. Si los papeles que había en la casa eran importantes, no los iba a dejar allí. Pero no se preocupe, estamos en disposición de negociar.

—No hay nada que negociar —respondí fastidiado—. Mañana, a primera hora, me marchó de Melilla. Si su cliente tiene algo que decirme, puede ponerse en contacto conmigo a lo largo del día de hoy. Este es el número de mi móvil.

Sabía que no se precipitarían. Y mi única esperanza era que lo hicieran.

Sara y Guillermo me esperaban en el Gambrinus. Se habían sentado en la barra y Guillermo hablaba con una camarera joven que parecía encantada con su conversación.

—Creo que sé quién tiene las pertenencias de Holbrooke —le dije a Sara—. Pero necesito que me ayudes. ¿Qué tal tu inglés?

—Me defiendo —respondió mi hija.

—Bien, pues ahora vas a practicar.

Le expliqué mi plan. Guillermo no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero a Sara le encantó la comedia que yo había ideado.

Cuando nos presentamos en casa de Vicenta Gamboa, marqué desde mi móvil el número de Benarroch y dejé la comunicación abierta. El teléfono de su despacho quedó temporalmente incomunicado.

Nos presentamos como el director, el productor y la actriz principal de una película sobre la vida Gerald Holbrooke. Era una mujer de mediana edad y aspecto insignificante. Solo había una cosa que llamaba la atención en ella: sus gafas. Eran grandes, anticuadas, con los cristales muy gruesos. Los ojos parecían extraviados tras aquella masa de vidrio.

—Pero mi abogado me dijo que se trataba de una herencia.

Nos había ofrecido asiento, aunque solo había dos sillones. Sara se sentó en el brazo del mío. Guillermo ocupó el otro. En cuanto nos instalamos, empezó mi actuación.

—¿Una herencia? No señora, no. Lo que nosotros queremos es rodar una película. Querida señora, me temo que su abogado le está ocultando la verdadera dimensión del asunto. Nos pidió una garantía, ¿sabe usted? Quería que firmáramos con él un contrato de cesión de los derechos. Es mucho dinero el que hay en juego. Diez o doce millones, por lo menos.

—¿Y todo eso por unos papeles viejos?

¡Bingo!, pensé.

—Y las fotos, no lo olvide usted.

—Eso sí, las fotos son bonitas. A mi padre le gustaban mucho, mandó revelar algunas, los retratos de época sobre todo. —Vaya, recuerdo que pensé, seguro que las copias se las revelaron en Fotoquímica Nogués. Le hubiera dado un codazo a Guillermo, pero él andaba fisgando la biblioteca sin prestarme la más mínima atención—. ¿Han visto ustedes la exposición que hay en el Pueblo?

—Claro, gracias a eso la hemos localizado —mentí—. Llevamos más de seis semanas en Melilla, pero su abogado no deja de darnos largas. Por fin, vimos la foto que habían cedido ustedes y por eso estamos aquí.

—Pero yo no puedo tomar ninguna decisión ahora. Mi hermano está en Madrid y no vuelve hasta dentro de algunos días.

—No le pedimos que se precipite. Solo queremos que nos deje ver el material que nos ha ofrecido Benarroch. Cuando hay sospechas de que un abogado actúa de forma poco ética, es mejor tratar directamente con su cliente. Preferimos negociar con usted. Y luego, si estamos equivocados y todo ha sido un simple malentendido, retomaremos las conversaciones con quien usted nos diga. Si Benarroch la representa, de acuerdo. Negociaremos con él. Pero, como comprenderá, antes teníamos que informarle de lo que sucede.

—Voy a llamarle ahora mismo para que me explique todo este lío.

Mientras la mujer marcaba el teléfono de Benarroch, Guillermo me hizo una seña. Saqué el móvil del bolsillo y se lo enseñé.

—Comunica —dijo ella—. No sé por qué no tiene secretaria, la verdad. Bien, le llamaré más tarde. ¿Y dicen que van a hacer una película?

—Sobre Melilla. Por cierto, William, ¿no crees que esta casa sería un buen decorado para la escena en la que aparece el marqués? Tiene mucha clase.

Vicenta Gamboa se infló como una gallina clueca.

Guillermo sacó la cámara y preguntó:

—¿Me permite? Solo quiero ver el efecto de este encuadre, con las ventanas en forma de arco y esas cortinas de encaje. ¡Es fantástico! ¡Realmente fantástico! Sara, sitúate junto a ese mueble. Apoya la mano. ¡Magnífico! Creo que nos podría servir.

—Es la actriz principal —le dije en voz baja a la mujer—. Una verdadera revelación.

Vicenta Gamboa contempló a Sara con interés.

—Parece muy joven. ¿Cuántos años tiene?

—Quince —respondí—. Cuando tenga dieciocho estará en Hollywood.

—¿Y de qué trata su película?

—Es una intriga romántica. Está basada en hechos reales.

—¿La vida de ese fotógrafo inglés? ¿Por eso necesitan los papeles?

—Bueno, no es que los necesitemos realmente. El guión ya está terminado, pero nos pareció que sería bonito empezar con sus propias palabras, ¿sabe usted?, algo que le comunique al espectador que estamos tratando unos hechos históricos. ¿Ha visto

Memorias de África? Cuando Meryl Streep es vieja y dice: «Yo tenía una granja en África...».

—Ay, sí. ¡Qué bonita película! La he visto cientos de veces.

—Bien, queremos hacer algo parecido, que se vean esos documentos en pantalla, que la gente conozca la letra de Holbrooke y que a partir de ahí arranque la película.

—Bueno, pues entonces se los enseñaré. A ver si es lo que ustedes buscan.

Nos dejó solos. Creo que los tres estábamos a punto de que nos estallara el corazón. Sara se dedicó a hacer una pantomima, gesticulando aparatosamente y poniendo poses de diva del cine mudo.

La mujer volvió al cabo de un buen rato. Traía un viejo archivador con asas metálicas en los extremos. Lo puso sobre la mesa.

—Esta caja siempre estuvo en casa, me acuerdo de haberla visto durante años en un rincón del cuarto trastero. Cuando mi padre murió, hicimos una pequeña reforma y mi hermano le dijo a Mahayub, nuestro capataz, que la tirara a la basura. Pero el hombre debió de quedársela. No sabíamos qué era, casi todo está escrito en inglés.

Me acerqué y levanté la tapa. Había resoluciones del Servicio de Minas Jalifiano, unas cuantas cuartillas escritas en inglés, un montón de mapas antiguos y una docena de negativos. También había un pasaporte británico y varias acreditaciones del consulado de Tánger. Los diarios de Holbrooke, dos cuadernos negros con las tapas de hule, también estaban allí.

Sara cogió una de las cartas y empezó a leerla. Guillermo se abalanzó sobre las placas de cristal y yo abrí los diarios. Fui ojeando las páginas a toda prisa, leyendo fragmentos sueltos, hasta que me hice una idea de que todo aquello era más importante de lo que yo mismo creí en un principio. Empezaba a comprender por qué Lucía Osman había tardado tantos años en entender aquel embrollo.

—¿Te das cuenta? —murmuró Sara, tendiéndome la carta que acababa de leer—. Él la quería. Realmente la quería.

La letra de Holbrooke temblaba en sus manos como si tuviera vida. No la leí. No tenía tiempo.

La mujer nos miraba boquiabierta. Había estado muy callada mientras nos lanzábamos como aves de rapiña sobre el material de la caja, pero ahora había que darle alguna explicación. Lo más lógico era seguir con la farsa hasta que consiguiéramos llevarnos las pertenencias de Holbrooke de allí. Cogí al azar uno de los documentos, el que parecía más oficial, y se lo tendí a Guillermo.

—¿Has visto esto, William?

Guillermo se llevó las manos a la cabeza.

—*Dangerous* —dijo en falsa voz baja. Luego subió el tono para que la atónita mujer se diera cuenta de lo que quería decir—. Esto demasiado peligroso.

Con una mueca de repugnancia apartó los papeles hacia la mujer.

—*Let's go, darling* —dijo, haciendo que cogía a Sara por el brazo—. *You shouldn't get mixed in this.* —Y luego, mirándome con furia añadió—: Yo llevo a Sara de aquí. Yo no quiero verla mezclada en esto.

Mi hija estaba a punto de soltar la risa, pero hizo un esfuerzo y se desprendió de Guillermo.

—*Wait a minute, please* —respondió con calma. Su acento era espantoso.

—Eso es —exclamé fingiendo que trataba de retenerla—. Tengamos calma, por favor.

Miré de reajo a la mujer y vi que estaba realmente confundida.

—¿Sabe usted lo que tiene aquí?

Ella negó con la cabeza.

—¡Es increíble! —añadí en medio de grandes aspavientos—. No me extraña que su hermano quisiera deshacerse de todo este material.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué significan esos papeles?

Sara y Guillermo seguían murmurando entre ellos. De vez en cuando soltaban una frase en inglés.

Por mi parte me dispuse a concluir mi interpretación con el gesto más trágico que podía esgrimir.

—¿Quiere mi opinión? —Bajé la voz y utilicé un tono demasiado grave quizá—. Según yo lo veo, creo que a su padre podrían haberlo acusado de asesinato, si alguien hubiera encontrado esto hace unos años.

—¿Asesinato?

—Son documentos muy comprometidos, señora. Yo que usted me desharía rápidamente de ellos.

—Pero, bueno, si yo no sabía nada. ¿Cómo me iba a imaginar...? Claro, por eso mi hermano se los quiso quitar de encima. Cuando se entere de que los he recuperado...

Nos miraba realmente compungida. Y de pronto, dijo exactamente lo que estábamos deseando oír:

—¿No los querían ustedes? Pues llévenselos.

Guillermo casi pega un brinco. Pero se había metido en el papel y todavía quería añadir algo que resultara realmente teatral.

—Yo te lo advierto. No quiero saber nada de esto con autoridades españolas. Tú eres el productor, tú te haces responsable.

—Eso es —dije muy serio, tratando de parecer un verdadero profesional—. Yo tomo las decisiones aquí.

Cogí la caja y le dije a la mujer.

—Mañana mismo le mandaré una copia del contrato. Que lo mire su abogado.

—¿Contrato? No, por favor. No quiero que mi nombre figure en ningún sitio. Hagan ustedes su película, pero no le digan a nadie que yo les he dado esos papeles.

Salimos de la casa y, al llegar a la pérgola del parque, le di la caja con las placas y

los documentos a Guillermo. Pero antes le pedí a Sara que metiera los diarios en su bolso. Ella los cogió y luego, sin que me diera tiempo a plantear ninguna objeción, sacó también la carta que había estado leyendo y se la guardó.

Le pedí a Guillermo que se quedara en Melilla y que se lo contara todo a Lamia. Vi que el encargo no le resultaba nada penoso. No obstante, me pidió algo de dinero.

Sara y yo salimos de Melilla en el vuelo de la Binter. Otra vez era miércoles. Había pasado una semana justa desde que se marchó Miranda, desde la llegada de Sara a Madrid, desde aquel día en que fui por primera vez a casa de Lucía Osman.

Eran las once de la mañana cuando Sara y yo nos presentamos en la calle Ayala.

La criada nos puso mala cara, para variar.

—La señora no se encuentra bien. Es muy temprano y aún duerme.

—Pues despiértela —dije—. Dígale que creo que hemos dado con su hijo.

Cuando entramos en el dormitorio de Lucía Osman vi a una mujer totalmente descompuesta.

—¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Lo ha encontrado realmente?

Asentí.

—¿Ha venido con usted?

Se había incorporado y sacaba la cabeza como una tortuga que se dispone a comer. Tenía el pelo revuelto y el camisón arrugado. La criada intentó ponerle una toquilla sobre los hombros, pero ella la echó de la habitación antes de que yo encontrara el valor de responder.

—El hombre que tenía la foto de Holbrooke murió hace unos quince años. Era moreno, de tez aceitunada y nunca conoció a sus padres. Tenía la misma edad que podía tener Azemmur.

Lucía Osman soltó un gemido. Sara se acercó al lecho y le tendió una mano. La anciana se cogió a ella con desesperación. Daba mucha lástima.

Yo no sabía qué hacer. Entonces mi hija se arrodilló a su lado y le pasó una mano por la frente. La ternura de su gesto me conmovió. La vieja cerró por un instante los párpados y se estremeció, como si en lugar de acariciarle la frente, le hubiera cogido con ambas manos el corazón. Poco a poco, se fue tranquilizando.

—Así que hemos llegado demasiado tarde —murmuró con un hilo de voz.

—Quizá no —respondí—. Mahayub tuvo una nieta.

El rostro de la anciana se estremeció de nuevo.

—¿Es eso cierto? ¿Dónde vive? ¿Cómo es?

—Se parece a usted cuando era joven. Y ha vivido siempre en Melilla.

No era su nieta. Mahayub no era su hijo. Casi podía poner la mano en el fuego. ¿Por qué estaba haciendo aquello?

Le conté lo que sabía de ambos. Vi su rostro reblandecerse y casi, casi, rozar la ternura cuando le conté que Mahayub había sido un buen trabajador y un hombre honesto. Que había cuidado siempre de Lamia y que ella le adoraba.

—Hágala venir, se lo ruego. Quiero conocerla antes de morir.

Saqué el móvil y llamé a Guillermo.

—Coge el primer avión que salga de Melilla y vente para acá con la chica. Convéncela como puedas. Dile que ahora mismo tengo a la madre de su abuelo frente a mí.

Guillermo me prometió traerla inmediatamente. Parecía contento de poder reparar un error que llevaba demasiados años acogotándole la conciencia.

Cuando colgué, me acerqué a la cama yo también.

—Esta misma tarde podrá verla. Se lo prometo.

Lucía Osman se desplomó sobre el lecho. Sara seguía a su lado, las manos de ambas cogidas con una tenacidad que rompía el alma.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Ahora por fin podré morir de una vez por todas.

No quería ni pensar en esa posibilidad. Sabía que era un mal momento, Sara y yo habíamos llegado de improviso, como una división de asalto, pero esta vez no estaba dispuesto a dejar las explicaciones para el día siguiente.

—Usted no me ha dicho toda la verdad. Creo que debería aclararme unas cuantas cosas.

—Lo sé. No le ocultaré nada esta vez, se lo prometo.

Sara y yo nos sentamos a su lado. La criada trajo unos vasos de agua y ayudó a la vieja a asearse un poco. Ni siquiera entonces fui capaz de dejar aquella habitación. Una vez recuperada la calma Lucía Osman suspiró profundamente.

—¿Quiere preguntar algo concreto o prefiere que le cuente las cosas tal y como sucedieron?

—Da igual —respondí impaciente—. Hágalo a su modo. Yo preguntaré cuando lo crea conveniente.

—Bien, pues volvamos al Rif. El otro día le dije que Holbrooke desapareció de mi vida para siempre y que después de que mataran a Vulpes nunca volví a verlo. Es cierto. No obstante, mucho tiempo después, cuando Gerald ya estaba muerto, me llegaron noticias de él. Siempre he querido aclarar esos hechos. Y nunca he podido hacerlo. Ahora le contaré qué pasó y quizá usted pueda rellenar los espacios en blanco.

Sus datos y los míos. Su terrible experiencia frente a aquel desenfadado ir y venir de los últimos días, un mar de confusión, peripecias absurdas en las que yo había consumido torpemente una larga semana.

Esa mujer extenuada que soy, sucia, enferma, envejecida. Solo tengo dieciocho años y ya me siento así.

Los supervivientes de El león dormido éramos apenas una docena. Mohamed Cheddi nos llevó a Targuist, donde por aquella época se concentraba el poderoso dispositivo de guerra de Abd el-Krim. Todavía había un importante contingente de prisioneros capturados con posterioridad a la negociación de Echevarrieta. En su mayoría eran soldados sin graduación, aunque también pude ver a un joven médico militar que se llamaba Gómez Herrera y a media docena de civiles que seguían sin entender por qué estaban allí. Ninguno de ellos había oído hablar de Eugenia o de las otras mujeres a las que conocí un par de años antes. También había soldados de la Legión Extranjera y un grupo de senegaleses que me recordaron a Rachid por el color de su piel y la fiereza de su mirada.

El ambiente de Targuist era el de un poblado civil y los prisioneros realizaban todo tipo de trabajos: construir caminos, cuidar huertos, acarrear agua, incluso hubo jefes rifeños que se aprovecharon de la situación para conseguir criados por los que no había que pagar nada. A mi hijo y a mí nos llevaron a casa del caíd Hammush. Había llovido mucho y los senderos que rodeaban la ciudad se habían convertido en auténticos barrizales, en los que se hundían las ruedas de los carros y las patas de las mulas hasta más arriba de la rodilla.

Azemmur enfermó a causa de las lluvias. Cuando llegamos a casa del caíd, tenía mucha fiebre y su pequeño rostro moreno parecía un sucio trozo de piel de oveja que el frío y el viento hubieran cuarteado. Me aterrorizaba la idea de que pudiera morir y pensaba constantemente que eso era justo lo que pasaría. Perdería a mi hijo como había perdido todo cuanto me importaba en la vida y volvería a quedarme sola en el mundo, sin nadie en quien hallar un poco de consuelo.

La casa del caíd Hammush se encontraba en las afueras de Targuist. Era la típica vivienda rifeña, una granja aislada que estaba prácticamente escondida en el costado de un pequeño montículo, entre almendros y olivos cubiertos de un polvo marrón que las fuertes lluvias habían salpicado de barro. La edificación principal estaba rodeada de una gruesa pared de chumberas, por encima de la cual se apreciaban los desiguales muros de greda y en la esquina de la casa, justo en el ángulo que daba al camino principal, una casamata que servía como puesto de vigilancia. Por la tronera asomaba la punta de un fusil.

Me preguntaba por qué me habían separado del resto de los prisioneros y por qué me llevaban a la casa del caíd. Cuando atravesamos el huerto salieron a recibirnos unas mujeres vestidas con túnicas de flores y pañuelos ribeteados con pequeños aros de metal. Una de ellas, la que parecía de mayor rango, se quedó junto a la puerta del patio, mientras las demás me rodeaban escandalizadas por mi aspecto sucio y por la pobreza de mi vestido. Me quitaron al niño. Lo había colocado en un descolorido paño de rayas y lo llevaba sujeto sobre la espalda, como suelen hacer las mujeres rifeñas. Me había acostumbrado a tenerlo así, siempre en contacto con mi cuerpo, los

brazos libres para poder trabajar y evitar los latigazos de los capataces, mientras el pequeño jugaba con sus manitas en el aire. Pero ahora no se movía como antes.

—Este niño está muy enfermo —dijo la esposa del caíd cuando le entregaron a Azemmur—. ¿Cuánto tiempo hace que tiene calentura?

—Dos días —respondí.

Aquella mujer se llamaba Timouch. Más tarde me enteré de que era una de las dos esposas del caíd y que hasta la fecha no había podido tener hijos, por lo que recibió a Azemmur como solo las mujeres que ansían ser madres pueden hacerlo. Lo cogió en brazos y se lo llevó al interior de la casa. Yo la seguí. Atravesamos el patio y fuimos a dar a una habitación superior. De la pared colgaban mantas de vivos colores y en el suelo habían dispuesto alfombras de lana y cojines. En un extremo estaba la cama, una elevación de cincuenta centímetros, cubierta por una gruesa estera. Sobre ella yacía otra mujer. Era mucho mayor que Timouch y estaba tapada con una piel de cordero. Parecía enferma. Me miró con repugnancia y escupió groseramente sobre el suelo de tierra. No me ofendí. Me habían sucedido cosas mucho peores en la vida.

—Es Noha, la primera esposa del caíd —dijo Timouch—. Siempre está enferma, así que no debes preocuparte por ella.

Lo dijo en voz alta, para que la otra lo oyera. Entendí que ambas mujeres se odiaban.

Timouch se arrodilló junto a la cama. Puso a Azemmur sobre la piel de cordero y le quitó la ropa. El niño lloraba como si lo estuvieran matando.

—Hay que darle de beber. Traed el cántaro negro.

Una de las criadas regresó al instante con un pequeño recipiente de barro oscuro. Noha se había incorporado y protestaba por todo aquel guirigay que se había organizado en la habitación. Pero Timouch no le hacía el menor caso. Vertió una pequeña cantidad de agua en un cuenco y echó en él un poco de sal. Azemmur se bebió el contenido del cuenco y dejó de llorar al instante. Luego se durmió.

—Déjalo a mi cuidado —dijo Timouch—. Dormirá con nosotras. Tú también tienes que descansar.

Las otras mujeres me condujeron a una pequeña estancia que no tenía puerta. Las paredes estaban desnudas y en una de las esquinas había un gran caldero de estaño. Empezaron a desplegar cierta actividad, trayendo jarros de agua y cortando pedazos de arpillera de un viejo saco de legumbres. Dos de ellas me desnudaron con habilidad. Se reían de mi cuerpo que en comparación con el suyo era excesivamente delgado, y tocaban con repugnancia mis cabellos, que no habían visto un peine durante los dos últimos años. Yo también me miré por primera vez en mucho tiempo. Había perdido la noción de mi propio cuerpo y ahora casi no me reconocía. Es cierto, estaba muy delgada, llena de costras, arañazos y mataduras mal curadas. Pero los ganglios y el chancro habían desaparecido. Ni una sola señal de la sífilis. Me dejé lavar, restregar, consentí en que me cortaran el cabello hasta la altura de los hombros y que me rociaran con un líquido untuoso que olía a azufre. Luego, después de

intentar despiojarme durante una hora, me empaparon el pelo con ese mismo líquido y me envolvieron la cabeza en un paño blanco hasta la mañana siguiente. Una de las mujeres se llevó mis ropas para arrojarlas al fuego.

Cuando me permitieron acostarme en un rincón del patio me sentía tan bien que estaba a punto de gritar de placer. La excitación duró menos de un segundo, porque nada más apoyar la cabeza en la estera me dormí profundamente. No obstante, esa noche, el rostro atormentado de mi hijo vagó por el interior de mis sueños.

No vi a mi nuevo amo hasta una semana más tarde. El caíd Hammush nZyan era el responsable del campo de prisioneros. Decían que se trataba de un sujeto avaricioso y cruel que sustraía el dinero del correo y que maltrataba a los prisioneros. Casi nunca dormía en la casa. Venía cada diez o doce días, con su séquito de hombres armados, y solía traer algunos víveres que solo se podían encontrar en el zoco de Izaquiren. Entonces Noha se levantaba de la cama, se ponía a trajinar y fingía estar terriblemente ocupada. El caíd no sospechaba que era Timouch la que atendía el huerto, cuidaba de los animales y se preocupaba de que a nadie le faltara un pedazo de pan o un cuenco de leche para la cena.

La primera vez que lo vi, Hammush nZyan me pareció un inofensivo cabeza de familia, que llevaba escritos en el rostro el cansancio y la desesperación. Me mandó llamar y Timouch me llevó a uno de los dormitorios que daban al patio. Era un cuarto mucho más pequeño que el de las mujeres, más austero también, solo había una estera, rodeada de varios cojines confeccionados con una sencilla tela de rayas, un arcón de madera y un par de fusiles apoyados contra la pared.

El caíd estaba recostado sobre los almohadones. Se había quitado el albornoz y llevaba babuchas y una chilaba parda. No parecía muy feliz de verme.

—¿Así que tú eres la española?

Noté enseguida que eso le desagradaba, por lo que traté de congraciarme con él.

—No del todo —respondí en rifeño—. Mi madre era musulmana.

El caíd no se sorprendió. Me miró detenidamente, buscando sin duda en mis rasgos las huellas de una identidad que yo me había esforzado en ocultar durante tantos años, y murmuró algo que no pude entender. Luego se levantó del lecho.

—No estás aquí por mi gusto —dijo con cierto desdén.

Tampoco por el mío, le hubiera querido responder. Pero sabía que debía contener mi orgullo, aunque tuviera que comerme a bocados la poca dignidad que me quedaba.

—¿Sabes por qué te he traído a mi casa?

—Supongo que necesitas una criada.

—¿Es que eres tonta, mujer? ¿Para qué iba a querer una criada como tú? Mírate. Estás débil, apenas podrás trabajar hasta dentro de unos meses. Además tienes un hijo y eso son dos bocas que alimentar.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Alguien me ha pedido que te saque del campo de prisioneros. Ha pagado muy bien por ello.

Enseguida pensé en Klemms. Seguramente esa era su forma de recompensarme por haber denunciado a Vulpes.

—¿Ese alguien es un *aberrani*? —pregunté. *Aberrani* es la palabra con la que en el Rif se designa a un visitante extranjero. Hammush nZyan sonrió agriamente.

—Veo que sabes a quién debes tu buena suerte.

Luego se volvió a recostar e hizo un gesto con la mano para que me fuera. Cuando iba a salir de la habitación, me llamó de nuevo.

—Espera. Acércate un momento. Me aproximé al lecho.

—¿Eso que llevas al cuello es un amuleto? —preguntó. Se refería al talismán de Rachid.

—Así es —respondí cubriéndolo con ambas manos—. Pero nadie más que yo puede tocarlo. Se lo arrebaté a un genio.

El caíd no parecía demasiado impresionado.

—Ya... ya... Uno de los prisioneros me ha contado esa historia. ¿Así que ahora tienes los poderes de una *thayenith*?

—No lo sé —contesté mirándole desafiante a los ojos—. Solo te puedo decir que mi corazón maldijo a Vulpes y ahora está muerto.

Hammush nZyan se quedó pensativo.

—¿Podrías preparar un conjuro para mí?

—Depende. ¿Qué deseas conseguir?

—Quiero que Timouch me dé hijos. Tiene más de veinte años y aún no ha sido madre.

Yo no tenía ni idea de cómo hacerlo, pero me había acostumbrado a decir siempre que sí.

—¿Duermes con ella? —pregunté.

—Siempre que estoy en la casa.

—¿Y tu otra mujer?

—Noha se ha hecho vieja —respondió el caíd—. Ya no sirve para eso.

Le aseguré que conocía un conjuro para esos casos. No era cierto, pero nadie más que yo lo sabía. Quizá pronto se acabara la guerra y mientras tanto era imprescindible ganar tiempo, días, horas, todo con tal de seguir viva.

Mientras tanto, la llegada de Primo de Rivera al poder había cambiado las cosas en Marruecos. En marzo de 1925, se preparó un plan para abandonar las armas y pactar una retirada de las posiciones conquistadas. Se pretendía mantener el control sobre el territorio por medio de dos gobernadores: Abd el-Krim en el este y el-Raysuli en el oeste. Este acuerdo podía significar el final de la guerra. Pero finalmente, debido a las presiones de los africanistas y de algunas potencias internacionales, como Inglaterra, que no deseaban dejar el territorio a merced de los franceses, Primo de Rivera abandonó el proyecto de retirada y, a cambio, organizó un repliegue de tropas. Con ello ponía fin a la vieja táctica de diseminar al ejército en multitud de puestos avanzados que eran difíciles de defender y abastecer. Primo de

Rivera no quería correr riesgos y agrupaba a los hombres en posiciones seguras, renunciando de antemano a esas espectaculares victorias que tanto le gustaban al general Silvestre y que habían dado lugar al fatídico verano de 1921.

En total Primo de Rivera tenía en Marruecos más de doscientos mil soldados. El ejército rifeño contaba con ochenta mil hombres, es decir, menos de la mitad. Según algunos observadores internacionales, Abd el-Krim jamás consiguió armar a más de veinte mil a la vez. Pero el miedo a una nueva derrota seguía paralizando cualquier ofensiva de largo alcance. Las vidas que se había cobrado la guerra en los últimos veinte años eran tantas que clamaban al cielo. ¿Y para qué? Para nada. Ninguna de las expectativas del Tratado de Algeciras se había cumplido. No había beneficios comerciales, ni victorias militares, ni siquiera se había consolidado el papel de España como potencia internacional. Todo había sido un colosal desastre. Los partidarios de abandonar Marruecos eran cada vez más numerosos y Primo de Rivera no podía permanecer sordo a ese clamor que exigía una total retirada del norte de África. Visto desde aquí, a tantos años de distancia, parece mentira que aquel disparate pudiera durar tanto. Los españoles permanecían atrapados en Marruecos como pequeños ratones en una ratonera.

Yo viví la historia desde el otro lado. Y sé que los rifeños estaban cortos de todo, de medicinas, de suministros, de dinero, e incluso carecían de cualquier clase de reconocimiento internacional. Abd el-Krim necesitaba otra victoria como la de Annual para que el mundo volviera nuevamente los ojos hacia el Rif. Pero esa victoria no llegaba. Impaciente por la lenta marcha de los acontecimientos, Abd el-Krim dirigió sus ojos hacia los dominios de el-Raysuli. Los españoles se habían fortificado a lo largo del río Lau y, temiendo un ataque combinado, Abd el-Krim empezó a acariciar la idea de unificar bajo su mando a todas las tribus del norte. Pero en el Rif no era fácil aceptar la autoridad de un solo caudillo. Entonces le surgió un nuevo aliado. En el Yébala, Ahmed el-Heriro, un joven lugarteniente de el-Raysuli, se pasó a las líneas rifeñas, ofreciendo sus servicios como agente de Abd el-Krim. El-Heriro consiguió las adhesiones de los Beni Hosmar, Beni Said y Beni Hassan. Abd el-Krim incrementó entonces sus ataques por todo el Gómara, el Lucus y el Yébala.

Mientras tanto, Primo de Rivera seguía considerando la posibilidad de abandonar Marruecos y no se privaba de hacer todo tipo de declaraciones en los periódicos a propósito de una completa retirada. Esta postura había envenenado el ambiente dentro del ejército español. Seguramente usted habrá oído hablar de la famosa historia de los huevos. En el verano de 1924, cuando el dictador inspeccionaba las líneas de fuego hubo un conato de insubordinación que protagonizaron algunos oficiales de la Legión, Franco entre ellos. Primo de Rivera estaba visitando la posición de Tizi Azza y se le ofreció un banquete en el puesto del tercio, en Ben Tieb. Durante la comida se sirvió un menú compuesto solo de huevos, cocinados de formas diferentes. Cuando preguntó el porqué de esa extraña elección, los oficiales le contestaron que para abandonar Marruecos ya no se necesitaban huevos. Durante esa

comida Franco pronunció un discurso en el que dijo: «Este que pisamos, señor presidente, es terreno de España, porque ha sido adquirido al precio más alto y pagado con la moneda más cara: la sangre española aquí derramada». A continuación volvió a defender la vieja idea de que había que atacar la bahía de Alhucemas en una serie de asaltos coordinados que derrotaran al enemigo en su propia guarida. Tras esa violenta comida, en la que se llegó a abuchear al dictador durante su discurso de réplica, Franco amenazó con dimitir y pedir el traslado a la península. Su actitud provocó una avalancha de dimisiones de jefes y oficiales. Pero Franco no estaba dispuesto a poner en peligro su brillante carrera profesional. Se entrevistó con Primo de Rivera antes de que el dictador regresara a la península y nunca hizo efectiva la dimisión. Creo que su ambición pesaba más que cualquier otra cosa en esos momentos. ¿Se imagina lo que hubiera ocurrido si Franco decide no deponer su actitud? Seguramente la situación hubiera sido algo distinta unos pocos años más tarde.

Y así estaban las cosas cuando mi vida iba a cambiar nuevamente de rumbo.

Azemmur y yo llevábamos varios meses en casa del caíd Hammush. Aunque Noha se esforzó en demostrarme que estaba allí en contra de su voluntad, y que solo las órdenes del caíd la obligaban a soportar mi presencia y la de mi hijo, yo contaba con la aprobación de Timouch, que era bondadosa y cuidaba de mi hijo con tanta dedicación como si fuera suyo. El niño la quería y le gustaba sentarse en su regazo mientras desgranábamos habas o cocíamos el pan. Yo les miraba y sentía una especie de resquemor. No eran celos, pero aquel sentimiento tenía algo de desposesión, como si lentamente los lazos que se habían tejido entre mi hijo y yo durante los primeros días de su niñez fueran debilitándose de forma incomprensible. Las penalidades habían quedado atrás y, aunque la guerra dificultaba mucho la vida en el Rif, me sentía bien, serena, protegida y a salvo. Casi nunca pensaba en Vulpes, ni en Klemms, ni siquiera creo haber recordado a Gerald más allá de una o dos veces. Seguía conservando el talismán de Rachid, lo llevaba siempre colgado al cuello, pero eso era todo cuanto quedaba de mi vida en las montañas. A veces, por las noches, el olor de aquel atado de cuero impregnado de sudor me hacía evocar las crestas rocosas de El león dormido y revivir por un instante el cautiverio. Pero luego abría los ojos, miraba a mi alrededor y espantaba los fantasmas con tanta facilidad como si fueran el recuerdo borroso de un estúpido sueño.

Yo no había olvidado la petición del caíd. Pero Timouch seguía sin tener descendencia. Durante algún tiempo fingí realizar varios hechizos, cosas que se me iban ocurriendo sobre la marcha, como arrojar un mechón de sus cabellos al fuego o colocar un puchero negro escondido en el seto de chumberas. Cuando alguien me preguntaba, yo respondía invariablemente que la casa estaba atacada por un mal de ojo muy fuerte y que era necesario algún tiempo para alejar a los malignos *yenun*.

«Los genios son como las vacas —le dije una vez al caíd—. Vuelven una y otra vez al sitio donde han vivido».

No sé por qué motivo seguía en aquella casa. Quizá Hammush nZyan esperaba realmente que solucionara sus problemas de paternidad. No obstante, yo creía entonces que eran las órdenes de Josef Klemms lo que le obligaba a tenerme allí.

Mientras tanto, Noha iba tejiendo una telaraña de intrigas a mi alrededor. Me odiaba casi tanto como odiaba a Timouch. A veces, se levantaba de la cama en secreto y se dedicaba a espiarnos. Un día le escondió a Timouch su cinturón. Las mujeres rifeñas se ponen el *medamma* a los siete días de la boda y ya no se dejan ver sin él. El cinturón simboliza la sujeción de la mujer a su marido y no llevarlo supone un grave caso de desobediencia. Timouch buscó el cinturón por toda la casa y no lo encontró. Esperábamos que el caíd viniera ese mismo día, pues se preparaba una importante festividad, no recuerdo cuál, solo sé que yo había ayudado a Timouch a preparar grandes cantidades de masa y que habíamos encendido el horno muy pronto. Eran casi las diez y el cinturón seguía sin aparecer. Timouch estaba nerviosa. Entonces llegó el caíd. Traía varios invitados. Timouch no se atrevía a salir al patio, así que me pidió que fuera yo quien les atendiera. Cuando ya había preparado el té, apareció Noha, emperifollada como una novia. Se había pintado las palmas de las manos con henna y llevaba su mejor caftán. Me quitó la bandeja y de un empujón me relegó a un segundo plano.

—Tú encárgate de ir cocinando el pan —me dijo.

Los invitados se sentaron en el patio y Noha les sirvió el té. Cuando el caíd preguntó por Timouch, oí que Noha respondía:

—No sé dónde está. No la he visto en toda la mañana. Con todo el trabajo que tengo por hacer...

Le dije a Timouch que no fuera tonta, que se pusiera una cuerda ciñendo la camisa y que se cubriera con la túnica. Nadie lo iba a notar.

—Yo lo sé —respondió obcecada—. Y no osaría aparecer ante ojos extraños sin llevar mi cinturón matrimonial.

Pensé que Timouch era una mujer demasiado sumisa. Para ella las normas eran tan importantes que si el caíd la repudiaba por no poder tener hijos, se marcharía de la casa sin rechistar. Seguramente era eso lo que Noha pretendía. Librarse de ella. Pero parece que también pretendía librarse de mí.

Esa misma tarde, cuando el caíd enseñaba a los huéspedes su colección de fusiles, hubo un altercado. Los hombres habían salido al huerto y estaban probando las armas. Uno de los fusiles no disparó y el caíd, irritado por la contrariedad, lo arrojó sobre unas piedras. Entonces el fusil explotó. Alguien había taponado el interior del cañón con un pedazo de tela. Lo sacaron y el caíd comprobó que era el cinturón bordado de Timouch.

Timouch estaba consternada. Aquello podía haberle costado la vida a su esposo.

—¿Qué sería de todos nosotros si él muere? —se lamentaba.

Mientras tanto, Noha sonreía satisfecha. Yo estaba segura de que lo había hecho ella, así que fui ante el caíd y la acusé.

Noha se defendió astutamente.

—¿Cómo voy a ser yo la causante de esa barbaridad? Soy tu esposa, tengo cuatro hijos tuyos. Tu vida es mi vida y tu muerte sería para mí la muerte misma.

Era astuta, muy astuta. El caíd dudaba.

—Además —añadió—, Timouch tampoco ha podido ser. Ninguna mujer rifeña usaría su *medamma* para intentar matar a su marido. A no ser que...

El caíd se impacientaba.

—Acaba, mujer. ¿Qué es lo que insinúas?

Noha se llevó las manos al pecho, como si temiera decir lo que pensaba.

—Alguien puede haberla embrujado.

Hammush nZyan se sobresaltó.

Entonces Noha me señaló con el dedo.

—Solo alguien con poderes podría haberla impulsado a hacer una cosa así. Pregunta a la española. Ella sí tiene motivos para desear tu muerte.

No sabía cómo defenderme. Pero yo no era débil y conformista como Timouch.

—Algunos dicen que soy una *thayenith*. Quizá sea verdad. Pero a Timouch le han hecho un *timgriut* para que no pueda tener hijos. Y el mal de ojo ya había hecho presa en ella antes de yo llegara. ¿O no es así?

El caíd estaba indeciso. Creo que no sabía a quién dar la razón. Finalmente nos despachó de su lado malhumorado a las dos.

—Una casa donde solo hay mujeres es una maldición para cualquier hombre — les dijo a sus invitados cuando volvió a reunirse con ellos.

Todos rieron. Pero el honor del viejo patriarca había quedado en entredicho.

Esa noche, el caíd no llamó a Timouch a su lado. Tampoco al día siguiente. Cuando a los tres días, se marchó con sus invitados, Timouch estaba segura de que su esposo pretendía repudiarla.

Hammush nZyan pasó dos largos meses sin aparecer por su casa. En diciembre de aquel mismo año los aviones españoles bombardearon varias aldeas del interior. Desde la *thardath* se veía el humo de las explosiones y de vez en cuando nos llegaban noticias de alguno de los enfrentamientos que habían tenido las tropas de Abd el-Krim con las columnas de soldados en Beni Arós. En casa del caíd se vivía todo aquello con gran preocupación, porque el hijo mayor de Noha, el único varón y primogénito del caíd Hammush, estaba en el frente con las tropas del hermano de Abd el-Krim y nos habían dicho que se dirigían al Yébala. Noha maldecía a los españoles, mostrando en todo momento su odio hacia mí, pero no hacía otra cosa que lamentarse y fingirse enferma, por lo que apenas salía de su habitación. Timouch, por el contrario, llevaba el peso de la casa en ausencia del caíd y se ocupaba de que no nos faltara el pan. No era fácil. La cosecha de aquel año se había perdido y apenas teníamos víveres. Las mujeres cuidábamos del ganado y atendíamos el huerto, pero

escaseaba la cebada y algunos productos fundamentales. A veces venían hombres armados desde Targuist, que nos traían sal o aceite, pero esas visitas se fueron haciendo cada vez más espaciadas, hasta que un día se decidió que alguna de nosotras tenía que ir al zoco semanal para conseguir algo de comida. Noha dijo que fuera yo, porque era la única que podía aventurarse por los caminos sin que a nadie le importara lo que me sucediera y, aunque Timouch se opuso en un principio, no me quedó más remedio que afrontar la tarea. Me prepararon unas alforjas y me hicieron salir antes del amanecer.

Azemmur se quedó en la casa. No pensé que corriera ningún peligro, aunque me inquietaba separarme de él. Por otro lado, me sentía contenta. La idea de acudir al zoco semanal colmaba todas mis expectativas. No era solo comida lo que buscaba, sino algo que tenía que ver con la desazón del aislamiento. Todos necesitábamos noticias de la guerra y las mujeres mucho más.

Por el camino me uní a una familia de campesinos que iba también al zoco de Targuist. Me contaron que en la ciudad había muchos heridos y que las tropas de Abd el-Krim habían capturado a el-Raysuli a principios de 1925, en el mes de enero. Decían que se le habían incautado más de cien mil fusiles, caballos, sillas de montar, y tantos sacos de dinero que hubo que montar un convoy de mulas para transportarlos.

En Targuist vi un cuadro sobrecogedor. El zoco se había suspendido y en la explanada destinada a tal efecto se había instalado un improvisado hospital de campaña. Los heridos se amontonaban por el suelo, y soltaban tales alaridos que todavía parecían estar abrasándose entre las llamas. Hasta los moribundos gritaban a pleno pulmón unos segundos antes de perder la vida. Había mujeres y niños con los miembros amputados y toda clase de quemaduras. Era el resultado de uno de los bombardeos que se habían producido después de la retirada de Xauen. El general Primo de Rivera había decidido despejar el frente occidental y centrar sus ataques en la Comandancia de Melilla. La infantería apenas había conseguido avanzar, todavía estaban encajonados en la llamada Línea Silvestre, pero la aviación estaba lanzando bombas de gasolina sobre las aldeas del interior. Me contaron que el último ataque se había producido en un poblado que apenas distaba unos cuantos kilómetros de Targuist. Una matanza inútil, pues en total no habría ni media docena de hombres capaces de empuñar un fusil contra los españoles. Sentí una vergüenza profunda. Creo que fue entonces cuando entendí que en aquella guerra no había ni malos ni buenos. Todos eran iguales. Y yo estaba atrapada en medio.

Tenía que volver a la granja cuanto antes. Pregunté por el caído Hammush con la esperanza de que me diera algunos víveres o, cuando menos, me mandara escoltar hasta la *thardath*.

—Salió para Ketama hace dos semanas —me dijeron—. Ha ido a recoger a un prisionero.

El prisionero no era otro que el-Raysuli. El viejo jerife había sido capturado en su

residencia de Tazrut y ahora lo traían a Targuist. Se esperaba que la comitiva llegara dentro de dos o tres días.

Cuando regresé a la granja les conté a Noha y Timouch lo que había oído en la ciudad. En la *thardath* hubo gran alborozo. Noha estaba convencida de que su hijo regresaba a casa y que traería con él un suculento botín.

El traslado de el-Raysuli fue complicado y aparatoso. Se encontraba muy enfermo y hubo que transportarle en una litera a través de las montañas. En Targuist, donde permaneció algún tiempo prisionero, pedía a gritos que lo dejaran morir. Estaba enfermo de hidropesía y tenía el vientre tan hinchado que parecía una mujer a punto de dar a luz. Finalmente, Abd el-Krim dio orden de que lo llevaran a Axdir. El propio Hammush nZyan se ocupó de custodiar al prisionero. Más tarde nos contó que el-Raysuli había sufrido mucho durante el traslado. En abril de ese mismo año, murió y fue enterrado en el cementerio de Tamasint.

Todo eso sucedió mientras el caíd estaba ausente de la granja. Y a finales de abril regresó a casa. Noha esperaba que su hijo viniera con él, pero no fue así. El muchacho había muerto durante uno de los enfrentamientos de Beni Arós.

El duelo de Noha fue brutal. Se negó a comer y a levantarse del lecho, y por las noches daba tales alaridos que todos en la casa despertábamos aterrados. Azemmur tenía pesadillas y no era extraño. La casa entera era un cementerio, durante el día hablábamos en susurros, y por las noches se oían gemidos y llantos en todas las habitaciones. Timouch también estaba deshecha. Hasta yo, que no había visto nunca al muchacho, me sentía apenada por su cruel destino.

El sufrimiento genera represalias. Eso lo sé yo mejor que nadie. Cuando Hammush nZyan regresó a la casa tenía el rostro ensombrecido por el dolor. Yo conocía la violencia de los hombres, esa ira sorda que ahora asomaba a los ojos del caíd. Durante días no dijo una sola palabra. Al cabo de una semana apareció por el patio. Llevaba el albornoz echado sobre los hombros, como si se dispusiera a salir. Azemmur estaba sentado en el suelo, jugando con unos botes viejos.

—Coge a tu hijo —me dijo—. Ahora mismo te marchas de aquí.

No entendía qué pasaba. Por un instante pensé que la guerra había acabado. Decían que los rifeños habían conquistado casi la totalidad del Protectorado español y que las tropas de Abd el-Krim estaban lanzando una terrible ofensiva contra las posiciones francesas a lo largo del río Werga. Pero la verdad es que aún faltaba casi un año para que la guerra terminara.

Entonces vi a Noha levantada, sonriendo maliciosamente en el umbral de su puerta. Imaginé que había maquinado algo contra mí, pero no podía saber de qué se trataba.

El caíd estaba realmente irritado. Intenté que me escuchara, que se compadeciera de mi hijo y de mí. Lloré, me hincué de rodillas, me abracé a sus piernas peludas y grité tan alto como pude, para que Timouch, que había ido al pozo a sacar agua, se diera cuenta de lo que pasaba e intercediera en mi favor.

Noha se acercó furiosa.

—¿Vas a hacer caso de sus llantos? —le dijo a su marido—. ¿Hemos perdido a nuestro hijo y aún tenemos que alimentar al de esta sucia española? ¿Quién nos pagará a partir de ahora por tenerla aquí?

Entonces entendí qué pasaba. Alguien le había pagado generosamente al caíd por alojarnos a Azemmur y a mí. Por algún motivo, ese desconocido protector había dejado de mandar dinero y Noha estaba presionando a su marido para que se deshiciera de nosotros.

El caíd, privado de su único hijo varón, estaba tan apesadumbrado que toda su entereza podía venirse abajo si jugaba bien mis cartas. Un hombre entristecido es una fortaleza que tiene grietas abiertas, un árbol carcomido que resulta fácil de derribar.

Timouch regresó del pozo y se encontró con aquella situación grotesca. Yo lloraba e imploraba, esgrimía a mi hijo como si estuviera a punto de perecer si nos obligaban a irnos. Sabía que Timouch no podría resistir separarse de Azemmur.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada.

—Tu esposo nos quiere echar —respondí—. Ahora que puedes ser madre quiere que mi hijo y yo nos vayamos de la casa.

Timouch me miró con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada.

—¿Es que no sabe —insistí— que si se interrumpe la labor de una *dhahzurith* caerá sobre vuestra casa una maldición que durará lo mismo que la vida del niño que aún no ha nacido?

El caíd era supersticioso, como todos los rifeños creía en los genios, en el mal de ojo y tenía un temor reverencial a los maleficios. Vi que su expresión se transformaba.

—¿Qué es eso de que Timouch va a ser madre? —preguntó intrigado.

—Le dije que le habían echado un mal de ojo —respondí—. Realmente está encinta desde hace varios años, pero el feto permanece dormido en su vientre.

Noha protestó airadamente. Sabía que no era cierto y me acusó de mentir. Pero yo no estaba dispuesta a rendirme.

—Eso son cuentos de viejas —exclamó Noha, furiosa—. Ninguna mujer se queda a medias embarazada. O lo está o no lo está. ¿Qué es eso de un niño durmiente?

En mi mente se estaba desatando un torbellino de ideas. Todas las leyendas y los fantasmas de mi niñez se agolpaban en un espacio de mi cerebro esperando la ocasión de salir de allí. La voz de mi madre susurrando fantásticas creencias, las historias dichas a media voz durante las noches de invierno, el temor reverencial al poder de los genios y los encantamientos...

Miré a Noha y pensé para mí: *Stenna u shuf*. «Espera y verás».

—¿Has oído hablar de Itsudhas? —le pregunté en voz baja al caíd—. Es así como se llama el hijo de Timouch. ¿Crees que sabría su nombre si *ErRian* no me lo hubiera dicho?

Noha palideció. *ErRian* es el nombre del patriarca de los genios. Todo el mundo

ha oído hablar de él en alguna ocasión. Dicen que quien le ve, tiene asegurados cien años de buena suerte.

—¿Has visto a *ErRian*? —preguntó ingenuamente Hammush.

—Claro que lo he visto. Es alto como ese ciprés que hay en el borde de la colina y lleva una chilaba blanca.

Todos me miraban. Timouch tenía la boca abierta como un pez.

—¿Sabes qué otra cosa me ha dicho? —añadí, dispuesta a librarme como fuera de las acusaciones de Noha—. Que ahora que ya no tienes ningún hijo varón, es el momento de despertar a Itsudhas, el niño durmiente.

—¿Cómo? —preguntó entonces el caíd.

—Cuando empiece el Ramadán debes venir cada día a la casa y acostarte con Timouch. Todos los días sin dejar ni uno. Si lo haces así, el vigésimo séptimo día de Ramadán, Timouch estará realmente encinta y el niño cobrará vida en sus entrañas.

El vigésimo séptimo día de Ramadán es un día mágico, algo parecido a la noche de San Juan de los cristianos, solo que no hay brujas de por medio. Para los musulmanes ese día se abre la *Thawadhz n'Yennah*, la puerta del paraíso. Mi madre solía decir que, si ves un arcoíris ese día, puedes pedir un deseo y se te cumplirá.

Yo había aprendido a mentir, a engañar a los hombres. Ese era mi único poder. Y Hammush nZyan no era más que un pobre campesino al que la guerra le había dado más privilegios de los que nunca hubiera soñado. Creo que lo convencí.

Luego tenía que convencer a Timouch. Si Hammush y ella se acostaban durante veintisiete días seguidos había muchas posibilidades de que se quedara finalmente embarazada.

—Durante el Ramadán los genios no vienen a las casas —le dije un día que ella y yo habíamos ido a colgar las piedras de un *azmún*—. Están ocultos en los arroyos, en las cuevas húmedas y en los pozos abandonados. Cada noche, antes de que tu esposo se acueste, pondré mi talismán debajo de su estera. Eso alejará de tu lecho a cualquier *yin* que aún se esconda en la granja.

Cuando acabó el Ramadán Timouch se quedó preñada. Yo no había hecho nada en absoluto. Pero la persuasión es tan poderosa que a veces puede llegar a vencer a la propia naturaleza. Cuando el caíd se enteró, me mandó llamar.

—Has cumplido tu promesa. Ahora yo haré algo por ti.

Abrió una caja de munición y sacó un sobre.

—Toma, creo que esto te lo envía el *aberrani* que paga por ti.

El sobre iba a mi nombre y estaba abierto. Dentro había media docena de fotografías, las mismas que le enseñé a usted el otro día, y un retrato mío, el que me hizo Gerald en el burdel, el mismo que usted sacó en su reportaje.

Mi rostro de niña. El que había perdido.

Mis sueños. Mi inocencia... Eso es lo que vi en esa fotografía. El tiempo que la guerra me había arrebatado.

También había una carta escrita en inglés. No podía entender qué decía esa carta,

pero solo con ver la letra reconocí que era de Holbrooke. Puede imaginar qué sentí. Cómo se nubló mi entendimiento y cómo volvieron a mí todas las emociones y los anhelos del pasado. A partir de ese día supe que Gerald Holbrooke me había reconocido y que, de algún modo, velaba por mi hijo y por mí.

¿Por qué motivo me mandó un sobre con fotografías? No lo sé. Pero siempre he tenido una especie de sexto sentido que me hace adivinar lo que pasa, no sé cómo explicarlo, relacioné una cosa con otra y pronto me di cuenta de que en el sobre debía de haber algo más. El caíd, ya se lo he dicho antes, tenía fama de codicioso, decían que abría el correo de los prisioneros y robaba el dinero que les mandaban sus familiares. Pensé que había hecho eso mismo con el sobre de Gerald, pero no me importó, porque lo único que yo quería era la fotografía que Gerald me había hecho y aquella carta con su letra.

Todavía era verano cuando los españoles desembarcaron en Alhucemas. Una flota hispano-francesa cubrió el horizonte, desde Sidi Driss a Wad Lau. Dicen que había más de cien barcos apostados frente a la costa. La operación contaba además con el apoyo de ochenta y ocho aviones que estaban dispuestos a bombardear con gas venenoso las posiciones rifeñas. El día 8 de septiembre, las unidades del tercio, mandadas por el coronel Franco, desembarcaban en la playa de la Cebadilla. Los hombres de Abd el-Krim resistieron ferozmente. A Sanjurjo le costó más de veinte días tomar Cala Quemada. Pero el avance era imparable.

El gobierno rifeño se trasladó a Tamasint y más tarde a Targuist. En el Yéjala, el Heriro seguía luchando, pero los franceses barrieron las posiciones rifeñas al norte del río Werga y Mhamed, el hermano de Abd el-Krim, tuvo que replegarse con sus hombres hacia el interior del Rif.

El invierno fue largo. A veces pensaba en cómo se habían borrado de mi mente las imágenes del pasado. Azemmur no hablaba una palabra de español y seguía siendo demasiado pequeño para su edad, pero era un niño alegre y feliz. La vida en el campo le había hecho fuerte. Pero ¿y yo? ¿Quién era yo realmente? La identidad se me escapaba entre los dedos como si fuera agua de lluvia. Desde niña había vivido rodeada de hombres, había sido adiestrada para servirlos, para darles placer, para aprovecharme de su debilidad, y ahora los hombres desaparecían del horizonte de mis días, nadie me miraba con deseo, ni se metía en mi cama, ni me obligaba a nada que no quisiera hacer. Eso me dio una libertad extraña, era como si yo no fuera yo, y sin embargo esa desacostumbrada soledad me hacía verme a mí misma como un ser autónomo; por primera vez miré en mi interior y no fue inferioridad lo que vi, sino algo que tenía mucho que ver con aquel talismán que le había arrebatado a un muerto y que me producía una extraña fortaleza interior. Ahora mi vida ya no estaba hecha de fantasías. Y si lo estaba, no tenían que ver con Melilla, ni con Gerald, ni con la vida que había añorado durante tanto tiempo. Era una situación nueva, hasta los

sueños se habían desplazado de lugar, se habían alejado... Tenía la impresión de que sobre esas nuevas circunstancias podía construir mi futuro. ¿Por qué no quedarme para siempre así? ¿Por qué no sepultarme en el mundo de mi madre, entre los de su sangre, por qué no ser una mujer rifeña que lleva en la memoria las historias que oyó de niña y en el pecho un secreto talismán? A veces me imaginaba que la guerra terminaba y me veía recorriendo las aldeas con mi hijo, soy una *thayenith*, puedo hacer que las mujeres tengan hijos y que de los pozos secos brote el agua. Soy Seiba, la mujer que no tiene dueño, la que va a los zocos y pone su puesto frente al del alfaquí, la que prepara amuletos, la que lleva sus *thingha* de pueblo en pueblo, de mercado en mercado, la que repara la honra de las muchachas y protege a las mulas del mal de ojo. Soy *Bab nThardath*, la bruja que habita con su hijo en las casas abandonadas.

El hijo de Timouch nació en el mes de marzo. Era un varón y todos en la casa, menos Noha que se consumía de envidia, se sintieron felices a pesar de que por todas partes se oía la palabra rendición.

Vivir. Eso era lo único que me preocupaba. Vivir y aguantar. Que mi hijo creciera apartado de los campos de batalla. Había visto demasiadas cosas para saber que no había lugar más seguro en el Rif que la casa del caíd Hammush nZyan. Pero la guerra continuaba. Y los intentos para conseguir una paz definitiva se sucedieron como las cuentas de un collar bien engarzado. En abril, Mohamed Azerkan y Mohamed Cheddi se reunieron con los representantes franceses y españoles en Uxda. Los Aliados pusieron cuatro condiciones para la paz: que el Rif reconociera la autoridad religiosa del sultán, que las tribus rifeñas entregaran las armas, que se liberara a los prisioneros, y que Abd el-Krim se entregara para ser deportado. Los representantes rifeños estaban dispuestos a aceptar, con algunas pequeñas modificaciones, tres de los cuatro puntos. Pero el asunto se complicó en el tema de los prisioneros. Francia y España se obcecaron en exigir que se liberara a todos los cautivos inmediatamente, como paso previo para las conversaciones de paz. Los rifeños ofrecían entregar a las mujeres y los niños, y retener hasta el final del proceso a los varones. Las cuentas del collar dejaron de estar bien engarzadas, el hilo se rompió en este punto sin que nadie se diera cuenta y, cuando el 1 de mayo de 1926 España y Francia hicieron público un ultimátum instando a los rifeños a rendirse en el plazo de una semana, Abd el-Krim citó a los notables de todas las tribus del Rif en los bosques de Ketama. Mientras sus representantes todavía negociaban en Uxda, él dio orden a más de trescientos cabecillas rifeños de que reorganizaran las harkas y que resistieran al invasor hasta que cayera muerto el último hombre. Las cuentas del collar se derramaron por el suelo. El 10 de mayo tenía lugar la batalla de Ait Hishim, en Imzoren, cerca de Axdir. Los rifeños perdieron más de un millar de hombres y la posición que se consideraba sagrada, pues Ait Hishim era la colina de los santos, el cementerio espiritual de los *imjahdan*. Dicen que ese día Abd el-Krim lloró de amargura.

«Ahora los españoles bailan sobre nuestros muertos», nos contaba el caíd que dijo

al enterarse.

El 29 de mayo, en el río Guis, los valientes guerreros de Beni Urriaguel sufrían la decisiva derrota del mercado de Thisar. Abd el-Krim estaba acorralado.

Hammush nZyan empezó a considerar la posibilidad de huir con su familia. Noha ya había preparado sus cosas para salir corriendo cuando los españoles entraron en Targuist y apresaron a Hammush nZyan. Era el día 23 de mayo. Abd el-Krim había huido y se había escondido en Snada. El 27 de mayo, después de pedir protección para él y su familia, abandonaba su escondite y se entregaba a los franceses. Por fin todo había terminado.

Llegué a Melilla el 2 de junio de 1926. Había pasado tanto tiempo desde aquel desafortunado día en el que abandoné la ciudad con Juanito Serra... Mi hijo tenía tres años y el futuro era tan oscuro como la sima en la que desapareció Rachid.

Recuerdo que nos llevaron al hipódromo y que nos alojaron en barracones, hasta que cada uno de los prisioneros fue encontrando a sus familiares. Yo no tenía a nadie, estaba sola en el mundo, pero aun así intenté localizar a doña Rosita, a Eugenia, a cualquiera que pudiera ayudarme.

Durante días busqué y busqué. Me dijeron que mi antigua patrona había vendido la casa y que se había marchado a Málaga. De los prisioneros liberados en 1923 nadie sabía una palabra. Entonces, como si el destino quisiera cobrarse una antigua deuda, volví a caer enferma. Temí que fuera lo de siempre. La sífilis se manifiesta periódicamente y ahora los síntomas de la infección eran fiebres intermitentes y una debilidad que me impedía realizar casi cualquier actividad. Azemmur lloraba y yo no podía atenderlo, ni siquiera podía darle de comer. Uno de los médicos que atendía a los prisioneros, no consigo recordar su nombre, se compadeció del estado en el que mi hijo y yo nos encontrábamos y me llevó al pabellón de infecciosos de la Cruz Roja.

—No es por la sífilis por lo que está usted así —me dijeron—. También tiene tuberculosis. Si no permanece durante algún tiempo hospitalizada, no respondo de su vida. Respecto al niño, no debe preocuparse, de momento sus pulmones están sanos.

Pero Azemmur no podía quedarse en el hospital.

—Usted no puede atenderlo y aquí se vería expuesto a cualquier contagio. Busque a alguien que pueda cuidar de él mientras usted se recupera, o de lo contrario tendremos que mandarlo a la inclusa.

No tenía nadie a quien acudir. ¿Por qué pensé en esos momentos en una casa que nunca había sido mía, en los hombres vestidos de esmoquin, en el roce de los guantes, las lámparas, brillando como si el sol estuviera saliendo de las paredes, biombos de laca, divanes, colosos negros custodiando la entrada al comedor, y de nuevo el roce, los cubiertos de plata, el roce de las palabras, un arañazo de inferioridad en el pecho, a pesar de mi juventud, a pesar de mi hermosura, por qué pensé en Aisha Kandisha, la única mujer que podía ser más diabólica que los hombres, la única que jamás se compadecería de mí y que jamás me ayudaría?

Es un pensamiento recurrente. Lo he tenido clavado en la conciencia como un aguijón envenenado, durante años me ha roído las entrañas sin permitirme olvidar lo que hice a continuación.

Era el día del Corpus. Cogí a mi hijo y dando traspies por las calles abarrotadas, me dirigí a casa de los Serra. La madre de Juanito salía en esos momentos para ir a la procesión, altiva e impaciente como en el pasado. Los criados no me dejaron ni cruzar la verja, pero aun así me quedé allí, esperando que ella subiera al coche.

Creí que no se detendría. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero al pasar por mi lado me miró un segundo a través de la ventanilla cerrada. Llevaba mantilla, peineta y un

misal en la mano. Sus ojos. Recuerdo sus ojos. Nos contempló con desprecio a Azemmur y a mí, el coche cruzó la verja, estaba a punto de doblar la esquina de la calle, cuando de pronto se paró en seco. El chófer bajó y me hizo señas para que me acercara. Me temblaban las piernas, el corazón me latía con tanta fuerza que temí que se me saliera del pecho.

Creo que ella ya sabía quién era yo. No había tardado mucho en reconocermme.

—¿Qué quiere usted? ¿Acaso sabe algo de mi hijo?

Ni siquiera respondí. Por su rostro y por el mío se podía adivinar que las noticias que yo traía no eran buenas. Ella tampoco esperaba que lo fueran.

—Vayamos dentro —dijo tratando de ocultar su turbación—. No es cosa de ponerse a hablar aquí, en medio de la calle.

Era una mujer fría, distante, pero aun así noté que tenía mucho miedo.

—Está muerto, ¿verdad? —preguntó nada más entrar en la biblioteca.

—Lo mataron de un disparo. No sufrió —mentí—. No le dio tiempo.

Todavía recordaba la escena, su rostro contraído por el dolor, los miembros amputados, la sangre saliéndole a chorros por la boca, mientras un hombre sucio y maloliente se revolcaba conmigo en un pajar.

La madre de Juanito Serra no lloró, ni siquiera bajó la vista. Fue hacia uno de los sillones y se dejó caer como si estuviera muy cansada. Luego me preguntó:

—Encontraron el coche de mi hijo cerca de Tiztutin. ¿Qué habían ido ustedes a hacer allí?

Yo seguía de pie, con el niño cogido de la mano. Fui a sentarme frente a ella.

—Íbamos a buscar las minas de oro de Yebel Hamman, ¿recuerda?

Se llevó una mano al pecho. Un gemido bronco salió de su garganta. Por un instante, casi llegó a darme pena.

Parecía realmente abatida, como solo las personas que sienten un enorme remordimiento pueden estarlo. En esos momentos no pensé en ello, ni siquiera me pregunté el motivo de su conmoción, porque apenas pasados unos segundos, se enderezó en el asiento, nos miró a mi hijo y a mí con la expresión despectiva de siempre y preguntó:

—¿Y ahora qué quiere usted de mí? ¿Para qué ha venido a verme?

—Estoy enferma. Necesito que me ayude.

—¿Cómo dice? ¿Que la ayude?

—Quiero que cuide de mi hijo mientras estoy en el hospital. Se llama Juan y no tiene apellido.

Un destello de desconfianza asomó a sus ojos.

—Juanito me contagió al dejarme embarazada —aclaré.

No hacía ninguna falta insistir en la idea de que Azemmur era su nieto, ella lo había entendido muy bien. Hay veces en las que entendemos mejor la mentira que la verdad.

Estaba sentada frente a mí, pero ya no me miraba. Sus ojos grises recorrían

nerviosamente la pequeña figura de Azemmur, como si estuviera intentando descifrar un probable engaño en el rostro de mi hijo.

—¿Cómo es posible? Este chiquillo tiene dos o tres años. ¿Dónde ha estado usted durante todo este tiempo?

—Me hicieron prisionera cuando Juanito murió. ¿Quiere que le cuente lo que me ha pasado, lo que hemos sufrido mi hijo y yo?

—No es necesario —respondió con un gesto de fastidio—, me hago cargo. Pero quizá el niño estaría mejor con su familia. Si quiere puedo darle dinero para que vuelva a Madrid.

Había reaccionado con la misma aversión que vi en su rostro cuando Juanito se empeñaba en hablar de su enfermedad.

—Yo no tengo familia, señora. Juanito mintió cuando le dijo que mi padre era magistrado.

—Entonces, ¿quién es usted?

—¡Qué más da! —dije poniéndome en pie—. Lo único que ahora debe importarle es que este niño es su nieto y que si no lo acoge en su casa se lo llevarán a una inclusa de la península. En ese caso, ni usted ni yo volveremos a verlo nunca.

Dudaba. Azemmur se agarraba a mi falda temeroso, como si entendiera lo que estábamos diciendo, y de pronto se echó a llorar. Hubo unos instantes de incertidumbre. Ella nos miraba inquieta, sus ojos iban de mí al niño, y del niño a mí, nos observaba con la boca torcida en un gesto de repugnancia, como si ambos fuéramos una semilla a la que había que aplastar, nos detestaba, era evidente, pero aceptó. Entonces hice algo, lo único que podía hacer para evitar que mi hijo me olvidara. Saqué la foto de Holbrooke, la que me había hecho en el burdel, y se la puse en las manos. La madre de Juanito Serra me miró con odio.

—Póngala junto a su cama —suplicué—. Así sabrá siempre quién es su madre.

Estaba haciendo algo más, estaba confesando quién era yo, cómo me había conocido su hijo. Pero no me importó. Tarde o temprano se iba a enterar.

Sí, la madre de Juanito Serra aceptó. No dijo una palabra, pero llamó a la criada y le pidió que se llevara al niño.

—Báñalo a fondo —ordenó—. Y dile a Vicenta que vaya a los almacenes de La Reconquista y que compre ropa adecuada para su edad.

Y yo me sentí con ganas de susurrar al oído de Azemmur: no llores pequeño, Aisha Kandisha no te hará daño porque cree que eres su nieto, la he vencido con sus propias armas, aceptará cuidarte, será tu abuela, te arropará por las noches y te cantará canciones, quizá un día te hable de ese hombre que ella cree que es tu padre y, cuando yo vuelva, nos iremos de esta horrible ciudad, nos marcharemos a vivir muy lejos, a Madrid, o a París, donde las verdaderas damas no montan casa, sino que viven en hoteles, te lo prometo, haré lo que sea con tal de que tú y yo sigamos juntos.

Se llevaron a Azemmur escaleras arriba y ni siquiera le di un beso de despedida.

Ese instante.

Nunca he olvidado ese instante. Mi hijo me miraba asustado y las lágrimas no me dejaban ver su triste carita.

Salí de aquella casa como una sonámbula. No sé ni cómo pude llegar al hospital de la Cruz Roja.

Diez meses. Diez largos meses pasaron antes de que pudiera volver a por mi hijo. La tuberculosis unió sus fuerzas a la sífilis y entre las dos estuvieron a punto de llevarme al otro mundo. Cada noche antes de dormir pensaba en Azemmur. Me lo imaginaba entre encajes y juguetes caros, comiendo exquisitos alimentos que una criada le servía en aquel comedor con dos hacherones negros en la entrada. Mi hijo, corriendo escaleras arriba, bañándose cada noche con jabones perfumados, mi hijo, en su lecho de sábanas suaves, al abrigo de aquella casa en la que una mujer altiva y elegante se acostumbraba a quererle como si fuera su nieto. Creo que eso fue lo que me mantuvo viva.

En agosto hubo un fuerte temporal de Levante. Las inundaciones causaron múltiples destrozos. El río de Oro se desbordó y el agua derribó la casa de baños de la playa de San Lorenzo y el viejo puente de Triana. El temporal avivó las epidemias y aparecieron nuevos casos de paludismo, viruela negra y tifus. El hospital estaba abarrotado. Entonces, una mañana, se presentaron en la Terraza un grupo de Damas de la Cruz Roja que venían de Madrid. Las Damas era un cuerpo creado por la duquesa de la Victoria que se nutría de voluntarias procedentes de las mejores familias. Aquellas señoritas remilgadas tenían el cometido de proporcionar un poco de consuelo a los enfermos y cada vez que había un desastre en Marruecos se desplazaban para reforzar las escasas plantillas de los hospitales de Melilla. No tengo nada contra ellas, de hecho incluso creo que hicieron un esfuerzo notable para venir de donde venían, algunas incluso prestaron servicio al frente de improvisados hospitales de campaña. Bien, pues ese grupo ataviado con uniformes almidonados se dedicó a recorrer el pabellón de los tuberculosos, que estaba instalado en una zona conocida como la Terraza. Cuando llegaron a mi cama, la enfermera les contó que había estado prisionera de los rifeños y que tenía sífilis y tuberculosis. Todavía puedo ver el gesto de horror de alguna de ellas, la malsana curiosidad asomando a sus rostros, las preguntas, los entrecortados comentarios, una mezcla de espanto y compasión... De pronto todas aquellas mujeres querían hacer algo por mí, se ofrecieron a traerme comida, me dieron estampas de la Virgen y un rosario con cuentas de madera, pero yo solo tenía un deseo: saber cómo estaba mi hijo. Una muchacha morena y alta, que llevaba un crucifijo de madera sobre el peto del uniforme, me prometió que iría a verlo y que me traería noticias suyas al día siguiente. Esperé su visita en vano, un día, dos, tres, una larga semana, y nadie volvió para hablarme de Azemmur. Cuando pregunté, me dijeron que todas las voluntarias recién llegadas habían sido destinadas al buque hospital *Castilla*, que estaba atracado frente al Cargadero de Mineral. ¿Por qué no pensé entonces en que algo malo le había pasado? ¿Por qué me resigné a seguir postrada en una cama mientras el destino de mi

hijo se alejaba como una de esas nubes que empuja el viento?

Pasó el tiempo, lentamente, tan lentamente que a veces pensaba que nunca saldría de allí. Era algo común a todos los enfermos que estábamos hospitalizados en la Terraza. Teníamos miedo a morir, pero sobre todo nos quejábamos de que los días fueran tan largos y tan idénticos los unos a los otros. Abrías los ojos por la mañana y veías los grandes ventanales abiertos de par en par, el aire salado entrando a raudales por aquellos huecos que se abrían al exterior y desde los que no se podía ver otra cosa que un pedazo de cielo. A veces alguien se levantaba y se asomaba a escondidas para contemplar qué pasaba en la calle, está lloviendo, la gente va a misa, es Navidad, todos llevan paquetes atados con lazos rojos, hoy hace mucho frío... En enero hubo un nuevo acontecimiento. El yate real *Giralda* atracó en el puerto y la infanta doña Luisa de Orleans, enviada por la reina Victoria Eugenia para entregar el Aguinaldo del Soldado, visitó el hospital de la Cruz Roja. Esta vez nadie subió al pabellón de los tuberculosos, pero a los que estábamos casi curados nos dejaron bajar al primer piso y nos dieron unas banderitas de papel para que las agitáramos cuando la infanta pasara. Era todo tan ridículo..., y de pronto, entre la muchedumbre que se agolpaba en los pasillos distinguí un rostro familiar. Llevaba uniforme de enfermera, con capote y zapatos blancos. Sobre el peto almidonado lucía una cruz de madera. Me acerqué y le pregunté si me recordaba.

—Usted estaba en la Terraza, ¿verdad? Claro que la recuerdo.

No parecía muy alegre de verme.

—Me prometió que iría a preguntar por mi hijo. Dígame, ¿está bien? ¿Llegó usted a verlo?

Entonces me miró muy seria.

—Fui a la casa que usted me indicó. Me dijeron que el niño había muerto.

No podía ser. Una madre sabe cuándo su hijo está vivo. Y yo sentía los latidos del corazón de Azemmur junto al mío, cada noche antes de dormir me ponía una mano sobre el pecho y no era un latido lo que oía, sino dos. Mi hijo no había muerto. Todo aquello no era sino una simple confusión. Seguramente esa mujer se equivocó de casa, o quizá preguntó por el hijo de la señora y le dijeron eso, que había muerto, pero era por Juanito por quien lo decían.

Esa noche no pude pegar ojo. Por la mañana, antes de que despuntara el alba, cogí mis cosas y me fui del hospital sin decir una palabra a nadie.

En casa de los Serra no había nadie. La verja estaba cerrada y en el jardín los mirlos correteaban por la gravilla con total libertad. Llamé a la cancela y, cuando ya iba a marcharme, salió un hombre vestido con ropa de trabajo. Me dijo que los señores estaban de viaje y que no volvían a Melilla hasta la primavera.

—¿Los señores? —pregunté.

—¿No lo sabe usted? La señora se ha vuelto a casar. Figúrese, después de tantos

años...

—¿Y el niño? ¿Se ha ido con ellos?

—¿Qué niño? Aquí no hay niños, señorita. El único hijo de la señora murió hace cinco años.

No podía creer lo que estaba oyendo. Intenté explicarle al hombre que yo misma había dejado a mi pequeño en aquella casa.

—Se equivoca usted, le vuelvo a repetir que yo nunca he visto un niño pequeño, pero si quiere puede preguntarle a mi mujer.

Abrió la verja y me dejó pasar hasta la casa de los guardeses, que estaba situada en la parte trasera.

—Espere, le diré que salga.

Aguardé durante unos minutos. A través de la ventana les oí discutir.

—¿Para qué la has traído aquí? —le dijo la mujer a su marido—. ¿Quieres que nos echen a la calle?

—¡Y yo qué sé! Pregunta por su hijo y parece tan desesperada...

Finalmente ambos salieron a la puerta.

—Mire, nosotros no podemos decirle lo que pasó. El niño estuvo aquí muy poco tiempo. Una mañana se lo llevaron en el coche y ya no volvimos a verlo. La doncella de la señora me dijo que se había muerto. De tifus, creo.

No podía creerlo. Aisha Kandisha había sacado sus pezuñas de cabra y se había llevado a mi hijo a los infiernos.

Creo que vagué por la ciudad durante horas. No podía pensar con claridad. Quería hacer algo, mi sangre se había paralizado en las venas y sentía la imperiosa necesidad de correr, de huir, de salir de aquella horrible ciudad que durante años me había parecido el paraíso. Melilla era un agujero, un lugar maldito al que no debía haber vuelto.

Subí al Pueblo y me asomé al torreón del Faro. Era un día gris, plomizo, el viento soplaba con fuerza y las olas se estrellaban contra los muros de la ciudad. Llovía a raudales. Golpes de agua racheados que tan pronto venían de un lado como del otro. El mar se extendía ante mí como una gran mancha oscura. Todo era humedad y frío. Me arranqué el talismán de Rachid y lo eché al agua. No cayó enseguida. Revoloteó durante unos instantes a merced del viento, mientras yo pensaba en Azemmur y en que tenía que habérselo puesto alrededor del cuello antes de dejarlo en aquella casa. Eso lo hubiera protegido más que una simple fotografía. Me sentía terriblemente atormentada. Pensaba que lo mejor que podía hacer era dejarme caer yo también,irme detrás de ese atado de cuero y perecer entre las rocas y el oleaje. Y de pronto, cuando estaba dispuesta a cometer una locura, alguien me tiró de la manga. Era un moro pequeño y escuchimizado. Llevaba una chilaba corta y tenía una cicatriz que le cruzaba media cara.

Al principio no lo reconocí. El viento no me dejaba oír su voz y la lluvia me impedía verlo bien. Pero luego, cuando Ahmed me llamó por mi nombre, caí en la

cuenta de quién era. Estaba tan desesperada que me eché a llorar, no sé si por causa de la angustia que me atenazaba el corazón o por la alegría que me produjo encontrar al criado de doña Rosita. Casi me entraron ganas de abrazarlo. ¡Cuánto había cambiado mi vida!...

Ahmed se percató de que algo malo me pasaba. Me apartó de la muralla y me llevó a la casa en la que vivía, una sencilla edificación en el barrio de La Alcazaba. La casa era muy humilde y estaba situada a los pies del fuerte Victoria Grande, cerca de los barracones de madera que formaban parte del antiguo cuartel de África. Me dijo que había comprado la casa con el dinero que le dejó la patrona al morir.

Yo no sabía que doña Rosita hubiera muerto, pero Ahmed me contó en pocas palabras qué había sucedido en los últimos años. Cuando se demostró que doña Rosita no tenía nada que ver con la muerte del pobre Max, la dejaron libre y él, que se había refugiado en una cueva frente al penal de La Alcazaba, salió de su escondite. Entonces estalló lo de Annual y ya nadie se preocupó de nada que no fuera Abd el-Krim. Pasaron muchos meses antes de que la situación se normalizara. La vida había dado un brusco giro para doña Rosita y para Ahmed. La mayor parte de los clientes habituales habían muerto y las chicas se fueron buscando la vida cada una por su cuenta. La patrona intentó reflotar el negocio, pero los pocos contactos que le quedaban le volvieron la espalda. Cansada y aburrida, decidió vender la casa y marcharse a Málaga con su fiel Ahmed. Allí montaron un pequeño bar cerca del puerto y al poco tiempo, cuando parecía que el negocio podía ir bien, la patrona cayó gravemente enferma. Ahmed la cuidó hasta que murió, dos años más tarde.

Le pregunté si había estado en la guerra y me dijo que no. Yo todavía recordaba la muerte del teniente Luis Marqueta, cuando Juanito y yo, muertos de miedo, nos ocultábamos tras unos matorrales. Pero Ahmed me aseguró que jamás se habría marchado de Melilla dejando a la patrona en aquella situación. Y le creí, porque me lo imaginaba frente al penal esperando que saliera doña Rosita, como un perro abandonado que espera el regreso de su dueño.

Ahora se había quedado huérfano y no sé quién de los dos se alegró más de encontrar al otro. Ahmed seguía teniendo el mismo aspecto miserable de siempre, a pesar de que doña Rosita le había dejado todo su dinero y el bar que habían comprado en Málaga. Cuando le pregunté por qué había regresado a Melilla, ahora que era propietario y podía vivir bien de su negocio, me miró muy serio, bajó la cara y susurró:

—Los españoles no nos quieren en la península. Estoy mejor aquí.

Era agradable estar allí con él, hablando de los viejos tiempos. Por un instante me hizo creer que yo era una persona como las demás, con raíces, con pasado, con amigos. Entonces le pregunté si habían tenido noticias del inglés.

Ahmed me contó que Gerald había vuelto a Melilla y que había preguntado por mí.

—Nadie sabía qué te había pasado, solo que te habían visto salir en el coche de

ese Juanito Serra. Pero la patrona me mandó levantar las baldosas del sótano y darle un paquete. Debía de ser algo que a ella no le gustaba tener allí, porque le dijo: «Llévate esto ahora mismo de mi casa».

Ahmed me preguntó si sabía en qué clase de líos estaba metido el inglés. Entonces recordé la carta que me había dado el caíd Hammush.

—¿Conoces a alguien que me pueda leer esto? —le dije a Ahmed enseñándole la carta—. Creo que está escrita en inglés.

Ahmed la cogió. Le dio un par de vueltas, sin saber cómo había que mirarla y dijo:

—Para mi gusto ese tipo no era trigo limpio —comentó—. No sé qué habrá sido de él, pero estoy seguro de que ahora que la guerra ha terminado, ya no volverá a asomar las narices por aquí. Yo que tú, rompería esta carta.

Seguramente tenía razón. Todo había cambiado de tal modo que era absurdo pensar en Gerald Holbrooke. Yo ya no era la misma mujer, no sé cómo explicarlo, había dejado de ser aquella niña inocente que ve solo el lado bueno de las cosas. Los sueños se habían desvanecido y el amor también.

Cogí la carta y la arrojé a la estufa de leña. No obstante, me guardé las fotos que había en el sobre.

Mi foto en el burdel había desaparecido con mi hijo. Como mi juventud. Como mi inocencia. No quería deshacerme de esas otras que, quién sabe por qué, Gerald se había molestado en enviar a casa del caíd Hammush. Sobre todo de aquella en la que estábamos Azemmur y yo. Era el único recuerdo que tenía de mi hijo.

La vertiginosa experiencia de Melilla me había dejado un poco corto de reflejos. ¿Así que Holbrooke se hizo de nuevo con el paquete encerrado en el sótano del burdel? Sara y yo habíamos estado a punto de pedir que levantaran el terrazo de la tienda de lanas...

Pensé.

Incluso cuando la vieja volvió a hablar.

Pensé...

La foto de Ahmed en aquella exposición... Los Gamboa...

Por fin podía entender algo de ese curioso galimatías. Gerald Holbrooke llevaba los diarios y las fotografías encima cuando lo asesinaron en Nador. Seguramente los asesinos se lo arrebataron todo en aquella calleja polvorienta. Tuvo que ser así como ocurrió.

La vieja había vuelto a hablar, pero en aquellos momentos a mí me interesaban más mis propios pensamientos, el orden con el que las cosas se iban poniendo en su justo lugar. Alguien había remendado las redes y ya no había agujeros por los que caer. Por fin.

Pensé. Había dos depositarios de la herencia fotográfica de Holbrooke. Uno de esos depositarios era la vieja: ella tenía las fotos que alguien había enviado a casa del caíd Hammush. Creo que nunca podremos saber si fue Holbrooke quien lo hizo, pero después de leer la carta que mi hija llevaba en su bolso de tela, llegué a la conclusión de que no había sido él, sino alguien que cumplía sus últimas voluntades. Posiblemente, cuando las fotos, la carta y quizá el dinero llegaron a la granja del caíd Hammush, Holbrooke ya había muerto. El otro depositario era un tal Fermín Gamboa, a cuyas manos habían ido a parar las cosas que Gerald Holbrooke llevaba encima cuando lo mataron. Nadie sabe tampoco por qué, aunque no es difícil imaginarlo. El bueno de Mahayub solo era un pobre diablo que se quedó con lo que le ordenaron tirar.

Ahmed, aquel muchacho maloliente al que tanto había odiado cuando me habló de matrimonio en la terraza del burdel, se empeñó en que me quedara en su casa y yo se lo agradecí sinceramente, porque necesitaba alguien que cuidara de mí. Me negaba a reconocer que mi hijo estaba muerto, no era capaz de admitirlo, y eso me consumía y me llenaba de desesperación.

Pienso en él muchas veces. En el modo en el que supo cuidar de mí sin pedir nada a cambio. Pobre Ahmed... Tan duro, tan salvaje y tan fiel... Creo que echaba tanto de menos a doña Rosita que se empeñó en ponerme en su lugar.

Durante los meses siguientes Ahmed fue cada día a casa de los Serra. Se quedaba frente a la verja, vigilando. Una mañana del mes de marzo llegó acalorado y corriendo.

—Ya han vuelto —me dijo—. El coche está aparcado junto a la puerta principal.

Me puse la ropa que me habían dado las Damas de la Cruz Roja, un vestido de percal y una chaqueta de punto y me presenté allí. La madre de Juanito no estaba en casa, pero en cambio me recibió su flamante marido. Me quedé de piedra al verlo. ¿Sabe usted quién era? Aquel industrial que se llamaba Uribe, el que había descubierto que en Yebel Hamman había oro. Imaginé por qué Aisha Kandisha se había casado con él.

Cuando le dije que quería saber qué había sido de mi hijo se quedó realmente extrañado.

—Sinceramente, señorita. No sé de qué me está usted hablando. Pero si espera a que regrese mi esposa, aclararemos inmediatamente este malentendido.

Esperé. Uribe me preparó una copa de jerez, mientras yo intentaba contarle lo que me había ocurrido desde aquella noche en la que nos contó que en las montañas de Yebel Hamman había oro. Él no se acordaba de mí, pero yo le dije lo mucho que nos había impresionado su historia a Juanito y a mí, sobre todo a mí, recalqué, que convencí al pobre Juanito para que me enseñara esas minas. Uribe estaba horrorizado con todo lo que le conté. Aparentemente no sabía una palabra de la dinamita, ni de Vulpes, ni de nada, pero cuando le expliqué cómo se explotaba el yacimiento debió de atar cabos y se puso blanco como la cera.

—Le prometo que todo esto va a quedar completamente aclarado hoy mismo.

Cuando la madre de Juanito regresó a casa hubo una escena terrible. Uribe le pidió explicaciones sobre la mina y ella, roja de ira, le exigió que primero me pusiera de patitas en la calle.

Estaba tan furiosa que echaba chispas por los ojos.

—No se mueva usted de aquí —dijo Uribe—. Nadie va a salir de esta casa hasta que yo haya comprendido bien qué sucede.

Se metieron en la biblioteca y cerraron la puerta. Se les oía discutir desde la otra esquina de la casa. Finalmente, el hombre regresó con algo entre las manos.

—Usted no me ha dicho la verdad. Sabemos quién es y qué pretende.

Yo no podía entender aquel cambio. Entonces Uribe arrojó algo sobre el sofá. Era

una foto del burdel. No la había hecho Gerald, era una foto cualquiera, sin ninguna calidad. Yo estaba con Max y Juanito Serra, junto al piano. Llevaba la bata abierta y se me veían las enaguas.

Intenté explicarle a aquel hombre lo que realmente ocurría, pero Aisha Kandisha lo había hecho por mí.

Uribe me cogió del brazo y me llevó hasta la puerta. No me dio tiempo a reaccionar.

—No vuelva nunca más por aquí —grito empujándome hacia el camino.

Ahmed me esperaba junto a la acera. Creí que iba a saltar la verja, sacar el puñal del cinto y rebanarle el pescuezo allí mismo.

Cuando le conté lo que había pasado no dijo una sola palabra. Pero esa misma tarde desapareció. Tres días después me enteré de que habían matado a la madre de Juanito Serra. La habían asesinado en el jardín de su casa. Alguien le había sacado las tripas y se las habían anudado alrededor del cuello, como solían hacer los moros con los españoles durante la guerra del Rif. Yo nunca le pregunté a Ahmed si había sido él. Realmente, no hacía falta.

La idea de que Azemmur estaba vivo seguía obsesionándome. De vez en cuando, solía ir a casa de los Serra y me quedaba frente a la verja esperando verle aparecer correteando por el jardín. Pero después de la muerte de la madre de Juanito, su marido cerró la casa y se marchó a Madrid.

Volví a enfermar. Por las noches me despertaba sobresaltada, ardiendo en sudores, y el bueno de Ahmed venía y me traía un poco de leche o un vaso de agua. Esta vez ni siquiera me acerqué por el hospital. Un día, cuando abrí los ojos, lo vi frente a mí, como aquella tarde en la que me había quedado dormida en la azotea.

—El niño está muerto —me dijo—. No puedes hacer nada más por él, así que levántate de la cama.

—¿Por qué dices eso? Tú no puedes saberlo.

Ahmed me miró con aquellos ojos suyos que brillaban en la oscuridad como si fueran dos cuchillos.

—Lo sé —replicó—, puedes creerme. La gente no suele mentir cuando se está muriendo.

Ella sí, pensé. Ella es Aisha Kandisha, la bruja que tiene patas de cabra. Ella miente a los hombres, los engaña, trata de robarles el aliento durante la noche y se los lleva como se llevó a mi hijo, como se llevó a Juanito muchos años antes de que muriera, como se llevará a ese hombre grande y fuerte que ahora es su marido.

Pero Ahmed no quería oír más tonterías.

—Levántate, te digo. Se acabaron los llantos. Ahora solo vas a pensar en curarte.

Esa misma tarde me llevó a la consulta del antiguo médico de doña Rosita. Me recetaron un tratamiento de choque con arsenobencenos y un compuesto de mercurio

que había que aplicar sobre la piel. El médico me recomendó que, si podía, fuera a los baños de Muley Yacub, cerca de Fez.

—Son aguas sulfurosas —dijo—. Usted es muy joven y los baños pueden actuar como coadyuvante del tratamiento.

—Iremos —dijo Ahmed.

—¿Pero cómo vamos a pagar todo esto? —le pregunté cuando salimos de la consulta.

Ahmed se metió la mano bajo la chilaba y sacó una bolsa de tela.

—Con esto.

Eran las joyas de doña Rosita. Todos sus anillos y sus collares estaban allí. Y esas alhajas que yo, y otras como yo, le habíamos ayudado a comprar, sirvieron para que un año después Ahmed y yo montáramos una casa de huéspedes en la calle Cervantes. El negocio fue bien. En 1931 teníamos además un restaurante y un café en la planta baja del mismo edificio.

Yo tenía veinticinco años cuando volví a ver a Secundino Uribe. Nos encontramos en el despacho de un notario. Apenas hablamos, pero esa misma noche lo vi aparecer por el restaurante. Quería pedirme disculpas por haberme echado a empujones cuando le intenté contar lo que había pasado en Yebel Hamman.

—Usted tenía razón —me dijo—. Yo nunca hubiera sospechado que podían engañarme de aquella manera. ¡Si lo hubiera sabido entonces!

Parecía una persona distinta. Toda su arrogancia se había esfumado. O al menos, así me lo pareció. Se le veía abatido, humillado, lleno de vergüenza.

Me contó que la madre de Juanito lo había sometido a un verdadero acoso en cuanto se enteró de la existencia de la mina, que él había caído en la trampa como un idiota, y que solo al hablar conmigo empezó a desconfiar. Luego vinieron las pruebas. Pero ya era demasiado tarde para castigar a los culpables. Todos estaban muertos.

—Encontré esta carta entre las cosas de mi mujer.

Me tendió un papel rayado y escrito por alguien que firmaba J. Baudoz.

Vulpes ha muerto. Necesario suspenderlo todo durante algún tiempo. Conviene tramitar la titularidad de la concesión. Use su influencia ante Uribe para que le permita participar legalmente de la misma.

Me aclaró quién era Baudoz. Yo no había oído nunca su nombre, pero cuando me habló de su aspecto reconocí al albino de rostro quemado por el sol. Entonces entendí muchas cosas.

Secundino Uribe no sabía una palabra de los tejemanejes de su mujer. Es cierto que la mina era suya, pero nunca dio órdenes a nadie para que la explotara y nunca hubiera consentido que se hiciera en aquellas condiciones. Le creí. Al fin y al cabo, sospechaba que le había ocurrido lo mismo que a mí: toda su culpa era haber estado en medio de un siniestro complot sin enterarse de nada.

Baudoz también había muerto. Según las noticias de Uribe, Abd el-Krim lo había mandado ejecutar cuando por fin se enteró de lo que había estado tramando a sus espaldas.

—Ya no me queda nada que hacer aquí.

Era un hombre resentido, que quería deshacerse de todas sus propiedades y empezar una nueva vida lejos de Melilla.

Me propuso que lo acompañara y acepté. Para mí también era la oportunidad de olvidarlo todo. No sentía nada por él, ni siquiera rencor, solo era otra víctima más de aquella despiadada mujer. Como yo. Tres meses después me casaba con él en Madrid.

Ahmed no quiso venir.

—En la península no tratan bien a los moros —me dijo.

Se quedó en Melilla durante uno o dos años y, al cabo de ese tiempo enfermó, nadie supo decirme de qué, y finalmente murió. Cuando lo enterramos tenía una foto mía debajo de su almohada.

En mi sueño veo los campos del Rif. Una muchacha de quince años que lleva un hermoso vestido de flores con el cuello de organza y un ribete en las solapas. El tejido se le pega a las nalgas cuando camina, pero ya no camina, está ovillada junto a una pared de adobe, el vestido sucio, el rostro ensangrentado, las manos alrededor de las rodillas, mientras intenta no mirar. Muy cerca, al borde del camino, un grupo de rifeños han capturado al hombre con el que viajaba. Le han cortado los dedos de las manos y le golpean sin piedad. El hombre no entiende sus palabras. Los rebeldes gritan, le insultan, le patean. El odio salpica el aire y se mezcla con el olor a pólvora. Un hedor acre lo contamina todo. Es el olor que se produce cuando el odio y la muerte se encuentran. La muchacha comprende cada uno de sus gritos, sabe que le llaman sucio piojoso español, comedor de ranas, quieren que el hombre los lleve hasta su automóvil, el hombre no entiende, solo gime y solloza, la chica sí, la chica comprende el idioma de los asaltantes, pero tiene miedo, no puede hablar. Y de pronto, su rostro se transforma, el odio invade su inocente mirada y la convierte en otra persona.

Y luego oigo su voz...

«Esa mujer extenuada que soy, sucia, enferma, envejecida. Solo tengo dieciocho años y ya me siento así. Estoy sola con mi hijo, cautiva en la morada de un león que tiene el corazón de piedra, los sentimientos de piedra, mi pequeño es como una aceituna, una criatura de seis meses que rompe a llorar, su llanto vence al silencio, a los lamentos, al ruido de los picos, su llanto remonta el estrépito del horror, llora como si estuviera expresando el sufrimiento del mundo desde el principio de los tiempos. La mina se esconde en un pliegue de la montaña. Nadie llega nunca allí. Los barrenos explotan, sacuden las entrañas de El león dormido, pero nadie llega nunca. Estoy sola. ¿Sabe usted qué es la inocencia?».

Sí, lo sé. La inocencia es ese estado de bienestar que siento ahora. Por fin tengo la sensación de haber hecho las cosas como hay que hacerlas.

Lucía Osman se merecía un interlocutor en condiciones. Otra voz que respondiera a la suya. Desde luego, esa voz no era la mía, pero aun así recuerdo que intenté contarle a la anciana lo que había averiguado en Melilla. Le hablé de la casa de la calle General Buceta, que todavía seguía en pie, y de la tienda de lanas que habían puesto en la planta baja, donde seguramente antes había estado el salón del burdel, pero no dije una sola palabra sobre lo que había averiguado de los Gamboa y su relación con Mahayub, sobre el modo en el que la fotografía había llegado hasta mis manos. Silencié muchas cosas. ¿Por qué? Quizá no quería que el presente contaminara el pasado. Solo quería que ella conociera el contenido de aquellos cuadernos que Sara guardaba en su bolso de tela.

Me escuchó en silencio, pero yo podía ver sus ojos ávidos, sus manos huesudas que temblaban sobre las sábanas, su rostro de moribunda que de pronto parecía

contagiado de vida... En esos momentos me sentí muy de cerca de ella, agradecido porque me hubiera devuelto algo que yo había perdido hace mucho tiempo: la emoción.

Entonces saqué yo mismo los diarios de Holbrooke de aquel bolso que mi hija llevaba siempre consigo. Sara no protestó, pero al hurgar en él vi una caja de preservativos. ¿Qué había sido de aquel novio suyo? ¿Cómo se había evaporado? Sara no había vuelto a mencionarlo y en ese mismo instante supe que eso se había acabado para siempre.

Otra cosa que le debía a Lucía Osman.

Empecé a leer. Intentaba traducir y, cuando desconocía el significado de alguna frase, yo mismo la reconstruía, la inventaba, sabiendo de antemano que así no cometería ningún error. Tenía las cosas tan claras que podría haber escrito un guión cinematográfico con la historia de Lucía Osman. O una novela. Porque la conocía muy bien. A veces mejor que ella.

Leí.

Desde el comienzo. Con las dos libretas negras, una sobre la otra, como si fueran un legado de palabras que la vieja esperaba hace demasiado tiempo.

Leí.

Sabiendo que deslizaba hasta sus oídos una recompensa que ella merecía. La vida le debía algo y a mí me habían puesto en su camino para que pagara esa deuda.

He llegado a Melilla sin dificultad. En la ciudad pueden quedar unos tres mil hombres. Cada día sale una nueva compañía en operación de campaña. Nadie sabe a ciencia cierta cuál es la resolución de Silvestre, pero es evidente que sus tropas avanzan hacia el Oeste, en dirección a Alhucemas. En la zona de Beni Ulishhek hay dos posiciones avanzadas, según he podido saber: la de Bu Meyan y la de Annual. Luego están Izummar y Dar Drius. No conozco la situación de ningún otro campamento español, aunque me han llegado noticias de que los españoles han conquistado una pequeña base costera, en un lugar llamado Sidi Driss.

Ahora era mi voz la que sonaba en el silencio reverencial de aquella habitación. La anciana permanecía con los ojos cerrados y yo leía una tras otra las páginas de los cuadernos con tapas de hule. El tiempo se había detenido de pronto.

La casa de R. no es lo que esperaba. Aparentemente es un lugar tranquilo, limpio, y las chicas parecen más o menos conformes con su suerte. Hay dos hombres. Un viejo pianista y un nativo bajo y cetrino, que aparenta ser un criminal de baja estofa y se ocupa de diversos cometidos, todos ellos relacionados con la seguridad de R. y sus muchachas. Por lo demás, entre las mujeres no he podido ver otra cosa que lo habitual. Cuentan a regañadientes historias que para mi pesar conozco de antemano. Solo una de ellas, una pequeña mestiza que lleva en la casa desde que era una niña, despierta mi interés. R. la hace pasar por su sobrina. Es inocente y hermosa. Todavía no ha dejado del todo la crisálida. Si no se embrutece por esta vida, podría convertirse en una mujer capaz de hacer que cualquier hombre pierda por ella la cabeza.

Piezas. Eso eran. Piezas separadas que solo la historia de Lucía Osman conseguía unir.

Como en un maldito puzle. Todas esas palabras inglesas que a veces me costaba tanto esfuerzo comprender.

Apretadas, unas junto a otras, como un trabalenguas.

Hasta la fecha no he podido contactar con la persona que X. me había prometido, aunque intento moverme dentro de la ciudad y recabar información de otras fuentes. El ambiente nocturno del burdel es tedioso y pueblerino. Los militares españoles y los pocos civiles que constituyen la clientela son individuos toscos, sin ningún interés. Por el contrario, disfruto de los ratos de normalidad cotidiana que se producen cuando la casa está cerrada sobre sí misma. En esos cortos períodos de tiempo, las mujeres andan a su aire, medio desnudas, sin maquillar, con los cabellos esparcidos sobre los hombros. Me siento junto a ellas y trato de que me cuenten cosas de su vida, pero unas son reacias a hacerlo porque desconfían de los hombres y las más no son capaces de verbalizar sus experiencias de un modo atractivo, quizá porque no tienen el don de la conversación y no conciben otro tipo de relación que aquella que se deriva de su oficio.

La muchacha mestiza se llama Lucía y cree que desconozco sus orígenes. Miente con total impunidad. La

observo mientras trata de escabullirse a mis preguntas. Le han inventado una falsa historia y ella la repite con obediencia. Es graciosa. Un poco salvaje. Y también inocente. Diría que tiene cierta inteligencia natural.

Las palabras salían de mi boca como si fuera yo el autor de aquellos diarios.

Palabras.

A veces tan familiares, tan mías, que quizá parecía que era yo y no Holbrooke el que había estado allí... Ese poder tenía la historia de una niña a la que su padre vendió en un burdel de Melilla por un fajo de billetes sucios. Todavía.

Tanto tiempo después.

Hago mis gestiones para entablar relaciones con algunos mandos españoles. R. pone a mi disposición sus muchas influencias y me presenta a algunos oficiales que ocupan puestos de responsabilidad. A los españoles les halaga que un periodista inglés se interese por ellos, que les haga fotos, y presumen de saber más de lo que realmente saben. Eso complica mucho mi trabajo, porque tengo que escarbar debajo de la falta de modestia y extraer los datos que considero correctos. Aun así, creo que estoy haciéndome una idea bastante exacta de la realidad.

Hoy he descubierto que Lucía no sabe leer ni escribir. He decidido enseñarle. Es lista. Aprende sin dificultad.

También he hablado con varios oficiales destinados en la Policía Nativa. No confían en las tropas indígenas. Me han contado que las condiciones de reclutamiento son vergonzosas, que se entrega el uniforme y un fusil a cualquiera que llegue. Son hombres sin ninguna formación y sin ningún vínculo con España. Algunos se alistan para llevar a cabo venganzas personales. Temen que pueda haber infiltrados que pasan información a las cabilas rebeldes.

Todas las noticias son contradictorias. Abd el-Krim parece encontrarse entre dos fuegos. Por un lado, tiene que frenar el avance español y por el otro, dicen que trata de contener el fanatismo de sus propios compatriotas. Hay datos confusos para apoyar estas manifestaciones que pueden parecer arriesgadas, pero he conseguido saber que ha intentado pactar una entrevista con Silvestre y que el comandante general se ha negado. No obstante, Abd el-Krim ha enviado a Melilla a su cuñado, Mohamed Azerkán, al que los españoles llaman el Pajarito.

He cursado una carta dirigida al vicecónsul de Tánger, comunicándole mi deseo de adentrarme en el territorio no ocupado. Pienso que a Inglaterra le interesa tener noticias de lo que aquí está pasando y considero que tengo ciertas obligaciones con mi país. Por otra parte, me encuentro ante una disyuntiva difícil. Melilla es una ciudad miserable, muy distinta de Tánger, pero la pequeña Lucía me tiene atrapado entre sus cálidos brazos y no siento deseos de partir. A veces hablo con el pianista, ese viejo atormentado que también siente una especial predilección por la pequeña, y me pregunto qué será de ella cuando yo me vaya. Sin duda está condenada a acabar como la mayor parte de las mujeres de su condición. Dentro de diez años nadie la reconocerá. Ni siquiera R. puede evitar que eso suceda.

He hablado con él en uno de los reservados del casino militar. Ha sido una entrevista apasionante, porque este individuo conoce a Mohamed Azerkan y se ha ofrecido a actuar de mediador para que me reciban en Axdir. El argelino asegura que Azerkan le debe muchos favores y que, a cambio de una pequeña cantidad de dinero, puedo conseguir que me lleven allí. Tengo la sospecha de que alguien me está utilizando, pero aun así quiero ver qué hay de cierto en todo esto.

Luego, esa misma tarde, he conseguido algo que hace tiempo deseaba. El muchacho llamado Ahmed ha posado para mí. Le había pedido a R. que se lo dijera y finalmente ha accedido. Le he hecho media docena de fotos y luego me han habilitado un espacio en el almacén para que las revelara. Lucía ha estado presenciando el proceso. Estaba extasiada. He querido positivizar también algunas de las fotografías que le había hecho a ella durante las semanas anteriores, porque me he imaginado que le gustaría ver aparecer su imagen como por arte de magia. Y así ha sido. Temblaba de emoción. He seleccionado la que me parece más sugerente, una en la

que se ve su rostro en primer plano, con la mano apoyada en la mejilla y uno de los pechos asomando indiscretamente a través de la blusa. Está sonriendo. Al fondo se ve el pasillo y a una de las pupilas del burdel hablando con un hombre. Es una foto magnífica, tengo que decirlo. La mejor de cuantas he tomado en Melilla. Se la he enseñado y ella la ha apretado contra su pecho como si fuera un tesoro. Me conmueve esta niña. Cuando tenga tiempo quiero ordenar todos estos negativos. De momento solo he podido escribir una pequeña leyenda en cada uno de ellos. Sobre la placa de Lucía he puesto: «Interior de un burdel de Melilla». Y luego la he firmado.

¿Cómo podía leer lo que ya había visto, lo que ella me había contado con sus propias palabras, cómo era capaz de recomponer con tanta facilidad el mundo en el que me había infiltrado siguiendo el brillo cegador de sus recuerdos? Y ahora, ¿con qué derecho se adueñaba Holbrooke de todo aquello?

De pronto pensé que el inglés ya no era el protagonista de los diarios.

Holbrooke se había convertido en alguien ajeno, un intruso, porque aquellas páginas eran la historia de otra vida, la de Lucía Osman.

Leí.

Titubeando a veces. Con un nudo en la garganta.

Mientras la vieja permanecía con los ojos cerrados y los labios temblorosos.

Hay un asunto al que hasta ahora no había concedido especial atención y que, sin embargo, al conocer un poco más los entresijos de la política española, veo que es una cuestión de la máxima importancia. Las únicas posibilidades que realmente ha habido en la zona de una penetración pacífica han sido las impulsadas por ciertos empresarios que deseaban establecerse aquí. En concreto, me refiero a un tal Horacio Echevarrieta, de cuyas actividades he sabido a través de una carta del consulado. Este Echevarrieta lleva años intentando conseguir concesiones mineras; de hecho estuvo asociado con el grupo inglés del Sindicato Minero de Marruecos, por lo que se le supone cierta cercanía a los intereses de Inglaterra. Solicitaron más de veinte denuncias mineras. Pero el gobierno español y la Comisión Arbitral de París favorecieron las pretensiones de otros solicitantes, en concreto las de La Sociedad Española de Minas del Rif, que como todo el mundo sabe tiene entre sus socios a muchos políticos influyentes. Por lo que sé, Echevarrieta es un hombre íntegro y demuestra cierto olfato para los negocios. Incluso le propuso al alto comisario, general Dámaso Berenguer, construir un ferrocarril de Ceuta a Tánger y combinar esta vía de comunicación con una flota de vapores rápidos. Al no obtener la protección necesaria para efectuar los trabajos ha desistido de su empeño, lo que me da una idea de la ineficacia de ciertos militares que se apresuran a defender los intereses de algunas compañías y desoyen las buenas propuestas de otros inversores.

La influencia de los intereses económicos en la política colonial es notoria y a veces son más importantes los acuerdos comerciales que las victorias militares. Los políticos españoles están dando muestras de una espantosa ineficacia al desaprovechar la vía pacífica. Hoy he visitado la oficina de un tal Antonio Got, que a la sazón actúa como representante de los intereses de Echevarrieta en Melilla, y es por las conversaciones mantenidas con esa persona que me hago todas estas reflexiones. Got me ha informado de un hecho que considero grave. Según él, Horacio Echevarrieta ha enviado a Alhucemas a un moro próximo a Abd el-Krim, que se llama Driss ben Said. Este individuo tenía como misión solicitar del cabecilla rifeño un permiso de investigación en su cabila para comprobar si son ciertos los rumores de que allí existen importantes yacimientos mineros. Abd el-Krim ha contestado: «Antes de denunciar las minas, es decir, para que pase un ingeniero a nuestro territorio, tenéis que entregarnos un millón de pesetas». Echevarrieta se ha negado a tal pretensión. Pero Driss ben Said ha seguido insistiendo ante el jefe de los Beni Urriaguel y finalmente ha conseguido una propuesta espectacular: Abd el-Krim accede a que se reconozcan los terrenos de su cabila con una nueva condición, que el general Silvestre no siga avanzando hacia Alhucemas. Dentro de un tiempo, el propio Abd el-Krim le facilitaría la ocupación a través del cabo Quilates y otros puntos de la costa. A Got y a mí mismo esta nos parece una pretensión que, si bien deja en un segundo lugar a los militares, podía resultar una magnífica esperanza de pacificación. ¿Qué ha ocurrido entonces? ¿Por qué Silvestre ha decidido, tras un rápido viaje a la península, seguir avanzando? ¿No es esto una clara provocación? ¿Acaso ha recibido algún tipo de consigna para desatender los buenos oficios mediadores de Echevarrieta? Me pregunto si es el propio rey quien lo anima a intervenir militarmente. Antonio Got piensa que Silvestre ha recibido instrucciones

precisas en ese sentido. Ahora que la guerra parece inminente, Echevarrieta puede perder la posición ventajosa que tenía hasta hace muy poco.

He reflexionado sobre todo esto y creo que no es aventurado sospechar que hay otras empresas interesadas en quitar de en medio al mencionado empresario y que esos supuestos competidores actúan sobre seguro porque tienen mucha influencia en Madrid.

Por fin hemos tenido noticias de Azerkan. El argelino me ha entregado una carta por la que el cuñado de Abd el-Krim se compromete a gestionarme una entrevista. El dinero que le prometí se lo he dado a mi contacto.

En ese momento, más allá de lo que los diarios decían, yo vi (creo que todos la vimos) una escena en la habitación de un burdel, una niña de quince años que recibe un paquete y lo esconde debajo de su colchón. Veo las marcas de ceniza en el sótano, y a doña Rosita, con sus collares y abalorios, enterrando las placas y los diarios bajo una artesa.

Tuve un temor: que todo acabara demasiado pronto. Y un deseo: seguir. Y seguir.

Un poco más.

Seguir...

Porque ahora yo también estaba dentro de la historia. Era uno más entre ellos. Actores de un drama que nadie conocía del todo. Nos acercábamos al final.

Si es que había un final.

Porque a veces las cosas no acaban nunca.

He intentado hablar con el capitán Morales del tema de los cañones, pero ha salido en operación de campaña. Aparentemente la ciudad está tranquila, pero los rumores van y vienen, por debajo de la calma aparente hay mar de fondo, y lo noto. En *El Telegrama del Rif* han empezado la campaña de propaganda y ya anuncian una rápida victoria militar. Según este periódico, Silvestre habrá cruzado el Nekor antes del otoño.

Las cosas se complican por momentos. Ayer, cuando volvía de hacer unas fotografías en el puesto fronterizo de Farhana, creí ver que alguien salía de mi habitación. Era un hombre, sin duda. Su sombra se proyectaba contra la pared del cuarto cuando se volvió para cerrar la puerta. Subí rápidamente, pero no encontré a nadie. Luego vino Lucía y me olvidé de todo.

Tengo que reconocer que estoy rendido ante los encantos de esa niña. Se me ha metido bajo la piel. Su nombre, su voz, sus pechos cálidos como palomas, son para mí una especie de droga. A veces he pensado en pedirle que, cuando esto acabe, se venga conmigo a Tánger.

Hoy mismo he tenido que reconsiderar lo referente a ese asunto. Han sucedido dos cosas que pueden cambiar radicalmente la situación. Me han comunicado que Abd el-Krim accede a entrevistarse conmigo y, casi con seguridad, esto sucederá en algún punto próximo al Nekor. Parece que puede ser inmediatamente. Espero mientras tanto y acepto las sugerencias de X.

Además, observo que no soy el único hombre que bebe los vientos por mi joven amante. Hay un español que la ronda noche y día. No es militar, creo que pertenece a una rica familia de comerciantes y que su madre es dueña de la mayor parte de los negocios de Melilla. Esto tenía que pasar tarde o temprano. No obstante, ella no le hace ningún caso. Aquí todos piensan que es un botarate y las mujeres huyen de él como si estuviera apestado y no es para menos, porque me han dicho que tiene sífilis. R. no deja ni que se acerque a Lucía, pero él insiste y ofrece el oro y el moro por ganarse los cuidados de la chica. Pienso que todo es cuestión de tiempo y dinero. R. acabará por ceder y, si alguien no lo impide, Lucía acabará en la cama de ese tipo. Desgraciadamente, ahora no puedo llevarla conmigo.

Ahmed me ha tomado cierta confianza. Es hostil y muestra una violencia intrínseca, como los animales, pero cuando hablo a solas con él parece sosegar. Desde que le hice las fotos hemos establecido una curiosa relación y trato de que me cuente su vida, porque R. me ha informado de lo dura y trágica que fue su juventud. Él no quiere hablar de esa época, parece que unos bandidos lo capturaron cuando era apenas un niño y lo vendieron en la plaza de Xauen, donde tradicionalmente tienen lugar las subastas de muchachos homosexuales. He presenciado una de esas subastas y puedo asegurar que es la situación más humillante de cuantas se puedan dar para la dignidad de un ser humano. Los muchachos se exponen disfrazados, pintarrajeados y adornados como odaliscas, mientras unos cuantos señores feudales se disputan la adquisición de los más jóvenes. Cuando estuve allí, vi a un viejo decrepito y vicioso, al que tenían que llevar en andas, que adquirió uno de estos esclavos sexuales. Era un chiquillo de apenas diez años y lo habían cubierto de velos y baratijas. El vendedor pregonaba la mercancía y de vez en cuando apartaba los velos para mostrar los músculos del muchacho. Entonces el viejo se empeñó en que lo desnudaran y el mercader, sin mostrar la más mínima repugnancia, lo despojó de la ropa y ensalzó sus atributos manoseando una y otra vez los genitales del chico, que se reía nervioso y confundido. Todos los presentes estallaron en carcajadas y se cerró el trato. Así debieron hacer también con Ahmed, solo que él acabó por matar al hombre que le había comprado. R. lo libró de la cárcel y lo tomó a su cuidado. Creo saber por qué.

Hoy Ahmed me ha acompañado en una de mis salidas. Necesitaba su ayuda para una empresa complicada y R. ha accedido a que viniera conmigo. Hemos ido a la playa de San Lorenzo muy avanzada la noche, casi cuando estaba a punto de amanecer, pues es a esa hora cuando descargan su mercancía los cárabos, esas pequeñas embarcaciones que llegan costeano desde Alhucemas, y en las que los nativos llevan pescado, huevos y productos del campo, que luego cambian en la ciudad por otros artículos como té, azúcar o tejidos. Es una zona peligrosa, muy vigilada durante la noche, pues es lugar adecuado para contrabandistas. Las patrullas vigilan la zona cercana al cargadero y a la dársena de Santa Bárbara, donde se han instalado un conglomerado de barracas que dan cobijo a gentes menesterosas, pero apenas se ocupan de la franja que queda libre entre la desembocadura del río y la playa de la Hípica. Esta franja costera se conoce con el nombre de playa de los Cárabos y es allí donde arriban al amanecer las mencionadas embarcaciones. Los cárabos son barquichuelas de un solo palo, que navegan tanto a vela como a remo, y que guardan cierta similitud con las antiguas embarcaciones fenicias. Seguramente será este su origen, pero lo cierto es que ahora mismo son la única manera de entrar o salir de la ciudad sin que nadie te haga preguntas.

Ahmed y yo hemos salido del burdel vestidos con un par de chilabas viejas, para que, dado el caso, se nos pudiera confundir con cualquiera de los moradores de la playa, y nos hemos resguardado tras los aparejos de unos calafates que reparan aquí las embarcaciones de menor calado. Antes de que despuntara el día, hemos visto los faroles de las barcas que se iban acercando a la costa. Las patrullas han pasado tres veces en dirección al hipódromo y dos en dirección a la lonja, donde todavía no se apreciaba ninguna actividad.

Mientras esperábamos he tratado de entablar conversación con este curioso individuo que es Ahmed. Es difícil hacerle hablar, pero amparados por las sombras de la noche y al cobijo de las barcas, he conseguido de él cierta información sobre el pianista que me reafirma en la opinión que tenía hasta ahora de él. Según Ahmed, M. mantiene en Melilla a una mujer y a sus dos hijos. La mujer era costurera y ahora está ciega, por lo que no puede trabajar. Viven en una casa de la Ciudad Vieja, y Ahmed va allí algunas veces de parte de Max y les lleva algo de dinero. Dice el criado que la mujer es una vieja malhumorada y sucia, y que los hijos son pendencieros, jugadores y borrachos. He creído entender que el pianista tiene algún tipo de obligación moral con ellos, pero Ahmed opina que son sanguijuelas y que le están chupando la sangre al bueno de Max. Con la habitual crudeza de su carácter, el criado ha dicho: «Más valía cortarles el cuello que darles un solo duro más». Luego nos hemos quedado en silencio, mirando las barcas que se acercaban lentamente a la playa.

Esa hora previa al amanecer es para mí la más triste de cuantas tiene el día. Es destemplada y hostil. Mientras esperábamos en la playa he echado en falta el calor de una cama y los brazos de una mujer, lo cual no deja de ser una triste paradoja, pues la cama que anhelo es la que me prestan en un prostíbulo y la mujer que añoro estará seguramente en brazos de otro. Cada vez veo más absurda esta situación. Mi instinto me dice que tengo que ponerle fin y acabar cuanto antes lo que me ha traído a Melilla.

Nuestra barca ha llegado empujada por el oleaje y con la vela recogida. En la oscuridad de la noche era difícil ver cuántos hombres iban dentro. Ahmed y yo hemos abandonado nuestro escondite y nos hemos acercado a la orilla con precaución. Sentado en el centro de la embarcación había un hombre con turbante y chilaba corta que nos hacía señas para que subiéramos rápidamente. Lo hemos hecho, mojándonos hasta la cintura, y entonces he comprobado que dentro del cárabo había otro individuo, más joven, pero con igual vestimenta que aquel. Nos han saludado a la manera musulmana y luego han remado mar adentro, donde con grandes trabajos han conseguido desplegar la vela. La navegación ha sido accidentada, con el levante

soplando durante un par de horas, hasta que hemos doblado el promontorio de la ciudad, a media milla de la costa para pasar desapercibidos, y una vez sorteada la ensenada de los Galápagos, he podido ver desde el mar la llamada Batería de Ataque Seco y el cementerio de la ciudad. Entonces le he pedido al patrón que acercara la barca al litoral para poder fotografiar el emplazamiento de las baterías costeras, pero la barca se movía tanto y de forma tan intempestiva, que hemos tenido miedo de zozobrar, por lo que ha sido preciso alejarse nuevamente de los acantilados. Hacia las diez de la mañana, cuando el sol ya lucía con fuerza, hemos avistado el paraje conocido como los Cortados de Aguadú, sobre los que se encuentra emplazado el Destacamento de Artillería de Costa, que según mis noticias dispone de modernos cañones antiaéreos. El mar estaba en calma, así que he podido hacer unas cuantas fotografías que espero tengan una aceptable definición. En este lugar la montaña ha sido erosionada en capas horizontales de un intenso color amarillo y la belleza de esas abruptas superposiciones de tierra y roca dan al paisaje un aspecto inigualable. De aquí, hasta el cabo de Tres Forcas, he podido avistar al menos siete emplazamientos de cañones más, por lo que confirmo que la ciudad de Melilla se encuentra perfectamente protegida frente a una posible invasión marítima.

A mediodía hemos almorzado en la barca, unas sardinas en salazón y un mendrugo de pan. Ahmed no ha dicho una sola palabra durante el trayecto. Tampoco ha probado la comida que nos ofrecía el patrón. Creo que el vaivén del mar le ha mareado, porque su fiero rostro parecía un poco más lúgubre que de costumbre. No obstante, cuando han surgido los problemas, ha sabido reaccionar. Y yo me he alegrado de haberle traído conmigo.

Ha sucedido de improviso. El cárabo debía virar a la altura de Tres Forcas y regresar a Melilla como estaba convenido. Pero entonces se ha originado una discusión a propósito del dinero que debíamos pagar por la travesía. Tras la comida, frugal y miserable como era de esperar, los pescadores se han empezado a lamentar de su pobreza, primero entre sonrisas y muestras de servil amistad, luego con sollozos y, más tarde, en una actitud francamente amenazante. Al final, el patrón me ha exigido tres veces más de lo acordado, bajo la amenaza de dejarnos a merced de las aguas. Cuando he visto el cariz que tomaba la discusión he intentado llegar a un acuerdo, pues temía que nos golpearan a traición y nos arrojaran al mar, pero Ahmed se ha levantado de improviso y me ha dicho: «Déjame a mí. Esta gente solo entiende un lenguaje. Y tú no lo hablas». Acto seguido ha sacado la gumía que llevaba escondida bajo la chilaba, rápido como el rayo, y le ha asestado un tajo en el vientre al más joven, que ha quedado postrado en el suelo de la barca sangrando como un cerdo. Al verlo el otro ha querido ayudar a su cómplice, pero Ahmed ha cogido al herido por el cuello y sin más miramientos lo ha arrojado por la borda. Luego le ha puesto el filo del puñal en la garganta al otro y ha dicho: «Si no quieres acabar en el fondo del mar tú también, llévanos rápidamente a la costa», obligando así al patrón a enfilar hacia la playa de los Cárabos, donde nos hemos bajado de la barca a toda prisa, entre los insultos y maldiciones del único superviviente.

Me he echado a temblar nada más poner el pie en tierra. No he podido evitar los nervios y le he increpado violentamente, temiendo las consecuencias que tamaña atrocidad pueda ocasionarnos. Entonces él, indiferente ante la gravedad de lo que acababa de hacer, me ha mirado con desdén y ha dicho: «Más peligroso es lo que tú tratas de hacer». Seguramente me ha salvado la vida, pero me siento espantado por la brutalidad y falta de escrúpulos que demuestra.

Temo que la aventura costera me traiga graves complicaciones. Hoy he visitado la Oficina de Asuntos Indígenas para conseguir que X. acelere sus gestiones y prepare cuanto antes nuestra expedición, pero nadie ha sabido darme razones de él. Morales ha salido para el frente y X. está desaparecido. No sé qué hacer.

Por fin he recibido las noticias que esperaba respecto a mi entrevista con Abd el-Krim. Debo viajar en un tren que hace el trayecto a Tiztutin y allí encontraré a mi enlace. Me sorprende, porque ese punto se encuentra muy distante de Axdir. Quizá quieran llevarme a través de Ben Tieb o Izumar, pero según mis noticias los españoles han establecido posiciones en esos puntos. El trayecto alternativo, siguiendo el Kert hasta Azrú, es igualmente peligroso. La línea del frente que se estableció en junio pasa por Igueriben y Annual. Toda la zona es bastante insegura. Dejo constancia de todos estos datos por si se hiciera necesario saber de mi paradero.

He decidido dejar mis cosas al cuidado de Lucía. Le he entregado un sobre con las fotos que hice en estas últimas semanas. Nadie sospechará de ella. Creo que pronto podré enviar los negativos a Inglaterra.

Y nada más.

Ese terrible nada más.

Quedaban unas veinte hojas en blanco hasta el final del cuaderno. De pronto todo se volvió silencio.

Lucía Osman no había abierto los ojos. Sara y yo nos miramos. Yo no quería hablar y seguramente ella tampoco. Hizo un gesto: tendió las manos hacia mí y yo puse en ellas las dos libretas negras. Las cogió y las apretó contra su pecho. No hizo además de abrirlas, solo las retuvo allí, contra el camión tras el que se adivinaban sus pechos flácidos.

Iba a decir algo, no sé muy bien qué, solo algo que seguramente no hacía ninguna falta decir. Y entonces, cuando parecía que todo había terminado y mi impaciencia podía estropear el momento, Sara me mandó callar con un gesto que parecía una súplica.

Sacó la carta de Holbrooke de su pequeño bolso de tela y, sin contar conmigo, le dijo a la anciana:

—Los diarios solo llegan hasta 1921. Esta carta es de mucho después.

—¿Cuánto después? —preguntó Lucía Osman.

—De octubre de 1924.

Era la fecha en la que había muerto Holbrooke.

—Déjame leerla —la anciana tendió la mano hacia Sara.

Mi hija no obedeció.

—Está en inglés.

—Entonces dásela a tu padre y que me la lea, por favor.

—La leeré yo, si no le importa. Me parece que mi inglés es bastante mejor que el suyo.

¿De dónde había sacado Sara esa determinación? ¿Cuándo se había convertido en una adulta?

Su voz...

Melilla, 20 de octubre de 1924

Señor:

He estado en ese lugar de las montañas y comprobado con mis propios ojos lo que sospechábamos. La mina existe y se estaba explotando de espaldas al propio Abd el-Krim, que hasta hace muy poco no sabía una sola palabra del asunto. El artífice de la operación es un viejo conocido nuestro, ese sujeto con el que entablé contacto en Melilla y sobre cuya deslealtad usted me advirtió en su momento. Sí, le hablo de Jean Baudoz, el albino que operaba como intérprete de las Tropas Nativas. Últimamente he conocido alguna de sus hazañas y puedo asegurar que es más peligroso de lo que pensaba.

En el negocio están implicados la viuda de Serra, un empresario llamado Uribe y un banquero cuyo nombre no recuerdo. Ellos son los que les suministraban las armas y el dinero.

Respecto a la muchacha que me habló de Klemms y de las minas, puede usted imaginar mi sorpresa cuando la vi allí. Tuve que fingir que no la conocía, pues debo evitar a toda costa que esa gente sepa que está viva. Por fortuna, he conseguido refugiarla temporalmente en Targuist, en la casa del caído Hammush, pero temo por ella y por su hijo. Esta situación no puede durar mucho. Si Baudoz la encuentra antes de que consiga sacarla de allí, su vida correrá un serio peligro. Ahora mismo es un testigo muy molesto.

Ya sabe usted que mis relaciones con Abd el-Krim no son demasiado buenas en los últimos tiempos. De hecho, ni siquiera me he atrevido a pedirle que libere a la muchacha y a su hijo, porque mientras Baudoz siga gozando de su confianza, nadie debe saber dónde está. Estoy atado de pies y manos y temo dar un paso en falso. No puedo confiar en nadie. Hay gente muy importante involucrada en este desgraciado asunto y temo que los socios de Baudoz tengan el brazo más largo de lo que imagino. No le oculto que en esta empresa se confunden mi lealtad a Inglaterra y mis propios intereses personales. Esa muchacha me importó mucho en el pasado, me importa todavía, por lo que no pararé hasta verla segura y libre.

Ese momento...

Era pura magia. La voz de mi hija traducía las palabras de Gerald Holbrooke con cierta vacilación, pero también con una inesperada intensidad, como si fueran algo que salía directamente de su propio pecho. De pronto todos estábamos implicados. César se hubiera muerto de gusto si hubiera estado allí.

Oí el timbre de la puerta. Lucía Osman mantenía los ojos cerrados. No los abrió. Sara continuaba leyendo cuando Lamia y Guillermo entraron en la habitación acompañados de la criada. Les pedí, con un gesto urgente, que guardaran silencio y se instalaran a mi lado. Nadie interrumpió la lectura.

Mañana salgo para Nador. ¿Recuerda usted a Horacio Echevarrieta, el intermediario que consiguió liberar a los prisioneros de Abd el-Krim hace cosa de un año? Según tengo entendido, su barco atracará en el puerto dentro de tres o cuatro días. Intentaré hablar con él, creo que le interesará saber lo que ha estado ocurriendo en las montañas de Yebel Hamman. A cambio pienso pedirle ayuda para liberar a la chica.

Ella no sospecha nada. Tuve que fingir que no la conocía cuando la vi en aquel desolado lugar sembrado de cadáveres. Pero no podía hacer otra cosa. Si Baudoz y sus cómplices la relacionan conmigo, estará perdida.

No sé en qué acabará esto, pero le ruego encarecidamente que si me pasara algo se encargue usted de velar por ella. Este favor que le pido es muy importante para mí.

Confío, como siempre, en su discreción, y en su apoyo.

G. HOLBROOKE

Las manos de Lucía Osman temblaron aún aferradas a los diarios. Cuando Sara dobló las cuartillas y las puso sobre la mesilla de noche, abrió por fin los ojos y me miró con una mezcla de extrañeza y agradecimiento. Los dos sabíamos que, apenas veinticuatro horas después de haber escrito esta carta, Gerald Holbrooke fue asesinado en Nador. Seguramente encontraron la carta junto al cuerpo, cuando todavía no le había dado tiempo a enviarla.

Pasaron unos segundos sin que nadie se atreviera a hacer nada. Lamia y Guillermo estaban allí, pero era como si todavía no hubieran llegado. Nadie los miró. Nadie preguntó quiénes eran esa mujer morena y ese hombre alto. Nadie. Todavía flotaba por la habitación la muerte de Gerald Holbrooke. Tuve la sensación de que ahora sí. Por fin, todo había acabado.

Fuimos cayendo en la realidad. Desde el pasado. Uno tras otro.

Lo veía en sus rostros, en los ojos de Sara, en los de Guillermo, en los de Lamia. Un viaje a través del tiempo, desde otro continente, desde unas vidas que no eran las nuestras y sin embargo habíamos vivido durante unos segundos como propias. La última en regresar fue Lucía Osman.

No me había dado cuenta de lo grandes que eran sus ojos. De lo negros e intensos que todavía eran, a pesar de la vejez, de la enfermedad y de todo aquel dolor inclemente. Me miró primero a mí y luego señaló a Lamia.

—¿Es ella? —me preguntó.

Yo asentí.

Entonces Lamia se acercó al lecho de Lucía Osman y sonrió. Creo que no

recuerdo un momento más hermoso en toda mi vida.

Allí, junto a la anciana, escuché a Lamia hablar de Mahayub con verdadera veneración. Un hombre bueno, generoso y honesto que, a poco que uno creyera un poco en la genética, de ningún modo podía llevar la sangre de Vulpes.

Le dije a Guillermo en voz baja:

—No era su hijo, estoy seguro.

—¿Y qué? —respondió él—. Eso no lo sabe nadie más que tú y yo. Una vez te inventaste una historia que arruinó la vida de un hombre. No pasa nada porque ahora mientas otra vez.

Tenía razón. Poco tiempo después, Lucía Osman murió y lo hizo convencida de que había encontrado a la nieta de Azemmur. En sus últimos momentos dictó un nuevo testamento a favor de Lamia. La sirvienta lo impugnó acusándonos de estafadores. Hubo momentos durante esos días en los que tuve ganas de llamar a Benarroch y decirle que, después de todo, sí se trataba de una herencia. Pero no lo hice, claro. Las cosas estaban bien como estaban. Solo Guillermo, Sara y yo sabíamos la verdad.

Cuando Lola volvió de México todo había terminado. Al principio no le gustó que Sara se hubiera quedado sin ir a Inglaterra, pero luego, cuando le dije que ya no había ningún novio por medio, se alegró. Aun así, en el momento en que estaban a punto de subir al tren, oí que le decía a Sara:

—Tu padre sigue siendo un desastre. Seguro que te has aburrido mucho con él.

Mi hija se volvió y me guiñó un ojo.

César montó en cólera cuando le dije que la vieja había muerto y que no había hecho fotos, ni grabaciones, ni nada de nada. No obstante, le prometí que algún día escribiría la historia de Lucía Osman. César me conoce demasiado bien. Y sabe que es un compromiso que no podré dejar de cumplir.